

Fe

Por Chuck Smith

Editado por Steve Halliday y Shannon Woodward

Publicado por The Word For Today

P.O. Box 8000, Costa Mesa, California 92628 USA

(800) 272-WORD (9673)

Sitio Web: www.twft.com

Correo electrónico: info@twft.com

© 2010 The Word For Today

ISBN: 978-1-59751-088-2

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio sin el previo consentimiento expreso y por escrito de la casa editorial The Word For Today Publishers.

Las citas bíblicas son de la Santa Biblia, versión Reina-Valera, Revisión de 1960. Las modificaciones en la traducción, amplificaciones y paráfrasis son del autor; o incorporadas en la traducción al español por apegarse mejor al texto original en inglés.

Contenido

Introducción

Parte Uno

La Naturaleza de la Fe

1. ¿Qué Es la Fe?
2. ¿Cómo Opera la Fe?
3. ¿Qué Logra la Fe?
4. ¿Qué Agrada Más a Dios?
5. Una Fe Que Obra
6. Lo Asombroso de la Incredulidad
7. El Triunfo de la Fe

Parte Dos

El Aspecto de la Fe

8. Abraham: Hombre de Fe
9. Isaac: Hijo de la Fe
10. Ruth: Aventura de Fe
11. María: Obediencia de Fe
12. Pablo: Apóstol de la Fe
13. Pedro: De la Duda a la Fe
14. El Soldado y la Madre: Gran Fe

Parte Tres

El Caminar en Fe

15. Viviendo por Fe en un Dios Fiel

16. ¿Cómo Puedo Orar en Fe?

17. ¿Cómo Puedo Dar el Paso de Fe?

18. ¿Cómo Puedo Permanecer Firme en Fe?

19. ¿Cómo Puedo Aprobar las Pruebas de Fe?

20. ¿Cómo Puedo Crecer en Fe?

Epílogo: Jesús, la Piedra Principal del Ángulo

UNA NOTA DEL PASTOR CHUCK

Pasada la navidad del 2009, tuve un pequeño tropiezo en el camino, un ligero derrame cerebral según mis médicos. Una gran cantidad de personas oraron por mi completa recuperación, y les quiero agradecer por sus oraciones. Me alegra informarles que gracias a su fe y a la bondad de Dios, esas oraciones fueron respondidas. Cada día me siento más fuerte, y para esta fecha ya he podido resumir todas mis responsabilidades de pastorear el rebaño que Dios ha puesto bajo mi cuidado. Él me ha bendecido tremendamente. Y he podido ver, una vez más, que Él es fiel a Su promesa tal como la declara en Deuteronomio 33:25: "Y como tus días serán tus fuerzas."

Dios me ha fortalecido día a día, y tengo fe que Él continuará fortaleciéndome. Tengo el propósito de continuar en mi programa completo de servicio a Él mientras Él me dé las fuerzas y la habilidad para hacerlo.

Introducción

Cuando yo era niño, mi papá era un vendedor que trabajaba a comisión. Eso era genial cuando trabajaba en alguna gran negociación de bienes raíces que representaba miles de dólares en comisión; tal como cuando participó en la venta de la propiedad de Anaheim a Disneyland. Esos eran tiempos de “banquete” para nuestra familia. Pero también tuvimos nuestros tiempos de “carencias.”

Recuerdo cómo de niño un cambio en las circunstancias podía rápidamente alterar mi estado de ánimo. Me emocionaba mucho cuando mi padre estaba negociando algo grande. Pensaba: “¡Qué bueno! Cuando mi papá complete la transacción podremos comprar esto y aquello, y podremos ir a este y a aquel lugar...” Mas entonces la venta se venía abajo, al igual que mis esperanzas.

La fe de mi papá fue siempre más fuerte que sus circunstancias. Su pequeño lema, de solamente tres palabras, lo tenía enmarcado y sobre su escritorio. Decía: "Todas las cosas..." Y cada vez que venía alguna desilusión, mi papá miraba esas tres palabras y recordaba el resto del versículo, y la promesa dada por Dios en él:

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.” (Romanos 8:28)

Se requiere una fe real para creer un lema como ése, dado que ésa no es nuestra reacción natural ante las dificultades. Cuando experimentamos alguna adversidad o crisis, no decimos automáticamente: “Mira, no es para tanto. Al final todo va a salir bien. No es nada para preocuparnos.” Lo más probable es que exclamemos: “¡Oh no! ¡Ahí se acabó nuestro futuro!” Pero la fe de mi papá era real. Él verdaderamente creía en la promesa de “Todas las cosas,” y su vida lo mostró.

La fe es la clave para una vida cristiana exitosa. Lo habilita para extender sus manos y aceptar el regalo de la salvación. Y es la fe la que lo toma de la mano y lo lleva de un nivel de madurez espiritual a otro. Es por eso que la Palabra de Dios dice: “Sin fe es imposible agradar a Dios.” (Hebreos 11:6)

¿Pero qué es la fe? ¿De dónde viene y cómo funciona? ¿Qué logra? ¿Por qué agrada a Dios?

Esas son algunas de las preguntas que quiero explorar en este libro. Si la fe es tan crucial para un andar gozoso con Dios, y lo es, entonces más vale que aprendamos a comenzar a ejercitar la fe que hemos recibido. Sin una fe vibrante, la vida cristiana pronto se vuelve tediosa, gravosa y desalentadora en lugar de estar marcada por el gozo, la paz, la esperanza y el poder, como Dios diseñó que lo fuera (Romanos 15:13).

La fe significa estar creyendo en la soberanía de Dios. Significa estar confiando que Él está en el trono, en control de todas las cosas, y obrando a través de cada circunstancia que viene a nuestra vida. Cuando tenemos esa clase de fe, tenemos paz en medio de las pruebas. Pero cuando olvidamos la soberanía de Dios, las circunstancias perturbadoras nos conllevan a la desesperación. Examinamos el panorama con nuestros ojos en lugar de hacerlo con nuestra fe.

Jacob hizo lo mismo. Cuando sus hijos vinieron a casa con las noticias de que el hombre que era mano derecha del Faraón retenía a Simeón, y que quería además que le llevaran a Benjamín; Jacob fue presa de la desesperación. Él ya había perdido a su hijo amado, José, y ¡ahora esto! Se lamentó diciendo: "Contra mí son todas las cosas." (Génesis 42:36).

Y hasta donde sus ojos podían ver, era cierto. Todas las cosas parecían realmente estar contra él. Pero Jacob no conocía el plan completo de Dios. Él aún no sabía que aquel varón áspero de Egipto, que él pensaba que estaba causando tantos problemas a su familia, era de hecho, nadie menos que José, el hijo amado que hacía tiempo había perdido. Él no se daba cuenta que en poco tiempo estaría abrazando a José, llorando de gozo con él. Él no conocía las cosas maravillosas que Dios tenía reservadas para él.

Todos tenemos una decisión que tomar cuando vienen los problemas. Podemos responder con "Todas las cosas" de Jacob, creyendo equivocadamente como él que "Contra mí son todas las cosas", o podemos responder con "Todas las cosas" de mi papá, creyendo correctamente que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados." Una decisión nos armará con paz y esperanza. La otra nos llenará de agitación y desesperación.

La fe espera al siguiente capítulo, confiando que a pesar de todo lo que vemos, Dios está llevando a cabo Su plan en nuestras vidas. Y qué plan tan perfecto. ¿Cómo no va a serlo? Tiene los pensamientos infinitos de Dios respaldándolo.

La Biblia nos dice que Dios piensa en nosotros constantemente. El rey David una vez escribió:

"¡Cuán preciosos me son, oh Dios, Tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumero, se multiplican más que la arena." (Salmo 139:17-18)

La próxima vez que usted se desmoralice, tómese una hora o dos para ir y sentarse en la playa. Tome un puñado de arena y déjelo deslizar entre sus dedos. Láncelo al aire. Trate de contar los granos a medida que caen. Mire a lo largo de la orilla del mar, y trate de adivinar cuántos granos de arena contiene.

Si usted pudiera contar los pensamientos de Dios hacia usted, se daría cuenta que ellos exceden en número a la arena del mar; y no sólo a la arena de una playa, sino a todos los granos de arena de todas las playas del mundo, y a todos los granos de arena en el fondo de cada océano. Esa es mucha arena, lo cual le debería dar una idea del número de pensamientos que Dios tiene para con usted. Dios está pensando en usted constantemente. ¿Y qué tipo de pensamientos son? Dios dijo:

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.” (Jeremías 29:11)

Dios no está pensando: “Ahora bien, ¿Cómo le puedo dar una lección que nunca olvidará? ¿Qué tipo de situación miserable puedo hacer que atraviese?” No, Dios está pensando en qué maneras poder demostrarle que usted le importa realmente, que Él está en control, y que le ama. Y Él piensa esos pensamientos para con usted continuamente, cada segundo de cada día. Oh, qué glorioso es ser hijo de Dios, estar bajo el cuidado y la protección del Padre.

Para que tal verdad impacte su alma, usted debe abrazarla y creerla. Usted tiene que confiar que Dios dice la verdad cuando describe en Su palabra todas las cosas maravillosas que quiere hacer por usted.

La tentación que se nos presenta siempre es la de confiar en nuestras propias habilidades en lugar de confiar en el Señor. La carne dice: “lo puedo realizar. Lo puedo hacer.” En mi propia vida, he descubierto que cuando el Señor quiere darme la victoria sobre algún área que mi carne domina, tengo la tendencia a decir: “Bien Señor, entiendo que eso tiene que desaparecer. Eso no se asemeja en nada a Tu carácter. No me había dado cuenta de ello anteriormente, pero gracias por revelármelo. Yo me encargaré de eso, Señor. Para el próximo sábado ya lo habré eliminado.”

Forcejeo y lucho, y me esfuerzo al máximo para tomar control de esa área de la carne. Pero tarde o temprano, después de una larga batalla y una derrota absoluta, finalmente clamo, “¡Señor, ayúdame! No lo puedo lograr. Necesito Tu ayuda.” Finalmente, a través de la fe tengo acceso a Su poder divino... y el Señor toma control del asunto.

Sin embargo, en ese momento cometo a veces otro error. Mientras el Señor comienza a asumir el control y empieza a liberarme, a menudo digo “¡Yo sabía que podía hacerlo!” Así que Él me deja forcejear y luchar otra vez por un rato, hasta que vuelvo a decir “Señor, simplemente no puedo hacerlo. No está en mí. Señor, ayúdame por favor.” Y una vez más, obtengo de Su poder al ejercer mi fe en Él.

El apóstol Pablo pasó por esta misma experiencia en su propio camino de fe. En Romanos 7, él habló de una ley perversa que operaba dentro de él, y que causaba que

él hiciera precisamente lo opuesto a lo que realmente deseaba hacer. Él escribió que cada vez que quería hacer lo bueno, encontraba el mal presente dentro de él. De manera que el bien que quería hacer, no lo hacía; y el mal que quería evitar, eso continuaba haciendo. Él experimentó esta frustrante lucha hasta que finalmente clamó: “¡Miserable de mí! ¿Quién me salvará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). Él encontró la respuesta En su clamor por liberación. A través de la fe, el Señor le liberó por el poder del Espíritu.

Usted podría pensar que ésta es una experiencia que ocurre una vez en la vida. La primera vez que usted luchó por hacer la obra que sólo Dios podía hacer, pudiendo luego ver Su victoria cuando le entregó a Él esa lucha; usted pudiera haber dicho: “He aprendido mi lección. Yo no lo puedo lograr, pero el Señor sí puede. ¡Bendito sea el nombre del Señor!” Pero no es el caso. En cuanto renunciamos al control de un área de nuestra vida y se la entregamos a Dios, observando que Él la conquista por nosotros, nos revela Él entonces otra área de la carne. ¿Y qué decimos?

“Oh, Señor, realmente aprendí la última vez. Ahora yo puedo controlar esta.” Y otra vez luchamos y sufrimos derrota, hallándonos cara a cara con nuestra propia debilidad.

Usted y yo necesitamos llegar a la misma realidad que iluminó a Pablo: “Y yo sé que en mí, (esto es, en mi carne) no mora el bien” (Romanos 7:18). Dios tiene una sentencia para la carne, y esa es la cruz. Hemos sido crucificados con Cristo. A través de la fe y por el poder del Espíritu, debemos crucificar las obras de la carne para que podamos vivir.

Cuando veo que Dios lo hizo, y que yo no tuve la habilidad para hacerlo, no voy por ahí gloriándome de lo que logré. No, lo único que puedo hacer es darle la gloria a Dios por lo que ha hecho a través de la fe. Eso elimina toda jactancia.

Además, no puedo juzgar a alguien que tenga el mismo problema que yo. No puedo mirar por encima del hombro y decir: “No sé cómo él puede seguir haciendo eso.” Yo sé cómo él puede seguir haciendo eso porque yo hice lo mismo hasta que el Señor me libró. Yo intenté, lloré, luché, juré, prometí; pero todo fue en vano hasta que, por fe, el Espíritu de Dios se movió en mí y me dio Su fuerza y Su victoria. La fe impide que pase juzgando las debilidades de otros, porque sé que sin la ayuda de Dios soy tan incapaz como ellos. Sólo a través de la fe en Dios puedo hacer algún progreso en mi caminar cristiano.

Algunas veces las personas vienen a mí y me dicen: “Chuck, me cuesta mucho confiar en Dios.” ¿Sabe qué están diciendo realmente?: “Chuck, no conozco muy bien a Dios.”

Los que conocen bien a Dios no tienen ninguna dificultad en confiar en Él. Por eso la Biblia nos dice: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.” (Romanos

10:17). La Palabra de Dios revela la fidelidad de Dios. Declara el hecho que el Señor siempre cumplirá su palabra. Cuando aprendemos a conocer a Dios a través de las Escrituras, y experimentamos que el Señor es fiel en cumplir Su palabra, entonces la fe es fácil. No tenemos problema alguno para creer en la bondad de Dios y Su soberanía.

Si este libro le puede ayudar a entrar a ese camino glorioso, entonces estaré muy contento verdaderamente. ¡A Dios sea la gloria, cosas grandiosas ha hecho!

Parte 1

La Naturaleza de la Fe

Capítulo 1

¿Qué es la Fe?

“Fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

Hebreos 11:1

Cuando mis hijos estaban creciendo, deseaban tanto que les saliera barba, que se miraban diariamente en el espejo para ver si les había salido algún pelo durante la noche. Por mucho tiempo, era cuestión de fe; “La certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” Pero confiaron que un día su fe se convertiría realidad, y que tendrían barba como los hippies que veían todo alrededor de ellos.

La fe es “la convicción de lo que no se ve.” Es creer que Dios cumple su palabra, aun cuando puede que no exista ninguna evidencia de ello en el momento. Todo lo que tengo es la promesa de Dios; sin embargo eso es suficiente. Puedo descansar en eso.

Cuando el profeta Elías en el Antiguo Testamento oró para que no lloviera, no cayó agua del cielo por muchos años. Nada de agua, ni una sola gota de lluvia, ni siquiera un rastro de llovizna. A su debido tiempo subió a la cumbre del monte Carmelo y comenzó a orar para que Dios enviara lluvia. Después de orar, Elías envió a su criado a mirar hacia el mar. El criado regresó y dijo: “No veo nada excepto el cielo azul.”

Elías oró otra vez y luego envió al criado a mirar otra vez. Cuando el hombre regresó, reportó otra vez: “No veo nada excepto el cielo azul.”

Elías continuó orando hasta que el criado regresó y dijo: “Veo una pequeña nube como la palma de la mano de un hombre.”

Elías respondió: “salgamos de aquí, va a comenzar a llover fuertemente en cualquier momento.”

La fe genuina espera que Dios obre, simplemente porque Dios dijo que obraría; y la fe continúa creyendo, aun cuando todavía no puede ver evidencia de Su obra.

Considere la Evidencia

Cuando la Biblia dice “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”, no está tanto definiendo la fe, como más bien declarando lo que hace la fe

Nota: En Hebreos 11:1 unas versiones de la Biblia en inglés usan la palabra “conviction”, “convicción” en español; otras usan la palabra “evidence”, “evidencia” en español.

Somos convencidos de ciertas verdades a pesar de que no las hayamos visto. Considere el viento, por ejemplo. No lo podemos ver, pero aun así creemos en él porque hemos visto sus efectos. Vemos árboles poderosos inclinándose ante su fuerza. Vemos pequeñas columnas de hojas formando remolinos en el aire. No sólo vemos la evidencia, sino que también la podemos sentir. Decimos: “Brrrr, éste es un viento muy frío,” o “Ésta es una brisa cálida.”

Creo en la fuerza magnética, aunque nunca la he visto. Veo cómo los polos opuestos se atraen. Veo cómo al juntar polos iguales se repelen el uno al otro. Esta evidencia clara de la fuerza magnética me hace creer en su existencia, aunque nunca la he visto.

Asimismo, veo evidencia abundante de la existencia de Dios. Siento Su presencia. Siento Su poder. Experimento Su amor. No dudo de Su existencia porque veo evidencia de Él en todo alrededor mío. La fe florece en mi corazón.

Puesto que creo en Dios, también creo en la Palabra de Dios. Acepto las promesas que Él le ha dado a Sus hijos, y que Él ha causado que se escribieran en la Biblia. No he experimentado algunas de ellas todavía, pero sé que las experimentaré, porque sé que Dios es fiel. Y mientras espero que Dios cumpla Sus promesas, es la fe la que me sostiene, es la fe la que me anima, y es la fe la que me mantiene caminando hacia adelante.

La Maravilla del Fíat Divino

El escritor de la epístola a los Hebreos nos da una vista interesante de la naturaleza de la fe:

“Por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios.” (Hebreos 11:3)

Desde el mero principio Dios dijo: “Sea la luz”, y fue la luz. Dios dijo: “Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas”, y fue así. Dios dijo: “Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol que dé fruto según su especie”, y todo ocurrió exactamente como Él dijo. Dios simplemente habló Su palabra y nació el universo.

Dios creó todo lo que vemos (así como todo lo que no vemos) mediante lo que nosotros llamamos fiat divino. Es decir, Dios simplemente al hablar hizo todo. Él dio la voz de mando y lo que nunca antes había existido inmediatamente brotó en existencia. Creemos todo esto por fe. Entendemos que “el universo fue constituido por la palabra de Dios.”

Luego el escritor hace una declaración aún más interesante:

“... de modo que lo que se ve (el universo material) fue hecho de lo que no se veía.”
(Hebreos 11:3)

En la época que se escribió este pasaje de las Escrituras, nadie sabía nada acerca de los electrones, protones y neutrones, mucho menos acerca de las partículas subatómicas más pequeñas como los quarks o los leptones. Aun así por fe, el escritor proclamó que todo lo que usted ve fue hecho de cosas que eran invisibles. Dios usó las cosas que no se ven y de ellas hizo el universo material, visible, en el cual vivimos.

Los confines del universo, las galaxias distantes, y las estrellas de diversos tamaños y colores están hechos de átomos que el ojo humano no puede ver. Estos átomos existen pero permanecen invisibles. Tal como el escritor de la epístola a los Hebreos declaró por fe hace casi 2,000 años, todas las cosas materiales que vemos están hechas de cosas que no se ven.

¿Precisamente Fe en Quién?

Con frecuencia las personas dicen precipitadamente: “Creo en Dios,” y piensan que la declaración de esa creencia los llevará al cielo. ¿Pero cómo define esa persona a Dios? Él podría estarse refiriendo a alguna fuerza incomprensible en el universo. Ella podría estar refiriéndose a alguna esencia etérea de amor. O esa persona podría incluso estar hablando de sí misma.

El cielo no se le abre a usted simplemente porque usted cree que Dios existe. Santiago dijo: “Tú dices creer en Dios. Haces bien. Pero, no te das cuenta que hasta los demonios creen, y tiemblan.” (Santiago 2:19). El cielo se abre a aquellos que entienden y aceptan quién es Dios. Sólo hay un Dios verdadero, quien es eterno y Creador del universo. Cuando los discípulos de Jesús oraron, dijeron: “Soberano Señor, tú eres el

Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay” (Hechos 4:24). Así que cuando un creyente en Cristo dice “Yo creo en Dios”, él o ella está hablando del Dios eterno, el Creador de todas las cosas, el Dios de Abraham, Isaac, y Jacob.

Cuando el apóstol Pablo visitó Atenas, los filósofos locales lo invitaron al Areópago para exponer esta nueva enseñanza suya. Él comenzó dirigiéndoles la palabra a los atenienses, y dijo:

“Percibo que son gente muy religiosa. Al caminar en al plaza del mercado, he observado los muchos altares que ustedes han erigido para sus varios dioses. También noté que tenían un altar con la inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. Quiero hablarles de este Dios, porque Él es quien creó el universo. En Él vivimos, y nos movemos, y tenemos nuestra existencia. Vean, sólo hay un Dios verdadero, y el resto son dioses falsos.” (Hechos 17:22-28).

Antes de que cualquier otra cosa de importancia pueda ocurrir en sus vidas espirituales, ustedes deben saber que el único Dios verdadero ciertamente existe. Así que el escritor de Hebreos dice:

“Sin fe es imposible agradar a Dios, porque el que se acerca a Dios debe creer que Él es” (Hebreos 11:6).

Muchos de nosotros recitamos el Credo de los Apóstoles:

“Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, Su Hijo unigénito, quien fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María, que padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, murió y fue enterrado, y descendió al infierno. Al tercer día Él resucitó de entre los muertos. Ascendió al cielo. Está sentado a la diestra de Dios Padre, Todopoderoso, y he aquí Él vendrá a juzgar a los vivos y los muertos. “

Es importante que creamos esas cosas. ¿Pero las creemos verdaderamente, o meramente recitamos las palabras por rutina? ¿Será que estamos repitiendo solamente frases aprendidas, cuando en lo más profundo de nuestros corazones no creemos verdaderamente en tal Dios?

El Creador envió a Su Hijo a esta tierra para morir por nuestros pecados. Al tercer día Jesucristo resucitó de la tumba, y hoy está en el cielo, intercediendo por nosotros. ¿Creemos realmente esto? ¿Creemos en esto más que lo que creemos en nuestras cuentas bancarias, en nuestras inversiones, o en nuestros planes para el mañana? Las cosas temporales van y vienen, cambian, se marchitan y se pudren. Pero Jesucristo,

Aquel en quién ponemos nuestra fe, “es el mismo ayer, hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8)

¿A Quién le Creerá usted?

A pesar de las muchas promesas sólidas que hemos recibido de Dios en Cristo, siempre enfrentaremos la misma pregunta: ¿Creeré lo que la Biblia dice o no? Dios dice una cosa, pero tarde o temprano Satanás viene y dice lo contrario, tratando de ponernos bajo condenación.

“Tú eres un pecador malvado,” él dirá. “No tienes derecho de venir a Dios y pedirle Su ayuda. ¡Mira cuántas veces le has fallado! Más vale que te olvides. Dios no te va a perdonar.”

¿Le creerá a Satanás? ¿O le creerá a Dios quien dijo que si confiesa que Jesucristo es el Señor, y cree en Su corazón que Dios lo levantó de los muertos, entonces será salvo? ¿Le creerá a Dios cuando dice que si usted confiesa sus pecados, Él es fiel y justo para perdonar sus pecados? ¿Le creerá a Dios cuando dice que aunque su corazón le pueda condenar, Él es más grande que su corazón y conoce todas las cosas? ¿Creerá que Dios le imputará la justicia de Jesús a usted, a pesar de sus faltas? ¿Creerá que Dios justifica al impío por la fe?

Dios le dijo a Adán: “El día que comieres de ese fruto, ciertamente morirás.” Adán le contó a su esposa sobre la advertencia de Dios, pero Satanás pronto le susurró al oído: “No, no morirás.” Eva se enfrentaba ahora a una decisión, ¿Creería en la palabra de Dios, o en la palabra de Satanás? Usted ya sabe la respuesta, y también conoce las repercusiones catastróficas que resultaron de dicha decisión.

Satanás siempre contradice lo que Dios ha dicho. Así que cuando Dios promete algo, el diablo responde “Oh, tú no puedes creer en eso. Sé más serio. Sé práctico.” Así que se convierte en un asunto de elección, ¿Creeremos lo que Dios ha dicho? ¿O escucharemos a Satanás y dudaremos de las promesas de Dios, permaneciendo de esa manera en condenación, sintiéndonos despreciables, y bajo un sentimiento insoportable de culpabilidad?

Una Promesa Asegurada con un Juramento

Cuando usted basa su fe en las promesas de Dios, amarra su futuro a la más sólida fundación posible. Dios siempre permanece fiel a Sus promesas.

Porque cuando Dios hizo una promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo “De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente.” (Hebreos 6:13-14)

Para resaltar la completa confiabilidad de las promesas de Dios para con nosotros, el escritor bíblico señala que Dios le dio una promesa a Abraham, lo cual en sí mismo es oro sólido; y luego confirmó esa promesa haciendo un juramento en Su nombre, de que la promesa sería cumplida sin lugar a duda.

“Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.” (Hebreos 6:17-18)

Dios, quien no puede mentir, hizo una promesa a Abraham; y luego confirmó esa promesa jurando que Él ciertamente cumpliría su promesa. Él quería afirmarle a Abraham, y a nosotros, que lo que le prometió ciertamente tendría lugar. A lo largo de todas de las Escrituras vemos al Señor jurando que esto o aquello ocurriría. Y luego nos damos cuenta que, fuera lo que Él dijera que iba ocurrir, ocurría ¡siempre!

Dios confirmó Su promesa con un juramento, que es al mismo tiempo una invitación para usted y para mí; que cuando viene la dificultad, o enfrentamos incertidumbre, duda o miedo, podemos correr a Él y encontrar refugio en medio de la tormenta. Su nombre es seguro y fiel. Su Palabra es verdadera. Y Él es un refugio para Sus hijos en sus tiempos de aflicción.

¿Cómo obtiene acceso a esas promesas confirmadas por el juramento divino de Dios? Lo hace por fe. Todo lo que Dios nos promete está disponible por fe... incluyendo la más grande de todas las promesas.

La Salvación por Fe

Habacuc, el profeta del Antiguo Testamento, vio cómo se deterioraba rápidamente la condición espiritual de su nación; y sin embargo, parecía que Dios no estaba interesado en hacer algo al respecto. Eso frustró a Habacuc, quien se lo hizo saber a Dios.

“Dios” dijo él, “las cosas por aquí están horribles y empeorando. No puedes confiar en el liderazgo. Ellos le mienten a la gente. Las cosas están realmente mal, Señor; y Tú ni siquiera levantas una mano para parar un poco esto.”

Dios respondió: “Habacuc, si te dijera lo que voy a hacer, cosquillaría tus oídos.” Luego el Señor comenzó a decirle al profeta cómo tenía la intención de traer a los babilónicos como Su instrumento de juicio en contra de la nación de Judá.

Habacuc nunca pensó oír eso, y clamó: “Señor, espera un minuto, ¡eso no es justo! Nosotros somos malos, sí; pero ellos son mucho peor que nosotros. ¿Por qué usarías una nación más malvada que Judá para castigar a Tu pueblo? ” Habacuc concluyó: “No entiendo esto para nada. Simplemente me iré a mi torre, y allí esperaré a ver lo que vas a hacer.” Mientras estaba sentado en la torre, vigilante para ver cómo actuaría Dios, la palabra del Señor vino a Habacuc:

“El justo por su fe vivirá.” (Habacuc 2:4)

“Habacuc, vas a tener que confiar en Mí. No vas a entender. Vas a ver cosas que te sacudirán, pero el justo por fe vivirá.”

Esta gran declaración de Dios, “El justo por fe vivirá”, es la misma declaración que libertó a Martín Lutero cuando leyó Romanos 1:17. Siendo monje, él se había estado esforzando al máximo para mortificar la carne. Él luchó para limpiar su vida de pecado; pero entre más se esforzaba, más culpable se sentía. Trató de llevar a cabo todas las obras que la iglesia había dicho que le capacitarían para llegar a ser perfeccionado en la carne. Y aún así, se sentía miserable. “El justo por su fe vivirá” le hizo libre.

Tal como dijo el apóstol Pablo:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.” (Efesios 2:8-9)

La gracia no se gana, es favor inmerecido. Es la bendición de Dios derramada sobre personas que nunca podrían ganarla. Es imposible que usted pueda trabajar lo suficientemente duro, o intentar lo suficientemente fuerte, u obedecer las suficientes reglas como para ganarse un lugar en cielo. La salvación es un regalo, claro y sencillo. Es un regalo que ninguno de nosotros merecemos. Y dado que es un regalo dado por Dios, sólo lo podemos recibir por fe.

El joven rico prominente, que vino a Jesús buscando el camino a la vida eterna, se fue triste porque valoraba sus riquezas terrenales más que las riquezas del cielo. Jesús les dijo entonces a sus discípulos: “¡Cuán difícil es para los que confían en riquezas entrar en el reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos.”

Sus discípulos se miraron unos a otros llenos de asombro, y preguntaron: “Si es tan difícil, Señor, ¿quién podrá entonces ser salvo?”

“Para los hombres esto es imposible”, les respondió Jesús. “Pero para Dios todo es posible.” (Mateo 19:24-26)

¿No se alegra de que Dios le ha provisto vida eterna por gracia, a través de la fe en Jesucristo? Usted no se la puede ganar con sus esfuerzos. Usted no puede trabajar para obtenerla. Usted puede, solamente, aceptarla por fe.

Sólo piense cómo sería si Dios hubiera establecido una lista de cosas que debe hacer, y cosas que no debe hacer, y luego hubiera dicho: “Ahora, si usted hace esto, si lee tantos capítulos de la Biblia al día, si pasa tantas horas en oración, si le testifica a tantas personas a la semana, si da tanto de sus diezmos para la iglesia, y pasa tanto tiempo con las viudas, los huérfanos y los prisioneros, entonces será salvo.” Si usted pudiera ganar su salvación, si se ganara una estrella de oro cada vez que le testificara a alguien y otra estrella de oro cada vez que orara, diera o sirviera, entonces, cuando llegara al cielo, andaría por todos lados alardeando de su tarjeta llena de estrellas: “¡Mira cuántas estrellas obtuve!”

¿Sabe qué ocurriría, verdad? El cielo se convertiría en una gran sesión de jactancia, y eso sería miserable. Después de haber alardeado acerca de todo lo que usted hizo, la siguiente persona seguramente diría: “¿Se puede callar por favor? Quiero hablarle de todas las cosas maravillosas que yo hice.”

La salvación no es por obras, para que ningún hombre se gloríe. Pues ¿qué dice la Escritura?: “Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia.” (Romanos 4:3)

La salvación por gracia, a través de la fe en Jesucristo, elimina la jactancia. Ni usted, ni yo, podemos presumir de nada. Lo único que podemos hacer es darle gloria a Jesucristo y decir: “¡Alabado sea el Señor! Yo estaba perdido en el pecado. Vivía según la lujuria de mi carne y de mi mente. Era, por naturaleza, un hijo de ira, pero Jesús me alcanzó y me sacó del lodo cenagoso. Él me lavó completamente. Puso mis pies sobre la roca sólida, y ahora estoy en Él, en los lugares celestiales. ¡Gloria a Dios! ¡Él lo hizo todo!”

¿Ha puesto su fe en Jesús? La Biblia insiste en que Dios ve a los creyentes completos en Cristo. Estamos envueltos en la justicia de nuestro Salvador, con la cual Dios nos cubre a través de nuestra fe y confianza en Jesús. No cambia con nuestro cambiar, ni vacila con nuestro vacilar.

Cuando usted pone su fe en Jesucristo, su relación con Dios se vuelve segura. Se establece firmemente porque no se basa en algo tan débil como usted y sus obras. Más bien, se basa en la obra que Jesucristo realizó por usted. Si Dios acepta la obra completada por Jesucristo, entonces usted también necesita descansar en que Él la completó.

“Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.” (Romanos 4:5)

“Porque todas las promesas de Dios son en Él (Jesús) Sí, y en Él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios.” (2 Corintios 1:20)

Dios nos ha dado excesivamente ricas y preciosas promesas, por medio de las cuales llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina. (2 Pedro 1:4)

Y echamos mano de todas ellas por fe.

Lecciones en Medio de la Oscuridad

En este punto de mi vida puedo mirar atrás y empezar a ver cómo, desde el mero principio, Dios me estaba preparando para la tarea que me había asignado. Puedo ver ahora que Dios tuvo siempre Su mano en mi vida, en todo lo largo del camino; aunque no me percaté de eso en el momento. En medio de los momentos más difíciles de mi vida, Dios me estaba enseñando lecciones vitales, a fin de equiparme para la obra que Él había decretado que yo llevara a cabo para el reino.

Es maravilloso mirar atrás desde esta posición ventajosa y decir: “¡Oh, Dios estaba en medio de esa prueba! Recuerdo qué tan miserable me sentía. Pensé que Dios me había abandonado. Me quejé con Dios en medio de mi situación. Pero mira, precisamente eso es lo que Dios usó para Su gloria y para mi beneficio. Veo y entiendo cómo Él ha hecho que todo tenga sentido.”

Cuando se alcanzan las ocho décadas de edad, se puede comenzar a decir este tipo de cosas. Para entonces, ya se ha obtenido un poco de perspectiva que no se tiene cuando uno tiene veinte años. Cuando usted estaba pasando por esos momentos difíciles y miserables, usted no podía hallarles ningún sentido a ellos. Usted no sentía que le importaba a Dios. Se preguntaba si Él siquiera veía lo que estaba pasando.

De la única manera que usted puede sobrevivir esos tiempos difíciles, es caminando por fe en la bondad de Dios y Sus promesas seguras. Después, quizás podrá ver. Ahora mismo, no puede. Pero sí puede avanzar confiadamente, sabiendo que Dios siempre honrará Sus promesas.

Si pudiéramos ver más allá de hoy

Como Dios puede ver

Si todas las nubes se desvanecieran
Las sombras huyeran;
Ante penas presentes no nos apuraríamos
Cada pesar pronto olvidaríamos
Pues muchas son las alegrías que aún esperan
Para ti y para mí.
Si pudiéramos saber más allá de hoy
Como Dios lo sabe
El por qué los tesoros más queridos se desvanecen
Y lágrimas deben caer;
Y por qué la oscuridad lleva a la luz
Por qué los días sombríos pronto serán brillantes,
Algún día lo que está mal en la vida se tornará en bueno,
Eso nos lo dice la fe.
Si pudiéramos ver, si pudiéramos saber
Decimos a menudo,
Pero Dios en su amor un velo ha puesto
En nuestro andar.
No podemos ver qué sigue,
Así que nos aferramos más a Él,
Él nos guía hasta que se acabe esta vida,
Confía y obedece. 1

Muchas veces eso es todo lo que podemos hacer. No podemos ver. No sabemos. Pero podemos aferrarnos al Señor, confiando en Él y obedeciéndole.

1 " Si pudiéramos ver más allá de hoy," letra y música de Norman Clayton, © 1943.

Capítulo 2

¿Cómo Opera la Fe?

“Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia.”

Gálatas 3:6

Hace muchos años nuestra iglesia se reunía en una pequeña capilla. Habíamos construido la iglesia en la antigua propiedad de una vieja escuela, usando materiales que recuperamos del edificio. Cuando trazábamos los planos de la nueva iglesia, estábamos seguros que sería lo suficientemente grande para cubrir las necesidades de nuestra congregación. Y así fue, por unos cinco minutos. Inmediatamente después comenzó a desbordarse, con gente sentándose en los pasillos y ocupando cada espacio libre. Abrimos las ventanas que daban al patio, y pusimos tantas sillas como pudimos. Pero aun así, las personas ocupaban toda el área posterior del patio, y permanecían de pie durante todo el servicio. Tuvimos que expandirnos. Necesitábamos otro edificio y lo necesitábamos pronto.

Un día, la propiedad que ahora poseemos, salió al mercado después de un juicio hipotecario en el cual se decidió venderla. Alguien sugirió que compráramos todos los diez acres. Con mi tremenda fe, me pareció que diez acres sería demasiado. Pensé que sólo necesitábamos cinco.

¿“Bien, entonces,” dijo alguien tratando de animar a la compra, “por qué no compramos los diez y vendemos cinco?”

Nuevamente, dando muestra de una enorme fe, pensé: “¿Pero de dónde vamos a sacar el dinero?”

De repente vino a mí un hombre de Fresno con una proposición. Me dijo: “invertí algo de dinero hace algunos años y lo puse en una cartera de valores. Ese dinero es de Dios, y ha aumentado tanto que estoy asustado. Ahora quiero regalarlo.” Sin vacilar dijo, “tengo más de un millón de dólares y quiero dárselo a usted.”

“¡Increíble!”, dije. “Eso es mucho dinero. Será mejor que ore al respecto.” Y eso fue lo que hice. Fui a casa y oré. Y mientras oraba Dios me reveló: “Yo voy a hacer una obra que hará que la gente se maraville. Si confías en Mí, me voy a ocupar de todas las finanzas. Si tomas el dinero de este hombre, entonces siempre se dirá que esta obra

fue gracias a su regalo. La gente dirá: “Cualquiera con esa cantidad de dinero podría construir algo grande.” ”

“Yo quiero recibir la gloria por lo que Yo hago”, me dijo Dios. “Ve y dile a ese hombre que le dé su dinero a otra persona.”

Obedecí, pero fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida. Necesitábamos esta propiedad y la necesitábamos rápido. Así que para mí decirle: “lo siento, no puedo tomar su dinero”, casi me mata. Pero cuando le expliqué la razón, él entendió.

Hasta el día de hoy, ¡Dios nos ha bendecido! El Señor ha construido esta iglesia, y lo ha hecho a Su manera. Todo lo que tenemos es gracias a la provisión del Señor. Toda la gloria le pertenece a Él. Y aprendí una vez más que a Dios le gusta obrar a través de nosotros y para nosotros, por fe, a fin de que Él obtenga el crédito y la gloria por lo que ha hecho.

Cuatro Claves para la Fe

Las Escrituras siempre apuntan a Abraham, para hacernos recordar un ejemplo clásico de una persona que creyó en la promesa de Dios. ¿Cómo operó realmente la fe de Abraham? En Romanos 4:19-21 Pablo nos dan gran luz para entender la fe de Abraham. Note cuidadosamente las cuatro claves de la fe de Abraham.

Primera: Abraham no consideró la dificultad humana

“Y no se debilitó en la fe al considerar su propio cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara.” (Romanos 4:19)

Abraham no consideró la fragilidad de su propio cuerpo, estando para entonces prácticamente muerto; ni tomó en consideración el vientre estéril de Sarah. La mayor dificultad desde el punto de vista humano, simplemente no fue impedimento a su fe.

En contraste, cuando nosotros estamos ante un problema o una situación, lo primero que hacemos es tratar de medir el problema: ¿Es fácil, difícil, o imposible? Una vez que determinamos esto, sabemos cómo orar.

Los problemas fáciles requieren sólo una oración sencilla: “Dios mío, ocúpate de eso. Gracias Señor.” Sentimos que no tenemos que orar tan profundamente cuando el problema es sencillo.

Los problemas difíciles nos hacen orar con un poco más de intensidad: “Oh, Señor, gracias porque Tú eres mi Dios y el Creador del universo. Ahora, Señor, podrías...” Nuestras oraciones se vuelven un poco más sofisticadas cuando se trata de problemas difíciles.

Y cuando estamos en esas situaciones imposibles, bueno, éstas sí requieren oraciones de alto calibre.

Muy a menudo cometemos el error de proyectar nuestras propias limitaciones a Dios. Pensamos que si es difícil para mí, debe ser difícil para Dios también. Y si es imposible para mí, si bien espero que Dios pueda de alguna manera solucionarlo, no estoy tan seguro.

Eso está mal. Nunca deberíamos hacer eso.

Cuándo el Rey Asa subió al trono, un número enorme de etíopes invadió la tierra. Pero Asa tenía sólo un pequeño ejército. Así que recurrió a Dios, y dijo: “¡Oh Jehová, para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas! Ayúdanos, oh Jehová Dios nuestro” (2 Crónicas 14:11). Asa se dio cuenta que para Dios era igual si él tenía un ejército grande o pequeño, fuerte o débil. La única cuestión era si Dios los ayudaría o no.

Exactamente de la misma manera, la ayuda de Dios es todo lo que usted necesita. Su propia fuerza no entra en cuestión, porque el factor humano no es un factor acá para nada. Cuando Dios se involucra, usted tiene que eliminar por completo el factor humano. Eso fue precisamente lo que hizo Abraham. Él eliminó el factor humano, no lo consideró, porque confió en la promesa de Dios para su necesidad. Ésa es la primera clave para una fe genuina.

Segunda: Abraham no titubeó ante las promesas de Dios

“No dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios.” (Romanos 4:20)

Sea cual fuere la situación que usted pueda estar enfrentando, la Palabra de Dios es tan rica y tan completa que usted puede ir a ella, y encontrar una promesa totalmente apropiada para su necesidad actual. Dios lo cubre todo. Nada ha ocurrido, o le ocurrirá a usted, que le impida encontrar una promesa en la Palabra de Dios que se aplique directamente a su situación. Usted siempre encontrará algo a lo que pueda aferrarse.

Aunque nos gusta cantar el antiguo himno "Firmes en las Promesas", en muchos casos pienso que deberíamos cantar "Tambaleantes en las Promesas." Muy a menudo, en

lugar de permanecer firmes en las promesas de Dios, nos hayamos tropezando en ellas.

“Ahora bien, Señor, sé que Tú dijiste que ayudarías, pero no sé si eso se aplica a mí. Señor, Tú puedes ayudar a otros, pero no estoy seguro en cuanto a mí.” Eso es tambalearse ante las promesas de Dios.

En el Antiguo Testamento encontramos muchos ejemplos de aquéllos que se tambalearon ante las promesas de Dios. Usualmente dudaron por tratar de entender cómo podría Dios solucionar algo. Aunque Dios prometía que lo haría, no podían determinar cómo lo habría de hacer. Pero el “cómo” no es nuestro problema.

El rey Joram de Israel hizo lo malo ante los ojos del Señor, y animó a su pueblo a que adorara a Baal y a otros dioses falsos. Durante su perverso reinado, se proliferaron de tal manera, por toda Samaria, los ídolos y el culto pagano; que Dios permitió que el rey sirio Ben-Hadad invadiera la tierra. Los sirios sitiaron la ciudad de Samaria, bloqueando todos los suministros a fin de que la gente dentro de los muros de la ciudad muriera lentamente de hambre. La hambruna fue tal que empezaron a vender la cabeza de un burro por ochenta piezas de plata. Considere que Judas traicionó a Jesús por treinta piezas de plata; y en ese tiempo en Samaria, la cabeza de un burro se vendía por tres veces esa cantidad. ¿Qué se puede comer de la cabeza de un burro? Estoy seguro que no lo sé; tal vez se pueda hervir para hacer una sopa. Pero la gente desesperada estaba dispuesta a dar ochenta piezas de plata tan solo por la cabeza de un burro. Las cosas se pusieron tan drásticas que comenzaron a practicar canibalismo.

Joram culpó a Dios del problema cuando este desastre ocurrió. También culpó al profeta de Dios, Eliseo: “Que Dios me ayude si no mato a ese tal Eliseo,” dijo amenazante. Así que marchó hasta la casa de Eliseo con la intención de asesinar al profeta. “Ah” dijo, “finalmente te he alcanzado, tú que has causado tantos problemas a Israel.”

“Usted ha entendido mal las cosas”, contestó Eliseo. “Es usted quien le ha causado los problemas a Israel al propagar el culto a dioses falsos. Pero no se preocupe; mañana a estas horas se estará vendiendo a la puerta de Samaria una medida de flor de harina fina por sesenta y cinco centavos.”

Cuando el consejero del rey oyó esta predicción, se burló de Eliseo: “Aun si Jehová abriera las ventanas del cielo, ¿podiera ocurrir tal cosa?” (2 Reyes 7:2).

Debe entender que Eliseo acababa de anunciar una promesa asombrosa. Las personas se morían de hambre en la ciudad, pero Dios dijo que al día siguiente una medida de flor de harina fina se estaría vendiendo por sesenta y cinco centavos; no ochenta piezas de plata por la cabeza de un burro. La mente de este consejero

malvado simplemente no podía comprender cómo podría ocurrir tal cosa. ¿Cómo podría hacer Dios algo tan grande? Así que Joram se burló de la profecía de Eliseo. Él dudó de la promesa de Dios.

Eliseo no tomó a la ligera el escepticismo de este hombre. Él dijo: “Cuida tu boca. Lo verás, más no lo comerás. Lo verás ocurrir, pero no podrás disfrutar nada de ello.” Ciertamente, al día siguiente, cuando la gente descubrió que los sirios habían desocupado completamente su campamento, salieron impetuosamente de la ciudad y saquearon todo lo que sus enemigos habían dejado atrás. Mientras este cínico consejero real estaba a la puerta observando cómo el pueblo se regocijaba en su inesperada abundancia, él los vio vendiendo una medida de flor de harina fina por sesenta y cinco centavos. En su afán por tomar ventaja de este profetizado golpe de fortuna, la gente atropelló al consejero del rey que estaba en la puerta, y murió. Tal como Eliseo había predicho, él vio la provisión de Dios, pero no probó ni un poquito de ella. Él se tambaleó ante las promesas de Dios.

Abraham no dudó de la promesa de Dios. Él aceptó la promesa del Señor cuando Dios le dijo que su anciana esposa, Sarah, concebiría y daría a luz un hijo. Él no dudó de la promesa porque nunca consideró la imposibilidad humana de su cumplimiento.

Tercera: La fe de Abraham lo llevó a glorificar a Dios

(Abraham) “se fortaleció en fe, dando gloria a Dios.” (Romanos 4:20)

En cuanto recibió la promesa, Abraham agradeció al Señor por el hijo que se le había prometido: “¡Señor! ¡Qué bendición tener un niño... mi propio hijo! ¡Qué feliz se pondrá Sarah! ¡Oh, gracias, Padre!”

Si usted hubiera pasado a visitar a Abraham aquel día, habría visto un anciano sentado dentro de su tienda, radiante y feliz, casi sin poder contener la alegría. ¡Quizá hasta lo habría visto chiflando y gritando: “Señor, Tú eres tan bueno conmigo!”

“Oiga anciano”, usted podría haber dicho; “¿por qué está tan feliz?”

“Mi esposa y yo vamos a tener un hijo.”

“¿En serio? ¿Qué edad tiene usted?”

“Oh, tengo aproximadamente cien años de edad.”

“Bueno, ¿cuántos hijos serán con éste?”

“Será nuestro primer hijo.”

¿“Su primero? ¿Cuánto tiempo han estado casados?”

“Cerca de ochenta años más o menos.”

“Eso es... interesante. ¿Está su esposa embarazada?”

“Oh no, todavía no.”

En ese momento usted muy probablemente se marcharía diciendo: “Pobre hombre. Está senil, ya sabes. Pero no está lastimando a nadie. Dejémoslo en paz.” Aquí Abraham está dándole gloria a Dios antes de que exista evidencia alguna de que Dios cumplirá su promesa. Todo lo que Abraham tiene es la palabra de Dios. Pero basado en esa palabra solamente, él le da gloria a Dios.

Se nos hace muy fácil alabar a Dios cuando comenzamos a ver evidencias de Su respuesta. Pensamos: “¡Qué bien! Parece que Dios va a obrar.” Se hace particularmente fácil alabarle cuando vemos que la promesa se cumplió: “Gracias, Señor. ¡Tú eres tan bueno!” Nos regocijamos en ese momento, y eso es bueno. Pero eso no es fe. Fe es regocijarse antes de que haya evidencia alguna del cumplimiento de la promesa.

Hace algunos años, cuando nuestros tres primeros hijos eran todavía muy pequeños, estábamos viviendo en Corona y pastoreando una iglesia muy pequeña. No podía mantener la familia, así que había conseguido un empleo en los supermercados Alfa Beta. Un día recibimos la noticia que mi suegra había muerto en Phoenix. Hicimos arreglos con Alfa Beta para ausentarme brevemente, y fuimos a Arizona. Nos tomó cerca de dos semanas poner todos los asuntos en orden después de su muerte.

Cuando regresamos a Corona, fui a Alfa Beta para ver el calendario de trabajo y saber cuándo me tocaba trabajar. El gerente me vio y dijo: “Chuck, antes de que puedas regresar al trabajo necesitas ponerte de acuerdo con el sindicato. Estás retrasado en tus cuotas.”

Fui a la oficina del sindicato para pagar mis cuotas atrasadas y ellos me dijeron: “Usted ha sido multado con cincuenta dólares por retrasarse.”

“Pero no tengo los cincuenta dólares”, contesté.

“Pues bien, usted no puede regresar al trabajo a menos que pague la multa y se ponga al día con las cuotas”, dijeron.

“No puedo pagar la multa a menos que esté trabajando”, contesté.

“Eso es su problema”, replicaron. No tuvieron compasión alguna por mi situación. Les dije que mi suegra había muerto y que había estado fuera del estado. Pero tuvieron sólo una respuesta: “Usted tiene que conseguir el dinero.”

Debido a eso no pude trabajar por algún tiempo; y como consecuencia, a medida que pasaban los días, nos endeudábamos más. La situación me desalentó considerablemente.

Por ese tiempo, los supermercados Alfa Beta me hicieron una oferta. Me propusieron que pasara a la gerencia, lo que implicaba que no tenía que pertenecer al sindicato. La compañía me propuso un salario bien atractivo y algunas oportunidades excelentes para que entrara en mercadeo, sólo había un requisito: Tenía que dejar el ministerio y hacer del mercadeo mi carrera.

Me sentí muy tentado. Una mañana, me levanté temprano sintiéndome frustrado y confundido, y pensé: “Tal vez debería olvidar el ministerio. Simplemente no estoy saliendo adelante, y la iglesia no crece. Estamos cada vez más endeudados.”

Cerca de las diez de la mañana sonó el teléfono. La persona que llamaba era una antigua amiga de la familia. Después de saludarnos, dijo: “Llamamos para hacerles saber que les hemos enviado un cheque por \$425 dólares. Lo enviamos por correo aéreo, de entrega inmediata, para que lo puedan recibir mañana.”

Había sacado la cuenta de mis deudas esa mañana, \$416. Lleno de alegría comencé a alabar a Dios y a gozarme por Su provisión. “¡Fabuloso, salí de mis deudas! Señor, Tú eres tan bueno. ¡Oh, gracias, Jesús!”

Fui a la cocina, agarré a mi esposa y la levanté en mis brazos diciendo: “Salimos de las deudas. ¡Gloria a Dios! ¡Aleluya!” Alrededor de media hora más tarde, cuando comencé a calmarme, el Señor habló a mi corazón: “¿Por qué estás tan feliz?”

“Oh, Señor”, dije, “Tú eres lo máximo. Te agradezco Jesús. Tú eres tan bueno conmigo.”

El Señor volvió a hablar a mi corazón: “¿Cómo sabes que te van a enviar ese dinero?”

“Vamos Señor, tienes que estar bromeando”, pensé. “¿Qué quieres decir preguntando cómo sé que van a enviar el dinero? Ellos me dijeron que ya está en el correo. Viene en correo aéreo de entrega inmediata. Señor, ellos son gente buena. Los conozco desde hace mucho tiempo. Confiaría en su palabra cualquier día, Señor.”

“Esta mañana”, me dijo, “cuando te levantaste sintiéndote tan desanimado, protestando y quejándote Conmigo mientras sacabas cuentas de tus deudas, y tuve que escuchar toda tu palabrería sin sentido, ya tenías Mi promesa que iba a suplir todas tus

necesidades. Sin embargo, en ese momento no te vi regocijándote o danzando de felicidad con tu esposa por toda la cocina. Ahora que tienes la palabra de un hombre de que un cheque está en camino, estás eufórico. ¿Quién tiene más peso en su palabra?”

Tuve que pedirle perdón al Señor y arrepentirme por mi actitud. Había dudado de las promesas de Dios. Fallé en darle gloria porque mi fe no era fuerte. Sólo hasta que tuve pruebas de Su provisión comencé a gritar aleluyas.

El conocer Filipenses 4:19 debió haber sido causa suficiente para alabarle. Allí la Palabra promete: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.” Debería haber dicho: “¡Fabuloso, aleluya! Gracias, Señor. Dios se ha encargado de todo.” Pero no estaba fuerte en la fe. El Señor me estaba enseñando a fortalecerme, y aun así Él suplió mi necesidad antes de que me crecieran nuevos músculos de la fe.

¿Cuántas veces se ha tambaleado ante Filipenses 4:19? “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.” En lugar de tropezar y tambalearse, vaya a la Palabra de Dios y encuentre una promesa afín a su situación. Lea esa promesa, medite en ella, y luego manténgase firme en ella. Agradezca al Señor y alábele por lo que Él le ha mostrado a través de Su Palabra.

Cuarta: Abraham confió en las promesas de Dios

“Plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.” (Romanos 4:21)

Lo más importante yace en esta pregunta: “¿Puede hacerlo Dios?” La respuesta depende de su opinión de Dios. Si su concepto de Él está basado en su propia experiencia, y en su propia lógica, entonces le puedo asegurar que su concepto de Dios es limitado, porque usted es limitado. Las cosas que son difíciles para usted serán difíciles para el dios que usted cree a su propia imagen. Hacemos esto cuando pensamos: “Si yo fuera Dios, esto es lo que yo haría y cómo lo haría.” No tiene sentido pensar así porque los caminos de Dios están más allá de nuestro entendimiento.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.” (Isaías 55:8-9).

Si usted cree sin embargo, en el Dios que se ha revelado en la Biblia, entonces es absurdo considerar que algo sea difícil para Él, porque Él es el Dios que creó el universo, los cielos, la tierra, y todo lo que hay en ellos.

“¡Oh Señor Jehová! He aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti.” (Jeremías 32:17).

¿Qué podría ser demasiado difícil para el Dios que creó cada galaxia, cada estrella, cada planeta, cada asteroide y cada pedazo de polvo en este vasto universo?

Dios no mide las cosas en categorías de sencillo, difícil, o muy difícil. Él es todo poderoso. Por esa razón para Dios es tan fácil ayudar en una crisis grande como en una crisis pequeña. Es igual de fácil para Dios suministrar un millón de dólares como lo es entregar cinco centavos.

Por supuesto que nosotros no lo vemos de esa manera. Si necesito 25 centavos, comienzo entonces a revisar en las cabinas de los teléfonos que operan por monedas (cuando existían de ese tipo), y en las máquinas dispensadoras de caramelos, esperando encontrar una moneda o dos. “Sé que Dios puede suplir. Hay una cabina telefónica allí, vamos a ver si Dios suplió.” Eso da resultado algunas veces cuando necesitamos unas monedas. ¿Pero qué tal si usted necesita un millón de dólares?

“¡Oh, Dios! Eso es muy difícil.” Pero eso es proyectar mis propias limitaciones a Dios quien es ilimitado. Dios nunca ha prometido nada que Él no pueda cumplir.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, ordenó un decreto que al sonido de cierta música, todo el mundo tenía que postrarse ante la gran imagen de oro que él había erigido en la planicie de Dura. Él programó el día en que este nuevo decreto entraría en vigor; y cuando la música sonó todo el mundo se postró de rodillas, todos excepto Sadrac, Mesac y Abed-nego. Estos tres jóvenes hebreos habían sido traídos cautivos de Judá, y Nabucodonosor los había hecho gobernadores sobre las provincias de Babilonia. Pronto, alguien reportó su desobediencia al rey de Babilonia. Él los hizo venir y les dijo: “Tengo entendido que ustedes no se postraron cuando la música sonó. Les daré una oportunidad más, y si no se postran, serán echados en el horno de fuego. ¿Y qué dios existe que los pueda librar de mi mano?”

“Oh Rey”, contestaron, “No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo.” (Daniel 3:16-17). Y por supuesto que sabemos que ¡Él lo hizo!

Usted nunca debe medir un problema por su capacidad para solucionarlo. Usted lo debe medir basado en la capacidad de Dios para solucionarlo, pues es en Él en quien usted confía. Dios es capaz de hacer cualquier cosa que Él haya prometido hacer.

Aun Si Requiere un Milagro

Un día Abraham se encontraba meciendo a su pequeño hijo en sus brazos. Mientras sostenía al hijo de la promesa de Dios, lo miró y dijo: “voy a llamarte Risa (Isaac quiere decir risa), porque me causa risa tan sólo el pensar que tú nos haya nacido a Sara y a mí.” Dios cumplió la palabra que le dio a Abraham, aun cuando se necesitó un milagro para ello.

¿Qué situaciones está enfrentando hoy? ¿Cuáles son sus preocupaciones? ¿Hay dificultades en su camino? Cualquiera que sea su situación, busque en la Palabra de Dios una promesa que se aplique a su situación y aprópiase de ella. Luego, inmediatamente, comience a alabar al Señor: “Fabuloso, Señor. Tengo Tu palabra aquí. Gracias.” Comience a dar gloria a Dios, porque ciertamente Él puede hacer mucho más abundantemente de lo que usted pueda pensar o pedirle.

Pueda usted, esta misma semana, encontrar gran victoria en su vida, cuando a través del poder de Dios usted empiece a permanecer firme donde siempre ha tropezado. Pueda usted observar cómo Él suple sus necesidades a través de la provisión de Dios. A medida que usted ejerza y crezca en la fe, comenzará a beneficiarse de los frutos de esa fe, todo por la gracia y la misericordia de Jesucristo.

Capítulo 3

¿Qué Logra la Fe?

“Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.”

Mateo 17:20

Hace varios años mi esposa y yo alquilamos una casa en la calle South Bell de Corona, California. Kay es muy creativa y artística, y con un poquito de tela barata puede hacer que una casa se vea genial. Y yo, por supuesto, podía pintar y hacer algunas reparaciones generales. Así que hacíamos un buen equipo de trabajo.

Cuando la propietaria vino a cobrar la renta, vio que la casa se veía mucho más bonita; así que decidió mudarse de nuevo a su casa, dándonos orden que la desalojáramos. Por esos días Kay estaba embarazada de nuestro tercer hijo. Como no podíamos pagar más de cincuenta dólares al mes, sabíamos que sería difícil encontrar otra casa.

Dos semanas antes de la fecha en que teníamos que desocupar la casa, la propietaria llamó para preguntar cómo iban nuestros planes de mudanza.

“Todo va bien”, le contesté.

“¿Ya tienen otra casa adónde moverse?”, preguntó ella.

“No.”

“Pues bien, les he dado orden de desalojo, y van a tener que salir de ahí porque me estoy mudando.”

“No se preocupe. Ya nos habremos ido para la fecha que usted lo desea.”

“¿Pero por qué no han encontrado una casa todavía?”

“Todas las noches estamos buscando”, le dije. “Estamos revisando todos los clasificados en el periódico, y siguiendo cada pista. Le digo la verdad, estamos buscando.”

Una semana antes que nos tuviéramos que salir, volvió a llamar. “¿Ya encontraron una casa?”

“No, todavía no.” A la mujer le dio un ataque de rabia. Honestamente, yo no sabía cómo el Señor iba a resolver las cosas; pero nuevamente le aseguré a ella que nos iríamos a tiempo.

Todos los días, esa semana, ella llamó para averiguar si habíamos encontrado un lugar. “Señora” le dije, “ya he solicitado un camión para la mudanza. Viene el próximo sábado.”

“¿Pero a dónde se van mudar?”

“Aún no lo sé.”

Por supuesto que la propietaria asumió que la llevaríamos ante los tribunales. Creo que ella nos imaginó a mí y a Kay, quien estaba en los últimos días de su embarazo, entrando con nuestros dos pequeños, presentando nuestra triste historia ante el juez, quien diría: “¡Por Dios! Mujer cruel, dele más tiempo a estos muchachos.” Ella parecía temer esa posibilidad, y estaba muy molesta con nosotros aun cuando le asegurábamos constantemente que no se preocupara, que nos íbamos a mudar.

El sábado llegó, y todavía no teníamos un lugar, pero habíamos alquilado un camión de mudanzas. Alguien de nuestra iglesia dijo: “Tenemos un garaje. Pueden guardar sus cosas ahí hasta que encuentren una casa.”

Mis padres vivían en Santa Ana, así que simplemente decidimos mudarnos con ellos. El sábado en la mañana mudamos todas las cosas al garaje; y luego salimos para la casa de mis padres. Todavía no nos habíamos sentado a comer, cuando el teléfono sonó; eran las personas que tan amablemente nos habían permitido guardar nuestros muebles en su garaje.

“Esta tarde”, dijeron, “un camión de mudanzas vino a la pequeña casa de al lado. Le preguntamos a los que se estaban yendo si el lugar ya estaba alquilado. Nos dijeron que no. Les dijimos que conocíamos a alguien que la alquilaría. Cuando preguntamos cuánto cobraban, contestaron, “Cincuenta y cinco dólares.” ”

“La alquilamos”, dijimos Kay y yo a nuestros amigos. Esa misma noche, movimos todo del garaje a la casa de al lado; y ni siquiera tuvimos que alquilar otro camión de mudanzas.

Como si fuera poco, esta casa era más bonita que la otra. Apenas tuve que hacer algunos trabajos en ella, sólo pequeñas cosas, como ponerle un piso nuevo de azulejos en el baño, etc. Después de los arreglos, la casa era ideal para nosotros.

“Señor, descansamos en Ti”, ése había sido nuestro lema. “No estoy seguro qué va hacer Dios. Pero Él va a hacer algo, eso sí lo sé. Y lo que Él haga, será bueno; así que,

¿por qué preocuparnos al respecto?” Sabíamos que el Señor se encargaría de la situación, y lo hizo. Es maravilloso poder descansar en el Señor, aun cuando no sabemos cómo Dios va a solucionar todo en medio de las circunstancias.

He descubierto que, aparentemente, Dios prefiere aparecerse hasta en el último minuto. A menudo no actúa hasta en la fecha límite, y en algunos casos, después que haya pasado. Pero cuando Dios contesta después de la fecha límite, usted puede estar seguro que Él hará una obra mayor que la que usted había anticipado.

Una Perspectiva Correcta

Cada vez que el tema de la fe sale a relucir, invariablemente alguien citará las palabras de Jesús:

“Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.” (Mateo 17:20)

Es importante que pongamos estas promesas en perspectiva, recordando a quiénes Jesús les estaba hablando. Él reveló el potencial de la fe a Sus colegas más cercanos, Sus discípulos.

¿Qué constituye, pues, el discipulado? Jesús había dicho anteriormente: “Si alguno quiere venir en pos de mí (ser Mi discípulo), niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.” (Mateo 16:24)

Cuando Jesús habla acerca del gran potencial de la fe, les habla a hombres que se han negado a sí mismos, que han tomado su cruz y se han sometido completamente a la voluntad de Dios. Estos hombres y mujeres ya no van tras cosas, sólo para sí mismos; ellos siguen a Jesús.

Mucho de lo que se enseña hoy en día sugiere que si uno tan solo pudiera desarrollar y aprender las claves de la fe, podría usar esta fe para producir toda clase de riquezas, estilos de vida lujosa, y cosas maravillosas para uno mismo. Pero Jesús aquí le está hablando a aquellos que se han negado a sí mismos. La fe no es un medio a través del cual puedo atesorar diamantes, casas y otras mercancías extravagantes para mí mismo. Considere algunas de las cosas que la Biblia dice se han logrado a través de la fe:

Por la fe Enoc fue trasladado al cielo para no ver muerte. (Hebreos 11:5)

Por la fe Noé escapó el juicio de Dios sobre la tierra. (Hebreos 11:7)

Por la fe cayeron los muros de Jericó. (Hebreos 11:30)

Por la fe reinos fueron conquistados. (Hebreos 11:33)

Por la fe las bocas de leones fueron paradas. (Hebreos 11:33)

Por la fe los tres jóvenes hebreos sobrevivieron el fuego ardiente. (Hebreos 11:34)

Por la fe los débiles fueron hechos fuertes. (Hebreos 11:34)

Por la fe ejércitos extranjeros fueron puestos a la fuga. (Hebreos 11:34)

Por la fe mujeres recibieron a sus muertos mediante resurrección. (Hebreos 11:35)

¡Qué gran potencial tiene la fe para cambiar nuestras circunstancias difíciles!

Fieles, pero Sufriendo

La fe tiene un enorme potencial para convertir situaciones negativas en triunfos; pero los verdaderos hombres de fe también han sido torturados. Han padecido crueles vituperios. Han sido azotados. Han sufrido cárcel. Han ido ambulantes de un lado a otro, vestidos con pieles de ovejas, destituidos, hambrientos, afligidos y maltratados. Han sido apedreados, o aserrados en dos, o muertos a filo de espada, aunque fueron hombres de una fe genuina. (Hebreos 11:35-37)

¿Qué le dice esto con respecto a la fe? Nos dice que no siempre nos libra de las circunstancias adversas. La fe no libró a Daniel de que lo lanzaran al foso de los leones. Lo preservó vivo ahí, pero no evitó que lo lanzaran ahí.

Cuando las cosas van mal, tendemos a decir: "Todo está en mi contra." No, no, no. Usted no lo sabe todo. Usted sólo conoce parte de la historia, y está juzgando sin conocimiento completo. Espere a tener todos los hechos, y entonces verá que las cosas son muy diferentes a lo que sospecha.

Muchas veces le he pedido disculpas a Dios por haberme quejado, creyendo que todas las cosas estaban en mi contra. Cuando Él terminó el cuadro, pude ver claramente cuán equivocado estaba. Dios estaba, todo el tiempo, obrando Su plan de amor en mi vida. Aun cuando desfalleció mi fe, Dios usó eso para lograr Sus propósitos en mi vida. Y Él hará exactamente lo mismo por usted.

Su fe no lo libraré necesariamente de momentos difíciles; así como tampoco la fe de los amigos de Daniel los libró del horno de fuego ardiente. Yo camino en fe, pero eso no me libraré de atravesar el valle de la sombra de muerte. Sin embargo, en ese día, Él me sostendrá. El Señor dijo:

“Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti.” (Isaías 43:2)

Él no prometió que no nos rodearían los torrentes de agua, tampoco prometió que escaparíamos del fuego, pero sí prometió que Su presencia estará con nosotros sin importar cuál sea la situación que enfrentemos.

La fe le da confianza de que Dios tiene el control, y que nada le ocurre a usted a menos que Él lo haya permitido. Dado que Él lo ha permitido, Él tiene un buen propósito en, y a través, de ello. Cuando usted rinde su camino al Señor, la preocupación, la lucha y la ansiedad comienzan a desvanecerse; y en lugar de ellas, usted comienza a decir confiadamente: “El Señor tiene el control. El Señor se encargará de ello. No sé cómo, pero sé que Él lo hará.”

La fe nunca es un medio para conseguir que se haga la voluntad suya. La fe es el medio por el cual Dios puede lograr Sus propósitos a través de su vida; y es posible que la voluntad de Dios sea que usted sufra. Ciertamente fue Su voluntad que Su Hijo Unigénito debiera sufrir. Pedro habla del sufrimiento de acuerdo a la voluntad de Dios:

“De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.” (1 Pedro 4:19)

La fe más grande no se manifiesta a través de un escape total de todo sufrimiento; sino cuando confía en Dios que Él lo va guardar en medio del sufrimiento. Cometemos un gran error si pensamos que al tener suficiente fe no tendremos ningún problema. ¡No es cierto! No obstante, Dios estará con nosotros y nos dará la fortaleza para enfrentar cada problema victoriosamente. Ése es el verdadero potencial de la fe.

Hostigando a los Impíos

Solíamos cantar el coro que dice: “Tengo el gozo, gozo, gozo, gozo en mi corazón.” Con los años se le fueron añadiendo todo tipo de versos. Uno decía: “Tengo en mi corazón la esperanza feliz que hostiga a los paganos.”

Esta clase de fe simplemente confía en Dios. Usted no se molesta cuando viene el problema, usted no se retuerce las manos o anda por ahí deprimido diciendo: “No sé qué vamos a hacer.” En lugar de eso, usted sonrío y espera.

“¿Todavía no han cambiado las cosas para usted?”, le pregunta la gente.

“No, la situación todavía es bastante desesperante.”

“¿Cómo puede entonces estar tan feliz?”

“Porque Dios tiene el control.”

Hostiga a los incrédulos el que usted no esté perturbado. “¿Pero qué estás haciendo al respecto?”

“Solamente estoy confiando en el Señor; simplemente descansando en Él.”

“¡Oh, no me digas eso! A Dios rogando y con el mazo dando. Tienes que hacer algo. No puedes quedarte ahí sentado.”

El que usted descansa en el Señor inquieta a los impíos. No entienden por qué no está histérico. La fe es saber que Dios tiene el control de cada área de su vida.

Desafortunadamente, algunas veces le entregamos el problema a Dios... y luego nos acostamos y pasamos toda la noche luchando con el problema. Nos despertamos a las tres de la mañana pensando: “¿Qué va a pasar? ¿Y si hago esto? ¿Y si hago lo otro? Tal vez debería hacer esto.” No podemos descansar porque no estamos confiando en el poder de Dios para ocuparse de la situación. Así que seguimos llevando la carga, y eso nos acaba.

Después de que usted clame a Dios pidiendo ayuda, necesita tomar el segundo paso, descansar en Dios: “Lo he puesto en las manos de Dios y confío que Él se va a encargar de todo.” Después observe lo que Él quiere lograr en su vida a través de la fe.

Dos Personas Desesperadas

En el capítulo 5 del evangelio de Marcos, encontramos dos personas desesperadas que descubrieron el enorme potencial de la fe en Dios. Uno fue a pedir que Jesús lo tocara; el otro fue a tocar a Jesús.

Poco tiempo después de que Jesús comenzara Su ministerio, todo el mundo sabía que muchos eran sanados con sólo tocarle. Así que cuando el Señor llegó a Capernaum, la gente se aglomeró alrededor de Él para tocarle. Un hombre llamado Jairo, un principal de la sinagoga, se abrió camino entre la multitud. La desesperación lo llevó a buscar sanidad para su moribunda hija de doce años.

Ahora, recuerde que poco antes, Jesús había sanado a un hombre en la sinagoga de Capernaum el día de reposo; lo cual causó que los líderes comenzaran a tramarse cómo matarlo. Y ahora Jairo, uno de esos líderes, ha venido desesperado a Jesús porque su preciosa hija yace entre la vida y la muerte. El prejuicio es un obstáculo difícil de vencer, pero Jairo cree que Jesús tiene el poder para sanar.

Él se postra a los pies de Jesús, rogándole que vaya y toque a su hija. A Jairo no le importó para nada en ese momento lo que los otros líderes de la sinagoga pensarán de él. “Si tan solo la tocas,” le dice a Jesús, “sé que ella sanará.”

Jesús va gustosamente con él. No lo reprende por aquel día en la sinagoga. No le dice: “¿Así que ahora que estás con problemas vienes a Mí, ah?” Él no saca a relucir el pasado, ¡me encanta Jesús por eso! Cuando uno viene a Jesús, Él no le recuerda a uno todas sus faltas, haciéndolo sentir miserable y lleno de culpa. Jesús nunca reprendió a nadie que viniera a Él buscando ayuda. Él está dispuesto y deseoso de ayudarlo cuando usted viene a Él en fe.

La segunda persona de esta historia, también se encontraba desesperada por llegar adonde estaba Jesús. Esta mujer había sufrido de flujo de sangre por doce años, una condición médica que la convirtió en una marginada social. El capítulo 15 de Levítico enseña que una mujer con esta condición en particular, debía ser excluida de la comunidad. Esta mujer había gastado todo su dinero en médicos, y su condición sólo empeoraba. Doce años parece poco tiempo cuando se viven con alegría y felicidad, pero cuando su vida está llena de tragedia y sufrimiento, puede parecer una eternidad.

Esta pobre mujer también tenía fe en el poder de Jesús. Al igual que Jairo, ella creía acertadamente, que bastaba un toque de Jesús para ser sanada. Ella tenía la seguridad de que si tan sólo pudiera pasar entre la multitud y tocar el borde de Su manto, sanaría. Muchos obstáculos se interponían en su camino, principalmente, la multitud que rodeaba a Jesús. Pero su desesperación y determinación, hicieron que se abriera paso entre la multitud, hasta que se acercó lo suficiente para tocar el borde del manto de Jesús.

Puedo imaginar a Jairo tratando de abrir camino entre la gente, gritando: “¡Apártense! ¡Déjenlo pasar!” Él tiene que llevar a Jesús inmediatamente a su casa. ¿Pero cuando esta mujer toca el borde del manto de Jesús, Él se detiene repentinamente y pregunta: “¿Quién me tocó?” (Marcos 5:30)

Su pregunta asombra a los discípulos. “¿Qué dices, Señor?”, le preguntan. “Nos están empujando por todas partes, y Tú dices “¿quién me ha tocado?” ¿Estás bromeando?” La palabra griega traducida aquí como “tocar” debió traducirse “agarrar” o “asir firmemente.” Jesús usó esta palabra en el huerto cuando María Lo vio por primera vez después de Su resurrección. Él le dijo: “No me toques”; o más literalmente, “No te agarres de Mí” o “No te prendas de Mí.” Es un agarre firme. Jesús quería saber quién había agarrado Su manto.

Muchos le agarraban. Entonces, ¿por qué se detiene Jesús ahora? Creo que Jesús se detiene para hablarle a esta mujer, y así aumentar la fe de Jairo, el padre que en unos momentos recibiría noticia de que su hija había muerto. Mientras la mujer cuenta la

historia de su aflicción y su sanidad, Jesús le dice: “Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz, y sé curada de tu aflicción.” (Marcos 5:34).

Mientras Jesús estaba hablando, unos mensajeros llegaron y le dijeron a Jairo: “Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestas más al Maestro?” (Marcos 5:35). En ese momento Jesús volvió toda Su atención al perturbado padre, diciéndole: “No temas, solamente cree” (Marcos 5:36). Jesús toma a Pedro, Jacobo, y Juan consigo; y junto con Jairo continúa camino a la casa. Mientras se acercan, oyen a la gente llorando y lamentándose a gritos. Al entrar a la casa, Jesús les pregunta: “¿Por qué todo este alboroto? Ella no está muerta, sólo está dormida.” Al instante los lamentos se tornaron en burla.

Jesús entonces toma a la madre y al padre de la niña, y junto con Sus tres discípulos entra al cuarto donde se encontraba el cuerpo muerto de la pequeña. Jesús la toca, la toma de la mano y le dice: “Talitha, cumi”. Esta es una frase aramea que quiere decir: “Mi corderito, levántate.” Inmediatamente ella se pone de pie y camina, asombrándolos a todos. El Señor les ordena: “No le digan esto a nadie; que no lo sepan.” Él no quería ningún intento prematuro de hacerlo el Mesías. Luego agrega: “Sólo denle algo de comer.” (Marcos 5:41-43)

El toque de Jesús es un toque de amor y sanidad. Es un toque de vida, liberación y poder. Jesús quiere tocarlo hoy a usted para darle todo eso. Él quiere que usted sienta Su amor, y que experimente Su sanidad. Él quiere darle vida eterna, para librarle del poder de la oscuridad que lo ha estado destruyendo. Él quiere darle Su poder hoy mismo.

¡Oh, cuánto necesitamos ese toque de Jesús! Toque a Jesús hoy mismo extendiendo su mano en fe. Hay sanidad para usted. Hay liberación para usted. Hay ayuda para usted en el momento que toque a Jesús.

No sé cuál pueda ser su necesidad específica. No sé cuánto tiempo pudiera haber estado en esa condición, pero yo sé que un toque de Jesús es todo lo que usted necesita para ser sanado totalmente.

Perfecto en Él

Puesto que Dios es omnisciente y eterno, puede hablar de cosas que no han ocurrido como si ya existieran. En Su Palabra habla a menudo del futuro como si ya hubiera pasado.

Cuando usted pone su fe en Jesús, Dios lo ve en ese estado futuro, cuando Él complete Su obra en su vida. Cuando Jesús lo presente a usted ante Su Padre y diga:

“Aquí está Mi novia”, lo va a presentar sin mancha ni arruga. Su prometida no tendrá ningún defecto. Jesús es "poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría.” (Judas 1:24)

Cuando Jesús lo presente ante el Padre, usted estará en ese estado de perfección. Pero incluso ahora, Él lo ve a usted en ese estado de perfección. Él no lo ve a usted con sus fracasos, debilidades y defectos. No, en lugar de eso, Él lo ve a usted perfeccionado en Él, porque sabe que “el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará.” (Filipenses 1:6) El Señor no se dará por vencido con usted.

Él no lo escogió y llamó a usted para ser Su novia, para cruzar luego Sus dedos esperando ser capaz de completar Su obra en su vida. No, Dios siempre termina lo que empieza.

Usted no tiene que preocuparse que uno de estos días, cuándo haya tenido un día malo y haya fallado de nuevo, Él vaya a decir: “Ah, olvídalo. Ella nunca va a salir adelante. Renuncio. Me doy por vencido.” Él conoce todas las cosas, y en base a lo que Él conoce, Él va a hacer por usted lo que usted no puede hacer. Él lo ha escogido y lo ha llamado; y Él perfeccionará esas cosas acerca de usted. ¡Qué milagros Él puede completar en usted y en mí cuando ponemos nuestra fe en Él!

Las Escrituras dicen que “el amor cubrirá multitud de pecados” (1 Pedro 4:8). Siendo abuelo me doy cuenta, cada vez más, de la verdad de esa declaración. Otros podrán tildar de malcriados a algunos de mis bisnietos, pero sin duda alguna yo no los veo así. Estaría listo para enfrentarme a cualquiera que llame malcriado a uno de ellos. Ellos son adorables y simplemente se están expresando.

Me encanta cómo el Señor ve más allá de mis imperfecciones y mis fracasos. Me encanta que Él me vea como alguien completo en Él. Hablando de la iglesia, Cristo dice: “Toda tú eres hermosa, eres completamente hermosa, mi amor. No hay mancha en ti.” (Cantares 4:7) Cuando Él lo mira, ve sólo su belleza, no imperfecciones, manchas o defectos.

Solemos decir: “Pero, Señor, mira esto y aquello.” Qué tonto es llamar la atención a cada imperfección que usted tiene. Simplemente acepte por fe que Él le ama, y que lo ve perfecto en Él. ¡Disfrute eso!

Dios lo está Mirando

Cuando mi nieto Will era pequeño, un domingo mientras regresaban a casa de la iglesia, le hizo una pregunta a su papá: “Papá”, dijo, “¿Es cierto que Dios siempre nos está mirando?”

¿Antes de contestar, mi hijo Chuck Jr. le preguntó: “¿Por qué quieres saber, Will?”

“Porque nuestro maestro de escuela dominical dijo que Dios siempre nos está mirando, y yo quería saber si es cierto.”

¿“Por qué crees que tu maestro de escuela dominical te dijo eso?”

“Bueno, estábamos jugueteando cuando debimos haber estado escuchando nuestra lección de la Biblia. ¿Pero es cierto? ¿Está Dios realmente mirándome todo el tiempo?”

Como el padre sabio que es Chuck Jr. contestó: “Sí, William, es cierto. Dios siempre te está mirando porque te ama tanto que no puede apartar Su vista de ti.”

¿Ha estado alguna vez tan enamorado que no puede dejar de pensar en esa persona? Lo mismo le pasa a Dios con usted. Él lo quiere tanto que no puede dejar de pensar en usted. Él está pensando en usted todo el tiempo.

Así que, ¿cuán difícil debería ser poner su fe en un Dios que rebosa con tanto amor por usted? Él realmente lo ama. Y por ese gran amor, quiere lograr cosas asombrosas en su vida a medida que usted vive por fe en Él, sin importar qué circunstancias pueda usted enfrentar.

Capítulo 4

¿Qué Agrada Más a Dios?

“Sin fe es imposible agradar a Dios.”

Hebreos 11:6

No se necesita mucho para agradar a Dios. Simplemente un poquito de fe bendice el corazón de Dios.

Es una realidad bíblica, profundamente simple, pero sumamente gloriosa. De principio a fin, la Biblia nos exhorta a confiar en el Señor de todo corazón, y no apoyarnos en nuestro propio entendimiento. (Proverbios 3:5)

Oh, como sonrío Dios cuando ponemos nuestra fe y confianza en Él. Asimismo, la Palabra de Dios nos insta a poner nuestra fe y confianza en las promesas de Dios. “Confía en el Señor”, oímos repetidamente, “y Él te libraré.” Ésa es Su promesa.

¿Por Qué No Le Creemos?

Si es cierto que la fe le agrada a Dios, tal como lo asegura la Biblia, ¿no piensa usted que, por lógica, lo contrario también es cierto, que a Dios le desagrade cuando no confiamos en Él? Cuando dudamos de Sus promesas, cuando vivimos con miedo y ansiedad constantes, nuestro comportamiento no le puede agradar. A menudo me he preguntado cómo ve Dios una oración como la siguiente: “Oh Dios, ayúdame a creer. Señor, por favor ayúdame a creer en Tus promesas.”

Suponga que le dijera a mi nieto: “Hijo, cuando cumplas dieciséis años, tu abuelo te va a regalar un auto.” Si él supiera que he comprado autos para todos los demás nietos cuando cumplieron los dieciséis años, ¿cómo cree usted que él respondería? Estoy seguro que él esperaría que lo mismo le ocurriera también a él.

Ahora, ¿qué pensaría usted si, después de hacerle esta promesa a mi nieto, él contestara: “Oh abuelo, ayúdame a creer. ¡Ayúdame a creer en tu promesa, abuelo!”? Yo pensaría: “Hijo, ¿por qué no puedes creer en mí? ¿Te he hecho alguna promesa falsa antes? ¿Te he prometido cosas fenomenales para después fallar en cumplirlas?”

Dios nos ha dado una Biblia llena de promesas asombrosas, y todavía seguimos diciendo: “Oh Dios, por favor ayúdame a creerte. Señor, por favor ayúdame a creer que Tú harás lo que prometiste.”

¿Por qué no le creemos? ¿Qué tienen Sus promesas que se nos hace tan difícil confiar? Enoc, el santo del Antiguo Testamento, no tuvo ni cerca del gran número de promesas divinas que nosotros tenemos en las Escrituras, sin embargo, su fe deleitó el corazón de Dios:

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.”
(Hebreos 11:5)

El mundo se había llenado de tinieblas por el pecado; pero a pesar de la cultura perversa de su tiempo, este hombre piadoso caminó con Dios. Nos damos cuenta que Enoc fue un profeta también, pues Judas cita una de sus profecías:

“De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: “He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos”” (Judas 1:14-15)

Enoc tuvo un hijo a quien llamó Matusalén, que más o menos significa: “En el año de su muerte, vendrá.” ¿Pudo ésta haber sido una profecía referente al gran diluvio de los días de Noé? Si usted suma los años en las genealogías de Génesis, descubrirá que el diluvio vino el año en que Matusalén murió. Enoc fue un profeta que caminó con Dios.

Según una leyenda antigua, Enoc caminaba a diario con Dios. El Señor se reunía con él cada mañana, y Enoc tenía comunión con Dios. Una mañana Dios le dijo a Enoc: “Hoy caminemos un poco más. Trae tu almuerzo.” Así que Enoc trajo su almuerzo; caminaron un poco, almorzaron juntos, y siguieron caminando... y caminando... hasta que finalmente Enoc dijo: “Se hace tarde, Señor. Mejor regreso a casa.” Pero el Señor le dijo: “Estamos más cerca de Mi casa que de la tuya. ¿Qué te parece si vienes a casa Conmigo?”

Me encanta esa historia. No sé qué tan cierta pueda ser, pero la fe de Enoc agradó tanto a Dios que Él se lo llevó a casa a fin de que no viera muerte. Agradar a Dios es el propósito mismo de nuestra existencia, y la Biblia nos dice que deleitemos Su corazón a través de la fe. Este es un hecho fundamental de nuestra existencia: Usted y yo fuimos creados para el agrado de Dios.

El apóstol Juan vio en una visión, querubines alrededor del trono de Dios adorando al Señor, y declarando Su santidad y Su carácter eternamente puro. Los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros ante el trono, echaron sus coronas sobre el mar de cristal y dijeron:

“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque Tú creaste todas las cosas, y para Tu placer existen y fueron creadas.” (Apocalipsis 4:11)

Un hombre que vive para complacerse a sí mismo no vive en sintonía con Dios; constantemente tratando de encontrar algo nuevo, algo diferente, alguna sensación nueva. Una persona nunca estará satisfecha hasta que no cumpla el propósito para el cual nació: Agradar a Dios por fe. Sin fe, recuerde, es imposible agradar a Dios. Simplemente no se puede lograr. Por ese motivo Pablo dice que todo lo que no proviene de fe, es pecado (Romanos 14:23).

Dios, El Que Recompensa

Para agradar a Dios, usted tiene que creer que Él es bueno, y que se deleita en recompensar a los que diligentemente lo buscan. Y qué gran recompensa la que Él ofrece; es totalmente desproporcionada a la fe que expresamos. Una recompensa no es un cheque de pago. Nosotros no podemos “ganar” las recompensas de Dios por nuestra fe. Más bien, la fe le agrada tanto a Dios que Él nos recompensa por ella en formas incalculablemente muy por encima, y más allá, de la expresión de nuestra fe misma.

La Biblia habla de muchas “coronas” con las que Dios recompensará a los creyentes victoriosos. Mientras Pablo esperaba su ejecución, escribió:

“Porque yo ya estoy para ser derramado como una ofrenda de libación, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe.

Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.” (2 Timoteo 4:6-8)

Creo que es bastante claro que Pablo era un fanático de los deportes. No se puede evitar esa conclusión cuándo uno nota qué tan seguido Pablo usó los deportes para ilustrar una idea. Él probablemente tenía en mente los Juegos Olímpicos de la antigüedad cuando escribía lo siguiente:

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis.” (1 Corintios 9:24)

En otras palabras, ponga todo su esfuerzo en ello. Corra para ganar.

“Todo aquel que compete, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible.” (1 Corintios 9:25)

Esto significa que los que participan deben ser muy disciplinados para terminar en primer lugar. Si usted va a los juegos olímpicos, tiene que ser muy disciplinado; usted cuida su alimentación, cuida su peso, hace ejercicios regularmente. En la antigua Grecia, los atletas que ganaban en las Olimpíadas recibían una corona de hojas de laurel. Ellos resistían todo el entrenamiento riguroso, meses de disciplina, meses de abstenerse de un pedazo de pastel, constantemente negándose a sí mismo, todo por una corona de laurel en su cabeza.

Pablo nos está diciendo: “Si una persona está dispuesta a vivir una vida disciplinada solamente para tener una corona de flores en su cabeza, ¿cuánto más deberíamos nosotros esforzarnos por la corona incorruptible que Dios quiere darnos? Esa corona de laurel se va a marchitar, sus hojas morirán y se desintegrarán; pero nosotros trabajamos para obtener una corona incorruptible que nunca perderá su esplendor ni se desmoronará.”

Santiago habló aún de otra corona, la corona de vida:

“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.”
(Santiago 1:12)

Jesús mencionó esta misma corona de vida. Mientras consolaba a la iglesia de Esmirna, que estaba a punto de sufrir una persecución terrible bajo el dominio romano, dijo:

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.” (Apocalipsis 2:10)

Para los creyentes de Esmirna, la fe podía significar martirio; pero Dios prometió recompensar a cada mártir con la corona de vida eterna.

Cuando Pedro escribió a los ancianos de la iglesia para animarles en su ministerio, les dijo: “Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.” (1 Pedro 5:4). Esta corona dura por siempre, permaneciendo

brillante durante toda la eternidad. Y Jesús ha prometido darle esta corona a cada líder fiel de la iglesia.

Un Ejemplo Brillante

Un día Abram oyó que su sobrino Lot había sido tomado rehén por una poderosa confederación de reyes. Abram organizó un grupo armado, y persiguió a los reyes hasta que los alcanzó en la noche; derrotándolos en un ataque sorpresivo. Abram liberó a los rehenes, y tomó el botín que los reyes habían agarrado en sus conquistas de unas diez ciudades.

Cuando Abram regresó a casa, el rey de Sodoma le salió al encuentro. Emocionado por tener a su gente de regreso, le ofreció a Abram todo el botín que este había rescatado. Pero Abram no quiso tomar nada. “He alzado mi mano a Jehová Dios Altísimo, que ni una correa de calzado tomaré”, dijo Abram, “para que no digas: Yo enriquecí a Abram.”(Génesis 14:22-23) Luego ocurrió algo verdaderamente asombroso:

“Después de estas cosas Jehová vino a Abram en una visión, diciendo: “No temas, Abram; Yo soy tu escudo, y tu galardón de sobremanera grande.”” (Génesis 15:1)

“No temas”, dijo Dios. Pero Abram tenía motivos para tener miedo. Él acababa de derrotar, en un ataque sorpresivo, a varios reyes poderosos; había tomado su botín y había traído de vuelta a los rehenes; con sólo 318 criados adiestrados (Génesis 14:14). Estos reyes controlaban ejércitos muy superiores a los de Abram. De seguro que él pensó en ese momento: “¿Qué haré si se reagrupan y vienen contra mí? No soy capaz de derrotarlos sin el elemento sorpresa.” Mas conociendo Dios los pensamientos de Abram, le dijo: “Yo Mismo seré tu escudo.”

Es posible que Abram también sintiera “remordimiento de vendedor”. Es decir, puede ser que mientras Abram veía al rey de Sodoma llevarse todo el botín sobre sus burros, botín que Abram se había negado a aceptar; que pudo haber pensado: “Hombre, fue una tontería lo que hice. Esa es mucha riqueza. Tal vez debí haberme quedado al menos con algo del botín.” Quizá lo pensó de nuevo, sintiendo que no debió haber entregado todas esas riquezas. Así que el Señor le dijo a Abram: “Yo soy tu recompensa de sobremanera grande. Tú no necesitas nada de ese botín que se están llevando. Yo Mismo soy tu recompensa de sobremanera grande.”

Creo que Abram hubiera apreciado a Bruce, un joven melenudo que solía cantar una canción en los alrededores de nuestra iglesia. Hoy Bruce es un contador bien presentable, pero en sus días de hippy solía cantar: “Tengo a Jesús, y eso es suficiente.” Qué tan verdadero. Si usted tiene a Jesús, eso es suficiente, usted es rico.

Mis bisnetos a menudo me dicen: “Abuelo, ¿eres rico?” Ellos me preguntan porque los llevo a la tienda de juguetes y les digo: “Escojan el juguete que quieran.” Ellos revisan toda la tienda, hasta escoger el juguete de su preferencia. Siempre es divertido ver cómo escogen un juguete, lo sujetan por un momento, lo sueltan y toman otro. Van por toda la tienda haciendo eso. Se ven en aprietos con la regla de “sólo un juguete”. Pero finalmente se deciden por “un juguete”, y luego el abuelo saca el dinero para comprarlo. Así que me preguntan: “Abuelo, ¿tú eres rico, verdad?”

“Sí”, les digo, “soy el hombre más rico del Condado de Orange en California.”

¿“Abuelo”, preguntan, “¿tienes mucho dinero?”

“No” digo, “Yo no tengo mucho dinero, pero soy rico.”

¿Qué quiero decir? Soy rico en las cosas que realmente cuentan. Soy rico por la hermosa familia que tengo. Soy rico por el amor que experimento. Soy rico en mi amor por el Señor. ¡Tengo a Jesús! Tengo el amor de Dios. Él es mi recompensa de sobremanera grande.

Asimismo, Dios te dice: “Yo soy tu recompensa de sobremanera grande. Tu fe me agrada, y tengo la intención de recompensarte mucho más allá de lo que pudieras imaginarte.”

Una Recompensa Superior a Todo

Abram se regocijó con las palabras del Señor, de que Él sería su escudo y su recompensa, y le creyó. Pero también le dijo: “Señor, ya tengo más de lo que pudiera gastar en toda mi vida, pero no tengo un hijo que lo herede.”

Cuando usted es rico y viejo, sus pensamientos tienden a centrarse en sus propiedades. ¿A quién le va a dejar sus bienes y cómo los va repartir? El gozo está en entregarlo todo. Por eso Abram dice: “Señor, Tú has sido asombrosamente bueno conmigo. Me has bendecido, pero no tengo un hijo que lo herede. El único heredero que tengo es mi mayordomo, nacido en mi casa: Eliezer de Damasco.”

Créame, el Señor sabe cómo recompensar a alguien de la mejor manera posible. Así que Dios le dijo a Abram: “Éste no será tu heredero, sino uno proveniente de tu propio cuerpo será tu heredero.” (Génesis 15:4)

Para dejar bien claro lo que estaba diciendo, el Señor le dijo: “Sal fuera, Abram.” Abram salió de su tienda. Dios le dijo: “Mira hacia el cielo.” Abram estiró su cuello hacia arriba, y vio una cantidad innumerable de puntitos de luz brillante, como si mirándolo fijamente a él. Imagínese esto en los días antes de que existieran la contaminación y las luces de

la ciudad; cuando un hombre podía ver claramente hacia los cielos el vasto firmamento lleno de estrellas. Mientras Abram contemplaba de pie ese cielo glorioso y las incontables estrellas en los cielos, Dios le dijo: “Abram, si puedes contar las estrellas, así será tu descendencia.” (Génesis 15:5). ¿Cómo respondió Abram?

“Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.” (Génesis 15:6)

¿Cómo es que Dios consideró a Abram como justo? Ciertamente no por nada que Abram hubiera hecho. Seguramente Abram había hecho muchas buenas obras. Él se había aventurado a salir de Babilonia por fe, sin la menor idea de adónde iba. El escritor de Hebreos cuenta que salió en busca de una ciudad con fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Abram estaba buscando el reino de Dios así que caminó por fe en obediencia a Dios.

Cuándo Abram entró a la tierra que Dios le había prometido, edificó un altar y ofreció un sacrificio a Dios. Más tarde, se separó bondadosamente de su sobrino, Lot, dándole a escoger la tierra. Y acabamos de leer cómo Abram derrotó a una potente confederación de reyes, rehusando tomar para sí el botín. Todas estas son buenas obras; pero las Escrituras no nos dan un solo indicio de que Dios lo declaró justo por alguna de ellas.

El Señor tampoco declaró justo a Abram porque hubiera realizado alguna ceremonia, o porque hubiera pasado por algún ritual espiritual. El apóstol Pablo tiene especial cuidado en señalar que Dios justificó a Abram mucho antes que le diera el rito de la circuncisión. Pablo enseñó que el Señor había declarado justo a Abraham como resultado de su fe, no como resultado de alguna ceremonia. (Romanos 4:2-3)

Esto debería hablarles a nuestros queridos hermanos en Cristo que parecen estar tan preocupados por el rito del bautismo en agua. Ellos aparentan confiar en ese rito para la salvación, pero el rito no lo salva a uno, ni lo puede salvar. Es hasta que uno viene a Jesús en fe que Dios lo declara justo.

Lo mismo es cierto respecto al rito del bautismo de infantes. Ese rito no salva a un niño, como tampoco el rito de la “confirmación” salva a una persona. Esos son simplemente ritos de la iglesia, muy parecidos a tomar parte en la Cena del Señor o los últimos sacramentos que se imparten justo antes de que uno muera, para que todos sus pecados sean perdonados. Estos ritos de hombres no tienen nada que ver con el hecho de que Dios lo declare justo a uno.

En el capítulo 4 de Romanos Pablo señala que Abraham fue justificado por la fe, y no por las obras. Si las obras le hubieran justificado, entonces habría podido jactarse.

Puesto que fue justificado por la fe, sin consideración de sus obras, todo lo que podía hacer era darle la gloria al Dios que lo justificó, el Señor que lo recompensó desmesuradamente.

Abram simplemente miró a los cielos, vio la cantidad innumerable de estrellas y creyó la promesa de Dios. Y por eso, Dios le sonrió a Abram con mucho agrado, y le recompensó más allá de toda expectativa o posibilidad.

¿Cuánta Fe?

¿Quién puede argüir en contra de la idea que la salvación es la mayor recompensa de todas? Jesús dijo: “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Marcos 8:36)

Entonces, ¿cuánta fe se necesita para ser salvo y recibir la mayor de las recompensas? Jesús dijo que si se tiene una fe del tamaño de un grano de mostaza, o si se tiene la fe de un niño, es suficiente para que Dios lo considere a uno justo.

Por supuesto que la fe, por sí misma, no lo puede salvar. Muchas personas que creen en Dios, trágicamente no son salvas porque hacen de la fe una obra, buscando en su fe misma la salvación.

Si usted dice: “Creo en Dios”, esa declaración, por sí sola, no lo salvará. Los demonios creen en Dios, y temen y tiemblan. (Santiago 2:19)

Si usted dice: “Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios”, eso no lo salvará. Los demonios también creen en Jesús e incluso le dijeron: “Yo te conozco quién eres, ¡el Santo de Dios!” (Lucas 4:34). Sin embargo los demonios no se salvan.

Todo el mundo cree en algo. La pregunta no es “¿Cree usted en algo?”, sino “¿Qué cree usted?”

Dios le prometió a Abram que un día, de él, traería una simiente, un niño; y que a través de este niño Él traería salvación. De hecho, este niño haría posible la salvación del mundo entero: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.” (Génesis 22:18)

Entonces, ¿en qué tuvo fe Abraham? Él creyó que Dios, a través de su descendencia, traería un día el Salvador del mundo a la tierra. Fue su fe en la venida del Mesías lo que llevó a Dios a decir: “Este es un hombre justo.”

¿Quiere usted ser declarado justo por Dios? Si así lo desea, necesita más que creer que hay un Dios, o que Jesús vino a la tierra. Usted debe creer en la promesa de Dios que si pone su fe en Jesucristo, no perecerá, más tendrá vida eterna. La salvación es suya cuando usted cree que Él vino a morir en su lugar, llevando sobre Sí sus pecados,

y la culpa y el castigo de su pecado; y que al hacerlo compró su salvación. Cuando usted cree en la promesa de Dios, la cual es la salvación a través de la fe en Jesucristo, Dios lo mira y le dice: "Eres justo."

Tal Como Está

Nuestra iglesia ayuda a mantener un misionero que creció en el campo misionero, en Bolivia. Su padre tenía una carga tremenda por los indígenas Saranoy, una tribu nómada que vivía en el bosque lluvioso, lo que era conocido como el infierno verde de Bolivia. Estas personas no tenían un hogar permanente, sino que llegaban a un área, obtenían alimento, y luego proseguían a otra.

Cuando este misionero murió, su hijo continuó el ministerio. Por supuesto, como él había crecido entre los Saranoy, sabía todo acerca de ellos. Ellos lo consideraban una curiosidad ¿Cómo este niño blanco podía conocer sus bailes, su cultura, y su idioma? Por años él permaneció con ellos bajo condiciones difíciles, compartiendo fielmente el evangelio.

Con el tiempo, él y otros misioneros construyeron una aldea para los Saranoy. Les enseñaron cómo cultivar la tierra. Les enseñaron ciertos hábitos de higiene, reduciendo con ello la incidencia de tuberculosis, la cual se había convertido en un tremendo problema. Estos misioneros hicieron mucho bien social a los Saranoy; pero el corazón de este hombre latía por llevarlos a Jesucristo. Por siete largos años testificó y trabajó entre ellos, sin lograr una sola conversión. Pero tenía al escritor de Hebreos para animarle:

"No os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas." (Hebreos 6:12)

Finalmente, después de siete años, este misionero vio progreso cuando Dios comenzó a tocar, de una forma maravillosa, los corazones de los indígenas Saranoy. Hoy una inmensa mayoría de los Saranoy son cristianos, pero tomó años de estar plantando la semilla, años de paciencia y oración, antes de que estos fieles misioneros vieran el fruto de su ministerio.

Dios ama esa clase de fe que obra pacientemente sin volverse perezosa. Él la ama tanto que hace que tales creyentes "hereden las promesas." Pablo lo dijo así:

"No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos." (Gálatas 6:9)

A Dios le agrada la fe; y le agrada especialmente recompensarla más allá de toda medida.

Hace muchos años, en Londres, un buen predicador joven llamado Caesar Milan recibió una invitación para disfrutar de un evento musical en una casa grande, un hogar prominente, dónde una joven deleitaba a la audiencia con su canto. Cuando ella terminó, este joven predicador se abrió paso entre la multitud, captó su atención y le dijo: “Joven, mientras usted cantaba, sentado allí pensé cuán tremendamente se beneficiaría la causa de Cristo si usted dedicara sus talentos al Señor.” Luego agregó, “Usted es tan pecadora como el peor borracho de la calle o cualquier ramera de la calle Scarlet. Pero me alegra decirle que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, la puede limpiar de todo pecado, si tan solamente viene a Él.”

En una manera muy arrogante, ella volteó su cabeza y le contestó: “Usted es bien ofensivo, señor.” Ella comenzó a retirarse, pero él exclamó: “Señorita, mi intención no era ofenderla; y oro para que el Espíritu de Dios le traiga convicción.”

Esa noche la joven no pudo dormir. Finalmente, a la dos de la mañana se arrodilló al lado de su cama y recibió a Cristo como su Salvador. Luego ella, Charlotte Elliott, se sentó a escribir esta letra, que se hizo famosa en las cruzadas de Billy Graham:

Tal como soy, sin ningún pretexto,

Solamente que Tú sangre por mí fue derramada,

Y que me pediste que a Ti viniera,

Oh Cordero de Dios, a Ti vengo, a Ti vengo.

Tal como soy, sin más espera,

Para librar mi alma de una mancha oscura,

A Ti cuya sangre puede limpiar cada mancha,

Oh Cordero de Dios, a Ti vengo, a Ti vengo.

Tal como soy, Tú me recibirás,

Me darás la bienvenida, me perdonarás, me limpiarás, de la carga de mi culpa librarás;

Porque Tú promesa creo

Oh Cordero de Dios, a Ti vengo, a Ti vengo. 2

La fe complace a Dios. Su corazón se regocija cuando creemos Sus promesas, declarando así Su fidelidad. A Dios le gusta recompensar nuestra fe, comenzando con la salvación; y luego rebalsando a todas las áreas de nuestras vidas.

¿Y sabe qué es lo mejor de todo? Que Él lo recibirá en cualquier condición en la que usted esté. Cuando usted viene a Jesucristo, creyendo Su promesa, Él le da la bienvenida, lo perdona, lo limpia, y lo libera de toda carga de culpa. Él quita cada mancha oscura de pecado en su vida. Dios le abre las puertas del cielo cuando usted viene a Él “sin ningún pretexto”, confiando en la suficiencia de la sangre derramada de Jesús.

2 “Tal Como Soy Sin Ningún Pretexto,” letra de Charlotte Elliott, 1835.

Capítulo 5

Una Fe Que Obra

“Acordándome sin cesar de vuestra obra de fe.”

1 Tesalonicenses 1:3

Si yo me parara frente a ustedes un domingo en la mañana, y les dijera: “Tengo información fidedigna que los terroristas han puesto una bomba en esta iglesia. De hecho, estallará en treinta segundos”; pero continúo dando mi mensaje con voz calmada, ¿cómo reaccionaría usted? Probablemente diría, “Sólo nos está tomando el pelo.”

Pero si dijera: “Los terroristas han colocado una bomba en esta iglesia! ¡VA A EXPLOTAR EN TREINTA SEGUNDOS! ”; y salgo corriendo hacia la puerta; apuesto que usted diría: “¡Salgamos de aquí!”

En la segunda situación, mis acciones concuerdan con mis palabras. Mis acciones fueron de acuerdo a la profesión de lo que creo. Lo mismo pasa exactamente con una vida de fe. Si le digo que Jesucristo es mi Señor, y sigo caminando y viviendo en la carne, usted tendría motivos para dudar de mi fe, pues la verdadera fe siempre se manifiesta a través de una vida de obediencia a Dios. Por esa razón Juan escribió en su primera epístola:

“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: “Yo le conozco”, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él.” (1 Juan 2:3-4)

Profesar una cosa y luego hacer lo contrario es mentir. Si usted dice: “Yo conozco a Jesucristo”, pero no obedece Sus mandamientos, no tiene una fe que salva. La única fe que lo salva es una fe que responde y reacciona en obediencia a Dios. El obedecer gustosamente prueba su fe.

La Obra de la Fe

Muchas personas piensan que las obras y la fe son mutuamente exclusivas. Creen que este par de palabras son una especie de oxímoron, si tienes fe, entonces no tienes que hacer obras; y si haces obras, entonces no tienes fe.

Equivocado.

Es cierto que Pablo pone gran énfasis en el hecho que nuestras obras nunca pueden obtener una posición de justicia ante Dios, no importa cuán buenas sean esas obras. Él declara repetidamente que somos salvos no por las obras de la ley, sino por fe.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.” (Efesios 2:8-9).

El hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley, éste es el tema de Pablo en todos sus escritos. Y sin embargo en 1 Tesalonicenses 1:3, el mismo apóstol Pablo encomia a sus amigos creyentes por su “obra de fe”.

¿Qué quiere decir Pablo? Que si tenemos una fe verdadera en Jesucristo, entonces esa fe se manifestará en nuestras obras. Respondemos a las bendiciones y a la gracia de Dios por medio de las obras que hacemos libre y gustosamente para Él, las cuales brotan de un corazón que desborda de amor. No vemos nuestras obras como un medio para obtener algún favor especial de Dios. No pensamos: “Soy justo porque oro tanto, y leo tanto la Biblia, y estudio tanto, y ministro tanto.” No, hacemos estas cosas porque hemos recibido una posición gloriosa de justicia en Jesucristo, a través de la fe. Las buenas obras emanan de la vida de un creyente en respuesta natural a la gracia de Dios.

¿Contradicción Entre las Epístolas?

Algunos dicen que los apóstoles Pablo y Santiago están en desacuerdo uno con el otro, contradiciéndose en sus epístolas; pero no es así. Pablo habla acerca del tipo de fe que produce obras; Santiago habla del tipo de obras producidas por la fe. Los dos apóstoles hablan de lo mismo. La fe verdadera siempre se manifiesta en las obras de una vida de fe. Santiago pregunta:

“Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” (Santiago 2:14)

Si su fe no provoca un cambio positivo en su vida, entonces usted no es diferente a nadie.

Usted podría decir: “¡Pero yo creo en Jesús!” Si su fe no produce nada piadoso, si no resulta en obediencia o servicio al Señor, ¿puede esa clase de fe salvarle? Santiago

contesta sin rodeos: “La fe, si no tiene obras, es muerta.” Él escribe: “Alguno dirá: “Tú tienes fe, y yo tengo obras.” Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.” ” (Santiago 2:17-18)

La fe verdadera es más que solamente una afirmación verbal, declarando que cree en Jesucristo. Si su fe es verdadera, ésta mostrará que es real por medio de la obra que usted hace por Jesús. Pablo dijo:

“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y Su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos.” (1 Corintios 15:10)

El apóstol insistió en que la gracia de Dios en su vida lo motivó a laborar más; más que todos los otros apóstoles. Pablo no trabajó para el Señor con el objetivo de desarrollar una posición justa ante Dios, o para jactarse que trabajó más que sus colegas apóstoles. Sus obras procedieron de la abundancia de bendiciones que Dios había derramado sobre él, por gracia a través de la fe.

Y así debe ser con nosotros. Cuando declaro que Jesús es mi Señor, eso significa que soy Su siervo. Lo que Él diga, debo hacerlo sin cuestionarlo. Dado que Jesús nos manda a negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz, seguirle, y ser testigos de Él en el mundo, Él puede decir con todo derecho: “Cuando hayas hecho todas esas cosas que se te han ordenado, decid: "Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos." ” (Lucas 17:10)

Por lo tanto usted y yo necesitamos hacernos una pregunta: “¿Qué obras de fe están siendo manifestadas en mi vida?”

Un Día Futuro de dar Cuentas

Cuando el Señor venga otra vez, exigirá que Sus siervos den cuentas de lo que han hecho con todo lo que Él les ha encomendado. Ese es el meollo de la parábola de Mateo 25:14-30. Sea lo que el Señor le haya dado, debe usarlo para Sus propósitos y Su gloria.

En la parábola, Jesús dice que un amo le dio a cada siervo según su capacidad individual. Los “talentos” que menciona son de hecho unidades de dinero. El talento era un cierto peso, y su valor dependía del metal del que estuviera hecho, ya fuera oro, plata o bronce. Este patrón le entregó cinco talentos a un criado, dos a otro, y uno a un tercer criado, a cada uno según su habilidad. Luego el patrón emprendió un largo viaje.

De igual manera, la Biblia dice que Dios le ha dado a cada hombre una medida de fe (Romanos 12:3). Dios ha invertido en nosotros una cierta cantidad de fe de la cual espera alguna ganancia. La parábola de Jesús pregunta: “¿Qué vamos a hacer con lo que Dios nos ha encomendado?” Un día compareceremos ante Dios y daremos cuentas. Jesús dice que a unos se les da más que a otros. Dios no demandará de usted más de lo que pueda dar, Dios invierte en usted según su capacidad.

Le recomiendo que haga un inventario personal. Pregúntese: “¿Qué me ha encomendado Dios a mí? ¿Qué ha puesto Dios a mi cuidado de lo cual me pedirá cuentas a Su regreso?”

El criado que había recibido cinco talentos negoció con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos talentos los duplicó. Pero el hombre a quien le fue dado un talento lo envolvió en una servilleta y lo enterró. Él escondió en la tierra el dinero de su señor. “Después de mucho tiempo”, dijo Jesús, “vino el señor de aquellos siervos, e hizo cuentas con ellos.”

¿Me pregunto si en esta ocasión Jesús trataba de sugerir que no regresaría inmediatamente? Los discípulos esperaban que el Señor regresara pronto, pero nunca dijo que así sería. Jesús dijo que regresaría inesperadamente. “...porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis.” (Mateo 24:44)

Personalmente creo que la venida del Señor está muy cerca. Puede que demore un poco más de lo que yo espero. Pero aun así, yo vivo expectante de la venida cercana de Jesucristo. Cuando el Señor venga, y nuestro Señor viene, debo estar alerta y listo para Él. Debo estar haciendo algo provechoso con lo que me haya encomendado, para que pueda devolverle más de lo que me dio.

Mientras la venida del Señor será un día de juicio para el mundo, para Su iglesia será un día de cuentas. Le daremos cuenta a nuestro Amo de lo que hemos hecho con lo que nos ha dado.

“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.” (2 Corintios 5:10).

“Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.” (Mateo 16:27)

“Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Porque escrito está: “Vivo yo,” dice el Señor, “que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua

confesará a Dios.” De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.”
(Romanos 14:10-12)

Jesús dijo que el siervo que había recibido los cinco talentos trajo otros cinco. El Señor le dijo: “Bien hecho, buen siervo y fiel. Sobre poco has sido fiel. Sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor.” Lo mismo le ocurrió al hombre que había recibido dos talentos; recibió las mismas palabras de elogio. Lo que importa no es cuánto le fue dado a usted, sino cuán fielmente usó lo que Dios le encomendó.

El siervo que sólo había recibido un talento comenzó inmediatamente a dar excusas por devolver sólo lo que había recibido. Y al hacerlo, expresó también sus conceptos erróneos acerca del Señor.

“Eres hombre duro”, le dijo. Eso no es cierto, porque Jesús dijo: “Mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:30). Dios no exige cosas irrazonables de nosotros. Me he dado cuenta que es mucho más fácil agradar a Dios que a la gente. Seguidamente, el hombre acusó al Señor de segar donde no sembró. El Señor no hace eso. Eso sería deshonesto. Por último el hombre dijo: “Tuve miedo”, lo cual es una excusa. Benjamín Franklin en cierta ocasión dijo: “El hombre que es bueno para las excusas raras veces es bueno para otra cosa.”

Este siervo trató de justificarse, pero su amo lo acusó de perverso y perezoso. Lo vil fue su concepto equivocado de su patrón; pero su problema principal era la pereza. Él era perezoso y negligente en las cosas que Dios le había entregado.

“Si realmente pensaste que cosechaba donde no sembré”, le dijo su amo, “al menos debiste haber puesto el dinero en el banco para que cuando regresara hubiera tenido mi inversión con intereses.” Por su pereza al hombre le fue quitado su talento, y se le dio al que fielmente había duplicado los cinco.

Si usted es fiel en usar lo que Dios ha puesto en sus manos, entonces Dios le dará más. El asunto es: ¿Qué está haciendo con lo que Dios le ha encomendado?

“Por lo tanto, examínese cada uno a sí mismo. Porque si nos juzgamos a nosotros mismos, no seremos juzgados por Dios.” (1 Corintios 11:28,31)

Un día, voy a comparecer ante Jesucristo, mi Señor. ¿Qué podré presentarle? ¿He usado para Su gloria lo que me ha encomendado? ¿Podré decir: “Señor, me diste cinco y he ganado otros cinco”? O ¿podré decir: “Señor, me diste dos, y he ganado otros dos”?

Usted también va a comparecer ante el Señor. Usted también va a dar cuentas de su persona. Esto es un asunto serio. Nuestro Señor viene, y cuando lo haga, será un día de juicio para el mundo, y un día de dar cuentas para los creyentes. Nunca seamos

perezosos en el servicio a Dios, sino más bien diligentes en usar lo que nos ha encomendado para Su propósito y Su gloria, para la expansión de Su reino.

Todo lo que usted ha hecho y está haciendo para el Señor debería ser con el propósito de un día escuchar estas palabras extraordinarias de aprobación de nuestro Señor: “Bien hecho, buen siervo y fiel. Sobre poco has sido fiel; sobre mucho te pondré. ¡Entra en el gozo de tu Señor!”

Una Fe Como la de Rahab

Una de las personas más sorprendentes que se mencionan en la lista del gran “salón de la fe” de Hebreos 11 es Rahab, una prostituta que vivía en Jericó en los tiempos de la conquista de la Tierra Prometida. Hasta donde sabemos, ella nunca dio grandes sermones; ella nunca le habló a una multitud de miles, implorándoles que vinieran a la fe; sin embargo, ella tomó acción que reveló su fe:

“Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz.” (Hebreos 11:31)

El libro de Josué cuenta la historia de Rahab, y cómo esta prostituta pagana escondió a dos espías hebreos del campamento Israelita; a pesar del gran peligro que representaba para sí misma. Ella le dijo a los espías:

“Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros. Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, a Sehón y a Og, a los cuales habéis destruido. Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra.” (Josué 2:9-11)

Esa es una declaración de fe.

Rahab tenía una fe genuina, manifestada en obras específicas, ella recibió y escondió a los espías, y luego les ayudó a escapar. Rahab hizo esto porque ella sabía que Dios le iba a dar la tierra a Israel. Arriesgando su propia vida, ella expresó su fe genuina en Dios a través de sus peligradas obras. Así que Santiago dice:

“Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?” (Santiago 2:25)

Santiago usa a Rahab como ejemplo ideal para demostrar que la fe de esta prostituta, una fe elemental e inmadura como debió haber sido en ese momento, la llevó a realizar obras que hasta pusieron en grave peligro su vida. Ella pudo haber delatado a los espías cuando su gente vino buscándolos; pero en cambio, los escondió en su terrado, enviando a los perseguidores por una búsqueda infructuosa. Santiago considera el relato, y basándose en esta pequeña lección de historia, hace una aplicación audaz:

“Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.” (Santiago 2:26)

Sin fe nadie podrá jamás hacer algo guiado por el Espíritu. La fe de una persona no es genuina a menos que la lleve a obrar. La fe y las obras son compañeros indispensables. La fe produce las obras, mientras las obras demuestran la autenticidad de la fe.

Así que, Santiago declara: “Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22). Aquellos que solamente escuchan de la fe, y que sólo profesan su fe sin jamás ponerla a obrar, se engañan a sí mismos. No tienen una fe real en lo absoluto. Es imposible que la fe genuina deje de manifestarse por medio de obras de fe. Si usted tiene fe, será demostrada, dará el fruto de justicia. Como Jesús dijo: “Por sus frutos los conoceréis.” (Mateo 7:16)

Entonces, ¿qué clase de fruto está produciendo su vida? ¿Es el tipo de fruto que demuestra que la carne está en control? O ¿es el fruto del Espíritu, que demuestra que es el Espíritu quien está en control? Pablo dijo: “Mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.” (1 Corintios 11:31-32)

Recuerde que Jesús nos advirtió claramente: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

En el juicio final muchos le dirán a Jesús: “Señor, Señor”, pero Él contestará: “¿Por qué me llamáis, “Señor, Señor,” y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46). Son palabras vacías llamar a Jesús “Señor” sin tener el deseo o la intención de obedecer Sus mandamientos.

La fe produce obras, si no, no es fe verdadera.

Una Barca de Dos Remos

Como mencioné anteriormente, hace muchos años mientras pastoreaba una pequeña iglesia, trabajaba también en un supermercado para proveer para mi familia. Un viernes fui a sacar dinero al banco para el supermercado. Muchos clientes venían al supermercado los fines de semana para cambiar sus cheques en efectivo, así que necesitábamos tener bastante efectivo disponible para satisfacer la demanda.

Mientras la cajera del banco contaba el efectivo que fui a sacar, me di cuenta que se había equivocado. Me había dado \$500 dólares de más. Así que, cuando terminó de hacerme el pago, le dije: "Quizá debería contar el dinero otra vez."

"Bueno..." , comenzó a decir.

"No", insistí, "Creo que debe contarlo otra vez." Así que ella contó el dinero por segunda vez, y cometió el mismo error de nuevo.

Ahora bien, yo no soy tan como Jesús. Mi pensamiento inmediato fue: "Hombre, eso nos podría ayudar muchísimo." Pero le dije a la mujer: "Bien, hágalo una vez más."

Cuando vio su error de \$500 dólares, casi se desmayó.

Ahora, ¿Qué diría la fe sin obras en una situación como ésta? Probablemente diría, "Maravilloso, eso nos serviría de mucha ayuda, mira, no es mi error. No tengo ninguna obligación de hacerle su trabajo de cajera. Si ella quiere darme el dinero, ¡simplemente lo tomaré!"

La fe y las obras van juntas, como el sol y el verano, como las manzanas y el pastel, como el pez y el agua. La fe y las obras son como los dos remos de una barca. Usted tiene que usar ambos si quiere atravesar el lago. Si trata usando sólo un remo, va a dar vueltas en círculos. Si sólo se concentra en la fe, va a girar y girar, sin llegar a ningún lado. Por otra parte, si usted se concentra sólo en las obras a parte de la fe, sólo va a dar vueltas en la otra dirección.

¿Quiere usted llegar a alguna parte en su vida de fe? Aún más importante, ¿quiere comparecer un día ante el Señor y oír: "Bien hecho, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor"? Entonces, no descuide ninguno de los dos remos. La fe potencian las obras, y las obras prueban la fe.

Capítulo 6

Lo Asombroso de la Incredulidad

“Y Él estaba asombrado de la incredulidad de ellos.”

Marcos 6:6

Hace algún tiempo, Gary, uno de nuestros pastores de las iglesias Calvary Chapel (Capilla Calvario), viajó a Ruanda con suministros de ayuda. Su grupo visitó un orfanato y ministró a sus niños.

En el vuelo de regreso a casa, Gary escogió pescado del menú de comida; sin saber que la salsa contenía camarón, a lo que tenía una severa alergia. Apenas había comido un bocado cuando sufrió un ataque inmediato. Fue tan severo que necesitó atención médica urgente. Así que el avión aterrizó en Islandia, donde lo llevaron directamente al hospital.

¿Puede imaginarse? Él había dejado las comodidades de su hogar para hacer la obra de Dios entre los niños pobres de Ruanda, todo por su gran amor por Jesús. Con su viaje a punto de concluir, sin duda alguna estaba anticipando poder dormir en su cómoda cama en casa, con su cómoda almohada, teniendo la oportunidad de relajarse. Sin embargo, terminó sufriendo una reacción alérgica horrenda; y de todos los lugares donde pudiera haberse quedado, le tocó Islandia.

Estoy seguro que Gary se preguntó: “Señor, ¿Islandia? Quiero llegar a casa. ¿Qué pasa? Te he estado sirviendo, Señor, y ahora mira lo que me ocurre.” Todos conocemos la clase de pensamientos que inundan nuestras mentes cuando nuestros planes salen rotundamente mal.

Después de un tiempo en el hospital, la aerolínea puso a Gary en un vuelo de regreso a Londres. En el vuelo de regreso a casa, lo movieron a primera clase, donde conoció una pareja que estaba a cargo de una fundación de caridad muy grande. Cuando escucharon acerca de su ministerio, le prometieron miles de dólares para su trabajo. Dios había llevado a Gary por un viaje difícil, y con muchas vueltas, para que pudiera conocer precisamente a esas personas. Él podía haber pasado su tiempo en Islandia quejándose con incredulidad: “Dios mío, ¿Por qué? ¿Por qué permitiste esto? ¿Me amas realmente?” Pero Dios tenía un plan todo ese tiempo.

Muchas veces la incredulidad nos lleva a la queja, la murmuración, el llanto, y la desesperación; pero si tan sólo supiéramos lo que Dios está haciendo, nos regocijaríamos a cambio.

Un Segundo Viaje a Nazaret

Cuando Jesús comenzó Su ministerio público, empezó a cumplir las profecías del Mesías del Antiguo Testamento. Restauró a los quebrantados de corazón, abrió los ojos de los ciegos, y les predicó el evangelio a los pobres. Pronto, grandes multitudes le seguían por todas partes.

Un día Jesús decidió visitar nuevamente Nazaret. La primera vez viajó solo; pero esta vez le acompañaban multitudes. Al igual que en Su primera visita, Jesús asistió en el día de reposo a los servicios de la sinagoga. Leyó las Escrituras y comenzó a predicar. Marcos nos dice que la gente se admiraba de Su enseñanza, y se preguntaban cómo había obtenido tal conocimiento. “¿De dónde tiene éste estas cosas? Y ¿qué sabiduría es ésta que le es dada, y estos milagros que por Sus manos son hechos?” (Marcos 6:2)

Asombrada la gente, se maravillaba de Su enseñanza y Sus obras. Reconocieron que había algo extraordinario en Él, pero aún así no creyeron.

Realmente No Lo Conocían

Cuando los nazarenos escucharon a Jesús, y observaron lo que hacía, dijeron: “¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón?” (Marcos 6:3). Lo recordaban cuando niño. Quizá años antes, le habían traído sus yuntas o arados para que Él los reparara; o le habían comprado mesas y sillas. Lo conocían de Sus primeros años, así que toda Su sabiduría de adulto, y Su obrar milagros, les molestó. Rechazaron lo que vieron con sus propios ojos.

¿Qué cree usted que explica la incredulidad de ellos? Puede ser que pensaban que lo conocían, pero estaban equivocados. No lo conocían para nada. Oh sí, ellos tenían cierto conocimiento mental acerca de Jesús; sabían que había crecido y trabajado como carpintero en Nazaret; conocían a Sus hermanos, y a Sus hermanas, y a Su madre. Pero aunque pensaban que lo conocían perfectamente, sólo lo conocían a medias. Su incredulidad provenía de un conocimiento insuficiente.

¿Cuántas personas, hoy en día, se forman opiniones de Jesús en base a un conocimiento insuficiente? Los oponentes más grandes del Cristianismo son los que no lo conocen. El prejuicio y la postura de incredulidad que ellos tienen, emergen de los

comentarios despectivos que otros han hecho de Él. Algunas personas nunca se han esforzado por entender, por sí mismos, a Jesús.

Las aseveraciones de Jesús son tan radicales, y las consecuencias de la incredulidad tan grandes, que sería sabio examinar personalmente toda la evidencia. Jesús dijo que todo el que cree en Él, sería salvo; pero el que no cree en Él, sería condenado (Juan 3:18). Habiendo tanto en juego, usted debería hacer más que un análisis superficial de los hechos. Debería estudiar diligentemente para determinar si verdaderamente Jesús es el Salvador del mundo. ¿O es un fraude y un mentiroso, justificando así su incredulidad?

Antes de que se convirtiese en “Pablo el apóstol”, Saulo pensaba que conocía a Jesús. Consideraba a Jesús como el líder de una secta antijudía peligrosa, que debía ser erradicada. ¿De dónde sacó Saulo este concepto? Sin duda alguna de sus sesiones con los fariseos, cuando los oía expresar sus opiniones negativas y sus dudas. Pero Saulo tuvo un día un encuentro personal con Jesús; y pudo conocerlo directamente. Esa reunión sobrenatural transformó su vida por completo.

¿Qué sabe usted acerca de Jesús? ¿Dónde obtuvo su información sobre Él? ¿Ha leído alguna vez el evangelio de Juan en espíritu de oración, diciendo: “Señor, si esta es una historia verdadera, si Tú eres realmente el Hijo de Dios, entonces revélame a mi vida”? ¿Lo ha leído con un corazón abierto? O, ¿está su mente prejuiciada contra Él?

En nuestros días y cultura, cientos de miles de vidas han sido radicalmente transformadas por el poder de Jesucristo. A través de la fe en Él, personas que una vez fueron alcohólicos empedernidos, a quienes el mundo daba por perdidos, ahora están sanos, viviendo vidas plenas y productivas. Otros que estaban atrapados en las drogas, tuvieron un encuentro con Jesús y experimentaron la misma transformación radical que Pablo; y hoy le sirven gozosamente al Señor. Muchos se sentían tan infelices que pensaron en el suicidio, pero ahora sus vidas son plenas y abundantes mientras caminan con Jesús en novedad de vida. Con el testimonio de tantas vidas transformadas, sin mencionar los centenares de miles que han vivido antes que nosotros, y que han dejado sus propias historias para probar el poder de Jesús, ¿cómo es que hay tantos que rehúsan creer?

Muchos hombres y mujeres creen que conocen a Jesús; sin embargo su información se basa en testigos falsos, mentiras, y chismes. Nunca han considerado la evidencia por ellos mismos. Sin embargo, ellos se han formado opiniones que les impiden disfrutar de todas las cosas buenas que Jesús quiere hacer por ellos y en ellos. Se pierden toda esta riqueza simplemente por la necedad de la incredulidad.

El Resultado de la Incredulidad

Marcos nos cuenta lo que sucedió cuando la gente de Nazaret se rehusó creer en Jesús: “Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos.” (Marcos 6:5)

¿Qué quiere decir Marcos con que Jesús no pudo hacer ningún milagro allí? ¿Estará insinuando que la incredulidad de ellos realmente limitó el poder de Jesús para hacer milagros? No lo creo.

La incredulidad de los nazarenos no obstaculizó el poder de Jesús; simplemente les impidió acceso a ello. Ellos no le trajeron a los cojos, a los ciegos, y a los enfermos debido a su incredulidad. Así que si Jesús no hizo obras poderosas allí fue porque no le dieron la oportunidad de hacerlas.

Jesús no estaba renuente a sanar, ni tampoco carecía del poder para alcanzar a los enfermos. No creo que haya retenido los milagros diciendo: “Está bien, les daré una lección para que aprendan.” Su incredulidad les impidió venir a Jesús y recibir todo lo que Él quería hacer.

¿Cuántas personas en Nazaret pudieron haber recibido ayuda si tan sólo hubieran ejercido la fe viniendo a Jesús? Ellos pudieron haber visto y participado de varios milagros maravillosos, pero su incredulidad les robó esa oportunidad.

Multitudes de personas habían conocido a Jesús a lo largo de todo Galilea. Ellos le traían sus enfermos de todas partes de la región para ser sanados. Deseaban tanto estar cerca de Jesús, y ser sanados, que se abarrotaban alrededor de Él. Pero aquí en Nazaret la historia fue completamente diferente. Estas personas permanecieron distantes. Ellos no trajeron multitudes de sus enfermos; sino que impidieron que sus ciegos y sus cojos llegaran a Él. Desde lejos, ellos solamente se preguntaban “¿Dónde obtuvo este hombre esta sabiduría? ¿Y dónde obtuvo este poder?”

Lo asombroso para mí es que, aunque Dios Se anunció a Abraham como El Shaddai, el Dios Todopoderoso, a pesar de eso, el Dios Omnipotente permite que el hombre lo limite. Por ejemplo, la Biblia nos dice, que Dios no "desea que ninguno perezca" (2 Pedro 3:9). Esa es la voluntad directa de Dios. Pero en la voluntad permisiva de Dios, los hombres perecen, los hombres andan en sus propios caminos de maldad.

La Biblia dice respecto a la gente del antiguo Israel: “Y volvían, y tentaban a Dios, Y limitaban al Santo de Israel.” (Salmo 78:41). Dios hubiera hecho mucho más por ellos, pero su incredulidad les impidió disfrutar todas las cosas buenas que Dios quería hacer. No por limitación del poder de Dios; sino porque la gente rehusó el amor y el poder de Dios.

Poco antes de que Jesús entrara a Jerusalén por última vez, alzando su voz exclamó:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37)

Jesús habría hecho tanto por ellos, Él deseaba hacer tanto por ellos, pero ellos rehusaron.

Dios quiere bendecirlo, cuidarlo, y usarlo de una manera poderosa; pero usted puede por incredulidad limitar la obra de Dios en su vida. La incredulidad le va impedir recibir el amor de Jesucristo y la salvación. La incredulidad le impedirá disfrutar de Su paz; le hará continuar en oscuridad, continuar en pecado, sentirse frustrado, y sufrir todas las ansiedades horribles, preocupaciones y penas que acompañan una vida de incredulidad.

O... usted puede creer; y ser bendecido.

Algo de Qué Asombrarse

La Biblia menciona sólo dos veces que Jesús se "asombró" por algo, y en ambos casos fue por cuestión de fe. Él se asombró de la fe de un centurión romano que reconoció Su autoridad absoluta para sanar; y se asombró cuando la gente de Nazaret rehusó creer en Él. Marcos dice simplemente: “Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos.” (Marcos 6:6).

Algunas personas tienen dificultades para creer en lo sobrenatural. Si no se puede reducir a una fórmula matemática, o a una explicación razonable, simplemente no lo creen. Usted ha oído la frase “ver para creer”. Muchas personas tienen tal actitud: “Si no lo puedo ver, no lo creeré.” ¿Pero se ha dado cuenta cuántas veces la gente ha sido engañada por lo que ven?

Los magos crean ilusiones por las cuales usted piensa haber visto algo, pero de hecho lo han engañado: “¿Cómo pudo pasar esa bolita de algodón a través de esa mesa sólida?” Usted cree que lo vio, pero fue una ilusión; fue engañado por lo que vio.

Jesús dijo más o menos lo opuesto: “Creer para ver.” Si usted cree, entonces podrá ver el poder de Dios.

El pecado de no creer en la Palabra de Dios es probablemente uno de los peores pecados que una persona pueda cometer. Es algo para asombrarse, pues no creer en

la Palabra de Dios puede impedir que usted tenga una vida de rica abundancia. La incredulidad hace que muchos cristianos anden errantes en el desierto; continúan luchando con la carne y no llegan a ninguna parte. Dejan pasar el tiempo, no ganan terreno, no avanzan, y no conquistan las cosas que Dios quiere que conquisten. En lugar de vivir una vida victoriosa, se sienten completamente derrotados.

Cuántas veces llegamos a alguna encrucijada de fe y nos quejamos: “Oh, pero ésta es una debilidad mía” o “éste es un problema que estoy enfrentando” y decimos que no podemos hacerlo. No confiamos en Dios que hará las cosas que ha prometido hacer; tentando a Dios con nuestra Incredulidad.

Pedro dijo: “Nos ha dado Sus preciosas y maravillosas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina.” (2 Pedro 1:4) Dios nos ha dado promesas gloriosas de victoria, promesas de liberación de los poderes de las tinieblas; pero la incredulidad impide que nos esforcemos hacia adelante. Dios ha provisto todo lo que necesitamos; lo único que necesitamos hacer es dar el paso y tomarlo.

Mientras el pueblo del Israel antiguo se disponía a entrar a la Tierra Prometida, después de andar errantes por el desierto por cuarenta años, Dios le dijo a Josué: “Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie.” (Josué 1:3) ¡Todo está allí! Todo lugar donde pongas tu pie, es tuyo.

Uno pensaría que ellos habrían recorrido todo el país; y que siguieron recorriéndolo sin parar. Pero aun con Josué de líder, los israelitas no tomaron toda la tierra que Dios les había prometido; se quedaron cortos. Estaban viviendo en la Tierra de la Promesa, pero el miedo se adueñó de sus corazones cuando miraron el poder del enemigo en vez del poder de Dios.

Dios le pudiera estarle diciendo: “Has estado en el desierto suficiente tiempo. Es hora de entrar a la Tierra Prometida. Es hora de entrar, conquistar, y tomar las victorias que tengo para ti. Experimenta las riquezas y la llenura de una vida de fe en Jesucristo.” No deje que la incredulidad lo prive de todas las cosas grandiosas que Dios quiere hacer en su vida. No ahogue las bendiciones de Dios. La puerta permanece totalmente abierta mientras usted ponga sus ojos en Jesús. Él es misericordioso, compasivo, clemente, bondadoso, y se deleita en hacer cosas buenas por Sus hijos.

Asombre a Jesús siguiendo el ejemplo del centurión romano, no siguiendo la incredulidad de los nazarenos.

¿Demasiado Bueno Para Ser Cierto?

Siempre sospecho cuando me ofrecen un almuerzo gratis. Sé que simplemente quieren venderme algo, o que buscan impulsar algún programa de recaudación de fondos. Siempre “hay gato encerrado” en el asunto. Las ofertas de TV a menudo parecen demasiado buenas para ser verdad, y es que realmente son demasiadas buenas para ser verdad; la mayoría de las veces lo que venden es basura.

Cuando la Biblia dice que por mí, Dios hizo pecado al que no conoció pecado, a Jesús; para que yo sea hecho la justicia de Dios en Él; parece demasiado bueno para ser verdad. ¿Por qué tomaría Jesús sobre Sí todo mi pecado, y me daría Su posición de justicia ante el Padre? Y creer que, aunque Él era rico, se hizo pobre por mí; para que por Su pobreza, yo pueda obtener las promesas de vida eterna en el reino de Dios. Todo esto parece demasiado bueno para ser verdad. Esto reta nuestro intelecto.

Pero cuando venimos a Jesús, ya no estamos hablando de almuerzos gratis o perspicacias de TV. Hablamos de Alguien que hizo toda clase de promesas extraordinarias, y luego las cumplió todas.

Los discípulos lloraron la muerte de Jesús, después de Su crucifixión, porque pensaban que al que habían considerado como el Mesías había perecido para siempre. Aun cuando María vino donde ellos con la noticia de que había resucitado, no le creyeron; era demasiado bueno para creerlo; los hombres no resucitan así no más de entre los muertos.

Recuerde, sin embargo, que los discípulos habían acompañado a Jesús al pueblito de Nain. Al acercarse escucharon los lamentos de la gente que iban en un cortejo fúnebre. El dolor de una desafortunada mujer parecía insoportable, ya que en el ataúd yacía su único hijo. Deteniendo la procesión, Jesús le ordenó al cadáver que se levantara. Increíblemente, los ojos del joven se abrieron súbitamente, y se sentó; y Jesús se lo presentó vivo a su madre.

Usted pensaría que ellos se acordarían de Lázaro. Después de todo, ese acontecimiento acababa de tener lugar apenas unos pocos días antes. Todos ellos vieron a Lázaro salir de la tumba, todavía envuelto en sus vendas. Pero una vez más, parece que esto se les escapó de sus mentes.

Jesús les había dicho varias veces: “Me van a crucificar, pero al tercer día resucitaré.” El tercer día después de Su crucifixión había llegado ahora. Uno pudiera pensar que ellos estarían emocionados, esperando con anticipación y gozosamente, a la expectativa. Pero no; se han dado por vencido. Están llorando y lamentándose a gritos... todo por su incredulidad.

Jesús les había pedido que creyeran algo claramente sobrenatural. Pero también había declarado ser más que meramente un hombre, y luego lo probó por Sus obras. Pero aun así, no creyeron. En el mismo momento en que debieron haber tenido tremendo regocijo; y una alegría y gozo indescriptibles, estaban afligidos, llorando y desesperados. ¿Por qué? Por incredulidad.

¿Se da cuenta lo que hace la incredulidad? Lo priva del gozo que debería tener; lo pone en el lodo cenagoso del desaliento y la desesperación. El día que Jesús resucitó de entre los muertos debió haber sido el momento más feliz de las vidas de los discípulos: La tumba estaba vacía; la piedra había sido removida; Jesús había triunfado sobre la muerte, el infierno y el sepulcro; había resucitado para vivir por siempre. Ése debió haber sido el día más emocionante que alguna vez hubieran tenido; pero en lugar de eso, fue un día de pesar y tristeza.

Un Punto Sin Retorno

Un hombre puede llegar a tal punto, donde le ha dicho “No” tantas veces a la gracia de Dios, que finalmente Dios lo reafirma en esa posición. Algunos han rechazado el evangelio con tal regularidad que ya no se les extiende la invitación a la vida eterna. No porque escogerán no creer; sino porque no pueden creer.

“Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en Él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: “Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?” Por tanto no podían creer, porque también dijo Isaías: “Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan y yo los sane.” ” (Juan 12:37-40)

Es trágico cuando una persona ha llegado tan lejos en su rebelión contra Dios, que Dios le permite la ceguera de su insensatez. Él cierra los ojos del hombre a fin de que no pueda ver. Es posible que una persona rechace tanto al Señor que llegue al punto donde no pueda creer. Éste es un punto trágico, el punto sin retorno.

Hay un momento, no sabemos cuándo,

Un lugar, desconocemos dónde,

Que marca el destino de los hombres

Para gloria o desesperación.

Hay una línea, para nosotros invisible,

Cruza cada camino;

El límite oculto entre

La paciencia de Dios y Su ira. 3

¿Qué Escogerá Usted?

Crear o no creer, ésa es la cuestión. ¿Creerá en Jesucristo como el Hijo de Dios que murió para librarle de su pecado, a fin de que usted pueda entrar a una vida de confianza, gozo, bendición y paz? O, ¿seguirá luchando contra la marea, haciendo lo mejor que puede para mantener su cabeza fuera del agua, viviendo día a día con miedo y ansiedad por lo que está ocurriendo en el mundo que le rodea?

Es su decisión. Lo que usted escoja hace toda la diferencia en este mundo y en el venidero.

3 “La Línea Fronteriza de la Vida” (El hombre Condenado). Letras por el Dr. J.A. Alexander, 1860.

Capítulo 7

El Triunfo de la Fe

“Yo sé que mi Redentor vive.”

Job 19:25

Mi madre vivió con nosotros durante sus últimos días, cuando moría de cáncer. Yo me sentaba al lado de su cama, y hablaba y oraba con ella. Ella fue un regalo de Dios para mí, y la amaba profundamente.

El cáncer es un diagnóstico aterrador, y su poder incalculable. Mientras veía el cáncer tomar la vida sana y vibrante de mi madre, reduciéndola a un cascarón, me sentía impresionado y abrumado por su capacidad destructora.

Una mañana me senté en un extremo de su cama, llorando por dentro. Sabía que ella sufría. “Yo no soy un héroe” oré a Dios, “pero estoy dispuesto a tomar su sufrimiento por un día. ¿Podrías tomar su dolor y ponerlo en mí, Señor? Déjame soportarlo por hoy, para que ella tenga un día de alivio de este dolor.”

Inmediatamente sentí la presencia de Jesús a mi lado diciéndome: “Chuck, esa petición no tiene sentido; Yo ya llevé su sufrimiento por ella.”

“Oh, Señor”, dije, “Es cierto. Perdóname.”

En ese momento presencié el poder de Jesucristo. ¿Qué son unas células cancerosas comparadas con la supremacía de Jesús, el Creador del universo? Mi enfoque cambió del poder del cáncer a la autoridad de Jesús, y me di cuenta que el cáncer no tenía poder alguno contra Él.

En ese mismo instante mi madre dijo repentinamente: “Oh, el dolor se fue.” Dios la había tocado. Y desde ese momento en adelante no volvió a sufrir más dolor.

“Señor”, dije, “ella es Tuya. Te agradezco porque he sido bendecido con su vida. Pero no voy a aferrarme a ella. Aunque va a doler mucho, Señor, ella te pertenece a Ti, y si quieres llevártela, está bien. Pero Señor, no con dolor, no con sufrimiento.” El Señor se la llevó a su hogar celestial poco tiempo después. Nosotros voluntariamente la dejamos ir porque, de todas maneras, ella siempre le había pertenecido a Él; sólo nos había sido prestada.

Este episodio es una de las experiencias espirituales más extraordinarias de mi vida. Nunca me he sentido más cerca de Jesús. Sabía que Él estaba allí, a mi lado, cuando me habló en aquel día. La experiencia llegó al extremo; sabía que había llegado a mis límites. Extendí mi mano hacia Dios porque me sentía desesperado, y el Señor estuvo allí para ayudarme y darme la victoria.

Cualquiera que sea la situación que enfrentemos, necesitamos recordar poner nuestros ojos en Él y en Su poder, no en el problema. Es así como echamos mano del triunfo de la fe.

Esto Sé

Aparte de Jesús, quien sufrió más de lo que podamos comprender; quizá Job tuvo los momentos más difíciles que alguien haya tenido. Job había perdido casi todo lo que tenía, sus posesiones, sus hijos, su salud, su reputación; y no podía entender por qué le había sucedido todo eso.

Sus amigos no lo ayudaron. Ellos insistían que Job tuvo que haber pecado para merecer tal dolor. Nadie sufriría como Job, decían, a menos que hubiera hecho algo sumamente grave contra Dios, ya fuera en su corazón o abiertamente. El que Job protestara defendiendo su inocencia, sólo aumentaba su culpabilidad ante los ojos de sus amigos. No obstante, Job continuó defendiendo su inocencia, y luego comenzó a describir su sufrimiento. Nadie le dio apoyo. Primero lo abandonaron sus amigos, luego su propia familia.

A pesar de todo, en medio de su profunda desesperación, Job hizo una tremenda declaración de fe: “¡Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas! ¡Quién diese que se escribiesen en un libro! ¡Que con cincel de hierro y con plomo fuesen esculpidas en piedra para siempre!” (Job 19:23-24) Al fin de todo, claro está, sus palabras fueron escritas e impresas en un libro, para que pudiéramos aprender de su experiencia extraordinaria.

¿Qué quería decir Job con estas palabras? Creo que estaba diciendo: “No lo sé todo. De hecho, hay muchas cosas que para nada entiendo. Pero escúchenme, una cosa sí sé. Y lo que estoy a punto de decir es tan fidedigno que desearía se pudiera grabar permanentemente en algún lugar.” ¿Qué palabras quería Job que fuesen esculpidas en piedra para siempre? Escuche su increíble declaración:

“Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, esto sé, que en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro.” (Job 19:25-27)

Job no sabía por qué había sido despojado de todo; sufriendo miserablemente, soportando dolores terribles. Todo esto lo perturbó profundamente: “¿Por qué ha permitido Dios que pierda todos mis bienes, mis hijos, y mi reputación? ¿Por qué ha permitido Dios que pierda mi salud y atraviere por todos estos sufrimientos?”

Sin embargo, en medio de la descripción de su sufrimiento, se detiene y dice: “Pero esto es lo que sí se: Mi Redentor vive.”

En la vida suceden muchas cosas que no podemos ni podremos comprender. ¿Por qué los problemas? ¿Por qué el sufrimiento? Tratamos de encontrar respuestas, pero muchas veces simple y sencillamente no podemos hallarlas. Cuando trato de consolar a alguien que está sufriendo, no le digo: “Bueno, puede que sea por esto o aquello.” A menudo confieso solamente: “No sabemos por qué ocurren estas cosas. Pero sí sabemos qué es lo importante.”

¿Y qué es lo más importante? Nunca suelte lo que sabe a cambio de lo que no sabe. O como algunos dicen: “No dude en la oscuridad de lo que conoce en la luz.”

Job se aferró firmemente a lo que sí sabía: “Yo sé que mi Redentor vive.” Y en esa gran declaración de fe llegó a experimentar el triunfo de la fe.

Goel, El Redentor

La palabra “redentor” en hebreo es un término interesante, es la palabra goel. Esta palabra describe a esa persona que en el día de la calamidad o problema, estaría a su lado para apoyarle y defenderle, sin importar el precio.

En aquellos tiempos, si usted no podía pagar una deuda y su acreedor lo llevaba ante los tribunales, lo vendían a usted como esclavo para saldar la deuda. Pero si usted tenía un goel, él pagaba su deuda para librarlo de la esclavitud. Si usted compraba una casa, y no podía hacer los pagos, y su casa caía en un juicio hipotecario, su goel venía y pagaba la hipoteca para que usted pudiera conservar su propiedad. El goel cumplía las obligaciones que usted no podía cumplir; él era su redentor.

En este momento de su vida, Job estaba solo. Sus hermanos, su familia, sus amigos, sus conocidos, sus sirvientes, todos se habían vuelto contra él. Aun su esposa se había vuelto contra él. Todo apoyo terrenal se le había quitado, dejándolo completamente solo... bueno, casi, no totalmente solo.

“Yo sé que mi Redentor, Aquel que está a mi lado y a mi favor, yo sé que Él vive. Y al fin se levantará sobre el polvo.” Job creyó que su Goel vivía, y que aunque su cuerpo regresaría al polvo, aún así en su carne vería a Dios.

Lo que hace esto tan asombroso es que Job creía todas estas cosas sin el beneficio de la revelación del Nuevo Testamento. Nosotros tenemos la ventaja del Nuevo Testamento, el cual nos dice que Jesús vive por siempre para interceder por nosotros, y que nunca nos condenará. (Hebreos 7:25; Romanos 8:34) Job no contó con tal cosa. Sin embargo, este hombre abatido pudo decir: “Todavía tengo a Uno que está a mi lado. Todos me habrán abandonado, y se habrán vuelto contra mí, pero yo sé que mi Redentor vive, mi Goel, el que está conmigo y a mi favor. ¡Él vive!”

Job tuvo la gloriosa esperanza de un día ver a su Señor establecer el reino justo de Dios sobre la tierra. En medio de su agonía, él puso su mirada en su Redentor, su Goel, y así Job comenzó a experimentar el triunfo de la fe.

La Paciencia de Job

Hace años, cuando mi maestro de la escuela dominical preguntaba: “¿Quién es el hombre más paciente que ha vivido?” Se levantaban manos por toda el aula.

“¡Yo sé! ¡Yo sé!”

“¿Dinos, Claudia?”

“Job”

“Correcto”

Siempre se resalta la paciencia de Job. Dado que resistió aflicciones tan terribles debió haber sido un hombre muy paciente. Pero el secreto de la paciencia es la fe, pues la paciencia es simplemente un producto de la fe. Aunque no entendía el porqué de las calamidades que le habían ocurrido, lo que Job creía acerca de Dios lo capacitó para resistir con paciencia sus intensos sufrimientos. ¿Y qué era lo que creía Job que lo llevó a tener tal paciencia?

Job creyó que Dios tenía el control de todas las circunstancias de su vida. Cuando recibió la noticia de la pérdida de su ganado, sus bienes y todos sus diez hijos, se postró en tierra y adoró a Dios.

“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.” (Job 1:21)

Job permaneció seguro en que Dios estaba en control de cada circunstancia de su vida. Dios está en control de sus circunstancias, ya sea que parezcan de beneficio o de dolor. Nada le ocurre a usted excepto lo que Dios haya permitido.

Cuando la esposa de Job vio su miserable condición, no lo pudo aceptar: “Job”, dijo ella, “Maldice a Dios, y muérete. Acaba con eso.” Pero Job contestó: “¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (Job 2:9-10)

Job sabía que en los cielos había Uno a su favor. “Mas he aquí que en los cielos está mi testigo”, declaró él. (Job 16:19) En hebreo, la palabra traducida acá como “testigo” significa más literalmente: “El que aboga por mí.” Aunque todos los demás se habían vuelto contra él, sabía que quedaba Uno que estaba a su favor, quien haría Suya su causa y respondería por él.

Pablo pregunta: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31) De alguna forma, a pesar de sus terribles circunstancias, Job sabía que Dios estaba a su favor. “Mi Goel, mi Redentor, vive.” Esta convicción le dio a Job la victoria sobre su prueba. Sus expresiones de fe fueron destellos de luz en la oscuridad de sus sombrías circunstancias.

Cuando todo se estremece y el mundo a nuestro alrededor se desmorona, debemos apoyarnos en ciertas verdades fundamentales:

Dios nos ama.

Dios cuida de nosotros.

Dios nos guarda y Él no se adormecerá ni dormirá.

Dios nos protegerá.

Dios hará que salgamos triunfantes.

Necesitamos conocer a nuestro Dios.

Como Pablo escribió en 2 Timoteo 1:12: “Porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.” Esto lo dijo nadie menos que Pablo, quien soportó apedreamientos, golpizas, y naufragios. Él soportó todo ese sufrimiento porque sabía en quién había creído. Él había puesto su confianza en el Dios vivo, y por lo tanto podía esperar confiadamente que Dios lo sacara triunfante.

Uno de las Escrituras más difíciles de obedecer para mí es: “Espera en el Señor.” (Salmo 27:14; 37:34) Yo no quiero esperar en el Señor, yo quiero que las cosas se hagan ya. Lo que necesito es más paciencia. ¿Y qué produce paciencia? La fe. La fe en Dios nos habilita para esperar a que los propósitos de Dios se cumplan.

En vez de orar por paciencia, ore por fe: “Señor, aumenta mi fe para que pueda entender verdaderamente que tengo a Uno que aboga por mí en el cielo, mi Redentor. Sé que Tú estás en control de las circunstancias de mi vida, aunque no puedo entender por qué estoy experimentando este dolor y sufrimiento tan terrible. Tengo fe que Tú vas a solucionarlo todo conforme a Tus propósitos y plan eternos.”

Esa es paciencia alimentada por el triunfo de la fe.

¿Por qué el Dolor?

Imagínese que tiene un dolor tan agudo y constante en su abdomen que finalmente decide ir al médico. Él comienza a examinarle y a hacer presión sobre su abdomen, preguntándole: “¿Le duele?”

“Sí”

Presiona el otro lado. “¿Y ahí?”

“Oh, sí.”

“Parece ser apendicitis”, le dice. “Hagamos algunos análisis.”

Él toma una muestra de sangre, la envía al laboratorio, y obtiene los resultados. “Su examen de sangre salió muy alto. Indica apendicitis. Necesitamos operar para sacar eso.”

“Oh, pero no sé”, dice usted. “Usted va a tener que cortarme, ¿verdad? Y habrá derrame de sangre. No quiero que me corten. Tendría que estar en cama unos cuantos días, y eso significa que me debilitaría y no podría jugar golf mañana. No sé si realmente quiero eso.”

“Está bien”, le contesta, “entonces déjeme describirle la alternativa. Si la dejamos adentro, y su apéndice se revienta, el veneno se dispersará a través de su sistema convirtiéndose en peritonitis, y ése será su fin.”

“¿Quiere decir que yo podría morir?”

“Oh, sí. Seguro que podría morir.”

“Pues bien, si usted me opera, ¿cuánto tiempo pasará antes que pueda jugar golf?”

“Un par de semanas.”

Así que usted pasa por todo el dolor y la debilidad de una operación para poder recuperarse y regresar a sus actividades normales.

Del mismo modo, algunas cosas en su vida espiritual lo pueden destruir, y Dios tiene a bien quitarle esas cosas. Usted dice: “Oh, Señor, eso duele. Por favor no lo hagas. ¿De veras tienes que cortar y quitar eso? No, no, no, Señor.”

“Si no lo hago, te puede destruir.”

Y así Dios permite esos tiempos de debilidad, de dolor, mientras le corta esas cosas que pudieran destruirlo. Si usted desea experimentar el triunfo de la fe, algunas veces el dolor y el sufrimiento son la única manera de alcanzarlo.

Es Duro allá Afuera

Siempre nos gusta que nuestros bisnietos se queden con nosotros. Un detalle acerca de ser abuelo, es que uno quiere que su casa sea un lugar donde los niños la pasan bien. Afortunadamente, mi esposa, Kay, sabe realmente cómo crear ese tipo de atmósfera. Ella siempre tiene platos con caramelos por toda la casa, y toda clase de cosas para que ellos jueguen. Como sólo se quedan unos pocos días, uno desea que se diviertan en casa de la abuela y del abuelo.

Hace algún tiempo, cuando nuestro nieto William era todavía pequeño, se quedó con nosotros por unos días. Fue una visita realmente maravillosa, pero llegó el momento en que William tenía que dejar a su abuela y abuelo, y regresar a casa. Viendo que había llegado la hora de partir, vino y se sentó conmigo para tener una conversación de abuelo a nieto.

“Abuelo”, me dijo, “no quiero ir a casa.”

“William,” contesté, “hemos pasado un muy buen tiempo, pero ha llegado el momento de despedirnos. Tienes que irte a casa.”

“No, abuelo”, contestó, “no quiero ir a casa. Quiero quedarme contigo y con abuela.” Por supuesto, eso es lo que cada abuelo quiere oír.

“Abuelo”, continuó diciendo firmemente, “Tú no entiendes. En mi casa no hay un montón de caramelos. Es tremendamente duro vivir en casa.”

Yo también me doy cuenta que vivir en este mundo puede ser terriblemente duro. No entiendo por qué ocurren muchas cosas, pero sé que los sufrimientos presentes no son comparables con la gloria que habrá de manifestarse. Nuestro Redentor vive y un día estaremos con Él en victoria.

Victoria Sobre Toda Circunstancia

Es posible, claro está, que usted programe fracaso en su vida. Usted puede decir: "Bueno, nunca podré hacer eso." Y por lo tanto, no lo hará. Usted ya ha pre-programado su fracaso.

Sin embargo, usted también puede pre-programar la victoria. "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." (Filipenses 4:13) Si usted aprende a confiar en el Señor, puede tener victoria sobre cada circunstancia de la vida. Dios cuidará de usted, y lo capacitará para triunfar sobre cualquier cosa que fastidie su vida.

Cuando estaba en la escuela secundaria, trabajé un verano como carpintero construyendo barracas en la base militar de los marinos en el Toro, California. Mientras los hombres de mi grupo se sentaban a almorzar, yo les hablaba del Señor.

Un día mientras trabajaba martillando mucho, el martillo se resbaló golpeando mi pulgar. Exploté en furor, grité y lancé mi martillo bien lejos en el campo. Fue una lástima que no estuviera en una competencia de lanzamiento del martillo, habría ganado. Tuve que ir avergonzado a buscar el martillo a donde había caído. Durante todo el trayecto oía cómo se reían disimuladamente, al mismo tiempo que mi conciencia me consumía. Qué gran testigo eres, diciéndoles que eres cristiano y explotando de esa manera. Sufrí todo tipo de condenación y tormento espiritual a causa de mi insensata acción. Tenía un temperamento muy volátil y una tendencia a responder con vehemencia.

Me sentí tan mal por el incidente que dejé ese trabajo. Qué testigo más miserable soy para el Señor, pensé. Lo que más me disgustaba era el dolor producido por mí mismo. El golpear mi cabeza contra la puerta de un armario, o tropezar con una silla, me provocaba siempre una reacción violenta. Así que le confesé al Señor que simplemente no tenía el poder para controlar la furia que se acumulaba dentro de mí, y le pedí que me ayudara.

Pasaron cinco años aproximadamente. Había terminado mis estudios en el instituto bíblico, y pastoreaba una iglesia en Tucson, Arizona. Nells, un hermano de la iglesia, vino a ayudarme a remodelar la plataforma para hacer un par de salones extras para la escuela dominical. Juntos encuadramos y levantamos una pared, y estaba listo para

asegurar la base del piso. Tenía que clavar un clavo de nueve centímetros de largo, y debo confesar, quería alardear clavándolo de un solo golpe. Así que agarré el martillo, e igual que hacía cinco años, el martillo dio en el clavo pero resbaló y golpeó fuertemente contra mi pulgar. Mi pulgar se abrió y un dolor agudísimo se disparó por todo mi cuerpo. Todavía tengo un pulgar deformado el día de hoy debido a esa experiencia. Miré a Nells, sonreí y dije: “Esto es maravilloso.”

Él me miró como diciendo: “¿Qué te pasa? Hay sangre por todas partes ¿y dices que eso es maravilloso?”

“Nells”, dije, “no estoy hirviendo de rabia por dentro.”

Repentinamente reconocí que el Señor me había dado victoria sobre mi temperamento; un área que me había esforzado tanto por controlar, pero no podía. Y luego me di cuenta que no he vuelto a explotar desde aquel día en El Toro.

Dado que soy una nueva criatura en Cristo, el Señor trabajará en mí para darme victoria sobre la vieja naturaleza que una vez controlaba mi vida. He descubierto que para disfrutar este tipo de triunfo debo admitir mi incapacidad de lograrlo por mí mismo. Por mucho tiempo traté de controlar mi temperamento. Lo lograba por un tiempo, pero entonces algo sucedía y estallaba de nuevo. Probé diferentes estrategias, contar hasta diez y otros métodos similares; hasta que tuve esa experiencia en El Toro, cuando finalmente confesé: “Señor, no lo puedo controlar.”

Años atrás un hombre jubilado de la marina aceptó a Cristo en nuestra iglesia. Su conversión fue sólida y hermosa; y comenzó realmente a crecer en su relación con el Señor. Por supuesto, como hombre jubilado de la marina, su lenguaje no era siempre el mejor.

Un día estaba cortando el césped y cantando un coro de alabanza cuando accidentalmente chocó con la rama de un árbol. Lo golpeó en la frente, lo tiró al suelo, y le produjo un gran chichón rojo en su frente. Él apagó la cortadora de césped y se apresuró a entrar a la casa para ver a su esposa.

“¿Qué te pasó?”, preguntó ella.

“Oh, lo más grande en el mundo”, le contestó.

“¿Qué quieres decir?”

“Choqué con la rama de un árbol y me tumbó, pero no maldije.”

Ella sonrió y dijo: “Bueno, cariño, no te he oído maldecir desde que aceptaste al Señor.”

“¿En serio?” se preguntó en voz alta. El Señor le había librado, y no se había dado cuenta. A menudo, así es como obra Jesús. Es el triunfo de la fe, algo que el Señor quiere que usted experimente y disfrute por usted mismo.

Él Entierra Sus Fracasos

Cuando Dios finalmente escriba las memorias acerca de usted, va a escribir los triunfos de su fe; mas todos sus fracasos serán enterrados. Dios le reconoce como justo en, y por, su fe en Jesús. Si bien su fe aún no ha sido perfeccionada, cuando Dios haga Su ajuste final de cuentas, permanecerá fiel a Su promesa de borrar completamente cualquier registro de su pecado y su fracaso.

Tal como lo supo Job, hay Uno que pagó el precio. Usted tenía una deuda que no podía pagar y estaba condenado. Fue vendido en esclavitud para cubrir su deuda, pero su Redentor, Jesucristo, la pagó para usted. Él lo liberó de la esclavitud del pecado. Su Redentor vive y está intercediendo por usted en este momento, y un día estará en pie sobre la tierra; y usted estará con Él en la gloria de Su reino.

Aunque su cuerpo morirá y sea incinerado o enterrado, sin embargo, usted verá a Dios. Va a morar con Él por siempre, porque su Redentor vive. Y así, por siempre, experimentará la gran emoción del triunfo de la fe.

Parte 2

El Aspecto de la Fe

Capítulo 8

Abraham: Hombre de Fe

“Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.”

2 Pedro 3:18

Estamos viviendo en una sociedad impaciente, que todo lo quiere ya, al instante. ¿Ha notado cómo con la llegada del horno de microondas, nos hemos acondicionado a esperar que la comida esté caliente tan sólo dos minutos después de sentir hambre? ¡Y no se vaya a tomar más de dos minutos! Lamentablemente, esperamos lo mismo de la fe.

Tal como esperamos que una bolsa crezca casi instantáneamente, llenándose de palomitas de maíz después de meterla en el horno de microondas, así queremos también convertirnos en gigantes espirituales, prontamente, de la noche a la mañana si fuera posible. Leemos de la súper fe que puede mover montañas, y pensamos: “Me gustaría un poco de esa fe. Y me gustaría tenerla ahora.” Debo confesar que no me molestaría para nada tener el poder de decirle a una montaña: “Desarráigate y plántate en el mar.”

Pensamos que tendríamos éxito espiritual instantáneo si tuviéramos una fe como la de Abraham. Lo que se nos olvida es que la fe de Abraham creció a través de una larga comunión con Dios; no ocurrió de la noche a la mañana. Fue sólo a medida que Abraham iba conociendo mejor a Dios, descubriendo y redescubriendo Su fidelidad, que su fe creció y se desarrolló; y de la misma manera su fe crecerá y se desarrollará a medida que usted camine con Dios y descubra Su fidelidad.

Dejando su Hogar

Cuando Dios llamó a Abram por primera vez, su padre era un idólatra. Aunque Dios le había dicho que se separara de sus parientes, y dejara atrás Ur de los Caldeos; Abram

viajó únicamente hasta Harán, un pueblo al noroeste de Babilonia; y viajó hasta allí con su padre, Taré, y su sobrino, Lot. Abram no obedeció completamente la orden de Dios.

El texto nos dice que Abram y su familia, mientras vivían en Harán, adquirieron muchos siervos y bienes; lo que indica que disfrutaron un tiempo de prosperidad. Quizá por esa razón quería quedarse allí Taré. El nombre "Taré" significa demora. Abram se demoró en Harán hasta que alcanzó la edad de setenta y cinco años. Aunque el Señor le había dicho claramente a Abram: "Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré" (Génesis 12:1), Abram no terminó el viaje que Dios le había ordenado hasta que murió Taré. Fue hasta entonces que Abram salió en busca de una ciudad cuyo fundamento, y arquitecto, y constructor era Dios. (Hebreos 11:10)

Es de asombrarse el pensar que Abraham haya tomado ese primer paso sin saber su destino. Fue la fe lo que lo capacitó para comenzar ese viaje, y fue la fe lo que lo sostuvo a lo largo del camino.

Abram viajó cerca de 725 kilómetros hasta llegar a Canaán, la tierra futura de Israel. Por fe vivió en esa tierra, pero siempre en una tienda; nunca construyó una casa. Abram vivió como extranjero, como alguien que estaba de pasada en la tierra que sabía que un día sería de sus hijos y descendientes. Así, pues, Abram viajó como un extranjero, creyendo todo el tiempo la promesa de Dios: "Esta es la tierra que Dios dará a mis descendientes."

Por supuesto que el Señor tenía algo sumamente más grande en mente para Abram; mucho más que simplemente la garantía de una tierra. El Señor le prometió: "Haré de ti una gran nación; y te bendeciré y engrandeceré tu nombre; y serás bendición." Hoy en día, las tres religiones monoteístas principales del mundo, el islamismo, el judaísmo y el cristianismo, reverencian el nombre de Abraham. ¿Y cómo haría Dios a Abram una "bendición"? Dios dijo: "Serán benditas en ti todas las familias de la tierra." (Génesis 12:2-3) Esta bendición vendría, pues, sobre todas las familias de la tierra; claramente una profecía del Mesías. Es a través de la simiente de Abraham, Jesucristo, que la bendición de Dios ha venido sobre todos nosotros.

¡Ah, qué promesas más gloriosas! Y estas promesas no fueron dadas por la rectitud de Abraham, sino por la gracia del Señor. Dios ciertamente no lo bendijo a él porque fuera un buen hombre; así como tampoco nos bendice a nosotros porque seamos buenos.

Las bendiciones de Dios vienen sobre nosotros en virtud de Su gracia. Es por eso que raras veces las esperamos. De alguna manera estamos convencidos de que Dios nos bendice sólo cuando lo merecemos, como si fuera algún tipo de recompensa por nuestra rectitud. Pero no tiene nada que ver con eso. Las bendiciones de Dios vienen sobre nosotros por Su gracia; y no por ninguna otra razón. Nunca espere que Dios lo bendiga por lo que usted es. Espere que Dios lo bendiga por ser Él quién es.

Un Paso Después del Otro

Según está escrito en el libro de Génesis, el Señor se le apareció a Abram siete veces. Cada una de las apariciones hizo que Abraham profundizara un poco más en su comunión y amistad con Dios.

La primera aparición ocurrió en Babilonia, cuando Dios le dijo a Abram: “Sal de este lugar.” Dios causó que Abram estuviera descontento, para que saliera a buscar otro lugar para adorar a Dios. El Señor no se le volvió a aparecer a Abram hasta que entró en la tierra de Canaán. Su desobediencia estancó la obra de Dios en su vida.

Dios nos guía un paso a la vez. A mí me gustaría que Dios me dijera exactamente lo que me tiene preparado para fin de año. Si tan sólo lo supiera por adelantado pudiera hacer planes; pero Dios nos revela a usted y a mí solamente un paso a la vez. Y no nos hará saber el siguiente paso hasta que demos el que nos toca hoy.

Yo puedo levantarme y decir: “¿Señor, adónde vamos ahora?”

Y Él responderá: “Bien, sal hacia allá.”

“Está bien, ¿adónde voy después? ¿Qué vas a hacer después?”

Él guardará silencio; no me mostrará cuál es el siguiente paso al que debo dar primero. Puedo permanecer allí por muchos días diciendo: “No sé si voy a querer dar el segundo paso, pues ni sé cuál es. Tal vez no quiero hacer eso. Señor, ¿qué debo hacer?”

“Sal, da el primer paso.”

“¿Adónde voy después?”

Silencio. Dios nunca nos dice cuál es el siguiente paso hasta que demos el primero. El camino genuino de la fe siempre consiste en un paso a la vez, una lección que Abram tuvo que aprender.

Cuando Dios instruyó a Abram que dejara Babilonia, el Señor no se le apareció otra vez hasta que llegó a la tierra a la cual lo había llamado. ¿Cuántos meses o años habían pasado? No sabemos. Pero al llegar a Canaán, Abram había alcanzado finalmente el lugar donde Dios le podía mostrar el siguiente paso.

“A tu descendencia daré esta tierra.” (Génesis 12:7) Cuando Abram salió de Babilonia no sabía hacia dónde lo dirigía Dios. Pero con el tiempo descubrió el lugar que Dios había escogido para él.

Abram permaneció gustosamente en Canaán hasta que una sequía severa azotó la región; entonces su fe vaciló y empezó a considerar sus opciones. Pensando que podía cuidar mejor a su familia en Egipto, se apresuró por llegar allá. Este fue otro paso de fe que dio en falso. En Egipto le esperaba desastre: Miedo, mentiras, reprensión y deportación. Al final de este triste incidente, Abram regresó a Bet-el “dónde había estado su tienda al principio.” (Génesis 13:3) El nombre Bet-el significa “La casa de Dios.” Abram regresó al lugar donde Dios se le había aparecido la última vez, adonde había erigido un altar al Señor.

La elección de Abram, irse a Egipto, resultó en un tiempo estéril desde el punto de vista espiritual. La falta de fe causó que Abram, en lugar de depender en Dios para que supliera sus necesidades en Canaán, recurriera a una nación pagana buscando ayuda. Su aventura egipcia no sólo le causó problemas físicos, sino también muerte espiritual. Así que Abram regresó a Canaán, la Tierra de la Promesa, e invocó en Bet-el al Señor una vez más.

Siempre es bueno regresar al lugar donde usted tuvo su primer encuentro con Dios. Allí nos esperan las bendiciones. El regresar a nuestras raíces espirituales nos pone de alguna forma al día con el Señor, permitiéndonos reanudar nuestro camino de fe. Eso es exactamente lo que le ocurrió a Abram.

Abram y Lot se Separan

Al poco tiempo de que Abram y Lot regresaran a Canaán, surgió un problema entre ellos. Ambos tenían grandes manadas de ganado, rebaños de ovejas, y tiendas; y se hizo evidente que la tierra no los podía sostener a ambos. Por lo tanto, Abram le ofreció a Lot que escogiera una porción de la tierra, que ocupara cualquier parte que deseara. Si Lot escogía irse a la derecha, entonces Abram se iría a la izquierda. Leemos: “Y alzó Lot sus ojos, y vio toda la llanura del Jordán... entonces escogió Lot para sí toda la llanura del Jordán.” (Génesis 13:10, 11) Aprendemos que mientras Lot era un hombre de vista, Abram era un hombre de fe. Mientras Abram pudo ver lo invisible, Lot se fijó en lo visible.

La estancia temporal en Egipto fue costosa para Lot, pues le desarrolló un gusto por las exquisiteces de una cultura avanzada pero pagana. Así que como hombre de vista, no de fe, Lot escogió el lugar en Canaán que más se parecía a Egipto, la llanura del Jordán, el hogar de Sodoma y Gomorra.

Por cuestión de derecho, Lot debió haber permitido que Abraham eligiera primero; eso habría sido lo más honorable que como sobrino pudo haber hecho; además era el más joven de los dos. A pesar de eso, nada indica que Abram guardara rencor contra Lot.

Abram tenía un compromiso tan firme con Dios que la elección no tuvo importancia para él: “Tomaré lo que quede, Lot. Tú toma lo que quieras.” Es hermoso presenciar una vida de tal entrega que es capaz de decir: “No importa por dónde el Señor me guíe, lo acepto.”

Listo para Obedecer Completamente

Ahora que Lot se había mudado a la llanura del Jordán, finalmente Abram había obedecido por completo las instrucciones de Dios. Abram no sólo había salido de Babilonia, sino que ahora también se había separado de su familia. Me gusta eso de Dios; si al principio no estamos dispuestos a obedecer Su mandamiento, Él entonces permite que ocurran cosas para que nos dispongamos a obedecer. Siendo que Dios lo ama, va a asegurarse que Su plan para su vida se lleve a cabo. Usted podrá rebelarse contra eso; podrá desobedecer; pero Dios seguirá obrando en su vida hasta que esté dispuesto a obedecerle.

Precisamente eso es lo que le ocurrió a Abram. Después de que Lot y Abram se separaron, el Señor se le apareció nuevamente a Abram y le dijo: “ Abram, mira hacia el norte.” Desde ese punto, Abram podía ver el Monte Hermón. “Ahora mira al sur, hacia el Neguev. Mira al este hacia Moab y la llanura del Jordán. Mira al oeste hacia el mediterráneo. ¿Ves toda esa tierra? Te la daré a ti y a toda tu descendencia, por siempre.” Y luego, Dios agregó:

“Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, entonces tu descendencia podrá ser contada también. Levántate, camina por lo largo y ancho de toda la tierra; porque a ti te la doy.” (Génesis 13:16-17)

Dios estaba diciendo: “Abram, he dado toda esta tierra a tus descendientes, quienes excederán en número a la arena del mar. Así de grande te voy a bendecir. Sin embargo, debes salir y apropiarte de ella; ve por toda la tierra, de norte a sur, y de este a oeste, porque a ti te la he dado.” Y eso fue exactamente lo que hizo Abram. A través de este incidente, Abram nos da otro ejemplo de lo que significa caminar en fe con Dios.

Así como fue necesario que Abram diera el paso de fe, y que caminara por toda la tierra; así nosotros también tenemos que hacer lo mismo. Cuando Dios nos promete algo, debemos dar un paso de fe y apropiarnos de esas promesas; necesitamos aferrarnos a ellas para que Dios pueda bendecirnos.

La Promesa Más Grande de Todas

El capítulo 15 de Génesis relata la conversación siguiente entre Abram y Dios:

“Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Génesis 15:5-6).

Esta vez, Abram respondió de la mejor manera que podemos responder cuando Dios declara una promesa: Le creyó a Dios. Esto es más asombroso de lo que aparenta superficialmente, porque Abram no solamente creyó que Dios iba a darle muchos descendientes; Abram creyó que a través de sus descendientes, Dios traería al mundo el Mesías.

La palabra traducida como “descendientes” es de hecho el término hebreo para “semilla”, en singular, no plural. Es por eso que en Gálatas 3:16 el apóstol Pablo dijo: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su Simiente.” No dice: “Y a sus simientes” como si hablase de muchos, sino como de uno: “Y a tu Simiente”, la cual es Cristo.

Abraham creyó en la promesa de Dios, que de su Simiente el Mesías vendría un día al mundo. Miró hacia el futuro y creyó en la promesa de Dios. Nosotros miramos hacia el pasado y vemos la promesa cumplida con la venida de Jesucristo. Cuando creemos que Jesús murió por nuestros pecados en la cruz, y que resucitó al tercer día después de Su crucifixión, Dios nos cuenta como justos, tal como hizo con Abraham, el hombre de fe.

Trece Años de Silencio

El capítulo 16 de Génesis cuenta la historia de uno de los peores pasos en falso, en cuanto a la fe, que haya dado Abram. A pesar que tenía la promesa de Dios mismo, que su esposa le daría un hijo, Abram accedió al plan de Sarai de traer un hijo al mundo a través de Agar, su criada egipcia. Sin embargo, tal hijo traído al mundo por maniobra de la carne, nunca podría ser el “hijo de la promesa” que Dios le prometió a Abram.

Abram tenía aproximadamente ochenta y seis años de edad cuando nació Ismael, el hijo que tuvo con Agar. Dios guardó silencio cuando nació Ismael; y no le habló a Abram por trece largos años. Cuando Dios rompió finalmente Su silencio, fue para informarle que Ismael no era el hijo de Su promesa.

“Cuando Abram tenía noventa y nueve años de edad, Jehová se le apareció y le dijo: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto (es decir, irreprochable)” (Génesis 17:1)

La palabra traducida como “Todopoderoso” es el término hebreo El Shaddai. El término “shad” quiere decir “pecho” en hebreo, el lugar de vida y alimentación. Dios le estaba diciendo a Abram: “Yo soy el lugar de tu vida y tu alimentación. Todo proviene de Mí. Yo soy el Dios Todopoderoso. Yo soy El Shaddai, y debes recurrir a Mí para la vida.” Las promesas vivas de Dios pueden ser satisfechas únicamente por el mismo Dios vivo.

“Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.” Andar delante de Dios significa andar en Su presencia, consciente de que Dios lo está mirando y lo está cuidando. Cuando usted anda delante de Él, usted anda en la presencia del Señor Todopoderoso entendiendo que Dios tiene Su mano sobre su vida. ¿Cómo ha de andar usted, exactamente? Dios dice que debemos andar de una manera irreprochable o perfecta. El requisito ideal de Dios para la humanidad es la perfección.

No me sorprende que Dios demandara que yo sea perfecto. De hecho, me asombraría si Dios dijese: “Adelante, sigue siendo descuidado y repugnante. Sé como tú quieras.” Eso no estaría de acuerdo con la naturaleza santa y perfecta de Dios. Dios no podría demandar de nosotros nada menos que la perfección. Fue así que el apóstol Pablo pudo escribir: “Sed perfectos”, es decir: “Aspire a la perfección.” (2 Corintios 13:11)

Abram había estado lejos de ser perfecto; y Dios tenía mucho que decirle después de trece largos años de silencio:

“Haré mi pacto entre tú y Yo, y te multiplicaré en gran manera.” Entonces Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él, diciendo: “He aquí, mi pacto es contigo, y serás padre de muchedumbre de gentes. Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham.” (Génesis 17:2-5)

Cuándo Dios introdujo la letra hebrea “h” en el nombre de Abram, se podría decir que Dios se introdujo a Sí Mismo en dicho nombre. Esa letra se pronuncia con el sonido del aliento. La palabra hebrea “ruach”, que quiere decir “aliento”, también significa “Espíritu.” De manera significativa Dios transformó Abram en Abraham al introducir el Espíritu en su nombre. Al hacerlo, Dios también hizo un pacto nuevo con Abram, el pacto de la circuncisión (Génesis 17:10). De hecho Dios dijo: “Abraham, para que te conviertas en un hombre espiritual, quiero que cortes la carne. Quiero que esa “h” se convierta en una realidad nueva para ti. Quiero que, de ahora en adelante, andes en el Espíritu y sigas las cosas del Espíritu.”

Dios le dio tanta importancia a este pacto, que declaró que si alguien de la familia de Abram rehusaba el rito de la circuncisión, debía ser cortado del pueblo de Dios. No estar circuncidado significaba no estar conectado con el pueblo de Dios. ¿Por qué

haría Dios tanto énfasis en la circuncisión? Lo hizo porque quería recordarle a Su pueblo que debían vivir por fe, no por la carne.

Posteriormente, ningún bebé varón, ni varón recién convertido, sería considerado judío hasta que se circuncidara. Una persona no se convertía en judío por nacimiento natural, se convertía en judío el día de su circuncisión. Ése era el rito que todo varón practicaba para indicar que andaría en el Espíritu.

En aquel entonces y ahora, nadie puede ser un hombre o una mujer de Dios y andar en la carne. Solamente se puede ser discípulo del Señor al andar continuamente en el Espíritu por fe.

Recuerde, la circuncisión fue establecida como símbolo. Cuando llegamos al Nuevo Testamento, Pablo muestra la locura de confiar en un mero rito. Él dice que es ridículo pensar que uno es judío solamente por haber sido circuncidado. La circuncisión no beneficia a nadie que no camine y viva en el Espíritu por fe. El rito de la carne no hace nada; es por eso que los gentiles incircuncisos que andan en el Espíritu y no en la carne, son considerados el pueblo de Dios también. La verdadera circuncisión es la del corazón. (Romanos 2:29)

Al mismo tiempo que Dios cambió el nombre de Abram por el de Abraham, también modificó el nombre de su esposa, Sarai. Él agregó la misma “h”, el aliento, el Espíritu, la letra hebrea que se pronuncia con aire. De esta forma Dios simbolizó la introducción de Su Espíritu y vida en esta pareja, trayéndoles a una nueva dimensión de vida en el Espíritu. Dios le dijo a Abraham acerca de Sarah (La traducción literal sería “Sarah”, no “Sara”):

“Y la bendeciré, y también te daré un hijo por medio de ella; sí, la bendeciré, y vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella.” (Génesis 17:16)

Cuando Pablo habla de este vital incidente, dice que el cuerpo de Abraham “estaba como muerto”, pues tenía casi 100 años de edad; y habla de “la esterilidad de la matriz de Sara” (Literalmente sería “Sarah”) (Romanos 4:19). Por lo tanto, Dios da a entender que Abraham ya era demasiado viejo para tener hijos, y que Sara ya no podía concebir.

Dios esperó a obrar hasta que Abraham ya no pudiera hacer absolutamente nada para llevar a cabo la promesa por sí mismo. Dios no quería que Abraham tratara de producir, por sus propias fuerzas, las promesas de Dios. Para que la promesa se cumpliera, se requería claramente un milagro de Dios. El Señor permitió que Abraham llegara al punto de absoluta imposibilidad humana.

¿Sabía usted que muy a menudo Dios permite que lleguemos a nuestro límite, al límite de nuestros recursos, al límite de nuestras ideas? Él permite que lleguemos al borde de la desesperación antes de Él obrar.

Cuando Dios obra, quiere toda la gloria por lo que Él ha hecho. Dios le permite llegar a situaciones totalmente imposibles, situaciones en las cuales usted levanta sus manos en desesperación y exclama: “Se acabó. No aguanto más. No hay forma de lograrlo.” Entonces Dios interviene y obra; y cuando Él lo hace, no hay manera en que usted o yo podamos jactarnos.

Cuando Abraham oyó que él y Sara tendrían un hijo, ¿qué cree que hizo? La Biblia dice que se rió. No, no fue una risa de duda o incredulidad, sino una risa de asombro. (Génesis 17:17) Si hubiera sido una risa de incredulidad, Dios lo habría reprendido entonces, tal como lo hizo luego con Sara. (Génesis 18:12-15)

Una vez que Abraham se recuperó de la noticia, Dios reiteró Su promesa que Sara le daría a luz un hijo; y luego le instruyó que llamara al niño “Isaac”, que quiere decir “risa”. (Génesis 17:19) Al pensar que a su avanzada edad ellos tendrían un bebé, ¿qué otro nombre podrían ponerle al niño sino “Risa”?

Cuando Dios le anunció a Abraham que su hijo nacería el siguiente año, en el mismo tiempo; Sara oyó el anuncio y se rió por incredulidad. Dios respondió inmediatamente preguntando: “¿Hay algo que sea demasiado difícil para Dios?” (Génesis 18:14) ¿Cómo puede haber algo demasiado difícil para Aquel que creó el universo y todo lo que contiene? Necesitamos recordar esto cuando oramos. Nada es demasiado difícil para Dios.

Una Ofensa Repetida

Poco tiempo después de que Dios hiciera Su asombrosa promesa, Abraham y Sarah se movieron hacia el sur. Y aunque no lo crea, Abraham cometió el mismo error que había hecho veinticinco años antes. Mintió, tratando de hacer pasar a Sarah por su hermana. Esta vez se lo hizo al rey Abimelec.

Lo que hace que esta acción sea tan vil es que, a estas alturas Abraham ya había estado andando por muchos años con el Señor. Para ese entonces debió haber avanzado más en su fe. Mas al mentirle a Abimelec, Abraham puso en peligro el plan de Dios. Dios había declarado que a través de Sara le sería llamada su simiente. La promesa de Dios habría de venir por medio de Isaac, aquel que nacería no de la carne sino del Espíritu. Si Abimelec hubiera tenido relaciones sexuales con Sara, el plan de Dios pudiera haber sido puesto en peligro. ¿Cómo podría Abraham probar que el niño

que naciera después de ese incidente era de él? Quizá Sara estaba ya embarazada. Si hubiera habido cualquier tipo de relación física con Abimelech, siempre estaría allí la duda: ¿Era éste verdaderamente el niño que Dios había prometido? Y las preguntas hubieran seguido apareciendo incluso con respecto a Jesucristo, de la simiente de Abraham.

Al no proteger Abraham su esposa, Dios se movió soberanamente para proteger Su plan. Dios se le apareció en un sueño a Abimelec, y le advirtió que moriría si tocaba a Sara. (Génesis 20:3)

Dios siempre protegerá Su plan. Yo pudiera fallar. Usted pudiera fallar. Y si fallamos, Dios levantará a otro que ocupe nuestro lugar.

Hallo interesante el que estos tiempos de fracaso se pueden convertir frecuentemente en tiempos de crecimiento. Dios, en Su amor y Su gracia, revela nuestras áreas de debilidad a fin de poder hacernos más fuertes. Cuando Dios me muestra esas áreas de mi carne que le desagradan, no me las muestra en forma condenatoria, sino que lo hace para hacerme entender la siguiente área adonde debo esperar que Él obre. Yo lo veo como si Dios pusiera un rótulo que dice: "En Construcción". Ése es el próximo lugar en mi vida donde Él va a trabajar.

Eso fue lo que Él hizo con Abraham, y eso es lo que Él hará con usted también.

Nace el Niño

Sara dio a luz un hijo en el tiempo exacto que Dios había especificado. La Biblia simplemente dice: "Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado." (Génesis 21:1)

Ese versículo tiene un tono maravilloso que resuena dentro de mi corazón. Dios hizo exactamente lo que Él dijo que haría, exactamente como lo habló.

Cuando, finalmente, Dios actuó para hacer cumplir Su promesa a Abraham, hizo una obra asombrosa, restaurando físicamente a Sara; pues ella no solamente dio a luz a Isaac, sino que también lo amamantó. El Señor también rejuveneció totalmente a Abraham, porque después de la muerte de Sara, cuando él tenía 137 años de edad, se casó con una mujer llamada Cetura y tuvo seis hijos con ella. (Génesis 25:1-2)

La Muerte de Abraham

Abraham vivió hasta la avanzada edad de 175 años. “Y exhaló el espíritu”, dice la Biblia; “y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años, y fue unido a su pueblo.” (Génesis 25:8) Al ver la vida de Abraham, podemos estar seguros que el Salmo 1 se aplica a él:

“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.” (Salmo 1:1-3)

Las hojas de Abraham no se marchitaron; Dios lo prosperó y vivió hasta los 175 años de edad. Abraham hizo del Dios del universo su lugar de refugio; y como resultado, el Dios vivo y eterno bendijo su fe, hasta el día en que murió.

Dios Usa Personas Imperfectas

El Nuevo Testamento usa repetidamente a Abraham como el ejemplo clásico de un hombre de fe. Pero tal como hemos visto, el Antiguo Testamento registra varios momentos en que la fe de Abraham flaqueó. Sin embargo, el Nuevo Testamento nunca menciona el fracaso de la fe de Abraham; Dios pasa por alto esos lapsos y nos habla sólo de sus triunfos.

Esto demuestra que Dios usa personas imperfectas. Si Abraham hubiera sido completamente perfecto, sin flaquear jamás en su fe, me sentiría desmoralizado. Daría por sentado que Dios no me podría usar, pues estoy dolorosamente consciente de mis imperfecciones. En ocasiones cuestiono las cosas de Dios. A veces sufro lapsos de fe, no confiando completamente en Dios como debiera. Vienen las dificultades y trato de buscar una salida, en vez de descansar en Dios confiando que me sacará a flote de ese problema.

La experiencia de Abraham me consuela. Me reconforta saber que Dios me aceptará en la condición que yo esté, y que Él comenzará Su obra en mí por Su Espíritu, transformándome a la imagen de Jesucristo a través de la fe. Él me usa, aunque no soy perfecto.

Tal vez usted ha estado usando esta misma excusa para su falta de compromiso total en el servir al Señor: “Soy tan imperfecto, es imposible que Dios me pueda usar.” Fijamos la atención en nuestras imperfecciones, defectos y debilidades en lugar de ponerla en nuestro Creador. Dios quiere usarle, como lo hizo con Abraham.

Recuerde que Dios usa vasijas rendidas a Él, no vasijas perfectas. Dios desea, por supuesto, conformarnos a la imagen de Jesucristo por medio de Su Espíritu. Pero eso es un proceso. Nadie puede levantarse y decir: “Doy gracias porque he sido completamente perfeccionado en Jesucristo. Nunca me enojo o me altero. Yo siempre tengo la más dulce y agradable actitud. Estar a mi lado es genial, todo el tiempo.” Intente decirlo alguna vez, y verá como todos a su alrededor se sueltan a reír.

“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.” (2 Pedro 3:18)

A medida que Abraham conocía mejor a Dios, aumentaba su fe; y la suya también aumentará a medida que su conocimiento de Dios crezca. Mientras más conozca al Señor, más confiará en Él; así como Abraham, el hombre de fe.

Capítulo 9

Isaac: Hijo de la Fe

“Más yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene.”

Génesis 17:21

Si se le hubiera permitido a Abraham hacer las cosas a su gusto, quizá nunca hubiera habido un Isaac.

Cuando Dios le dijo a Abraham que en su vejez Sara le daría un hijo, Abraham le respondió a Dios: “¡Ojalá Ismael viva delante de ti!” (Génesis 17:18)

Ismael, el hijo de Abraham y Agar, la criada de Sara, tenía trece años de edad en ese momento; y Abraham se había encariñado mucho con él. Es posible que lo que Abraham estaba diciendo en realidad era: “Bueno, Señor, todo está bien. No hay necesidad de que Sara tenga un hijo. Deja que Ismael viva delante de Ti.”

Pero Dios dijo que no. Dios prometió establecer Su pacto con Isaac, “pacto perpetuo para sus descendientes después de él.” (Génesis 17:19) Dios quería bendecir al hijo de la promesa, Isaac, y no al hijo de la carne, Ismael.

Al año siguiente, en el tiempo que el Señor había predicho, llegó Isaac; y ¡qué gozo y risas trajo a las vidas de sus ancianos padres! Ocho días después del nacimiento del niño, Abraham circuncidó a su pequeño hijo, tal como Dios lo había ordenado, a fin de que Isaac pudiera ser parte del pueblo del pacto de Dios. Pasaron unos cuantos años y llegó el tiempo de destetar a Isaac, convocándose una gran celebración en la comunidad.

Ismael, quien para entonces tenía quince o dieciséis años de edad, sin duda alguna sintió celos de Isaac. Él había sido el orgullo y la alegría de su padre por trece años, pero ahora todo el mundo estaba muy emocionado por Isaac. Este adolescente malhumorado se sentó en una esquina del banquete, burlándose de todo aquello. Cuando Sara lo vio burlándose, se acercó a su marido y le exigió que echara a Ismael y a su madre. Su petición afligió profundamente a Abraham, pero Dios le dijo: “En todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia.” (Génesis 21:12) Con mucho dolor, Abraham echó a Ismael y a su madre. Y desde ese momento, Isaac permaneció como el centro de atención.

Buscando una Esposa

Abraham quiso buscarle una esposa cuando Isaac llegó a ser adulto, pero no quería que se casara con una mujer pagana de la tierra donde habitaba. Comenzó, pues, a pensar cómo podría encontrarle una pareja adecuada de entre su propia parentela en la lejana Mesopotamia.

El hermano de Abraham, Nacor, tenía varias hijas; pero eran demasiado viejas para Isaac, pues Isaac llegó hasta cuando Abraham cumplió un siglo de vida. Eso significaba que las nietas de Nacor estarían más cerca de la edad correcta. Así que Abraham llamó a su criado principal, y le dio la tarea de encontrar una novia para su hijo, Isaac.

El criado de Abraham sabía que esto no iba ser un trabajo fácil. Tenía que viajar 800 kilómetros, y luego persuadir una joven para que se subiese a un camello y viajara 800 kilómetros de regreso por el desierto, para casarse con un hombre que nunca había visto. Ella nunca más volvería a ver a sus padres o su hogar. Así que el criado preguntó: “¿Qué si ella no quiere venir? ¿Debo entonces llevar a Isaac de regreso a esa tierra?”

“No, definitivamente no”, contestó Abraham. “Isaac no debe dejar esta tierra.” Isaac nunca dejó la Tierra de la Promesa. En fe, Abraham declaró que Dios Mismo enviaría Su ángel delante de su criado para darle éxito. (Génesis 24:7)

Así que el criado hizo el largo viaje hasta Mesopotamia. Al llegar allí, oró en silencio para que el Dios de Abraham dirigiera sus pasos. Antes que terminara de orar, el criado conoció a una joven amable, hermosa, compasiva y soltera. El criado debió haberse preguntado: “¿Será esta la indicada?”

Cuando le preguntó su nombre, ella contestó: “Soy hija de Betuel hijo de Milca, el cual ella dio a luz a Nacor.” (Génesis 24:24) Ella era la nieta de Nacor, el hermano de Abraham. El criado inmediatamente se inclinó y adoró, pues ésta era prueba de que el Señor había enviado Su ángel delante de él.

“Bendito sea Jehová, Dios de mi amo Abraham, que no apartó de mi amo Su misericordia y Su verdad: Y en cuanto a mí, estando en camino, Jehová me guió a casa de los hermanos de mi amo.” (Génesis 24:27)

Note que dijo: “estando en camino, Jehová me guió.” Para ser guiado por el Señor, es importante que usted comience a moverse. Si usted dice: “Estoy esperando que Dios me guíe, y mientras tanto me voy a sentar aquí hasta que Él lo haga”, probablemente se quedará sentado por el resto de su vida. ¡Levántese y empiece a andar!

La joven invitó al criado a su casa, quien le explicó a su familia su misión. Debió haber sido emocionante para ellos escuchar acerca de la gloria de su señor, de las riquezas y las maravillas del reino de su señor, y del hijo de su señor, nombrado heredero de todas las cosas.

Cuando los parientes de Rebeca reconocieron que obviamente la mano de Dios estaba en el asunto, acordaron dejarla ir. El criado les dio a cambio regalos finos, y les pidió permiso para regresar inmediatamente a su señor. Ellos le pidieron que se esperara un poco, pero cuando el criado les contó cuán urgente era el asunto para Abraham, la dejaron ir con su bendición.

Y entonces, una tarde, Rebeca y el criado de Abraham vieron a lo lejos a un hombre caminando en un campo. Repentinamente el hombre comenzó a aproximarse a ellos, y Rebeca preguntó: “¿Quién es este varón que camina por el campo para encontrarnos?”

“Es mi señor”, contestó el criado. Rebeca se cubrió entonces con un velo. Las Escrituras dicen que:

“La trajo Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y la amó; y se consoló Isaac después de la muerte de su madre.” (Génesis 24:67)

Sara llevaba tres años de muerta cuando Isaac, a la edad de cuarenta años, se casó con Rebeca. Como Abraham se acercaba al fin de su vida, le dio todo lo que tenía a Isaac. Y cuando Abraham murió, poco después, Isaac e Ismael lo enterraron en la cueva de Macpela, donde Sara había sido sepultada antes. (Génesis 25:9)

A pesar que anteriormente se había abierto una brecha entre los medios hermanos, se juntaron para darle un entierro apropiado a su padre.

Después del entierro, Dios bendijo a Isaac, quien después se fue al Negev, a Beer-lajai-roi, donde había visto a Rebeca por primera vez.

Se Repite el Error de Abraham

Aproximadamente cien años después de que Abraham pasara por una hambruna, otra volvió a azotar la tierra en los días de Isaac. Abraham escapó a Egipto cuando le tocó enfrentar la hambruna. Isaac pudo haber intentado hacer lo mismo, pero Dios le instruyó que no fuera allá.

El Señor le ordenó a Isaac que “habitara como forastero” en la tierra de los filisteos, pero que “habitara” en la tierra que Dios le mostraría. La palabra hebrea traducida “habitar” quiere decir establecerse y hacer un hogar, mientras que la palabra traducida “habitar como forastero” sugiere solamente una escala o estancia temporal. Dios le dijo

a Isaac: “No bajes a Egipto, sino habita en la tierra que te mostraré. Entretanto, debes residir temporalmente en esta tierra. Quédate aquí por ahora y Yo estaré contigo y te bendeciré.”

Desafortunadamente, Isaac no obedeció al Señor. En lugar de “residir temporalmente” en Gerar, se estableció allí; y luego cometió el mismo error garrafal de su padre, Abram.

“Y los hombres de aquel lugar le preguntaron acerca de su mujer. Y él les dijo: “Es mi hermana”; porque tenía temor de decir: “Es mi mujer”. Porque pensaba: “no sea que los hombres del lugar me maten por causa de Rebeca, pues es de hermosa apariencia.” ” (Génesis 26:7)

Isaac desobedeció a Dios al establecerse en el lugar. Luego lo encontramos mintiendo. Hay algunos lugares donde los hijos de Dios no tienen nada que hacer. Isaac no tenía nada que hacer en Gerar. Como consecuencia, los hombres del lugar empezaron a indagar acerca de su esposa; y su miedo, una señal de falta de fe, le conllevó a mentir.

Abraham había hecho exactamente lo mismo un siglo antes, en el mismo lugar, bajo las mismas circunstancias, con el mismo lapso de fe. Ambos patriarcas temieron que los hombres del lugar les matarían para quedarse con sus esposas.

En un momento dado el rey de los filisteos vio a Isaac acariciando a su esposa, dándose cuenta de la mentira; por lo que llamó a Isaac para preguntarle al respecto. La historia de cómo Dios había enviado plagas que casi destruye a los filisteos, por causa de Sara, sin duda alguna permanecía en la memoria de la gente; así que el rey reprendió a Isaac. Es trágico cuando un hombre de Dios es reprendido por el mundo. La Biblia dice que los que llevan las vasijas del Señor deben ser puros y santos.

El rey ordenó inmediatamente la pena capital para cualquiera que tocara a Isaac o a su esposa. Isaac se asentó, probablemente arrendando alguna tierra y plantándola; y Dios le dio una abundante cosecha, a pesar de su pecado. Los filisteos tuvieron envidia de Isaac ya que su riqueza aumentó. Atemorizados, finalmente le pidieron que se largara.

Isaac puso primero su tienda en un valle cercano, pero una riña con los pastores locales hizo que se fuera un poco más lejos. Otra riña provocó que se trasladara aún más lejos; hasta que finalmente llegó a un lugar donde no causó más fricción. De allí subió a Beerseba, “Y Jehová se le apareció aquella misma noche, y le dijo: Yo soy el Dios de tu padre Abraham.” (Génesis 26:24)

El Señor le habló otra vez a Isaac después que regresó a Beerseba, el lugar donde Dios le había dicho que habitara. De hecho, Dios se le apareció la misma noche que

Isaac regresó, como que si Él hubiera estado esperando a que Isaac retomara el rumbo. Mientras Isaac permanecía en desobediencia, Dios permanecía callado.

Al igual que Isaac, nos alejamos del Señor cuando desobedecemos. No podemos oír Su voz cuando nos salimos del camino. Dios parece estar lejos de nosotros; no sentimos Su presencia o Su poder. Pero no es porque Dios se haya ido, es porque nosotros dejamos el lugar de bendición.

Isaac construyó un altar en Beerseba, y allí invocó el nombre del Señor. “No temas”, le dijo el Señor a Isaac, “porque yo estoy contigo.” (Génesis 26:24) Isaac había llegado finalmente al lugar donde Dios había querido que él estuviera.

Una Súplica por Hijos

Durante veinte años, Rebeca había sido incapaz de concebir. En esos tiempos la esterilidad era considerada una maldición cultural, por lo que Isaac suplicó al Señor que les diera hijos, y Dios oyó su oración.

Rebeca tuvo un embarazo difícil, ya que traía gemelos. Desde el principio, estos dos pequeños ya estaban luchando. Ella sintió que algo no estaba bien, así que le pidió sabiduría al Señor. Dios profetizó que sus dos hijos engendrarían dos naciones, y que el mayor serviría al menor.

Cuando ella dio a luz finalmente, su primer hijo salió rojizo, con todo el cuerpo cubierto de vellos. Le llamaron Esaú, que quiere decir “velludo.” Poco después salió su hermano, agarrado del talón de Esaú. Le llamaron Jacob, que quiere decir: “El que agarra el talón.” Al final, el nombre de Jacob llegó a significar “suplantador” o “engañador”, así que “el que agarra el talón” no era tan malo después de todo.

Estos gemelos no pudieron haber sido más diferentes el uno del otro. Esaú era un hombre velludo áspero, de campo; mientras que Jacob era más bien un niño pegado a su mamá; habitaba en buenas tiendas, y su manera de ser era bastante suave. Isaac amaba a Esaú, porque le gustaba la carne de venado que cazaba y le preparaba. En cambio, Rebeca amaba a Jacob y hacía todo lo que podía para promover su causa.

Isaac se quedó ciego cuando envejeció. Un día le pidió a Esaú que le hiciera su comida favorita. “Quiero alguna comida deliciosa para que mi alma te bendiga antes que muera”, dijo él. Observe que en esta transacción el Espíritu no tuvo parte; fue la carne de Isaac la que dirigió toda la operación.

Probablemente Isaac escogió este momento para dar su bendición porque había alcanzado la edad de 137 años, la misma edad en la que había muerto su hermano

mayor, Ismael. Él pudo haber pensado que se estaba muriendo; pero no era el caso; vivió cuarenta y tres años más. Sin saber esto, llamó a Esaú, para darle a él, su hijo predilecto, lo que pensaba que sería una bendición final. Al hacerlo Isaac estaba tratando deliberadamente de evadir la intención clara de Dios, de que el hijo mayor serviría al menor; actuando así en la carne.

Por otra parte, Rebeca, favoreciendo a Jacob, ideó una trama por medio de la cual Isaac confundiría a Jacob con Esaú, dándole así la bendición al hijo menor. Así que ella no es inocente tampoco. ¿Y qué de Jacob? Él no sólo estaba de acuerdo con el complot de Rebeca, sino que además le mintió a su padre acerca de su identidad, y sobre dónde había obtenido la comida. “Porque Jehová tu Dios hizo que la encontrase delante de mí”, dijo. (Génesis 27:20) ¿Y Esaú? Esaú ya había vendido su primogenitura a Jacob por un pequeño e insignificante plato de comida.

Una vez más vemos acá personas que tienen fe en Dios, pero que de alguna manera se convencen a sí mismas de que Dios no puede lograr Sus propósitos sin la ayuda de ellos. Cuán a menudo hacemos lo mismo. Creemos que Dios hará lo que Él ha dicho que hará, pero nos preocupa que no pueda lograrlo sin nuestra ayuda.

Cuando se trata de la voluntad y los propósitos de Dios, nunca tenemos que preocuparnos; se cumplirán sin nuestra ayuda. Lo que Dios ha determinado ser, será. Él logrará hacer Su obra, y no necesita de nuestra ayuda.

Cuando el verdadero Esaú entró en la tienda de Isaac, el engaño salió a la luz. Isaac no podía retractar su bendición, dándose cuenta que Dios lograría Su propósito a toda costa. De tal manera, pues, que Isaac afirmó que la bendición permanecería sobre Jacob: “Yo le bendije, y [Jacob] será bendito.” (Génesis 27:33). Esaú rogó por otra bendición, pero esto fue todo lo que consiguió:

“He aquí, será tu habitación en grosuras de la tierra, y del rocío de los cielos de arriba; y por tu espada vivirás, y a tu hermano servirás; y sucederá cuando te fortalezcas, que descargarás su yugo de tu cerviz.” (Génesis 27:39-40)

Temiendo la ira de Esaú, Rebeca decidió enviar a Jacob adonde sus parientes, quienes vivían lejos. Isaac estuvo de acuerdo. El engaño de Rebeca fue muy costoso, pues Jacob no regresó por veinte años; y para entonces, ella ya estaba muerta. Antes de que Jacob saliese, Isaac, sin embargo, pensando que no volvería a ver a Jacob, le dio la bendición que primero había pasado de Abraham a Isaac:

“Y el Dios omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos; y te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que moras, que Dios dio a Abraham.” (Génesis 28:3-4)

Isaac vivió hasta la edad de 180 años. Cuando murió, sus hijos, Esaú y Jacob, finalmente se reunieron para enterrarle. Con el paso del tiempo Esaú se movió a Edom, convirtiéndose en el padre de los edomitas, quienes se sometieron a Israel. El último edomita, del cual leemos, fue Herodes el Grande; nombrado por Roma para reinar sobre Israel en los días de Jesucristo.

Una Riqueza de Tipos (representaciones)

La historia de Isaac es rica en tipos que anuncian acontecimientos y figuras importantes del Nuevo Testamento. Uno de los más conocidos es la ilustración de Gálatas 4, donde Pablo señala que Isaac se convirtió en un tipo del Espíritu, mientras que Ismael tipificó la carne. Cuando Dios le dijo a Abraham: "Toma ahora tu hijo, tu único hijo, Isaac", el Señor no mencionó a Ismael para nada. ¿Por qué no? Porque Ismael fue obra de la carne, y Dios reconoce sólo la obra del Espíritu.

Pablo también escribe: "Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa." (Gálatas 4:28) También nosotros somos hijos de la promesa, obra del Espíritu Santo. Vivimos según las promesas de Dios. Dios ha prometido perdonar nuestros pecados, basado únicamente en la obra que Él ha hecho. Nuestras obras de justicia no cuentan para nada.

Eso me da mucha alegría. Si la salvación estuviera basada en mis obras, entonces algunos días pensaría que la alcanzaría, mientras que otros días pensaría que no. Estaría orando constantemente, diciendo: "Señor, por favor ven por mí en un día bueno." Como el estar con Él depende solamente de Su obra ya terminada, Él puede venir en cualquier momento. En Él soy un hijo de la promesa.

La historia de Isaac nos provee de varias tipologías intrigantes. Abraham se puede ver, más claramente, como un tipo de Dios el Padre, en su buena voluntad de sacrificar a su hijo en el monte Moriah. Y a Sara la vemos como un tipo de Israel, la esposa de Dios, a través de su relación sumisa a Abraham. Pero me gustaría que miráramos más de cerca los tipos de Isaac, Eliezer, y Rebeca.

Isaac: Tipo de Cristo

Durante todo el viaje de tres días al monte Moriah, Abraham consideró a su hijo como que si estuviera muerto, ya que planeaba sacrificarlo en la montaña. Así que cuando ambos bajaban de la montaña, después de que el ángel salvara la vida de Isaac, parecía como que si Abraham hubiera recuperado a su hijo de la muerte. Ese acontecimiento presagió la muerte y resurrección del Salvador al tercer día.

Después del tremendo presagio del Calvario en el monte Moriah, la Biblia dice: “Y volvió Abraham a sus siervos, y se levantaron y se fueron juntos a Beerseba; y habitó Abraham en Beerseba.” (Génesis 22:19)

Ahora bien, ¿dónde estaba Isaac? Es interesante que el texto no lo mencione regresando con Abraham. Pero tiene sentido cuando usted se da cuenta que Isaac fue un tipo de Cristo, quien después de Su muerte fue llevado al cielo, y no aparecerá otra vez hasta que el Espíritu Santo le lleve la novia al Hijo de Dios. Es interesante que Isaac no se menciona otra vez hasta que le traen su novia desde Mesopotamia (Génesis 24:62).

Eliezer: Tipo del Espíritu Santo

Los comentaristas de la Biblia han concluido de Génesis 15:2, que el nombre del criado principal de Abraham era Eliezer, aunque éste no se nombra en Génesis 24. Siendo un tipo del Espíritu Santo, el nombre de Eliezer es significativo. Jesús llama al Espíritu Santo “el Consolador.” En el griego sería parakletos, que quiere decir literalmente: “Uno que viene a la par, para ayudar.” En hebreo, el nombre Eliezer significa: “Dios es mi ayudador.”

Eliezer no se identifica por nombre en el capítulo 24, lo cual creo que es una omisión hecha deliberadamente por el Espíritu Santo; pues Jesús dijo acerca del Espíritu Santo: “Él dará testimonio de Mí.” (Juan 15:26) La obra y el testimonio del Espíritu Santo en el mundo no son para engrandecerse a Sí Mismo, sino para engrandecer a Jesucristo.

Tan pronto Eliezer conoce la familia de Rebeca, lo vemos convenciéndola de que sea la esposa de Isaac. Mientras él busca atraer a la novia para el hijo, él testifica de la gloria de su señor, la gloria del reino de su señor, y de todo lo que su señor posee; y habla de un hijo a quien el padre le ha dado todo.

El Espíritu Santo da testimonio de las mismas cosas. Él resalta la belleza, la gloria, las riquezas, y los tesoros del reino de Dios; y al Hijo de Dios, a quién el Padre ha hecho heredero de todas las cosas. El Espíritu busca atraerlo para que sea la novia de Cristo, para que pueda ser coheredero con Él de toda la riqueza y gloria del reino eterno de Dios.

Rebeca: Tipo de la Iglesia

Mucho antes de que el criado de Abraham viajara a Mesopotamia, Dios había elegido a Rebeca para ser la novia de Isaac. “El enviará Su ángel delante de ti”, dijo Abraham al

criado. “Él te guiará a la indicada.” Y así fue. De igual manera, Dios ya ha escogido a la novia de Jesucristo. Todos los que han recibido a Jesús como su Señor y Salvador son una generación escogida, elegidos antes de la fundación del mundo para traerle gloria y alabanza a Dios como la novia de Su Hijo, Jesucristo.

El libro de Génesis describe a Rebeca como una mujer muy hermosa. El salmo 45, una profecía acerca de la novia de Cristo, dice que el rey desea su belleza. El Señor lo mira a usted, y lo ve como Su hermosa novia. Algunas veces no nos sentimos muy hermosos. Cuando nos sentimos horribles por nuestras acciones y nuestra actitud, podemos empezar a no gustarnos a nosotros mismos. Qué maravilloso es saber que el Señor nos ve hermosos.

Tal como Eliezer le dio cosas preciosas a Rebeca, el Espíritu Santo nos da “cosas preciosas” cuando recibimos Sus maravillosos dones, incluyendo Él mismo. Él se convierte en el pago inicial, parte y promesa del resto de nuestra herencia; hasta el día de la redención de la posesión adquirida. Los dones del Espíritu son sólo un anticipo de la gloria que nos espera cuando lleguemos al reino de los cielos.

Bastaron las descripciones que el criado le hizo a Rebeca para que se enamorara de Isaac; vio sin ver con los ojos. Y es a través de las descripciones de la Biblia, inspiradas por el Espíritu Santo, que aprendemos a amar Jesús, “a quien amáis sin haberle visto.” (1 Pedro 1:8)

No se Demore

La historia de Isaac provee un último tipo que da gritos por ser tomado en cuenta. Cuando el criado de Abraham encontró a Rebeca, al pedirle permiso a su familia para regresar a casa inmediatamente, le dijeron: “Espere la doncella con nosotros a lo menos diez días, y después irá.” (Génesis 24:55)

Estas personas son un tipo del mundo, que trata que usted se demore en hacer un compromiso con Cristo. “Seguro, eso suena genial”, dicen. “¿Pero por qué no espera un poco? No se apure.” Todos quieren salvarse algún día. “Cuando yo muera, no quiero morir como un impío. Quiero tener la muerte de un justo, pero más tarde. Primero quiero vivir un poco.”

Oh, qué idea tan equivocada. Aquellos que están sin Cristo están muertos en sus delitos y pecados. Lo que realmente están diciendo es: “Quiero permanecer muerto un poco más de tiempo.”

Usted no sabe lo que es vivir hasta que vive en Cristo. Pablo dijo: "Para mí el vivir es Cristo." (Filipenses 1:21) Juan dijo: "El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida." (1 Juan 5:12)

¿Cómo respondió el criado cuando le pidieron que se demorara? "Él les dijo: No me detengáis, ya que Jehová ha prosperado mi camino." (Génesis 24:56)

No demore en responder al llamado del Espíritu de Dios. No permita que nadie se lo impida. Dios le invita a ser Su novia. ¿Entregará su vida en compromiso con Jesucristo? ¿Comenzará el viaje hacia Él? Ese viaje lo llevará un día hasta Su misma presencia en la gloria de Su reino. Usted, ¿va ir?

Capítulo 10

Rut: Aventura de Fe

“A dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. “

Rut 1:16

El tiempo de los jueces fue un tiempo de decadencia moral, confusión religiosa, y anarquía absoluta. Dado que ningún rey reinaba en Israel, cada hombre hacía lo que le parecía bien a sus propios ojos, con resultados desastrosos. Pero aun en este período sombrío, Dios estaba obrando. Él estaba preparando una familia de la cual era inconcebible que un día vendría el Mesías.

El libro de Rut encaja entre el tiempo de los jueces y el de Samuel el profeta. También sirve como nuestra primera introducción a David, el gran rey de Israel.

Tradicionalmente los judíos leen el libro de Rut en la fiesta de Pentecostés. Esto es apropiado, dado que esta fiesta celebra la recolecta de la cosecha de granos; y el libro de Rut se relaciona mucho con la cosecha.

La historia comienza durante un período de hambruna en Judá. Un hombre de Belén llevó a su esposa y dos hijos a Moab, en busca de comida; pero murió allí dejando viuda a su esposa Noemí. Sus dos hijos se casaron con moabitas, pero después de unos diez años, ambos hijos murieron también. Esto dejó viviendo, con dos viudas, en una tierra extranjera, a una refugiada de Belén. Sin tener a dónde ir por ayuda, ella decidió regresarse a casa, y esperar que la vida fuese mejor allí.

Noemí, quebrantada, les suplicó a sus dos nueras que se quedaran en Moab, su tierra natal. “Miren jóvenes, ustedes no tienen que sentirse responsables por mí. Voy a regresar a Belén, y cada una de ustedes debería volver a la casa de su madre. Oro que Dios les muestre gracia a ustedes, incluso como ustedes la han tenido conmigo y mis hijos, sus difuntos maridos.”

Ambas jóvenes lloraron por las palabras de Noemí, rehusando dejarla; así que Noemí les dijo otra vez: “Escuchen, soy vieja. No tiene sentido que regresen conmigo. No tengo intención de volverme a casar o tener más hijos, y aun si lo hiciese, ustedes no querrían esperar a que ellos crecieran. Así que regresen a casa, encuentren marido y sean felices.”

Las tres mujeres lloraron juntas. Finalmente una de las mujeres, Orfa, prestó atención al consejo de su suegra; y se regresó con su gente. La otra mujer, Rut, un nombre que significa “belleza”, insistió en quedarse con Noemí. Luego leemos uno de los discursos más conmovedores de todas las Escrituras:

“Respondió Rut: “No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos.” ” (Rut 1:16-17)

A través de esta apasionada declaración, Rut, una moabita pagana de nacimiento, declara su compromiso espiritual. En algún momento de su vida, sin duda alguna como resultado del testimonio de su difunto marido, ella había llegado a creer y confiar en el Señor. Ella no tenía interés en regresar a los dioses falsos de su gente; ella quería estar con Noemí.

El compromiso de Rut se ha convertido en una magnífica expresión de fidelidad y amor. Hay una frase en particular que se reconoce inmediatamente por ser parte de nuestros tradicionales votos matrimoniales: “Hasta que la muerte nos separe.” Rut se comprometió con Noemí a estar junto a ella mientras viviera.

Un Regreso Triste a Belén

Cuando Noemí y Rut llegaron finalmente a Belén, el pueblo entero empezó a comentar sobre su regreso. Preguntaban: “¿Es ésta Noemí?”

Noemí no había regresado con un corazón contento, y contestó: “No me llaméis Noemí, sino llamadme Mara; porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso.” (Rut 1:20) Noemí significa “dulzura”, Mara significa “amargura.” Aunque Ella aún no lo sabía, Dios ya había estado obrando a favor de las dos mujeres.

Las dos regresaron a Belén cerca del inicio de la cosecha de la cebada. Ése se convirtió en el tiempo de Dios para algo tan extraordinario que afectaría el propio linaje del Mesías.

En el segundo capítulo del libro de Rut se nos presenta a un hombre rico llamado Booz, quien resultó ser pariente del difunto marido de Noemí. Aparentemente Rut sabía algo acerca de las leyes de Israel, pues ella le pidió permiso a Noemí para ir a los campos y recoger las espigas dejadas por los recogedores. La ley de Moisés proveía explícitamente para dicha práctica:

“Cuando siegues tu mies en tu campo, y olvides alguna gavilla en el campo, no volverás para recogerla; será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda; para que te bendiga Jehová tu Dios en toda obra de tus manos... Y acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto; por tanto, yo te mando que hagas esto.” (Deuteronomio 24:19, 22)

Dios había creado una ley de bienestar social. En lugar de regresar a recoger el grano que había caído sobre la tierra, o a recuperar una gavilla de grano olvidada, los dueños de la tierra debían dejar que los pobres lo recogiesen. Así que Rut le dijo a Noemí: “Voy a salir a recoger. Tal vez encuentre gracia ante los ojos de uno de los dueños y él me deje recoger en su campo.”

El texto dice que: “Aconteció que fue a la parte del campo que pertenecía a Booz.” (Rut 2:3) Esto, sin embargo, no tuvo nada que ver con la casualidad. Dios estaba guiando y dirigiendo los pasos de Rut de manera tan natural, que ella ni siquiera reconoció Su mano.

Por alguna razón tenemos la idea de que la manera en que Dios nos guía debe ser misteriosa y mística. Pensamos que cuando de repente nos encontramos con Su voluntad, deberíamos oír una alarma que rápidamente se intensifica para asegurarnos que todavía vamos en la dirección correcta. Pero no es así; Dios nunca me ha guiado de esa manera. Más bien, Dios tiende a guiarnos de una manera tan natural, que muchas veces no nos damos cuenta de ello hasta después. Y luego decimos: “¡Caramba, mira eso! Si no hubiera estado allí en ese preciso momento, me lo hubiera perdido. La mano de Dios estaba sobre mí.”

Esa fue la experiencia de Rut. Desde el punto de vista humano “aconteció casualmente” que ella fue a dar al campo de Booz; pero desde la perspectiva divina, Dios la dirigió a ese campo específico para continuar Su plan de redención.

Hace varios años la batería de mi carro se estaba descargando; así que un día, a la hora de almuerzo, pensando que era más inteligente pagar seis dólares que treinta y cinco, decidí ir a comprar una batería usada en un lote de carros accidentados donde venden partes usadas. Cuando llegué pregunté si tenían baterías para un Oldsmobile.

“Oh, creo que tenemos uno desarmado por ahí”, me dijo uno de los empleados; “pero usted mismo va tener que sacarla; no tengo tiempo para hacerlo yo.”

Tomando prestada sus herramientas, encontré el auto accidentado que me mencionó, saqué la batería y la puse en mi auto; pero la batería no sirvió; así que tuve que sacarla otra vez. Mientras la quitaba, reconocí a alguien conocido que andaba por allí.

“¡Charlie!”, grité.

Él se detuvo, me miró y dijo, “¡Chuck!”

¿“Qué haces por aquí?”, le pregunté.

“Oh”, contestó, “vine a conseguir una pieza para mi auto. Ahora vivo en Riverside.”

Años atrás, Charlie había asistido a mi clase de escuela dominical en Tucson. Mientras conversábamos, me di cuenta rápidamente que se había apartado de Dios. Tuve entonces la oportunidad de hablarle de cosas espirituales, y orar junto con él, allí mismo, en aquel lugar. Luego llevé la batería inservible al empleado del lugar.

Cuando salí, me di cuenta que, después de todo, Dios no me había enviado allí por una batería. Generalmente yo no compro baterías para mi carro en esos lotes de autos arruinados, pero ese día se me ocurrió la idea alocada de ahorrarme unos dólares. Y es que, Dios tenía otra cosa en mente. Mientras manejaba de regreso al trabajo, me percaté, “¡Caramba, Dios me está guiando!” Pero Él me guió de forma tan natural, que no tenía idea que la mano de Dios me estaba guiando a ese lugar específico, en ese momento específico, para ese encuentro específico.

De la misma manera, Rut no tenía idea que Dios la estaba guiando a ese campo en específico. Ella miraba a su alrededor buscando un buen lugar para recoger. “Veo algunas personas por allí, pero se ven groseros. Sin embargo, los de por allí parecen buenas personas”, pensó ella. No “aconteció simplemente” que Rut terminó en el campo de Booz; ni tampoco “aconteció casualmente” que Booz regresó a su propiedad en el momento que le permitiera ver a Rut. “¿De quién es esta joven?” preguntó al mayordomo de los segadores. Lo que estaba diciendo realmente era, “¿Quién es esa belleza que está allí?”

Su criado contestó: “Es la joven moabita que regresó con Noemí de la tierra de Moab.” (Rut 2:6) Y le dijo a su jefe que ella había estado trabajando en el campo desde temprano en la mañana.

Booz inmediatamente se acercó a Rut para pedirle que permaneciera en sus campos, y que no fuera a ningún otro lugar. También les había ordenado a sus criados jóvenes que le permitieran a ella beber agua cada vez que lo necesitara.

¿“Por qué harías por mí tal cosa?”, se preguntó Rut en voz alta.

“Me han reportado todo lo que has hecho por tu suegra después de la muerte de tu marido, y que dejando a tu padre y a tu madre y la tierra donde naciste, has venido a un pueblo que no conociste antes”, contestó Booz. Luego hizo una hermosa declaración acerca de la fe obvia que tenía Rut:

“Jehová recompense tu obra, y tu remuneración sea cumplida de parte de Jehová Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte.” (Rut 2:12)

Booz podía ver que Rut, esta joven proveniente de la tierra pagana de Moab, había llegado a confiar en el Dios vivo y verdadero. Rut, por decisión propia, había huido buscando refugio bajo las alas del Dios de Israel. Booz, por su parte, vio en ella una belleza que iba más allá de su hermoso rostro; él vio en ella una fe viva en el Dios vivo. Eso es un poderoso atractivo para cualquier hombre de fe.

Booz invitó a Rut a almorzar con los trabajadores, y después que ella saliera a recoger otra vez en sus campos, instruyó a sus empleados diciéndoles:

“Déjenla que recoja espigas también entre las gavillas, (es decir, en las áreas donde los trabajadores no habían recogido todavía), y no la reprendáis; y dejaréis también caer para ella algo de los manojos, y lo dejaréis para que ella lo recoja, y no la reprendáis.” (Rut 2:15-16)

Al final del día, Rut había recogido cerca de un efa de cebada, lo cual era aproximadamente cuarenta y cinco libras. A Noemí se le debieron haber saltado los ojos cuando vio tanto grano. Ella tuvo que haber sospechado que algo inusual había ocurrido, por lo que le preguntó a Rut adónde había trabajado ese día. Cuando Rut le dijo que había trabajado en los campos de Booz, Noemí contestó con gran gozo:

“Sea él bendito de Jehová, pues no ha rehusado a los vivos la benevolencia que tuvo para con los que han muerto. Nuestro pariente es aquel varón, y uno de los que pueden redimirnos.” (Rut 2:20)

Rut le contó a Noemí que Booz la había invitado a permanecer en sus campos, y que le había dicho que no fuera a recoger en ninguna otra parte. Ella permaneció en los campos de Booz todo el tiempo, hasta que se acabó la cosecha de la cebada y el trigo, regresando cada noche adonde Noemí.

¿Quién eres?

A medida que pasaban las semanas, Noemí pensó que quizás Booz podría tener tanto interés como ella en proveerle seguridad a Rut; así que le dio a Rut algunas instrucciones que nos parecen bastante extrañas.

Ella le dijo a Rut que se lavara, se pusiera un poco de perfume y un hermoso vestido, y que después bajara a la era. “Espera hasta que Booz haya comido, y cuando se haya ido a dormir, destapa sus pies y acuéstate allí.” Rut hizo exactamente tal como Noemí

le había indicado. A medianoche Booz se despertó sobresaltado, sintiendo una mujer acostada a sus pies. Preguntó entonces: “¿Quién eres?”

“Soy Rut, tu sierva”, contestó ella; “toma a tu sierva bajo tu cuidado, por cuanto eres pariente cercano.” (Rut 3:9) El término traducido “pariente cercano” es el término hebreo goel que vimos en el capítulo 7.

Si usted va a la ley de Moisés, a lo concerniente a las obligaciones del goel para con un hermano difunto, leerá lo siguiente:

“Cuando hermanos habitaren juntos, y muriere alguno de ellos, y no tuviere hijo, la mujer del muerto no se casará fuera con hombre extraño; su cuñado se llegará a ella, y la tomará por su mujer, y hará con ella parentesco. Y el primogénito que ella diere a luz llevará el nombre de su hermano muerto, para que el nombre de éste no sea borrado de Israel.” (Deuteronomio 25:5-6)

La ley fue diseñada para conservar las herencias dentro de la familia, para así mantener vivo el apellido de la familia. Esta ley del goel, el pariente redentor, también se aplicaba a la tierra. Si usted era pobre y necesitaba vender su casa, la hipotecaba. Si usted vendía su casa dentro de los muros de una ciudad, tenía un plazo de un año para redimirla. Si no la compraba dentro de ese tiempo, la casa se quedaba en manos de su nuevo dueño. Si usted vendía su campo, entonces un miembro de la familia lo podía redimir; pagando el valor comercial del campo lo recuperaría para la familia.

En el quincuagésimo (cincuentavo) año, el Año de Jubileo, todo volvía a la posesión de la familia original. De esa manera perpetuó Dios la herencia de las diversas familias y tribus de Israel. Si usted era pobre, y se encontraba desesperado teniendo que vender una parte de su propiedad, su goel, su pariente redentor, podía recuperar el campo para usted.

Lo mismo era cierto si usted se tenía que vender como esclavo. Podía ser vendido como esclavo sólo por seis años; en el séptimo año tenía que ser puesto en libertad. Una persona que necesitaba dinero, a menudo vendía sus servicios: “Me convertiré en su esclavo.” Sin embargo, el pariente redentor podía pagar su libertad. Él podía llegar y decir: “Ah, no puedo soportar verte así”, pagando entonces, y libertándolo de su esclavitud.

Lo que Rut le está diciendo prácticamente a Booz es: “Cumple la obligación con tu difunto hermano (el ex-suegro de Rut) y dale un hijo para que lleve el apellido de la familia.” Ella en realidad le estaba proponiendo matrimonio, algo que emocionó mucho a Booz, quien ya se había enamorado de Rut. Siendo un hombre soltero ya mayor, Booz se maravilló que ella tuviese algún interés en él.

Cuando Rut le hizo la propuesta, Booz saltó a la oportunidad de decirle que haría todo lo que pudiera de su parte. Sin embargo, también le habló de otro pariente, otro hombre que era un pariente más cercano que él. Booz tendría que acercarse primero a ese hombre para ver si quería cumplir el papel del goel. Si él quería, entonces Booz quedaría fuera.

Booz le dijo a Rut que se acostara hasta que amaneciera, y que entonces regresara con Noemí. En la mañana siguiente Booz le dio a Rut seis efas de cebada. Rut le contó entonces a Noemí todo lo que había acontecido durante la noche. La sabia anciana, Noemí, vio la gran cantidad de cebada, y entendió lo que significaba: Booz tenía un enorme interés en Rut. Así que Noemí le dijo: “Espérate, hija mía, hasta que sepas cómo se resuelve el asunto; porque aquel hombre no descansará hasta que concluya el asunto hoy.” (Rut 3:18)

Noemí estaba en lo correcto; Booz buscó inmediatamente al otro hombre, y le dijo que años antes, Noemí había vendido una parcela de tierra que ahora podía ser redimida; y que él estaba antes que Booz para poder hacerlo. El hombre dijo que lo redimiría con gusto; hasta que Booz le informó que tenía que casarse con Rut como parte del trato. El hombre pensó que su esposa no aceptaría eso, así que desistió de la transacción. Y allí en ese momento, Booz redimió el campo y se ganó el derecho a casarse con Rut. Los ancianos de la ciudad que fueron testigos de la transacción respondieron:

“Jehová haga a la mujer que entra en tu casa como a Raquel y a Lea, las cuales edificaron la casa de Israel; y tú seas ilustre en Efrata, y seas de renombre en Belén. Y sea tu casa como la casa de Fares, el que Tamar dio a luz a Judá, por la descendencia que de esa joven te dé Jehová.” (Rut 4:11-12)

Booz era de la tribu de Judá, y por supuesto que Raquel y Lea habían sido las esposas de Jacob, el padre de las doce tribus de Israel. Los ancianos también mencionaron a Tamar, quien tuvo un hijo varón de Judá, cuando éste se rehusó a casarla con su hijo menor, después de que el marido de ella, el hijo mayor de Judá, había muerto. Así que los ancianos reconocieron que algo similar había tenido lugar anteriormente cuando Tamar dio a luz a Fares.

Rut concibió poco después de casarse con Booz, y dio a luz un hijo llamado Obed. En aquel día feliz las mujeres de Belén vinieron a Noemí y cantaron:

“Lado sea Jehová, que hizo que no te faltase hoy pariente, cuyo nombre será celebrado en Israel; el cual será restaurador de tu alma, y sustentará tu vejez; pues tu nuera, que te ama, lo ha dado a luz; y ella es de más valor para ti que siete hijos.” (Rut 4:14-15)

Obed creció y fue el padre de Isaí, quien fue el padre de David. Y de esta forma, Rut, la joven de Moab, se unió al linaje bendito de Jesucristo, el Mesías.

Redención Completa

El amor de Rut por Noemí, y su confianza genuina en el Dios de Israel, la llevó a una posición que solamente unas pocas mujeres selectas alcanzaron: Ella se convirtió en un antecesor directo de Jesucristo. Rut es una de sólo dos no israelitas incluidos en ese grupo favorecido.

Cuando finalmente llegó el Mesías, Él redimió el mundo para Dios: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” (Lucas 19:10) Jesús vino a redimir el mundo para Dios, pagando el precio completo: Su muerte en la cruz. La historia de amor de Booz y Rut nos presenta verdaderamente un hermoso cuadro de lo que Jesús hizo por nosotros en la cruz.

A lo largo del Nuevo Testamento, usted siempre encuentra la palabra “redención” relacionada con la sangre de Jesucristo: “En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados.” (Efesios 1:7) Aunque Jesús pagó el precio completo por nuestra redención, Él aún no ha tomado posesión completa de Su compra.

Hoy, el mundo le pertenece legítimamente a Jesús, pero aún no ha venido a reclamar lo que es Suyo. Por eso oramos: “Venga Tu reino, hágase Tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.” Estamos orando, “Señor, ven y establece Tu reino en este mundo. ¡Echa fuera a Satanás! Queremos ver un mundo lleno de justicia, amor y paz.”

Pero eso no puede ocurrir mientras Satanás permanezca como “el dios de este siglo.” (2 Corintios 4:4) Un día, pronto, el Señor regresará y tomará posesión de este mundo que ha comprado con Su propia sangre. Nuestro Pariente Redentor está tan enamorado de Su novia, la iglesia, que compró el campo, el mundo entero, para poder sacar a Su novia de ahí.

Jesús pagó el precio completo para recibirlo a usted como Su novia, para que usted pueda ser parte de Su reino por siempre. ¡Él está enamorado de usted! Le ama tanto que dio Su vida para redimirle de la corrupción del pecado y de la desesperación de una vida gobernada por el poder de Satanás. Él le libertó para que usted Le pueda amar, y vivir con Él en Su reino, un reino que no tendrá fin: “El aumento de su soberanía y la paz no tendrá fin.” (Isaías 9:7)

Piense precisamente en eso: Justicia, paz, gozo y amor; por siempre y para siempre, por toda la eternidad. ¡Oh, alabado sea Dios! Qué redención tan gloriosa tenemos por medio de Jesucristo.

La Aventura de Toda una Vida

No necesitamos temer a la muerte ya que Jesús se ha convertido en nuestro Pariente Redentor. Para un hijo de Dios, la muerte no es ningún monstruo horrible; es una bendición; es la gloria de estar con Dios eternamente. A través de la muerte, un día cruzaremos el velo, y entraremos a la misma presencia del Señor, a quien amamos sin haberle visto. Cuando lleguemos en la presencia de Jesús, entraremos a la plenitud del gozo, gloria, bendición, y excitación.

Nada en la tierra puede compararse con la gloria de estar un momento en el cielo con Él. Cuando estemos en Su presencia, cada pena, cada problema, cada prueba será olvidada. Estaremos tan fascinados con la hermosura y gloria de Jesús, que todo lo demás se desvanecerá, pasando al olvido.

Sí, sentimos pesar por la muerte; pero no como los que no tienen esperanza. Nos entristecemos por nuestra pérdida temporal; pero al pensar en quienes ya están con el Señor, realmente no podemos sufrir tristeza de duelo. Si tenemos una idea correcta de lo que es el cielo, lo único que podemos hacer es regocijarnos por ellos y decir: "¡Oh, son tan afortunados! ¡Son tan bendecidos! ¡Están por siempre con su Pariente Redentor!"

Eso es lo que una aventura de fe puede hacer por usted.

Capítulo 11

Maria: Obediencia de Fe

“Todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.”

Marcos 3:35

Antes de pedirle a Kay que se casara conmigo, le dije: “No estoy buscando un pastor asistente, estoy buscando una madre. Amo a los niños y quiero tener hijos. No estoy buscando que te involucres activamente en la iglesia, pero sí que te involucres activamente como madre, entrenando y guiando a nuestros hijos.”

Hoy en día, todos nuestros hijos están caminando con el Señor, y sirviéndole; y creo que eso es resultado directo de la influencia piadosa de Kay en nuestro hogar. ¡Nunca menosprecie la importancia y el poder de una madre piadosa! Ciertamente Dios no lo hizo al escoger a la mujer que daría a luz y criaría a Su propio Hijo Jesucristo.

¿Por Escoger a María?

Una fuerte reacción del protestantismo contra la adoración de María impide que muchos de nosotros apreciemos plenamente a esta mujer extraordinaria. La Biblia nunca la llama Madre de Dios, claro está; tampoco declara que ella fue concebida sin pecado; ni que sirve de mediadora entre los creyentes y Jesús (pensando que Él no le negaría a Su madre ningún favor); ni que ella ascendió al cielo. Los protestantes objetan, con toda la razón, el que se eleve a María a una posición más alta de la que la Biblia le da.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que Dios escogió a María, y le concedió el más alto honor que ninguna otra mujer haya tenido jamás, ser el instrumento humano a través del cual Él trajo a Su Hijo al mundo. María era una joven piadosa, profundamente espiritual. La mayoría de los estudiosos creen que ella tenía de quince a dieciséis años de edad cuando dio a luz, pues en esos tiempos el matrimonio tenía lugar usualmente a una edad muy temprana.

Muchos expertos creen que Lucas entrevistó personalmente a María antes de escribir su evangelio; permitiéndole escuchar, directamente de ella, la historia de los primeros

años de vida de Jesús; desde Su milagrosa concepción y nacimiento, hasta el incidente del templo cuando Él tenía doce años de edad. Esta es la razón por la cual el evangelio de Lucas contiene muchos detalles de la historia de Jesús que no tienen los otros evangelios.

Todo comenzó cuando el ángel Gabriel se le apareció a María en Nazaret, y le dijo: “¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.” (Lucas 1:28) El inesperado saludo sorprendió y perturbó a María, de manera que Gabriel continuó diciendo:

“No tengas miedo, María; has hallado gracia con Dios. Y he aquí, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre JESÚS. Él será un grande, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin.” (Lucas 1:30-33)

El nombre “Jesús” es la forma griega del nombre hebreo Yeshua, que quiere decir “Yahweh es salvación”, uno de los nombres compuestos de Dios. Dios le dio a Jesús un nombre que está sobre todo nombre, y ante el nombre de Yeshua, toda rodilla se doblará, y cada lengua confesará que Yeshua Ha'Mashiach (Yeshua el Mesías) es el Kurios (Señor); el nombre del Nuevo Testamento para Yahweh. Jesús es Dios.

¿Se puede imaginar cómo reaccionaría usted ante tal noticia si fuera una joven virgen de dieciséis años de edad? María contestó: “¿Cómo será esto?, pues no conozco varón.” El ángel le explicó que el Espíritu Santo vendría sobre ella, y que el poder de Dios la cubriría con su sombra, por lo cual el Santo Ser que nacería de ella sería el Hijo de Dios. Fue así como Dios tuvo en mente cumplir dos de las profecías más famosas de Isaías:

“Por tanto, el Señor mismo os dará una señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un Hijo, y llamará Su nombre Emanuel [que significa “Dios con nosotros.”] (Isaías 7:14)

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.” (Isaías 9:6)

Un gran número de personas, hoy en día, objetan la idea del nacimiento virginal; pero el problema de ellos no es realmente el parto virginal; el problema de ellos es el concepto que tienen de Dios. Si Gabriel le dijo a María: “No hay nada imposible para Dios” (Lucas 1:37), ¿por qué debería algún creyente tener problemas con el nacimiento virginal? Si usted puede creer el primer versículo de Génesis, entonces no debería tener problemas con el resto de la Biblia. Si su Dios es lo suficientemente grande para

crear los cielos y la tierra, entonces Él es lo suficientemente poderoso para hacer cualquier cosa, y eso incluye un parto virginal.

María respondió con sencilla entrega y sumisión: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.” (Lucas 1:38). María pudo inicialmente haberse sentido “turbada en gran manera” por el saludo del ángel, habiéndose además “preguntado qué clase de saludo sería este” (Lucas 1:29); pero ella instantáneamente decidió obedecer todo lo que el Señor le pudiera pedir que hiciera.

Inmediatamente después de que María recibiera esta noticia, fue de prisa a ver a su anciana prima, Elizabet. Tan pronto como Elizabet oyó la voz de María, el Espíritu Santo la inspiró a decir: “Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre... Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor.” (Lucas 1:42, 45)

Elizabet llamó dos veces “bendita” a María. ¿Por qué era ella tan bendita? Porque sin importar cuán asombrosa pudo haberle parecido la palabra de Dios, ella la creyó; y al creer, probó la pureza de su carácter; y su gozosa disposición de obedecer al Señor en cualquier cosa que Él requiriera de ella.

El Magnificat

El carácter profundamente espiritual de María brilla con más intensidad en lo que ha venido a conocerse como El Magnificat. Nada en las Escrituras lo iguala. Su gozosa alabanza al Señor fluye rebalsando, llena de entendimiento y conceptos de Dios, del Antiguo Testamento. Esto indica que, a pesar de su temprana edad, María era una mujer devota y bien versada en las Escrituras. Escuche su gloriosa exaltación de Dios:

“Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre, y su misericordia es de generación en generación a los que le temen. Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos. Socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre.” (Lucas 1:46-55)

El Magnificat revela la comprensión de María, su compromiso y su devoción al Señor. Hay una buena razón para que Dios la escogiera para dar a luz al Salvador del mundo.

No es Siempre Fácil

La obediencia no es siempre fácil. María lo descubrió inmediatamente después de regresar a casa. La gente del pueblo descubrió que tenía tres meses de embarazo, sin tener marido. Ella y José todavía estaban en la etapa del desposorio.

Por aquellos días, los compromisos podían ser acordados para las jóvenes cuando apenas tenían 2 o 3 años de edad. Cuando familias amigas tenían hijos casi al mismo tiempo, a menudo dirían: “Oye, ¿por qué no hacemos un acuerdo ahora mismo para que tu varoncito se case con nuestra pequeñita cuando crezcan?”

Un año antes que la pareja comprometida se casara, ambos daban un paso más serio, entrando en una segunda etapa conocida como el desposorio. Una ceremonia oficial marcaba el acontecimiento, dando inicio a un año de espera, en castidad y cortejo. Este período sagrado del desposorio era un contrato legal. Usted no podía simplemente decidir que no quería ser desposado; en tal caso, se requería un divorcio. Aunque la pareja no consumaba el matrimonio hasta después de la boda, si el futuro novio moría en ese año de espera, la futura esposa se consideraba viuda; de ahí la frase: “Una virgen que es viuda”

A la luz de esto, se puede imaginar lo que las personas pensaron cuando, durante su período de desposorio, María apareció embarazada. Puede estar seguro que los rumores se esparcieron rápidamente en Nazaret.

José estaba devastado cuando se enteró del embarazo de María, pues sabía que él no era el responsable. El sentirse traicionado por alguien que uno ama tan profundamente, es absolutamente desolador para el corazón.

De acuerdo a la ley judía, una mujer que saliera embarazada fuera del matrimonio merecía morir apedreada. Si José exponía públicamente el embarazo de María declarando: “Oigan, no fui yo”, la gente de Nazaret tenía el deber de apedrearla. Así que José sopesó las ventajas de dejarla ir secretamente, quizás a casa de parientes en algún otro pueblo. Pero mientras él consideraba su plan, el ángel del Señor vino a él de noche y le dijo:

“José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mateo 1:20-21)

José, al obedecer las instrucciones del ángel, probó ser un “hombre justo”, tal como la Biblia lo llama. A pesar de los rumores acerca del tiempo del embarazo de María, y a

pesar de cualquier perjuicio a su reputación, él obedeció, tomando a María como esposa.

El Niño Jesús

Cada año, en la Navidad, ensayamos la historia del nacimiento de Jesús. Como todas las posadas en Belén estaban llenas, Él nació en un establo. Su madre puso a su recién nacido en un pesebre, un comedero para animales; y pronto algunos pastores asombrados pasaron por ahí para ver al Salvador del mundo.

Sus padres lo circuncidaron ocho días después de Su nacimiento. Y después que María había cumplido los días de su purificación, trajeron su Hijo recién nacido a Jerusalén para presentarlo al Señor, tal como lo prescribe la ley de Moisés.

La pareja se acercó a los sacerdotes del templo con dos tórtolas expiatorias, indicando su pobreza; no tenían ni siquiera lo suficiente para poder ofrecer un cordero. En el área del templo se encontraron con un anciano llamado Simeón, a quién Dios le había hecho una promesa: Él no moriría hasta que viera al Mesías. Tan pronto como Simeón vio a Jesús, supo que Dios había cumplido Su promesa; y tomando al Niño en sus brazos profetizó acerca de Jesús:

“He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha” [entonces miró a María y dijo] “y una espada traspasará tu misma alma.” (Lucas 2:34-35)

Poco tiempo después de este memorable encuentro, el Señor le habló una vez más a José en un sueño, y le advirtió que escapara con María y el Niño a Egipto para mantener a Jesús alejado del asesino Herodes el Grande. (Mateo 2:13)

Aproximadamente dos años más tarde, después de la muerte de Herodes, el Señor le ordenó otra vez a José que regresara a Israel; y en otro sueño, Dios le advirtió a José que no regresara a Judea. Así que José, María y Jesús se establecieron en Nazaret, el pueblo donde creció Jesús.

Aparentemente la gente de Nazaret nunca olvidó su especulación sobre el embarazo de María, pues cuando Jesús siendo adulto regresó a Nazaret, dijeron de Él: “¿No es éste el carpintero, hijo de María?” (Marcos 6:3) Estas palabras podrían indicar que José había muerto en los años transcurridos antes de este incidente; pero es más probable que quiera decir que algunos de los rumores y sospechas anteriores acerca del embarazo de María salieran a relucir; pues a Jesús lo llamaron “el Hijo de María”, en vez de “el Hijo de José.”

Con el tiempo estos rumores debieron haberse propagado por todo Israel, pues en cierta ocasión los fariseos en Jerusalén le dijeron a Jesús: “Nosotros no somos nacidos de fornicación” (Juan 8:41); como quien dice: “Pero Tú sí.” La gente había contado los meses después de que María y José se habían casado, y sabían que Jesús había llegado con varios meses de adelanto. Así que, la gente acusó a Jesús de haber sido concebido fuera del matrimonio; lo cual en verdad, así fue... pero por el Espíritu Santo, no como Sus enemigos afirmaban.

Aunque el Señor escogió a una virgen piadosa para dar a luz a Su Hijo, eso no significa que María permaneció virgen toda la vida. Contrario a una enseñanza popular, la idea de la perpetua virginidad de María es una invención sin base bíblica. Las Escrituras hablan explícitamente de los hermanos y las hermanas de Jesús: “¿No es éste [Jesús]... hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas?” (Marcos 6:3)

Mateo nos dice además que José no tuvo relaciones con María hasta después que ella había dado a luz a Jesús. (Mateo 1:25)

Esto claramente da a entender que después del nacimiento del Salvador, María y José consumaron su matrimonio como cualquier otra pareja de casados. Jesús creció, sin duda, en una familia normal.

Jesús en el Templo

Ninguno de los Evangelios dice nada acerca de la niñez de Jesús, excepto por un incidente cuando Jesús tenía doce años de edad, registrado por Lucas. Jesús y Sus padres viajaron con una multitud de familiares y amigos a Jerusalén para celebrar la Fiesta de la Pascua.

Sin duda alguna Jesús ya había celebrado Su bar mitzvah, la ceremonia que lo marcaba oficialmente como un “hijo del pacto”; de lo contrario, los maestros en el templo no le habrían permitido sentarse con ellos. Jesús estuvo en el templo, discutiendo por varios días la Ley con estos estudiosos; mas Sus padres, al salir rumbo a casa, sin darse cuenta lo dejaron atrás.

Algunos se preguntan, ¿cómo pudo Jesús haber permanecido en Jerusalén sin el conocimiento de Su madre y Su padre? Bueno, los peregrinos por aquellos días viajaban en grupos grandes; y usted ya sabe cómo son los niños de doce años de edad; tienen sus propios planes. Cuando yo salía a dar largas caminatas con mis nietos de esa edad, siempre caminaban cinco veces más lejos que yo. Subían y bajaban las colinas; siempre tomando desviaciones hacia los lados, mientras yo proseguía con

dificultad a lo largo de la senda. Los veía en ocasiones, pero yo sé que ellos mantenían su mirada sobre mí.

Probablemente eran varios centenares de personas las que vinieron de Nazaret para asistir a la fiesta. Y cuando la caravana comenzó su salida de regreso, José y María pensaron: “Está divirtiéndose con algunos de Sus primos. Cuando llegue la noche, Él nos encontrará.”

Pero cuando María y José no pudieron encontrar a Jesús entre toda la gente, se regresaron a Jerusalén; tomándoles tres días encontrar a su Hijo. Cuando su hijo desaparece por unas pocas horas, usted quiere llamar a la policía. Sin embargo, cuando su hijo aparece ileso y despreocupado, quiere darle unas nalgadas. Usted se siente tan destrozado emocionalmente que termina molesto y enojado.

Finalmente, María y José encontraron a Jesús en el templo, sentado en medio de los maestros de la Ley. Él les hacía preguntas inquisitivas, y escuchaba atentamente sus respuestas. “Y todos los que le oían”, dice Lucas, “se maravillaban de su entendimiento y de sus respuestas.”

Sus padres estaban asombrados. “Hijo”, dijo María, “¿por qué nos has hecho esto? He aquí, Tu padre y yo Te hemos buscado con angustia.” ¿Cómo pudo Jesús haberles causado tanto temor?

Jesús les dio una respuesta muy práctica: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:46-49)

Las Escrituras no nos dicen cuándo le contó María a Jesús los hechos de Su nacimiento, pero para ese entonces Él obviamente ya los conocía. Ella había dicho: “Tu padre y yo hemos estado preocupados por Ti”, y Jesús contestó: “He estado en los negocios de Mi Padre.” Él no reconoció a José como Su padre, sino que se refirió al Dios Todopoderoso como Su Padre. No obstante, Jesús se sometió a la autoridad de ellos, regresando con María y José a Nazaret, dónde vivió en el anonimato por los siguientes dieciocho años.

Un Milagro En Caná

Las bodas de hoy en día son por lo general alegres y coloridas, pero no se comparan en nada con las celebraciones matrimoniales de aquellos días.

La celebración de una boda en aquel entonces duraba mucho más que simplemente una o dos horas; podía seguir por días.

El capítulo 2 del evangelio de Juan relata una boda que tuvo lugar después que Jesús había escogido a Sus doce discípulos más cercanos. Ellos estaban con Él cuando acompañó a Su madre a la boda. Pero la celebración de gala se quedó sin vino demasiado pronto; o el anfitrión no anticipó el gran número de invitados; o los invitados bebieron más de lo esperado. Así que María se acercó a Jesús y dijo: “No tienen vino.” (Juan 2:3)

El Señor contestó inmediatamente: “¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora.” (Juan 2:4) El término traducido “mujer” no implica distancia emocional, sino que de hecho es un término muy cariñoso; se podría traducir: “Querida madre.”

Jesús tenía un sentido agudo del momento preciso de las cosas, teniendo un cuidado especial para que no se diera ningún movimiento prematuro que lo aclamara como el Mesías. Así que le dijo a María: “Mamá, todavía no es el momento correcto.” María, sin embargo, buscó a los sirvientes y les instruyó: “Haced todo lo que os dijere.” (Juan 2:5)

Usted probablemente ya conoce el resto de la historia: Jesús convirtió galones de agua en vino; de hecho, el mejor vino de la fiesta. Él demostró así públicamente, por primera vez, Su poder sobre los elementos. Juan comenta: “Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.” (Juan 2:11) Hombres y mujeres devotos habían comenzado a seguir a Cristo, y así, el movimiento había empezado; el movimiento que al final lo llevaría a Su hora de gloria, cuando entregara su vida en rescate por nuestros pecados.

Un Intento de Rescate Fracasado

Un día, cuando el ministerio público de Jesús había comenzado a florecer, María y sus otros hijos se presentaron para recuperar a Jesús.

Quizás María estaba preocupada porque a medida que las multitudes aumentaban en número, Jesús les ministraba día y noche conforme a sus necesidades; y Él necesitaba comer. Así que, ella y sus otros hijos le enviaron mensaje a Jesús de que saliera, pues se encontraba dentro de una casa llena de gente. Mas Él usó esto como una oportunidad para enseñarle a la gente. Jesús contestó: “¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.” (Marcos 3:33-35)

Yo tendría grandes problemas con este pasaje si dependiera de María para que intercediera por mí. Estoy agradecido porque no necesito la intercesión de María o ninguno de los santos, porque Dios me ha abierto la puerta para ir directamente a

Jesús. Como escribió Pablo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” (1 Timoteo 2:5) ¡Qué privilegio, qué bendición!

En la Cruz

En el Calvario, donde Jesús murió por nuestros pecados, vemos una última interacción entre Jesús y María. Ella y varias otras mujeres que habían viajado por toda Galilea con Jesús, estaban junto a Él en Su muerte; mientras que todos Sus apóstoles, con excepción de uno, habían huido.

María estaba cerca de la cruz junto a María Magdalena y el apóstol Juan. Y cuando María vio a su Hijo ensangrentado, colgando de aquella cruz, una espada traspasó su misma alma, tal como Simeón lo había predicho. ¡Oh, cuánto dolor debió ella haber sentido, guardando estos secretos en su corazón, recordando lo que el ángel le había dicho; y al verlo despreciado, rechazado y ridiculizado!

Cuando Jesús vio a Su madre, quien estaba junto a la base de Su cruz, cerca de Juan, le dijo: “Mujer, he ahí tu hijo.” A Juan le dijo: “He ahí tu madre.” En otras palabras, “Bueno, Juan, cuida a María. Vela por ella.” Y la Biblia nos dice que “desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.” (Juan 19:26-27)

Las relaciones que tenemos en Cristo son a menudo mucho más cercanas que las relaciones en nuestras propias familias naturales. A estas alturas de Su ministerio los hermanos de Jesús no creían en Él; de hecho, no creyeron hasta después de Su resurrección. Debido, pues, a que tanto Juan como María creían en Jesús como el Mesías, existía un lazo más estrecho entre ambos que entre María y sus otros hijos.

Un Ejemplo Maravilloso

La última vez que vemos a María en las Escrituras es en el capítulo 1 de Hechos, donde se encuentra en compañía de los discípulos, esperando el Espíritu Santo. Después de esto, desaparece del texto y no sabemos nada más acerca de ella.

Aunque María ciertamente no es digna de adoración, es ejemplo digno de lo que es ser un discípulo piadoso de Cristo. Una característica en particular parece destacarse, trate de identificarla:

“María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón... Su madre se maravillaba de todo lo que se decía acerca de Él... Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.” (Lucas 2:19, 33, 51)

María pensó larga e intensamente en las cosas que Dios le había revelado acerca de su Hijo. Ella las consideró cuidadosamente; las analizó; meditó en ellas. Ella las abrazó en lo profundo de su corazón, dejando que esas verdades acrecentaran su fe. Ella le creyó seriamente a Dios y Su Palabra; y eso fue lo que le dio un espíritu piadoso, puro.

Creo que es interesante e instructivo que antes de que Jesús muriese en la cruz, le confió a Juan el cuidado de Su madre. ¿Por qué Juan? Por una razón, todos los otros discípulos habían huido. Pero creo que puede haber algo más profundo aquí.

En su evangelio, Juan nunca se llama a sí mismo por su nombre, sino que siempre usa la frase: "El discípulo que Jesús amaba." Sólo Juan la usa; ninguno de los otros escritores de los evangelios usa esa frase para referirse a sí mismo. Sin duda alguna Juan sentía que Jesús le amaba más que a los otros; y creo que Pedro probablemente sintió que Jesús le amaba más que a los demás; lo mismo les pasó a Mateo, Andrés y el resto de los discípulos. Jesús tiene una manera de tratar a la gente que hace que todo el mundo se sienta especial; así como usted es especial para Jesús.

Es importante, sin embargo, que usted lo sepa. ¿Puede usted referirse a sí mismo como "el que Jesús ama?" En lo que a Él respecta, no hay nadie en el mundo como usted; Él le ama y quiere que usted sepa cuán especial es usted para Él.

Jesús amó a Su querida madre, e hizo arreglos especiales para que cuidaran de ella después de Su muerte. ¡Pero Él no lo ama a usted menos de lo que la ama a ella! "¿Quién es Mi madre?" preguntó Él. "Aquel que hace la voluntad de Mi Padre, ésa es Mi madre."

Puede que su nombre no sea María, pero si por fe usted obedece al Padre como lo hizo María, entonces usted también tiene planes especiales esperándole en el cielo; y eso ¡está garantizado!

Capítulo 12

Pablo: Apóstol de la Fe

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes.”

Romanos 5:1-2

Durante mi primer pastorado en Prescott, Arizona, una madre vino desesperada a nuestra casa. Su hijo era paciente en el hospital Whipple, de veteranos; donde se encontraba muriendo de tuberculosis. Ella me preguntó si podía visitarlo. Yo le aseguré que lo haría.

“Oh”, contestó ella, “no vaya todavía; él está muy amargado contra Dios y contra la iglesia; tendremos que esperar hasta que se ponga de buen humor. Lo llamaré cuando eso ocurra.”

“Está bien”, le contesté, “usted sabe lo que hace. Pero aún si él se enfureciera y me maldijera, no importa. Yo lo aguanto.”

Esa misma tarde me llamó llorando, y diciendo: “Los doctores me acaban de decir que mi hijo no va a sobrevivir la noche, mejor vaya hacia allá de inmediato.”

Salí, pues, inmediatamente hacia el hospital, dónde lo encontré. Empecé a hablarle del Señor. Aunque su padre había sido un ministro religioso; por algún motivo se había amargado, y le había dado la espalda a Dios. Como él conocía los fundamentos de la fe, me fue fácil compartir con él. Resultó que enseguida nos llevamos bien.

“Howard”, le dije, “la situación no se ve bien. Tal vez debería entregarle su vida a Jesucristo por fe. Pídale al Señor que le perdone, rindiendo su vida a Él.”

Él me miró y dijo: “Chuck, sé que debería, y es mi intención hacerlo. Pero hace un año yo pesaba 190 libras; era miembro de una pandilla en Detroit, Michigan; y maldecía a Dios con cada aliento que daba. Ahora peso noventa libras y apenas puedo respirar. Entregar mi vida a Dios en esta condición sería cobardía. Si el Señor me toca y restaura mi salud de nuevo, entonces me entregaré a Él.”

“Bueno, Howard”, contesté, “no sabes si Dios ha permitido que te ocurra esta condición por Su inmenso amor por ti. Tal vez Dios sabía que mientras pesaras 190 libras y fueras la viva imagen de alguien saludable, nunca vendrías a Él. Pero Dios te ama tanto que permitió que llegaras a esta condición débil, porque sabía que era la única manera que alguna vez entregarías tu vida a Él, ahora, cuando se te acabó todo.”

Por un momento me estudió, y me dijo: “Chuck, creo que tiene razón.” Él vio la luz, y por fe entregó su vida al Señor.

Ése es el evangelio de gracia que defendió el apóstol Pablo. A pesar de lo que usted sea, o de lo que haya hecho, cuando usted viene a Jesucristo y por fe le pide que sea su Señor perdonándole sus pecados, recibe el regalo de vida eterna.

Pablo predicó este mensaje de gracia por fe por donde quiera que él fuera, pero no fue así al principio.

Saulo, el Perseguidor

Cuando usted se presenta en público, ante una audiencia, generalmente quiere causar la mejor impresión. Es interesante, pues, ver cómo se describió Pablo a sí mismo ante los corintios:

“Yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios.” (1 Corintios 15:9)

Pablo nunca olvidó que en un tiempo trató de erradicar la iglesia de Jesucristo. La primera vez que leemos de él en el libro de los Hechos, está de pie, de guardia, mientras una multitud enojada de judíos apedreaba a Esteban por su fe en Cristo. Saulo, nombre con el que era conocido en ese entonces, no sólo aprobaba las acciones de ellos, sino que guardaba las ropas de los hombres que se quitaron sus túnicas externas para lanzar sus rocas. (Hechos 7:58)

“Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel.” (Hechos 8:3)

“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén.” (Hechos 9:1-2)

Pablo nunca trató de esconder su pasado violento y blasfemo. Él fue bastante franco cuando escribió en Gálatas 1:13: “Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la asolaba.”

Un día, todo cambió para Saulo. Mientras iba camino a Damasco, una luz “más brillante que el sol” brilló repentinamente sobre él, tirándolo al suelo. Una voz le habló en hebreo: “¿Saulo, Saulo, por qué Me persigues?”

Saulo preguntó: “¿Quién eres, Señor?”

La voz respondió: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.”

Sorprendido y tembloroso, Saulo preguntó: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”
(Hechos 9:4-6)

Jesús le dijo que entrara en la ciudad y esperara más instrucciones. Entonces Saulo se levantó del suelo, abrió sus ojos, y descubrió que estaba completamente ciego. Sus amigos tuvieron que llevarlo de la mano a Damasco. Allí estuvo tres días a oscuras, negándose a comer o beber mientras reevaluaba toda su vida y su misión.

Creo que las palabras de Esteban, cuando predicó aquel grandioso sermón ante la turba enojada, tocaron a Saulo, a pesar que él trató de cerrar sus oídos a la verdad. Yo pienso que a raíz de esto, preguntas comenzaron a surgir en su mente. Saulo debió haber reconocido la veracidad del argumento de Esteban gracias a su exhaustiva preparación en las Escrituras hebreas, pero peleó contra ella.

Muchas veces las personas que parecen ser las más duras de alcanzar para Cristo, son las más cercanas a recibirlo. Debido a que se encuentran luchando una batalla interior feroz reaccionan fuertemente contra la verdad, la cual está penetrando a sus corazones; por lo que se vuelven hostiles.

El que Saulo, al ver morir a Esteban, le oyera decir “Señor, no les imputes este pecado”, causó un efecto sobre él. Dios había comenzado una obra a través del Espíritu Santo, contra la cual Saulo trató de pelear.

Por eso Jesús dijo: “Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.”

Después de tres días, Dios envió un discípulo llamado Ananías a donde Saulo para ayudarlo a recibir su vista; y más importante aún, para compartir el evangelio de la gracia. Ananías no quería ese encargo en particular. Él había oído cómo Saulo había hecho destrozos en la iglesia de Jerusalén, y probablemente sabía que él mismo estaba en la lista negra de Damasco que tenía Saulo; pero aún así, obedeció.

“Ve, porque instrumento escogido me es éste [Saulo], para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.” (Hechos 9:15-16)

Pablo iba a tener un ministerio triple: Predicarle el evangelio a los gentiles, a los reyes, y a los hijos de Israel. En todo lugar a donde iba, el apóstol primero predicaba en las sinagogas judías, aunque algunas veces sin éxito. Pablo le ministró la palabra al Rey Agripa y al emperador Nerón, además de tener su gran ministerio entre los Gentiles. Dios había preparado a Pablo excepcionalmente, para un ministerio que crearía un puente entre las comunidades judías y las gentiles; entre los helenistas y los hebreos.

El Trasfondo Único de Pablo

Pablo creció en la ciudad de Tarso, una ciudad romana libre, con fuerte influencia de la cultura griega; lo que significa que Pablo era un ciudadano romano por nacimiento. Durante los primeros catorce años de su vida, su padre lo instruyó en las Sagradas Escrituras hebreas como hebreo de hebreos, de la tribu de Benjamín. Sin embargo, todos sus compañeros pertenecían a la cultura griega, por lo que él sabía lo que era ser tanto judío como griego.

Cuando tenía catorce años de edad, su padre lo envió a Jerusalén para continuar su educación hebrea bajo la tutela de Gamaliel, un destacado estudioso judío. Como fariseo, Pablo se familiarizó completamente con la Ley y las Escrituras del Antiguo Testamento, pudiendo hablar eficazmente con hebreos y helenistas. El apóstol escribió en Gálatas 1:15-16 que Dios lo había separado desde el vientre materno, y que lo había llamado para que predicara a Jesús entre los gentiles.

Al igual que Pablo habla acerca de haber sido separado desde el vientre de su madre, yo puedo mirar retrospectivamente en mi propia vida, y ver cómo Dios me separó desde mi nacimiento y empezó a prepararme para la obra que tenía en mente para mí, para Su gloria y para Su reino. Puedo mirar hacia atrás, cada paso en el pasado, y poder ver la mano de Dios obrando. Muchas veces ambulé en la dirección incorrecta, tal como lo hizo Pablo; pero Dios usó hasta eso para cumplir Sus propósitos. Dios siempre me trajo de vuelta al camino correcto.

Dios tiene un propósito para cada uno de nosotros. Desde muy temprano en nuestras vidas Él comenzó a obrar en nosotros, preparándonos de antemano para la obra que dispuso que hiciéramos para Él. A Él le encanta usar nuestro trasfondo único y peculiar para Su gloria.

El trasfondo de Pablo le permitió poder declarar un día: “Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos.” (1 Corintios 9:22) Dios lo había escogido y preparado para cruzar barreras culturales, y así poder ministrar en un campo amplio de ministerio.

Un Tiempo de Reclusión y Revelación

Inmediatamente después de su salvación, Pablo comenzó a predicar que Jesús era el Mesías. Dado su vasto conocimiento de las Escrituras, sus enemigos se sentían confundidos y avergonzados a la vez, porque no podían resistir su sólida predicación bíblica. Decidieron, pues, matarlo.

Cuando los creyentes locales descubrieron este complot para asesinarlo, tomaron a Pablo durante la noche, bajándolo en un canasto por el muro de la ciudad, evitando así una emboscada de los judíos en la puerta de la ciudad. Aunque Pablo tuvo una entrada poco gloriosa en la ciudad, siendo guiado de la mano como un ciego; su salida fue aún más deshonrosa, escapando en un canasto sobre el muro para eludir la muerte a mano de sus enemigos.

Pablo, al salir de Damasco, no fue inmediatamente a Jerusalén, sino que en cambio viajó al área del monte Sinaí en Arabia. Allí permaneció por casi tres años, tiempo durante el cual el Señor le reajustó todo su entendimiento de las Escrituras. Allí Dios le reveló Su maravillosa gracia aparte de la ley, y la justicia que viene a través de la fe. Esta instrucción que el Señor le dio personalmente a Pablo revolucionó su ministerio, de manera que escribió posteriormente:

“El evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.” (Gálatas 1:11-12)

Pablo empezó a ver el Antiguo Testamento bajo una nueva luz. Considerando nuevamente a Abraham, se dio cuenta que la fe de Abraham le fue contada por justicia. Él entendió que no tenía que trabajar para lograr ser justo, sino sólo creer en la suficiencia de la obra que hizo Cristo a su favor. La fe en Cristo era lo único que necesitaba.

Un grupo de hombres le preguntó un día a Jesús: “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?” Jesús les respondió: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.” (Juan 6:29) Dios ha puesto la justicia al alcance de todos nosotros, por medio de la fe.

Cuando Jesús tomó la copa, dijo: “Este es un nuevo pacto, un pacto a través del cual ustedes pueden ser hijos de Dios. Este pacto es en Mi sangre, derramada para el perdón de los pecados.” (Lucas 22:20) Y así Dios ha establecido, a través de Jesucristo, un nuevo camino por el cual usted y yo podemos venir a Dios. Nos acercamos a Dios por medio de la justicia de Jesucristo, la cual nos ha sido imputada por nuestra fe en Cristo. Como Pablo dijo: “Ser hallado en él, no teniendo mi propia

justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.” (Filipenses 3:9)

Después de tres años con el Señor en el desierto, Pablo regresó a Damasco, y después a Jerusalén. Pero los creyentes allí todavía le tenían miedo. Así que, al no creer que su conversión era verdadera, lo trataron con frialdad. Al poco tiempo, Pablo regresó a Tarso, su ciudad natal.

Pablo pasó los siete años siguientes en Tarso, haciendo tiendas. Muchas veces, cuando una persona viene al conocimiento de Jesucristo, piensa que debe entrar inmediatamente al ministerio, comenzando a compartir con otros el conocimiento que ha adquirido. Pero me resulta interesante que, aunque Pablo tenía ya todos esos años de estudio de las Escrituras, su verdadero ministerio no comenzó hasta diez años después de su conversión.

Pablo tuvo que re-aprender. El proceso de re-aprender es siempre más lento que el de aprender, porque primero se tiene que des-aprender un montón de cosas que uno creyó alguna vez.

Crecimiento de la Iglesia

Mientras Pablo estaba en Tarso, una iglesia de gentiles en Antioquía empezó a crecer a pasos agigantados. Bernabé, quien estaba activo en este mover de Dios, salió hacia Tarso en busca de Pablo al darse cuenta que Pablo tenía el trasfondo ideal para ayudar a los gentiles que estaban viniendo a Cristo. Bernabé trajo, pues, a Pablo a Antioquía; y este dúo se convirtió rápidamente en los líderes espirituales de esta creciente iglesia gentil.

Un día mientras la iglesia de Antioquía ministraba al Señor y ayunaba “dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.” (Hechos 13:2-3)

¿Cómo fue que el Espíritu dio estas instrucciones específicas? Aquí la iglesia se había reunido para orar, sin duda alguna conversaron de la necesidad de llevar el evangelio al mundo. Pero entonces, ¿cómo habló el Espíritu tan directamente acerca de Saulo y Bernabé?

Creo que el mensaje vino a través de una palabra de profecía. Alguien en el grupo, ungido por el Espíritu Santo, hizo esta declaración profética. Dios dio a conocer Su divina voluntad a través de un siervo obediente; y de esa manera Pablo y Bernabé salieron en un viaje misionero que estremecería el mundo.

Un Concilio Crucial

El capítulo 15 del libro de Hechos describe cómo ciertos hombres, afirmando tener autoridad apostólica, llegaron a la iglesia en Antioquía desde Jerusalén, tratando de poner a los creyentes gentiles bajo la ley. Les decían a estos creyentes gentiles que tenían que circuncidarse para ser salvos; una ordenanza que causó división en la iglesia.

Pablo y Bernabé, que se oponían vigorosamente a este punto de vista, hicieron un viaje importante a Jerusalén para dejar aclarado ante toda la iglesia este asunto. Querían que la pregunta fuera respondida: ¿Exactamente qué relación tenían los creyentes gentiles con la ley de Moisés? Ellos sabían que muchos en la iglesia de Jerusalén seguían todavía las costumbres y prácticas judías. Como Pablo había recibido este evangelio glorioso de la gracia, y se había dado cuenta que la salvación es por fe en Jesucristo y no por obras, quería que el asunto quedara aclarado de una vez por todas: ¿Tiene alguien que convertirse en judío para poder ser un creyente en Cristo?

En este concilio de la iglesia, Pablo y Bernabé reportaron cómo Dios había estado obrando no sólo en Antioquía, sino también en muchas iglesias gentiles. Hablaron de los milagros que se habían hecho a través del poder de Jesucristo; describieron cómo estos creyentes gentiles, que no estaban bajo la ley ni guardando la ley, habían experimentado el poder de Dios y milagros del Espíritu Santo, exactamente igual que los judíos creyentes en Cristo.

Los hombres que decían que una persona tenía que ser judío para ser salvo, lo que realmente estaban diciendo es que tal individuo tenía que ser circuncidado. Pablo discrepó vehementemente: “Miren”, dijo Pablo, “Tito está conmigo. Él es griego. Y ustedes no lo han obligado a circuncidarse. Por lo tanto, eso no es problema.”

¡Qué agradecidos estamos a que Pablo mantuvo su posición firme en la gracia de Dios y la salvación por la fe! Si Pablo no hubiese tomado una postura tan firme, y hubiese declarado con tal claridad este glorioso evangelio de la gracia, entonces el cristianismo se habría convertido en nada menos que una secta judía. Este magnífico evangelio de la gracia se predica todavía entre los gentiles gracias a que Pablo estuvo dispuesto a salir en defensa de la verdad.

El concilio de la iglesia reconoció oficialmente que, aunque el apóstol Pedro fue enviado primordialmente a los judíos, Pablo había sido enviado primordialmente a los gentiles. De esa manera reconocieron la individualidad de los llamados dentro de la iglesia. En Cristo no hay ni judío ni griego, bárbaro ni escita, siervo ni libre; Cristo es el todo y en todos. “Pablo”, dijeron ellos, “Dios te ha llamado a aquellos que son

incircuncisos, al mundo gentil; y Pedro ha sido llamado a los judíos, a los de la circuncisión.” Los líderes de la iglesia de Jerusalén no reconocieron una división teológica, sino que simplemente uno de ellos podía ministrar eficazmente a un grupo, mientras que el otro podía ministrar eficazmente a otro grupo diferente.

La amplitud de Dios excede a la del hombre. Por alguna razón creemos equivocadamente que todo el mundo debe ser como nosotros; y que si no lo son, entonces han de ser inferiores. Tome, por ejemplo, el tema de la adoración; algunos tienen grupos de alabanza, otros tienen coros; algunos tienen guitarras, otros tienen órganos; pero una forma no es superior a la otra. Las guitarras no son más sagradas que los órganos, y las sotanas o túnicas tampoco son más sagradas que los ‘jeans’; lo que le interesa a Dios es el corazón. Y Dios está en todo.

Pablo tuvo un ministerio obvio entre los gentiles. El Espíritu Santo obró a través de él en su ministerio a los gentiles, como también lo hizo a través de Pedro en su ministerio a los judíos, con milagros, maravillas y señales. El mismo Dios que usó a Pedro para alcanzar a los circuncisos también usó a Pablo para alcanzar a los incircuncisos.

Al final del concilio, Pedro, Santiago y los otros líderes de la iglesia les expresaron a Bernabé y a Pablo su aceptación y reconocimiento como uno de ellos. En otras palabras: “Dios les bendiga, amigos. Ustedes vayan a los paganos. Nosotros iremos a los de la circuncisión. Reconocemos que tenemos ministerios diferentes, llamados diferentes, y obedeceremos al llamado de Dios a dondequiera que nos envíe.”

La conclusión es que la iglesia de Jerusalén respaldó completamente el ministerio de Pablo, y la teología de la gracia por fe; declarando que el evangelio es un solo evangelio, cuyo contenido no cambia según la audiencia que lo escuche. Así pues, Pablo escribiría posteriormente que: “Hay un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.” (Efesios 4:4-6)

La Confrontación con Pedro

Desafortunadamente, el concilio de Jerusalén no libró de una vez por todas a la iglesia de este debate. Aparecieron algunos falsos maestros en Antioquía, los cuales comenzaron a menoscabar a Pablo. Ellos decían que “Pablo no es realmente un apóstol. Él es inferior. Pedro, Santiago y Juan, éstos sí son apóstoles de verdad.”

En verdad es claro que sólo los falsos maestros eran los que difamaban a Pablo. Pedro, Santiago y Juan respetaban a Pablo, e incluso lo reconocieron como uno de

ellos. Pero estos falsos maestros al llegar perturbaron a la gente, diciéndoles que la fe en Jesús era insuficiente; que para salvarse tenían que guardar la ley, y que por lo tanto tenían que hacerse judíos.

En una visita a la iglesia de Antioquía, Pedro gustosamente comió con los gentiles convertidos; hasta que llegaron estos falsos maestros. Entonces comenzó a separarse de los creyentes gentiles, temiendo que el grupo de la circuncisión comenzara a hablar mal de él así como lo habían hecho de Pablo. Cuando Pablo oyó lo que estaba pasando, tomó acción inmediata.

“Cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Le dije a Pedro delante de todos: “Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a vivir como judíos? Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.” (Gálatas 2:11, 14-16)

Pablo podía hacer una declaración tan contundente gracias a su propio trasfondo. Cuando les escribió a los filipenses, les habló de la justicia que en un tiempo trató de alcanzar a través de la ley. Él les dijo:

“Si alguno tiene de qué jactarse en la carne, yo más que todos ustedes. Yo soy hebreo de hebreos. Era fariseo. Tenía gran celo por Dios. Y en cuanto concierne a la justicia que proviene de la ley, era irreprochable. Pero esas cosas que antes eran importantes para mí, las cosas que una vez miraba como algo positivo, ahora las estimo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, a través de la fe. (Filipenses 3:4-9)

Dios lo ve a usted revestido de la justicia de Jesucristo. Si usted piensa que puede superar eso, está tristemente equivocado. Dios ve su justicia como completa. Gracias a su fe y confianza en Jesucristo, Dios lo ve a usted en Él, y le acredita a usted Su justicia.

Listo Para Irme

Crecí en una iglesia que me hizo pensar que yo era justo porque no fumaba, no bebía, no iba a “shows”, no bailaba, y no hacía ninguna de todas esas cosas que la iglesia decía que eran perversas e impías.

No había nada malo en evitar esas diversiones que la iglesia condenaba. De hecho, es saludable no fumar; y es saludable no emborracharse. Me alegra haber obedecido, aun cuando lo hice bajo un concepto falso. Me alegra haber firmado el compromiso de “No fumaré y no beberé.” El problema era que yo pensaba que el hacer ese pacto, me volvía justo; pensaba que me volvía más justo que los que se escondían para fumar sus cigarrillos.

Hacer ese pacto no tenía nada que ver con mi posición ante Dios en cuanto a la justicia. Tendría mucho que ver con mi salud física, pero no con mi salud espiritual. Si bien es bueno que no haya contaminado mi mente viendo películas de mal gusto, eso no me hizo justo. La justicia que disfruto delante de Dios es únicamente a través de la fe en Jesucristo, y no por las obras que he hecho para Dios, o por las cosas que no hago. Dios me declara justo por mi fe en la obra que Jesús completó, quien estuvo colgado en el madero para poder redimirme de la maldición de la ley.

Como creyentes gentiles, estamos grandemente endeudados con el apóstol Pablo. Gran parte de nuestra doctrina de la iglesia se basa en las cartas de Pablo, y en su doctrina clara y sencilla de la salvación por gracia a través de la fe. Los escritos y las enseñanzas de Pablo nos dan un tremendo fundamento para nuestra teología y para nuestro vivir.

Hace muchos años pastoreaba una pequeña iglesia, donde servía tanto de pastor como de encargado de la limpieza. Por otro lado, también reparaba casas móviles. Dedicaba, más o menos, setenta horas a la semana, sólo para que las cosas siguieran funcionando.

Un sábado, tarde en la noche, mientras limpiaba la iglesia para los servicios dominicales, comencé a sentir dolor en mi pecho y entumecimiento en mi brazo. Había escuchado acerca de los ataques al corazón, por lo que pensé: “Bueno, éste debe ser uno.”

Me senté en la primera fila y dije: “Está bien, Señor, si me tengo que ir, adelante. He tenido una buena vida.” Pensé que quizás ya dejaba esta tierra. Pero después de sentarme por unos pocos minutos, me sentí mejor; así que me levanté y terminé de limpiar la iglesia.

¿Qué me dio tanto consuelo en ese momento, cuando pensé que podría estar dando mi último suspiro? La doctrina de Pablo de salvación por gracia a través de la fe, me dio la confianza de que si yo moría mientras limpiaba la iglesia, instantáneamente estaría en la presencia de Jesús; dónde me deleitaría en Su gloria por toda la eternidad.

“Señor, mi vida es tuya. Mi vida está en Tus manos. Tú me has salvado en base a la obra completa de Jesús, y por fe descanso en Tus promesas. Si quieres llevarme a casa, estoy listo Señor.”

Qué paz obtenemos al saber que Dios nos acepta, no sobre la base de nuestras obras, o nuestros talentos, o cualquier otra cosa que hayamos hecho; sino única y exclusivamente por nuestra fe en Jesucristo. Eso es algo bello, y me alegra tanto que Dios usara al apóstol Pablo para declarar esta verdad.

Capítulo 13

Pedro: De la Duda a la Fe

“Le respondió Pedro, y dijo: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.” Y Él dijo: “Ven”. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.”

Mateo 14:28-29

¿Ha tenido alguna vez uno de esos días en que todo le sale mal y nada funciona? Mirando hacia atrás, al final de ese día frustrante que acaba de malgastar, dijo, “¿Qué logré hacer?” Hasta se pregunta para qué salió de la cama ese día.

Esa es la clase de experiencia que tuvo Pedro una noche; pero a pesar de eso, lo que sucedió después lo puso en un rumbo totalmente nuevo.

Por Tu Palabra

Había sido una de esas noches sin provecho, infructíferas. Durante toda la noche, de un lado a otro por las costas de Galilea, habían pasado lanzando y recogiendo sus redes, sólo para recogerlas vacías. Ellos conocían esas aguas, y aunque fueron por todos los lugares habituales de pesca, no tuvieron éxito. Al llegar la mañana, lo único que podían mostrar como fruto del duro trabajo de la noche, eran algas atrapadas en las redes.

Mientras estos pescadores limpiaban su equipo de trabajo, vieron una multitud que se aglomeraba alrededor de un Hombre a lo largo de la costa, tratando de acercarse lo suficiente como para tocarlo. Luego vieron cuando este Hombre se alejaba de la multitud, acercándose a ellos. Antes de que se percatasen de lo que Él estaba haciendo, el Hombre se había subido al bote de Simón. “Apártate de la costa un poco”, le dijo a Simón. El sorprendido pescador accedió; y cuando él se había alejado ligeramente de la costa, el desconocido comenzó a enseñarle a la gente las cosas de Dios.

Simón escuchó con gran interés mientras el Hombre daba palabras de esperanza, palabras de consuelo, palabras de un Dios que ama a las personas y se preocupa por su salvación.

Cuando el Hombre terminó de hablar, dejando una multitud cautivada por Sus palabras, miró a Simón y le dijo: “Mueve la barca a lo profundo, y echa tus redes para pescar.”

La orden probablemente molestó a Pedro. Probablemente pensó: “¿Qué? Este maestro, quien probablemente nunca ha tirado una red en su vida, está tratando de decirme a mí cómo pescar.” Es probable que la respuesta de Pedro fuera cortésmente complaciente: “Realmente disfruté las cosas que Usted dijo acerca de Dios. Era fascinante. Usted es un buen maestro, pero yo soy un pescador. Usted podrá saber cosas acerca de Dios, pero yo sé pescar; y debo decirle que realmente esta no es la hora del día para agarrar peces. Estuvimos pescando durante toda la noche y no agarramos nada; fue una noche sin provecho, infructífera.” Pero entonces se detuvo, se encogió de hombros, y agregó: “Mas por Tu palabra, echaré la red.”

Fue una obediencia de fe ciega; la fe se enfrentó a la inteligencia. “Lo haré porque Tú dijiste que lo hiciera. Mi mente me dice que va a ser un esfuerzo en vano porque ahora mismo no hay peces por aquí.” Pedro consideró la orden como algo tonto, sin embargo accedió, sólo por complacer a Jesús.

Pero observe lo que sucedió: “Y habiéndolo hecho, agarraron gran cantidad de peces, y su red se rompía.” (Lucas 5:6).

Pedro nunca había visto tantos peces. Como pescador toda su vida, este era su sueño hecho realidad. Se sintió tan emocionado que no comprendió al momento; no se había percatado de lo que realmente había sucedido. Chifló llamando a sus socios Santiago y Juan, quienes estaban en la orilla. Todos ellos vinieron y comenzaron a llenar sus pequeños botes con peces, hasta que los botes se llenaron tanto que comenzaron a hundirse. Y entonces, de pronto, Pedro entendió: Este Hombre no es un maestro ordinario.

En ese momento Pedro pudo ver el primer rayo de luz de la verdad sobre Jesús; un rayo que más tarde estallaría en revelación completa cuando el pescador dijo acerca de Jesús: “Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente.” (Mateo 16:16) Esa gran revelación tuvo su origen en el momento que vio el fruto de haber obedecido ciegamente la orden de Jesús.

Viendo la Verdad

La experiencia de la pesca sorprendió tanto a Pedro que inmediatamente cayó de rodillas ante Jesús. “Apártate de mí”, le dijo, “porque, Oh Señor, yo soy un hombre pecador.” (Lucas 5:8). Al reconocer al Jesús real, Pedro reconoció su propia naturaleza verdadera. Esto es lo que siempre ocurre cuando vemos a Jesús tal cual Él es.

Usted nunca se verá verdaderamente a sí mismo, tal como es, hasta que no se vea a la luz de Jesús. A menudo tenemos una opinión más alta que la que deberíamos tener de nosotros mismos. “Realmente no soy tan malo como parece. Verás, son sólo las circunstancias que me hacen ver mal. Es mi esposa, ella me frena. No soy yo, son las influencias externas las que han impedido que tenga verdadero éxito.” Tenemos una opinión falsa de nosotros mismos, un sentido inflado de quiénes somos.

Pero cuando usted se ve a la luz de la gloria de Dios, todo cambia. Si usted ve un hombre orgulloso, arrogante en su propia justicia, puede estar seguro que él no ha conocido al verdadero Jesús. Tiene más esperanza una prostituta y un bebedor de entrar en el reino de los cielos que él. No es sino hasta cuando usted vea la verdad acerca de usted mismo, y reconozca que es un pecador sin esperanza, incapaz de salvarse, que usted clamará a Dios por Su gracia y misericordia.

Nuestro problema es que, por lo general, nos miramos a la luz de los demás. Cuando me miro a la luz suya, no soy tan malo. Si entro en un baño muy poco iluminado y me miro en el espejo, me veo bastante bien; especialmente si no llevo puesto mis lentes de contacto. Pero mirarme en el espejo cuando estoy bajo la luz del sol, es devastador; son malas noticias.

Cómo se ve depende de la luz bajo la cual usted se ve. Cuando usted se mira a la luz de Jesucristo, cada defecto queda expuesto y revelado inmediatamente; usted ve la verdadera realidad.

Una mirada al verdadero Jesús hizo que Pedro tuviera miedo y clamara: “Apártate de mí, porque soy hombre pecador.”

Pero vea la respuesta de Jesús: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres.”(Lucas 5:10). Tan pronto como Pedro reconoció su pecado, el Señor trató con él, lo perdonó, lo limpió, y después lo llamó a una vocación superior.

Éxito Más Allá de Toda Expectativa

Siempre me asombra y bendice el ver las personas que Dios llama para pescar hombres para Su reino. No son exactamente el tipo de persona que la mayoría de nosotros escogería. No son siempre los de gran cultura y de la élite, los más populares y brillantes. No, muy a menudo son aquellos que alguna vez fueron peleadores callejeros, buscapleitos, drogadictos, y alcohólicos.

En el capítulo 2 del libro de Hechos vemos a Pedro cumpliendo el llamado de Dios para su vida. En su primer mensaje, unos 3,000 hombres creyeron en el mensaje y fueron

bautizados. En Hechos 4 tira la red otra vez, y recoge unos 5,000 hombres más. Pedro se convirtió verdaderamente en un pescador de hombres.

Hoy en día, en el mar de Galilea, los hombres se ganan todavía la vida pescando. Usted los puede observar saliendo en pequeñas lanchas, y lanzando sus redes, tal como lo hizo Pedro. Es una hermosa extensión de agua, con abundancia de peces. Miles de hombres a lo largo de los siglos han pasado toda su vida pescando allí. Salen cada mañana y regresan cada tarde para vender lo que agarran durante el día. Viven y mueren solamente pescando; y sus vidas no llegan a nada más que eso. Sólo subsisten.

Esa fue la vida de Pedro antes de su encuentro con Jesús. Sin embargo, debido a que respondió al llamado de Jesucristo de pescar hombres, el nombre de Pedro es conocido en todo el mundo. Pedro, un pescador ordinario, común y corriente, impactó el mundo y marcó la historia gracias a un simple acto de obediencia. Cuando Pedro vio la gran cantidad de peces en su red, supo que no había sido su habilidad como pescador lo que le había dado éxito; fue su obediencia a la orden del Señor.

Nuestros mejores esfuerzos pueden resultar en redes vacías. Podemos pescar toda la noche y no agarrar nada. Pero cuando Dios nos guía, y le obedecemos por fe, podemos tener éxito más allá de nuestros más grandes sueños o imaginación.

Pienso en mis propios años de ministerio cuando tiré las redes y no atrapé nada. Y entonces, repentinamente, cuando las tiré otra vez, regresaron llenas, tan llenas que me fue costaba recogerlas. No percibí que las hubiera tirado en forma distinta al pasado; así que comencé a darme cuenta que había una sola razón para ello: El Señor tuvo el propósito de llenar las redes.

¡Qué diferencia tan grande cuando el Espíritu comienza a dirigir nuestras vidas! Ya no dependemos de nuestra propia experiencia, nuestras habilidades, o nuestra comprensión de la naturaleza humana. En cambio, obedecemos por fe la orden del Señor; y así experimentamos más éxito del que jamás hubiéramos podido soñar.

El resultado final es que Él obtiene la gloria y el reconocimiento por el éxito. Todo lo que usted puede decir es que Él es el Amo de los peces, los mares y el universo, y Él ha obrado conforme a Su voluntad: "A Dios sea la gloria, grandes cosas ha hecho."

La Fe y la Palabra

Esta historia nos enseña que la fe procede a actuar de acuerdo a la palabra del Señor, aun cuando esa palabra parezca contraria a nuestra experiencia personal y entendimiento. La fe actúa de acuerdo a la palabra, la orden del Señor, aunque ésta

pueda aparentar estar en conflicto con nuestro propio entendimiento y conocimiento de las circunstancias.

Si Pedro hubiera seguido sus instintos, habría regresado a casa y se habría ido a su cama, esperando tener mejor suerte el día siguiente. “Más porque Tú lo dices, lo haré.”

Dios puede usar a cualquiera a Su servicio para pescar hombres para Él; gente común como pescadores, mecánicos, vendedores, y amas de casa. Dios usa personas como nosotros; personas comunes y corrientes pueden hacer una obra extraordinaria para Él.

¿Qué le está diciendo el Señor? Puede que lo que le está diciendo no tenga sentido para usted. Puede que le esté diciendo: “Hoy quiero que le testifique a su madre una vez más.”

“Pero Señor”, dice usted, “le he testificado muchas veces, y la última vez se alteró tanto que me dijo que nunca más le volviera a hablar acerca de Ti, Señor.”

“Señor, he pescado toda la noche y no he atrapado nada.” ¡Pero éste puede ser el momento!

¿Qué le está dirigiendo el Señor a hacer? Puede que le esté pidiendo que haga lo mismo que usted ya ha intentado otras veces sin éxito. “No tiene sentido intentar eso de nuevo. He estado pescando toda la noche y no he capturado nada.” Pero si el Señor lo está dirigiendo a que tire las redes, tírelas; y vea lo que Él podría querer hacer.

El mandamiento del Señor siempre nos presenta dos opciones: Podemos discutir, o podemos obedecer. Pedro escogió una posición más o menos intermedia, primero discutió, y luego obedeció. Llámemele obediencia renuente o fe incompleta. A veces escogemos discutir. Muchas veces digo: “Señor, sé que no va a funcionar. Lo he intentado; no va resultar. Yo lo sé.” Así que nunca llego a la segunda parte: “No obstante, en Tu palabra echaré la red.” Y ¿cuál es el resultado? Me pierdo el éxito que Dios quiere que disfrute.

Vaya más allá de la posición de discutir. Venga a la posición de obediencia motivada por fe, y descubra entonces lo que Dios quiere hacer en su vida.

Caminando Sobre el Agua

Pedro, al igual que la mayoría de nosotros, tuvo triunfos de fe y fracasos de duda. En ocasiones tuvo ambos, a breves momentos uno después del otro.

Considere la vez en que, durante la noche, él y los otros discípulos remaban contra fuerte viento tratando de cruzar el mar de Galilea. Jesús se había quedado atrás, y ellos no tenían idea de cómo Él se les uniría al otro lado. Pero mientras amanecía, vieron una figura solitaria deslizándose hacia ellos sobre el agua. “¡Un fantasma!”, gritaron de miedo.

Pero no era un fantasma, era Jesús. “Tened ánimo”, les dijo Él. “Soy Yo, no temáis.”

Eso fue suficiente para Pedro. Su temor se disipó, y repentinamente se sintió lleno de fe. “Señor”, dijo él, “si eres Tú, manda que yo vaya a Ti sobre las aguas.” ¡Vaya petición la que hizo! Ninguno de los otros discípulos siquiera pensaron en pedir tal cosa. Pero Pedro la pidió, y el Señor le contestó: “Ven.”

Pedro salió cuidadosamente del bote, dejando que sus pies tocaran el agua; y no se hundió. Él debió haberse sentido muy contento a medida que comenzó a caminar hacia Jesús sobre la superficie del agua. Mientras mantuvo su vista puesta en el Maestro, siguió moviéndose sobre las olas; pero cuando comenzó a notar el viento huracanado, sus temores lo vencieron y el agua bajo sus pies comenzó a ceder.

“ Oh, Señor”, gritó, “ ¡Sálvame!”

En ese mismo instante Pedro sintió la mano firme de Jesús, sacándolo de lo profundo. “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (Mateo 14:25-31)

Pedro ejerció, por un tiempo, la fe necesaria para caminar sobre el agua. Mientras mantuvo sus ojos en Jesús, navegar a través de las olas no parecía nada del otro mundo; pero entonces escuchó el chillido del viento y sintió el agua salpicando en su cara, y se percató que no tenía bajo sus pies las tablas robustas de una barca. Comenzando a mirar a su alrededor, pensó: “¿Qué estoy haciendo aquí?” En ese momento su fe se evaporó, y empezó a hundirse hacia el fondo del mar.

¡“Señor”, gritó, “Sálvame!”

Casi puedo oír a Jesús riéndose suavemente mientras decía: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? Empezaste bien, ¿qué te hizo perder la confianza?”

La diferencia entre la fe y la duda se encuentra en dónde ponemos nuestra mirada. Cada uno de nosotros enfrenta situaciones a diario que tienen el potencial de hundirnos. Es tan fácil para nosotros poner nuestros ojos en las circunstancias. Miramos a todos lados, y vemos las olas tempestuosas por doquier. Cuando nos enfocamos en el problema, comenzamos a hundirnos.

Necesitamos mantener nuestros ojos en el Señor, quien es Amo del mar, el viento y las olas. Mientras Pedro tuvo su vista fija en Jesús, pudo caminar sobre la superficie de las

enfurecidas aguas del mar de Galilea. Pero cuando apartó su vista de Jesús, y empezó a concentrarse en el viento y las olas, se hundió como una piedra. Lo mismo sucede con nosotros.

Creo que es maravilloso el que cuando Pedro comenzó a hundirse, supo a quién llamar. “¡Señor, sálvame!” Yo he estado en la misma barca. Cuántas veces he clamado: “¡Oh, Señor, sálvame!” Y así como Pedro, también he experimentado la mano compasiva y salvadora de Jesús. “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? Ibas bien, pero aquí tienes Mi mano; déjame ayudarte a salir de este apuro.”

No Lo Conozco

Parece increíble que el mismo hombre que en un momento proclamó que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios; pudiera, prácticamente un instante después, reprender a Jesús por declarar Su propósito de hacer lo que había venido a cumplir en la tierra. (Mateo 16:16, 22) Sin embargo ése era Pedro, oscilando a veces entre la fe y la duda, la convicción y la incredulidad.

Antes del arresto de Jesús, Pedro osadamente proclamó que aun cuando los demás discípulos pudieran abandonar al Señor al ponerse difíciles las cosas, él nunca lo haría. Pedro no podía imaginarse que su fe fallara de tal manera. “Señor, estoy listo para ir a la cárcel. Estoy listo para morir contigo.” No crea que Pedro fue insincero; él quiso decir exactamente lo que dijo. En su corazón, él sentía que estaba listo para ir a la cárcel, y aun morir, por Jesús. Él se parece bastante a nosotros cuando hacemos nuestras osadas y sinceras promesas al Señor. Jesús, quien lo sabe todo, le dijo a Pedro que antes de que terminara la noche, negaría conocerle; no una vez, ni dos, sino tres veces. Pedro no lo podía creer: “¡Yo nunca haría eso!”, insistió él.

Pero luego vino el arresto, los guardias del templo, las lanzas, las espadas, los gritos, las antorchas y el miedo. Todos los discípulos abandonaron a Jesús y huyeron, incluso Pedro.

Sin embargo, Pedro no huyó del todo; él siguió al Señor de lejos, tratando de mantenerse encubierto. Mas durante la larga noche, tres testigos identificaron a Pedro; y cada vez él negó conocer al Señor. Cuando lo negó por última vez, un gallo cantó, tal como Jesús lo había predicho. Lucas nos cuenta que en ese preciso momento, el Señor miró a Pedro; y Pedro lloró amargamente.

¿De qué manera habrá mirado Jesús a Pedro? ¿Habría sido una mirada de reprensión? ¿Una mirada que decía: “Te lo dije”? Lo dudo. Creo que fue una mirada que decía: “Pedro, lo entiendo. Y aún te amo.” Creo que Jesús lo miró con ojos de amor, quizá el

amor más profundo que Pedro haya visto en toda su vida. Y eso fue lo que quebrantó el corazón de Pedro.

La Biblia dice, “¿No te das cuenta que es la bondad de Dios la que te guía al arrepentimiento?” (Romanos 2:4) Si alguien es duro con usted, su reacción inmediata es defenderse, ponerse tenso, justificar sus acciones. Pero cuando una persona le abraza y le dice: “Yo te entiendo y estoy orando por ti. Te amo, mi hermano” Eso te quebranta. Uno baja la defensa. Derrite tu corazón. Y creo que ésa fue exactamente la manera en que Jesús miró a Pedro.

Tan pronto como Pedro vio la mirada compasiva y amorosa de Jesús, salió corriendo del patio; y afuera lloró amargamente. ¡Fracaso extremo! “Dios, ¿seré siempre un fracaso?”, debió haberse preguntado Pedro.

“No, Pedro, no siempre”, Dios pudo haber contestado. “En pocos días recibirás poder, y finalmente serás el testigo que yo quiero que seas.” Pedro se sintió tan miserable en ese momento, que probablemente no hubiera creído una promesa así. Pero después de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió y lo llenó, descubrió cuánto habían cambiado las cosas.

Un Cojo Camina

En un encuentro que Pedro tuvo a la puerta del templo, podemos observar qué tan lejos avanzó de la duda a la fe. Cuando él y Juan entraban al templo, encontraron un hombre que era cojo de nacimiento. Los amigos de este hombre lo llevaban todos los días a la puerta la Hermosa, para que mendigara dinero a los visitantes del templo.

Aun hoy en día, en el medio oriente, se encuentran limosneros como este hombre. Las personas con discapacidades físicas se sientan a la puerta de Damasco o de San Esteban, mendigando dinero a los que entran a la antigua ciudad de Jerusalén.

Cuando este hombre vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les pidió dinero. Pedro le miró y dijo: “Míranos”. Entonces él lo hizo, esperando recibir de ellos algo. Pedro continuó diciendo: “No tengo plata ni oro, pero lo que tengo gustosamente te daré; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.” Pedro entonces, agachándose, lo tomó por la mano derecha, levantándolo sobre sus pies.

Inmediatamente los huesos de los pies, y los tobillos del cojo, recibieron salud completa y fortaleza. (Hechos 3:3-7)

Aquí tenemos un hombre, de aproximadamente cuarenta años de edad, que nunca había dado un paso en su vida. Todo el pueblo de Jerusalén lo conocía, porque todos

los días lo veían limosneando en el mismo lugar. Cuando Pedro le habló una palabra de fe a este hombre, ocurrió un milagro de sanidad en el acto.

Jesús le había dicho a Sus discípulos: “Y todo lo que pidieréis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.” (Juan 14:13) Ahora, estos hombres, que una vez estuvieron tan llenos de miedo y dudas, estaban comenzando a ejercitar una fe real para tener acceso al poder de Jesucristo.

Creo que Pedro necesitó mucha fe para tomar al hombre de la mano derecha y levantarlo sobre sus pies. ¿Puede usted imaginarse haciendo eso? ¿Qué cree usted que pasó por la mente de Pedro? Yo sé qué pasaría por mi mente: “Espero que este hombre se pueda parar. Espero que no se caiga. Yo no quisiera ser acusado de crueldad hacia un discapacitado si este hombre se golpea.”

Pedro no tuvo que preocuparse. El que un día fue cojo empezó a saltar y alabar a Dios mientras entraba al templo con los dos discípulos. Recuerde que aquel hombre de cuarenta años de edad no había caminado ni un solo día en toda su vida. Y de repente no sólo tenía la capacidad de caminar, sino que también podía saltar y brincar. Qué feliz debió haberse sentir por este milagro.

Por supuesto que la gente en el templo se dio cuenta, y todos corrieron a ver por ellos mismos lo que había sucedido. La noticia se difundió rápidamente, y centenares, tal vez miles, de hombres y mujeres fueron y abarrotaron el Pórtico de Salomón para ver lo que Dios había hecho.

Pedro y Juan notaron que la gente los veía como si ellos eran la fuente del milagro. Pedro no podía permitir que un malentendido tan enorme quedara sin aclararse; así que inmediatamente se desvinculó a sí mismo y a Juan del milagro.

“¿Por qué nos miran como si, por nuestro propio poder o virtud, hubiéramos hecho caminar a este hombre?” preguntó. “No tuvimos nada que ver con eso. Dios sanó a este hombre. Nosotros no tenemos más poder que ustedes.”

Dios usa hombres que nunca buscan gloria o fama para sí mismos. Todos han ido a la cruz. No atraen gente hacia ellos mismos, y ni siquiera desean atraer gente. Su aspiración principal y deseo preeminente es traer gloria al Hijo de Dios. Y así Pedro, inmediatamente, dirigió la atención de la muchedumbre hacia Jesús, alejándola de sí mismo.

Pedro declaró, con denuedo, que fue a través de la fe en el nombre de Jesucristo que este hombre, quien una vez había sido cojo, recibió la capacidad de caminar. Pero Pedro no se detuvo ahí; Pedro no quería que nadie dijera: “¡Qué gran hombre de fe ha de ser usted!” Así que Pedro rehusó atribuirse mérito alguno por su fe. Él habló de “la

fe que viene a través de Él.” (Hechos 3:16) De acuerdo a Hebreos 12:2 Jesús es el autor y consumidor de nuestra fe. El apóstol Pablo nos dice que Dios ha dado a cada creyente una medida de fe (Romanos 12:3). En 1 Corintios 12:9 encontramos la fe dentro de la lista de los dones del Espíritu. Pedro estaba diciendo que este milagro representaba un ejercicio del don de Dios.

“El Señor me dio la fe. Yo no voy por ahí levantando a los cojos sobre sus pies. Es por la fe que viene a través de Él que este hombre ha recibido sanidad perfecta en su cuerpo, como ustedes mismos pueden ver.” Él alejó la atención dada a su persona, dirigiéndola hacia Jesús; y luego usó el incidente para invitar a la gente a tener una relación personal con el Señor. “Así que, arrepentíos”, dijo él, “y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio.” (Hechos 3:19)

Me encanta ese término, “borrados,” especialmente cuando se trata de mis pecados. Usted no necesita llevar la culpa de su pasado. Usted no necesita andar deprimido sintiéndose condenado. Dios borrará todo su pasado miserable, todo, cuando usted venga a Jesús a través de una sencilla fe en Su nombre.

Cuando usted entra en una relación con Jesús por fe, “tiempos de refrigerio” de la presencia del Señor vienen a su vida. ¿No es algo glorioso y refrescante estar en la presencia de Señor? Si bien a veces he ido a la iglesia sintiéndome físicamente agotado, siempre salgo sintiéndome fortalecido y refrescado, simplemente porque estuve en la presencia de Dios. Eso es lo que la fe en Su nombre puede hacer por todos nosotros.

Un Nuevo Denuedo

No todos estaban muy contentos con la sanidad del cojo. Cuando los líderes religiosos de Jerusalén supieron cómo Pedro enfatizó el nombre de Jesús, lo convocaron a su asamblea esperando intimidarlo para que callara acerca del Nazareno.

Para entonces, las dudas de Pedro habían desaparecido. Eso es lo que ocurre cuando usted es lleno del Espíritu Santo. El poder de Dios se había asentado sobre Pedro, y ahora él daría testimonio claro sobre Jesucristo, tal como Jesús mismo lo había predicho.

Ahora bien, esto no era algo que le resultaba natural a Pedro. Esta asamblea de alto nivel lo intimidado había antes que fuera lleno del Espíritu Santo. En las afueras de este mismo concilio de líderes religiosos, Pedro había negado tres veces a su Señor. Sin embargo, ahora estaba de pie en medio de ellos, con su vida en juego, y

declarando: “Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano.” (Hechos 4:10)

¡Qué transformación! Qué diferencia cuando el Espíritu Santo llena a un hombre.

Los líderes religiosos les advirtieron a Pedro y Juan que no volvieran a hablar en el nombre de Jesús, pero por supuesto que sus amenazas cayeron en oídos sordos. Usted no puede hacer que hombres llenos del Espíritu guarden silencio; simplemente no hay manera de callarlos.

“Ustedes nos han dicho que no hablemos”, les dijo Pedro. “Dios nos ha dicho que hablemos. Ahora bien, si es correcto que nosotros escuchemos a Dios o a ustedes, eso júzguenlo ustedes mismos. Pero en lo que respecta a nosotros, no tenemos intención de escucharles a ustedes más que a Dios. No podemos evitar hablar de las cosas que hemos visto y oído. Y no callaremos al respecto.”

Fieles a su palabra, Pedro y el resto de los discípulos continuaron testificando acerca de Jesucristo. Y fieles a su palabra, los líderes religiosos los encarcelaron otra vez y los golpearon. ¿Cómo respondieron los discípulos?

Se regocijaron.

Ahora bien, si usted fuera golpeado por testificar acerca de Jesucristo, ¿qué cree que haría? Sería muy tentador decir: “Pues bien, aquí se acabó esto. Nunca más lo volveré a hacer.” Pero los discípulos se regocijaron. Ellos dijeron: “¡Oh, Señor, eres tan bueno que hasta nos consideras dignos de padecer afrenta por ti!”

¿Cómo parar esa clase de gente? No los para, porque no se puede; ni siquiera con amenazas, ni con golpizas, ni con el martirio; dichas personas son simplemente imparables.

Pedro había progresado mucho desde los días en que expresaba dudas en vez de fe; lo que marcó la diferencia fue la llenura del Espíritu Santo. Por nuestra cuenta, no hay nada que podamos hacer. Pero con Dios, todo es posible. Pedro descubrió esto con el paso del tiempo; y una vez que lo hizo, todo cambió. Él había hecho el viaje de la duda a la fe.

Capítulo 14

El Soldado y la Madre: Gran Fe

“¡Ni aun en Israel he hallado tanta fe!”

Mateo 8:10

“¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres.”

Mateo 15:28

Solo dos veces en los cuatro Evangelios alabó Jesús a alguien por tener gran fe; y en ambas ocasiones Su alabanza fue dirigida a personas no israelitas. Él nunca alabó a Sus discípulos por su gran fe. Él nunca elogió a un sacerdote, o a un Levita, o a un miembro del Sanedrín, por su gran fe. Los únicos individuos que Jesús distinguió por expresar gran fe fueron un soldado romano y una mujer siro-fenicia de Canaán.

La fe, no es algo que se obtiene por medio de posición, título o linaje.

Hombres de Autoridad

El Nuevo Testamento menciona en varias ocasiones a soldados de la élite militar romana, llamados centuriones; quienes siempre aparecen mencionados de manera positiva. Cada legión romana tenía 6,000 soldados, dividida en sesenta escuadrones de 100 hombres, con cada escuadrón comandado por un centurión. Aun hoy la palabra “centuria” se refiere a 100. Los centuriones igualaban en rango a un sargento mayor, y representaban la élite del ejército romano. Eran hombres especialmente escogidos; selectos, honorables y bien preparados.

Un día en que Jesús entró en la ciudad de Capernaum, encontró un grupo de ancianos de la sinagoga local esperándole. Habían venido en una misión urgente de parte de un centurión romano que respetaban mucho.

Los ancianos le dijeron a Jesús que el criado favorito del centurión estaba gravemente enfermo con parálisis. La parálisis es una enfermedad que ataca las coyunturas del cuerpo, causando un dolor terrible, paralizando al individuo y dejándole inválido. Es una

condición tortuosa, dolorosa. En este caso, el criado estaba tan enfermo que se encontraba al borde de la muerte.

Cuando el centurión escuchó las noticias del extenso ministerio de sanidad de Jesús, les pidió a los ancianos de la sinagoga que se le acercaran para pedirle que sanara a su criado. El centurión romano y los líderes judíos tenían una relación especial, ya que el centurión había pagado la construcción de su sinagoga. Los ancianos “le rogaron a Jesús con gran solicitud” que concediera la petición del centurión, porque amaba a Israel y era digno de Su favor.

Es posible que uno de los oficiales judíos que vinieron a Jesús era Jairo, un principal de la sinagoga de Capernaum (Lucas 8:40-56). Los oficiales religiosos describieron a este centurión como un hombre inusual, distinguido por sus muchas y dignas cualidades espirituales.

Jesús concedió la petición del soldado, y salió hacia su casa acompañado por los líderes de la sinagoga. Sin embargo, al acercarse a la casa, el centurión envió unos amigos con un mensaje para Jesús:

“Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo; por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero di la palabra, y mi siervo será sano. Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.” (Lucas 7:6-8)

Aunque los ancianos judíos habían descrito al centurión como un hombre “digno”, el propio centurión dijo: “No soy digno de que entres bajo mi techo.” Las palabras traducidas como “digno” en este pasaje son de hecho dos términos diferentes en el griego original. El centurión estaba diciendo, en esencia: “No tengo la capacidad de recibirlo.” Según la costumbre, un judío tenía prohibido entrar en la casa de un gentil. Estoy seguro que Jesús hubiera entrado a su casa si el soldado no hubiera enviado a los segundos mensajeros, pero el centurión probablemente se dio cuenta que tal incidente provocaría más controversia entre Jesús y los judíos. Por eso dijo: “No soy digno de que entres bajo mi techo.”

Sin embargo, cuando el soldado dijo “ni aun me tuve por digno de venir a ti”, usó un término diferente. Utilizó la misma palabra que los ancianos judíos usaron para describirle como un hombre digno. Así que tenemos la opinión de ellos acerca de él, y su opinión acerca de sí mismo. Ellos lo llamaron un hombre digno; sin embargo, él dijo: “No soy digno de venir a ti.”

La humildad siempre llama la atención de Dios, pero también la fe; y este soldado romano tenía ambas, y en grandes cantidades.

En otras palabras, lo que el centurión le dijo a Jesús es: “Yo sé todo acerca de lo que es la autoridad. Yo también soy un hombre bajo autoridad”; reconociendo, pues, que Jesús ministraba bajo la autoridad del Padre Eterno.

El hombre que gobierna bien es el que entiende que él también es gobernado; que funciona bajo la autoridad de alguien más, o que trabaja subordinado a un conjunto de leyes. Sí, él tiene autoridad, pero no es la autoridad final; sino que sirve bajo una autoridad mayor.

Como militar, este centurión entendía la cadena de mando; reconociendo en Jesús a un Hombre de autoridad y poder. “Entiendo Su autoridad en el reino espiritual”, es lo que estaba diciendo. “También reconozco Su autoridad sobre lo físico. Por lo tanto, sé que tiene autoridad para simplemente decir la palabra y que mi criado sea sanado. No hay necesidad de que venga a mi casa. Sé que todo lo que tiene que hacer es dar la orden, y mi criado será sanado. Así como yo puedo decirle a un criado que venga y él viene, así también Usted puede ordenarle a esta enfermedad que se vaya y se irá.”

Jesús apenas podía creer lo que estaba escuchando. Pensar que encontraría una fe tan grande en el corazón de un centurión romano. Lucas dice que Jesús se maravilló de aquel hombre, y volviéndose les dijo a los que le acompañaban: “Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe.” (Lucas 7:9)

Jesús había pasado un tiempo considerable con Sus discípulos; y aún no había encontrado tal fe en ellos. Tuvo varios encuentros con los líderes religiosos judíos, pero tampoco encontró ninguna fe grande en ellos. Había interactuado con todo tipo de personas, pero nunca había encontrado la clase de fe demostrada por este soldado romano.

Mateo nos dice que Jesús les dijo a los enviados del centurión: “Ve, y como creíste, te sea hecho.” (Mateo 8:13) Cuando los amigos del centurión regresaron a su casa, encontraron al enfermo completamente sano. Mateo añade una nota a esta historia. Él nos cuenta que Jesús dijo,

“Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; más los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.” (Mateo 8:11-12)

La muerte no es el fin de nuestra existencia; la vida continúa. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” (Hebreos 9:27) El creyente en Cristo puede anhelar el día en que disfrutará del reino de Dios; estando

sentado con Abraham, Isaac, y Jacob; disfrutando con ellos conversaciones maravillosas acerca de la fidelidad y gloria de Dios. Qué gran experiencia será ésa.

No todo el mundo verá o disfrutará ese reino de Dios. Es interesante que Mateo, y no Lucas, escribe que: “Los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.” Mateo escribió su evangelio para los judíos, mientras Lucas escribió su evangelio para los gentiles. Así que, Mateo le hace una seria advertencia a su propio pueblo: Existe el reino eterno de Dios y el reino eterno de las tinieblas; y cada hombre y mujer tiene un destino en uno de esos dos lugares. Ése es un hecho; y usted es el único que determinará dónde pasará la eternidad. Sólo porque usted haya nacido judío no le da una reservación en el cielo. El que usted guarde el sábado y vaya a la sinagoga no significa nada en términos de su destino eterno. ¿Cuál es su relación con Jesucristo? ¿Ha puesto su fe en Él? ¿Le ha pedido que perdone sus pecados? Sólo aquellos que tienen una relación de salvación con Jesucristo, por la gracia a través de la fe, verán el reino de Dios.

Jesús se maravilló de la fe del centurión y dijo que no había encontrado nada igual en ningún lugar de Israel. Él volvió a encontrar tal fe; pero una vez más, no fue en el corazón de un Israelita.

Una Fe Victoriosa

Jesús reprendió frecuentemente a la gente por su falta de fe; aún a Sus propios discípulos.

Es interesante que no reprobara a la madre no judía que vino a Él desesperadamente, buscando que su hija fuera liberada de una posesión demoniaca severa. Al final de su encuentro, Jesús proclamó que ella tenía una gran fe; pero fue mucho lo que ella tuvo que vencer para ganarse tal descripción.

Primero, ella vino a Jesús en contra de su propio prejuicio. Segundo, ella perseveró en contra del silencio de Jesús. Tercero, ella procedió en contra de la exclusión. Y por último, ganó contra una reprimenda.

Prejuicio

Los judíos eran personas exclusivistas; no se relacionaban con personas de otras razas. El capítulo 4 del evangelio de Juan cuenta cómo Jesús le pidió a una samaritana que le diera de beber del pozo de su pueblo, y cómo se maravilló ella de que Él le dirigiera la palabra: “¿Cómo es que Tú me pides de beber? Tú eres judío, yo soy una

samaritana. Nosotros no nos relacionamos.” Un judío no entraba en la casa de un gentil. Cuando el Señor llamó a Pedro a que llevara el evangelio a los gentiles, Pedro recibió una invitación a la casa de Cornelio, un centurión romano. Pedro le dijo al hombre: “Dios me dijo que viniera, de otra manera yo no estaría acá. No me es permitido entrar en la casa de un gentil.” (Hechos 10:28)

Esta mujer gentil vino a Jesús a pesar de una fuerte separación racial. Ella estaba tan decidida a encontrar alivio para su hija, que fue en contra de un fuerte prejuicio. Sin duda alguna ella ya había tratado todo; quizá había visitado magos y hechiceros, y había sometido a su hija a conjuros y exorcismos; pero nada sirvió. Cuando oyó que Jesús había llegado a su región, tuvo esperanza. Lo más probable es que había escuchado acerca de la reputación de Jesús, la cual, según el evangelio de Marcos, para ese tiempo ya se había extendido por toda Siria. Ella realizó que Él era la última esperanza para su hija. Si Jesús no la sanaba, perdería a su hija.

El Silencio

El segundo obstáculo resultó ser aún más difícil. Cuando esta mujer clamó a Jesús diciéndole: “Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí”, Jesús no le respondió palabra alguna. (Mateo 15:22-23)

Su silencio le debió haber resultado insoportable. Pero ella no estaba dispuesta a rendirse por un poco de silencio. Se dirigió a Jesús usando un título Mesiánico, Hijo de David. De alguna forma ella había oído lo suficiente acerca de Jesús como para creer que Él era el Mesías prometido; así que clamó pidiendo misericordia y ayuda.

El silencio de Dios puede ser un obstáculo difícil. Cuando estamos en problemas y oramos, y parece que Dios guarda silencio, nos podemos desalentar. ¿Por qué no responde? Perciera que las puertas del cielo se nos han cerrado, aun cuando las cosas empeoran. Muchas personas fallan en esta prueba. Cuando Dios guarda silencio, se desesperan y se van.

Éste no fue el caso con dicha mujer; ella vio esperanza en el silencio de Jesús, lo cual la impulsó aun más. Él no dijo “Sí”, pero tampoco dijo “No”. Es interesante que ella tuviese más esperanza en el silencio de Jesús, que nosotros en las promesas de Jesús. Tenemos promesas gloriosas acerca de la oración, y aun así muchas veces nos desanimamos. “Bueno, yo no sé si eso se aplica a mi situación”, o “Bueno, yo sé que existe una promesa, pero esto es verdaderamente algo difícil.”

Exclusión

Mientras ella continuaba tras Sus discípulos, ellos se acercaron a Jesús diciéndole: “Señor, ella es irritante. Dale lo que quiere y despídela.” A ellos les preocupaba poco la hija de la mujer; todo lo que querían era quitarse a la mujer de encima.

La mujer oyó cuando Jesús respondió a Sus discípulos: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”, dando a entender que esta mujer, una siro-fenicia de Canaan, estaba fuera del pacto. A ella debieron haberle dolido esas palabras, las cuales Jesús dijo a Sus discípulos, no directamente a ella. Pero ni aun así fue disuadida; perseverando, se Le acercó y Lo adoró: “Señor”, dijo, “Socórreme.” (Mateo 15:25)

Cuando oramos por una necesidad, y parece que no recibimos respuesta de parte de Dios, Satanás usa a menudo esa demora como oportunidad para condenarnos. Él le dirá: “¿Cómo puedes pedirle a Dios que te saque de este desastre que tú mismo provocaste? No tienes derecho a orar. Le has fallado miserablemente.”

Muchas personas escuchan las mentiras y acusaciones de Satanás, y se desaniman de orar porque se miran a sí mismos y dicen: “Sé que no lo merezco. Sé que no soy digno. Quizá debo olvidarlo. Realmente no debería pedirle nada a Dios.”

Esta mujer no vino a Jesús porque se sintiera cualificada para hacerlo. Ella no vino diciendo: “Señor, quiero justicia.” ¡Sólo un tonto diría eso! Ella vino diciendo: “Señor, necesito misericordia.” Su petición no se basó en su mérito personal, sino en la misericordia de Jesús; y así ella continuó instándole.

Al igual que esta mujer, nosotros venimos al Señor porque Dios es misericordioso y compasivo, no porque merezcamos Sus bendiciones o Su bondad. Y si bien ella no tenía el derecho de venir a la mesa, usted sí tiene el derecho de venir, si ha puesto su fe en Jesús. La puerta está abierta y el Señor lo invita a entrar. Jesús abrió el camino para que nosotros fuéramos Sus hijos, nos sentáramos a Su mesa, y participáramos de la plenitud de las bendiciones y de la gracia de Dios.

El evangelio de Marcos nos dice que en ese momento Jesús entró a una casa, pero la mujer Lo siguió, se postró a Sus pies y comenzó a adorarle. Y una vez más ella tuvo que vencer un obstáculo formidable, aun cuando le rogaba: “Señor, ayúdame.”

Reprimenda

Cuando esta mujer volvió a pedirle ayuda a Jesús, Él se volvió a ella y le dijo: “No está bien tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros.” (Marcos 7:27)

Si no entendemos bien el idioma griego, pudiéramos molestarnos con Jesús por ese comentario. Pero la palabra que Él usó fue un término griego que se podría traducir mejor como “perritos pequeños.” Cada familia tenía un perrito que esperaba al lado de la mesa a que los niños le tiraran migajas de pan. Por aquellos días no se usaban utensilios para comer; la gente comía como Dios tuvo en mente que el hombre comiera, con sus manos; por eso era tan importante lavarse las manos antes de cada comida.

En aquel entonces, simplemente arrancaban un pedazo de pan, lo mojaban en una de las diversas salsas que estaban sobre la mesa, y se lo comían. ¿Quiere un pedazo de carne? Agarre el asado, arránquele un trozo y cómaselo. Al final de la comida, claro está, sus manos estarían bastante jugosas y grasosas, así que usted tomaba el pan, le arrancaba un pedazo y se limpiaba las manos con él. Y luego se lo lanzaba al perrito que esperaba impacientemente las migajas de la mesa.

Esta mujer vio una puerta abierta en la suave respuesta de Jesús. “Así es, Señor, estoy de acuerdo”, dijo ella; “pero aun los perritos comen las migajas que caen de la mesa de su amo.”

Ahí fue cuando Jesús dijo: “Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres.” (Mateo 15:28) Ella se había abierto paso, y había triunfado: Su hija fue sanada desde aquella misma hora.

Un Salvador que Sabe

Debemos ver más de cerca para entender esta historia y las acciones de Jesús; quien siendo el Hijo de Dios, sabía todas las cosas. Juan nos dice que Él no necesitaba que nadie le contara nada acerca de la gente, porque Él sabía lo que había en ellas.

En el momento que la mujer vino a Él, Jesús sabía que iba a sanar a su hija. La verdad es que actuó de esa manera para llevar la fe de esa mujer a su más completa expresión. Su método probó, por cierto, la fe de la mujer; pero también le dio la oportunidad de expresar su fe en su máxima medida.

Cada vez que Jesús daba un paso atrás, ella daba un paso adelante. Él quería llevarla a la relación de fe más cercana e íntima posible; lo hacía por ella, sí; pero también para animar a la gente que lo rodeaba. Tal como leemos seguidamente, después de que Él sanó a su hija: “Se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó.” (Mateo 15:30) Su fe abrió las puertas para que su hija fuera sanada, y también las abrió para la obra del Señor en esa región.

¡Oh, el poder de la oración prevaleciente! No sólo satisface sus necesidades, sino que también abre la puerta para que otros puedan entrar y recibir la misericordia y la gracia de Dios.

Ella No se Detuvo

¿Por qué se mantuvo persistente esta mujer ante tantos obstáculos? Ella tenía un amor y un pesar tan grande por su hija, que rehusó ser rechazada. Ella no aceptó un “No” por respuesta. Ella no permitió que el desánimo la detuviera. Ella persistió hasta que recibió del Señor la respuesta que necesitaba.

Podemos aprender varias lecciones de esta historia. Primero, que el silencio de Jesús no necesariamente significa un “No”. Me viene a la mente el predicador que se paró ante su congregación y dijo: “Ha habido algunas personas descontentas aquí, así que me gustaría invitar a todos los que quieren que deje la iglesia y no pastoree más a que hablen.” Cuando nadie dijo nada, él afirmó: “Pues bien, el que calla otorga. Me quedo.”

Algunas veces el silencio de Dios tiene que ver simplemente con el momento apropiado. No es que Él no tenga intención de contestarle su oración. Quizás Él quiere primero arreglar algunas cosas en su mente y su corazón. Tal vez Él está tratando, al igual que hizo con aquella mujer, de llevarlo a esa expresión de fe en la que usted deja de pedir y comienza a adorar.

Tal vez usted tiene un hijo que se ha convertido en un verdadero problema. Ella se ha vuelto abiertamente desafiante, o él se está rebelando contra su autoridad. Usted puede estar en el lugar dónde, al igual que esta mujer, dice: “Él está fuertemente poseído por un demonio.” Ya se le han agotado a usted las buenas ideas, y no sabe qué hacer.

No se rinda; siga insistiendo; póstrese a Sus pies; adórele. No pasará mucho tiempo sin que usted vea la obra de Dios en la vida de sus hijos.

O puede ser que usted sea la otra cara de la moneda. Puede que usted sea el motivo de la oración de alguien. Tal vez usted es aquel por quien su madre ha estado orando por años. ¡Qué glorioso sería si este fuera el día en que el Señor dijera: “¡Oh, mujer! Grande es tu fe... hágase contigo como quieras.”

Le animo a rendir su vida a Dios; deje de correr. La Biblia dice: “¡Ay del que contiene con su Hacedor!” (Isaías 45:9) No pelee más con Dios. Póngase de rodillas y entréguele su vida, y luego llame a su mamá. Comparta con ella la buena noticia de lo que Dios ha hecho en usted.

Sea lo que sea lo que turbe su corazón, lo animo a que se lo traiga a Dios. Líveselo en humildad. No vaya basándose en lo que Él debe hacer por usted, sino en Su gracia y Su misericordia. Preséntele su petición, adórele, y pídale que haga Su obra perfecta en usted. Deje que el Espíritu de Dios lo moldee, forme, y conforme completamente de acuerdo a lo que Dios tiene en mente hacer por usted. Y luego, regocíjese al escuchar Sus palabras: “Hágase contigo como quieres.”

Parte 3

El Caminar en Fe

Capítulo 15

Viviendo por Fe en un Dios Fiel

“No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.”

Josué 21:45

Dios se presenta a sí Mismo, en toda la Biblia, como alguien fiel y digno de nuestra confianza. Uno de los mejores ejemplos de Su fidelidad lo encontramos cuando Israel, bajo el liderazgo de Josué, conquistó la Tierra Prometida.

Josué, en cierto momento, estuvo casi en el mismo sitio en Betel donde Abraham había estado 476 años antes. Abraham había llegado al momento de separación de su sobrino, Lot; y probablemente se sentía un poco decaído. Lot había escogido el área del valle del Jordán, dejando a Abraham solo, con su ganado y sus sirvientes. Mientras Abraham estaba allí, quizá cabizbajo, el Señor le dijo:

“Abram, alza tu vista, y mira hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Hasta donde alcances ver, esta tierra te la daré a ti y a tu descendencia para siempre.”
(Génesis 13:14-15)

Abraham miró al norte hacia el monte Hermón, al este hacia el monte Gilead y Moab, al sur hacia la zona desierta de Beerseba, y al oeste hacia el mar Mediterráneo. Y Abraham le creyó a Dios, y la promesa que Dios le había dado.

Siglos más tarde, Josué estaba en la misma área. Y mientras miraba hacia el norte, al sur, al este, y al oeste, se dio cuenta que, hasta donde sus ojos podían ver, los hijos de Israel moraban en esa tierra. En dirección al monte Hermón se habían asentado las tribus de Aser, Zebulón, Neftali, Isacar, y Manasés. Hacia Gilead y Moab, vivían las tribus de Rubén, Gad, y la mitad de la tribu de Manasés. Hacia el oeste vio donde Efraín se había establecido. Al mirar hacia el sur, hacia la cadena montañosa de Jerusalén, desde Hebrón hasta Beerseba, sabía que las tribus de Simeón, Dan,

Benjamín, y Judá habían hecho su hogar allí. Todo lo que él podía ver pertenecía al pueblo de Dios. Y él sabía que Dios había guardado Su pacto con Abraham; al pie de la letra.

Unos siete años antes, mientras Josué estaba al otro lado del río Jordán, tenía todavía la conquista de la tierra por delante. Él tenía ciertas inquietudes. Los Israelitas habían oído de esta tierra habitada por gigantes. Sus ciudades tenían grandes murallas que llegaban hasta el cielo, con habitantes temibles y fuertes, que seguramente excedían en número al ejército de Josué. Mientras Josué se preparaba para entrar en la tierra, Dios le dijo:

“Yo os he entregado todo lugar que pisare la planta de vuestro pie. Nadie te podrá hacer frente. No temas porque tú repartirás la tierra por heredad a este pueblo.” (Josué 1:3-6)

Dios guardó su palabra. Los Israelitas tomaron todas las ciudades, a pesar de sus gigantes y de las altas murallas. Aun cuando varios reyes se unieron en una poderosa confederación, Dios entregó sus enormes ejércitos paganos en manos de Josué. Ni un solo rey, ni alianza de reinos, pudo hacerle frente a Josué; y cada lugar donde Josué puso sus pies ahora le pertenecía al pueblo de Dios.

En siete años conquistaron toda la tierra. Dios destruyó a los reyes enemigos, tal como lo prometió. La palabra de Dios había probado ser fiel; y de esa manera Josué da este testimonio: “No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.” (Josué 21:45)

Dios permaneció fiel a Su palabra, aun cuando Su pueblo no siempre permaneció fiel. Los Israelitas habían roto el pacto con Dios muchas veces. En cierta ocasión trataron incluso de hacer que alguien los guiara de regreso a Egipto. Pero Dios permaneció fiel a Su promesa. Usted puede contar con la fidelidad absoluta de Dios de cumplir Su palabra.

Un Genocidio FRUSTRADO

Aunque Dios le había prometido a Abraham que sus descendientes permanecerían para siempre, hubo un tiempo en que el pueblo hebreo estuvo al borde de la extinción. Amán, la mano derecha del rey persa, Asuero, engañó al rey para que firmara un decreto que dictaba la sentencia de muerte para el pueblo de Dios. Según el decreto, un día determinado, en toda Persia, las personas no judías debían matar a todo judío

en la comunidad. Para endulzar las cosas, el que matara un judío podía quedarse con sus bienes.

Uno de los del pueblo de Dios, Mardoqueo, envió un mensaje a su prima Ester, quien se había casado con el Rey Asuero. El rey no sabía que ella era judía. “¿Crees que escaparás si todo el pueblo perece?”, le preguntó Mardoqueo. “Entra y habla con tu marido y de alguna forma hazle revocar esta orden.”

“Mardoqueo”, dijo ella, “tú no conoces el protocolo de la corte persa. Uno no se acerca así de fácil para hablar con el rey cuando uno quiere, ni aun siendo su esposa. Si entro sin ser llamada, y el rey no levanta su cetro de oro, los guardias inmediatamente me cortarán la cabeza. Me estás pidiendo que arriesgue mi vida.”

Mardoqueo envió otro mensaje: “No creas que vas a escapar. Si este decreto es aprobado, tú también perecerás. No sabes si Dios te ha llevado al reino para un momento como este” Luego agregó: “Si le fallas a Dios en esta oportunidad, Él salvará a Su pueblo por otra vía. Dios salvará a Su pueblo, de una forma u otra. La palabra de Dios se cumplirá. Él los librá por otro medio; pero tú lo habrás perdido todo.” (Ester 4:13-14)

Ester, estando de acuerdo con el análisis de Mardoqueo, le respondió: “Oren por mí. Iré a ver al rey; y si perezco, que perezca.” A través de Ester, Dios no solo salvó la nación, sino que de hecho elevó su posición.

Mardoqueo tenía confianza absoluta en que Dios obraría. “Tú podrás fallar, Ester, pero Dios no fallará.” De la misma manera, usted podrá fallar, pero la palabra de Dios nunca fallará. “No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.”

La Promesa del Hijo

Lo que fue cierto acerca de Dios en aquel entonces es cierto de Dios ahora. A lo largo de la historia, hasta el día de hoy, Dios ha permanecido fiel en cumplir Su palabra.

Dios prometió que enviaría a Su Hijo, quien nacería de una virgen, para morir por los pecados del mundo y traer vida eterna y redención a todo aquel que creyera. En el libro de Isaías Dios prometió que un Niño habría de nacer, un Hijo sería dado, Su propio Hijo, Jesús. El gobierno sería sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, y Príncipe de Paz. (Isaías 9:6)

Dos capítulos antes Dios había dicho: “Una virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”, que significa “Dios con nosotros” (Isaías 7:14). Y

después Isaías profetizó: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros. Y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura.” (Isaías 53). No falló ni una sola palabra de Dios.

Dios prometió que el Mesías sería despreciado, rechazado por los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y lo fue. Dios había prometido que Sus enemigos le arrancarían Su barba y escupirían en Su cara; y lo hicieron. Dios había declarado que Cristo sería traicionado por un amigo, por treinta piezas de plata, y que la plata sería arrojada en la casa del Señor y luego se usaría para comprar el campo del alfarero. Y todo ocurrió tal como lo dijo.

Cuando Judas regresó al templo con el dinero que había recibido por traicionar a Jesús, les dijo a las autoridades religiosas: “Tomen de regreso este dinero. He traicionado sangre inocente.” “Ése es tu problema”, le respondieron. Judas airado tiró el dinero al suelo y salió del templo.

“¿Qué haremos con este dinero?”, se preguntaron. “No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, es precio de sangre.” Alguien sugirió: “Compremos el campo del alfarero.” (Mateo 27:3-10) Así que lo que Dios había declarado cientos de años antes, sucedió precisamente hasta el último detalle. Dios cumplió su palabra con exactitud.

Un Día Milagroso

Al mirar a nuestro alrededor hoy, vemos que Dios continúa cumpliendo Su palabra. Dios le había dicho a Ezequiel: “En los últimos días reuniré a mi pueblo otra vez de todo el mundo donde han sido esparcidos. Y una vez más los estableceré en la tierra. En aquel momento el mundo verá un milagro, pues verán nacer una nación en un solo día.” (Ezequiel 28:25).

El mundo vio ese milagro el 14 de mayo de 1948, cuando Israel se convirtió otra vez en nación. Ninguna otra nación, en la historia, se ha reunido otra vez después de que su gente haya sido expulsada de su tierra por más de unos pocos años; y Dios reunió a Su pueblo de todas partes del mundo y lo estableció en su tierra ¡después de más de diecisiete siglos de exilio! Dios cumplió su promesa.

Dios le habló a las montañas de Israel y dijo: “Ustedes serán habitadas.” (Ezequiel 36:8,10) Hoy son habitadas. Usted puede poner su fe en un Dios que siempre cumple Sus promesas.

Cuando las iglesias alrededor del mundo se reúnen para adorar a Dios, son un testimonio de la fidelidad de Dios en cumplir Su palabra. Dios declaró que cuando Su propio pueblo lo rechazara, Él extendería Sus manos a los gentiles, quienes recibirían la vida eterna que se les ofrecería (Isaías 49:6). Hoy nosotros somos el cumplimiento de la promesa de Dios, de traer salvación a los gentiles. Lo que Dios declaró que ocurriría, ha ocurrido.

Qué gran esperanza y seguridad es esto para nosotros que somos hijos de Dios. Su Palabra no puede fallar. Jesús dijo: “El cielo y la tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán.” (Mateo 24:35) Otra vez se nos dice que: “Dios no es hombre, para que mienta, Ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará?” (Números 23:19).

Hoy puede estar firme en su fe en la palabra de Dios, seguro que Dios lo ama. Usted puede estar seguro que todas las cosas están cooperando para bien porque usted lo ama a Él, y usted ha sido llamado conforme a Su propósito. (Romanos 8:28)

Una Esperanza o un Terror

Para los hijos de Dios, Su fidelidad trae una certidumbre gloriosa, y una bendita esperanza. Pero para quienes no son hijos de Dios, trae miedo y terror, porque usted puede tener por seguro que Dios cumplirá toda Su palabra.

Dios ha dicho que hay un solo Dios y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre. (1 Timoteo 2:5) Y Jesús dijo: “Yo soy el camino, la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí.” (Juan 14:6) Jesús dijo: “Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores.” (Juan 10:7-8)

Todo aquel que busque la vida eterna a través de la reencarnación, o por sus propios esfuerzos, o a través de cualquier sistema religioso; si confía en cualquier otra cosa que no sea la sangre de Jesucristo derramada por la remisión de sus pecados, descubrirá un día que Dios cumplirá Su palabra. La justicia de ellos ante los ojos de Dios será como trapos de inmundicia. Serán expulsados de Su presencia porque han rechazado Su único camino, a través de Jesucristo. La Biblia nos dice: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción.” (Gálatas 6:7-8) Téngalo por seguro; si usted está viviendo según la carne, y sembrando para su carne, puede entonces esperar cosechar corrupción. Dios cumplirá Su palabra.

La Palabra de Dios nos dice que todo aquel que despreciara la ley de Moisés era puesto a muerte por el testimonio de dos o tres testigos.

“¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:29-31)

“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” (1 Juan 5:11-12)

Esa es la Palabra de Dios; y Él es fiel en cumplir Su palabra. ¿Le da eso terror? Si le da terror, entonces le urjo a que le pida a Jesucristo que lo lave y limpie de su pecado. Jesús dijo: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37). Él lo recibirá hoy. Él perdonará sus pecados. Entonces usted podrá gozarse, porque Dios es fiel en cumplir Su promesa de vida eterna por medio de la fe en Jesucristo.

Si usted confía en Jesucristo, Dios es fiel en tomarlo en cuenta como justo en Cristo Jesús. Dios es fiel en darle vida eterna, y usted vivirá y reinará con Él para siempre, toda la eternidad. Pero si usted rechaza a Jesucristo, entonces Dios también es fiel a Su palabra, y usted quedará fuera de la presencia de Dios para siempre. Dios cumple su palabra, siempre.

Apuéstele Su Vida a Eso

Las evidencias de la Biblia son fáciles de encontrar cuando se quiere buscarlas. Hasta el presente, ni una sola Palabra de Dios ha dejado de cumplirse. Y si Dios ha sido fiel hasta ahora, usted puede tener la certeza de que Él seguirá siendo fiel hasta el fin. Aunque el cielo y la tierra pasen, Su palabra permanecerá para siempre. Eso puede tenerlo por seguro.

Dios cumple Su palabra por todas las generaciones. De principio a fin, la Palabra de Dios es verdadera, fiel y confiable. Todas Sus promesas son en Él Sí, y en Él Amén. (2 Corintios 1:20) En Él no hay mudanza, ni sombra de variación. (Santiago 1:17) Lo que ha dicho, lo hará. Qué gran seguridad da eso a nuestros corazones, pues sabemos que el futuro glorioso que Él ha prometido para nosotros, se basa en nada menos que ¡en Su palabra!

Es interesante que desde el principio hasta el final de la revelación de Dios, a través de 4,000 años en que inspiró varios autores humanos, no haya contradicciones evidentes entre los hechos de la ciencia y la Palabra de Dios. Estos autores trataron con varias áreas del conocimiento en sus escritos: biología, historia, literatura, y otras. A través de

los años, supuestos hombres de ciencia han señalado “errores” en la Palabra de Dios. La Biblia ha estado a menudo bajo el escrutinio crítico de los incrédulos. Ellos escogen una porción de las Escrituras y la usan para tratar de demostrar que no es posible que la Biblia sea la Palabra de Dios, dado que contradice la concepción científica actual de nuestro universo.

La Biblia declara que las estrellas son innumerables. Cuando Abraham miró arriba, hacia los cielos, Dios le prometió que sus descendientes serían como las estrellas; tan innumerables que nadie los podría contar. Por años, hombres de ciencia incrédulos se burlaban de la Palabra de Dios, porque aunque la Biblia dice que no se pueden contar las estrellas, ellos pensaban que sí podía. Algunos estudiosos de épocas pasadas se sentaban afuera durante todo el año, y contaban cada estrella que podían ver. Uno de ellos contó 6,016; otro contó 6,064. Por muchos años los expertos pensaron que 6,000 era una cantidad bastante precisa; hasta que apareció el telescopio. Mientras más grandes eran los telescopios, más revelaban la veracidad de la Biblia. Hoy todo el mundo acepta el hecho de que las estrellas no se pueden contar. Los científicos tuvieron que revisar sus libros de texto, pero no tuvieron que revisar la Biblia.

Siglos atrás el hombre decía que el mundo era plano; a pesar que la Biblia decía que era redondo. Los expertos pensaban que Colón se caería al extremo del mundo. La Biblia dice que Dios colgó la tierra sobre la nada, pero la gente se burlaba. Hoy, claro está, nos damos cuenta que realmente cuelga en el espacio, con nada sujetándola desde arriba y nada sosteniéndola desde abajo.

Después de todos estos años no tenemos que cambiar las Escrituras para conformarla a los “hechos verdaderos” de la ciencia. ¿No ha notado que hoy en día se considera que la tierra tiene más de cuatro mil millones de años de edad? ¡Qué rápido envejece la tierra! Cuando yo estaba en la secundaria la tierra sólo tenía mil millones. ¿Por qué la constante revisión? Han descubierto que necesitan más y más tiempo para que la evolución pueda alcanzar su actual estado de complejidad. Por eso no me preocupa que algún nuevo descubrimiento de la ciencia desacredite supuestamente la Biblia.

Cuando pastoreé en Tucson hace unos años, un profesor muy culto comenzó a asistir a nuestra iglesia. Dr. Albro había sido profesor en la Universidad de Minnesota. Él se interesó mucho por mí cuando yo era joven, cosa por lo cual estoy muy agradecido. Él me instruyó en varias áreas del conocimiento. En las noches solíamos sentarnos por horas conversando acerca de historia antigua y arqueología.

En aquel entonces una clase de arqueología de la Universidad de Arizona acababa de descubrir unos huesos indígenas. Ellos afirmaban que eran los más antiguos hallados en el oeste de los Estados Unidos; estimando que tenían aproximadamente 10,000 años de antigüedad.

Le pregunté al Dr. Albro: “Dígame, ellos dicen 10,000 años, pero ¿cómo saben que son 10,000 años y no 1,000 o 5,000 años?”

“Bueno, Chuck”, me dijo, “digamos que usted y yo estamos en una expedición arqueológica y desenterramos algunos restos. Si encontramos algunos huesos indígenas y decimos: “Estos tienen al menos 1,000 años de antigüedad”, nadie va a escribir un artículo sobre eso, pues se han encontrado un montón de huesos de 1,000 años de antigüedad. Si decimos que hemos descubierto huesos de 5,000 años de antigüedad, nadie escribirá acerca de eso tampoco, porque ya alguien más dijo haber encontrado huesos de esa antigüedad. Así que sus huesos tienen que ser los huesos más antiguos alguna vez encontrados. Tenemos que hacerlos más antiguos que cualquiera de los huesos ya descubiertos, a fin de que podamos obtener publicidad y más dinero para nuestra expedición.”

Me quedé boquiabierto y dije: “¿Me quiere decir que así de científico es eso?”

“¡Exactamente!”, contestó.

Así que siempre es la estrella más distante jamás descubierta o la galaxia más grande jamás encontrada. Tiene que estar más allá, o ser más grande, o más antiguo que lo último que se descubrió, o de lo contrario no es noticia.

Innegablemente, la Palabra de Dios no necesita revisión; siempre permanece verdadera. La palabra del hombre cambia, pero usted puede poner toda su confianza en la Palabra de Dios. Ha sido verdadera desde el principio, y siempre será verdadera.

Él Puede

Una pequeña pero piadosa mujer que conocimos por varios años, me dio una de las más grandes exhortaciones que jamás haya recibido. Cada vez que le mencionaba un problema o una situación difícil, ella decía: “Pero Charles, Dios está en el trono.”

Y sí que tenía razón. Dudar de las promesas de Dios lleva a la depresión, pero creer en las promesas de Dios lo ayuda a seguir su camino cantando y regocijándose. “¡El Señor es tan grande! Él es hermoso. Agradezco al Señor y lo alabo por Su grandeza, Su poder y Su provisión.” Usted puede tener esa victoria de alabanza, y vivir la vida confiando en Dios, porque sabe que Dios cumplirá Su palabra.

Por supuesto, Dios cumplirá Su palabra ya sea que usted se preocupe o no; así que mejor sea feliz. Regójese y alabe al Señor, porque ¡Él va a obrar de todas formas! “Regocijaos en el Señor siempre”, dijo Pablo, “otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Filipenses 4:4) ¡Dios puede!

Creo que estas son dos de las palabras más victoriosas en todas las Escrituras. ¡Él puede! Esto es algo tan glorioso cuando siento mi propia debilidad, veo mis propias limitaciones, cuando sé que he llegado a mi límite y he hecho todo lo que podía hacer; aunque mi esfuerzo está fallando, yo sé que Él puede y es fiel.

Dios es fiel. Él, que lo ha prometido, cumplirá Su palabra, a pesar de nuestros defectos, o temores, o lapsos de fe. Dios hará Su obra y cuidará de usted. Su palabra se cumplirá.

De generación en generación Él permanece fiel; y Él no puede negarse a Sí mismo.

Capítulo 16

¿Cómo Puedo Orar en Fe?

“La oración eficaz del justo puede mucho.”

Santiago 5:16

Mi madre fue una gran mujer de oración. Cada vez que mi hermana, mis hermanos o yo nos lastimábamos, corríamos hacia mi mamá, y ella oraba por nosotros. Nunca fuimos al médico, mi mamá simplemente oraba.

Vivíamos en las afueras del pueblo, rodeados de un montón de campos de cultivo de frijol. En septiembre los agricultores trillaban sus frijoles, y hacían grandes pacas de los desperdicios. Cuando niños, ocasionalmente jugábamos haciendo guerra con lodo; y usábamos las pacas para encubrirnos. Un día me asomé por detrás de una de las pacas, cuando una pelota de fango voló directamente hacia mi ojo, sacándolo de su cavidad.

Fui corriendo a casa tan rápido como pude. “¡Mami!”, grité, “¡Necesito oración!” Ella empujó el globo ocular dentro de su cavidad, y ya, eso fue todo. Recurríamos al Señor en todo tipo de situaciones buscando Su ayuda. Así crecí yo.

En otra ocasión que me lastimé, fui corriendo adonde mi mamá para que orara por mí. Ella puso sus manos sobre mí, y dijo: “Jesús, sana al pequeño Charles ahora.” Todavía me dolía, así que le dije: “Mamá, ora otra vez; y esta vez hazlo de veras.”

Creo que esa puede ser una buena definición de lo que es la oración ferviente y eficaz: Orar ¡de veras! Es más que simplemente un liviano “Te damos gracias, Jesús, por favor... y si no se puede, danos la gracia para soportarlo.” Hay algo que nos hace efectivos cuando estamos desesperados orando.

Me temo que demasiadas oraciones nuestras son soñolientas. Por no sentirnos profundamente agitados por la situación, nunca van más allá de un bostezo.

Siempre Una Llamada Local

David nunca bostezó mucho, sus problemas siempre lo mantuvieron de rodillas. Por eso tenemos tantos salmos, porque David tuvo muchos problemas. Uno de mis favoritos es el Salmo 61.

“Desde los confines de la tierra clamaré a ti, cuando mi corazón desmayare. Llévame a la roca que es más alta que yo.” (Salmo 61:2)

David nos enseña que podemos clamar a Dios en cualquier momento y en cualquier lugar. ¡Qué cosa tan hermosa! Los judíos consideran sus oraciones como si fueran llamadas locales desde Jerusalén. Los americanos, dicen ellos, tienen que llamar de larga distancia. Pero David insiste en que desde los confines de la tierra, dondequiera que estemos, estamos cerca de Dios.

Una antigua canción solía decir: “Usted puede estar a un millón de kilómetros de distancia de las puertas de la paz, pero está sólo a un pequeño paso de Dios.” No importa cuán lejos haya ambulado, independientemente de qué tan lejos se haya apartado de Dios, basta un paso para regresar a Él. Y eso es algo bueno también cuando su corazón se siente agobiado.

Muchas cosas agobian nuestros corazones. Cuando un amigo o ser querido está muriendo, y la medicina no puede hacer nada al respecto, su corazón se angustia. Cuando su marido o esposa se interesa en otra persona y le abandona, es algo agobiante. Cuando sus hijos se rebelan abiertamente, y las fricciones gobiernan en el hogar, es agobiante. O cuando usted ha perdido su trabajo y no tiene forma de pagar la renta; y nadie lo apoya, usted se siente agobiado.

¿Qué debería hacer en casos como estos? David dice: “Llévame a la roca que es más alta que yo.”

Es maravilloso saber que hay un lugar de fortaleza, salvación y refugio que es más alto que yo. Cuando he llegado al límite de mis habilidades, me consuela en gran manera saber que tengo a Uno que puede ocuparse de todo por mí. Cuando me he dado contra la pared y me siento aplastado, qué maravilloso es huir a la roca que es más alta que yo. ¿Quién es esa roca? En el salmo siguiente David declara:

“Verdaderamente mi alma espera calladamente en Dios; de él viene mi salvación. Él solamente es mi roca y mi salvación; es mi refugio, no resbalaré mucho.” (Salmo 62:1-2)

Mientras David meditaba en este pensamiento, aumentó su fe. Mientras más meditaba en su Roca, más se creció su fe, hasta que pudo escribir: “Él solamente es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré.” (Salmo 62:6). ¿Se dio cuenta cómo cambió su perspectiva? En la segunda vuelta David quitó el “mucho.” Él fue de “puede que resbale

un poco, pero no mucho” a “cuando Dios es mi roca, y mi fuerza, y mi refugio, no resbalaré para nada.”

Cuando enfrento una situación desesperada, mi corazón se carga; de manera pues que se la traigo al Señor en oración. Presento mi problema ante el Señor, y mientras lo hago, el Espíritu de Dios me ministra, aun cuando todavía estoy orando. Al terminar mi oración ya tengo victoria; sé que Dios se encargará del asunto; tengo la certeza que el Señor resolverá todo. Mis miedos se van y mi ansiedad desaparece, y la mayoría de las veces termino regocijándome.

Los cristianos que sufren situaciones abrumadoras se convierten frecuentemente en las personas más espirituales que usted pueda conocer, precisamente porque sus problemas los han llevado a la oración. Una vez escuché a un amigo hablar de su madre; una mujer profundamente espiritual, y una gran guerrera de oración. “Quiero que sepan que yo soy el responsable de su profunda espiritualidad”, dijo él. “Durante mis años de adolescencia, la mantuve de rodillas.”

David dijo: “Cuando mi corazón esté agobiado, entonces, llévame a la roca.” Note que necesitamos ser llevados a la Roca. Esa es la obra del Espíritu Santo. Él nos lleva a Jesucristo, nuestra Roca, nuestra fuerza, nuestra defensa.

Cada noche los hombres de nuestra iglesia oran por aquellos que ya no saben a dónde ir; aquellos que se han dado contra la pared; que ya no saben qué hacer. En ocasiones, cuando una persona llega a ese punto, recurre al alcohol para olvidar sus problemas, tratando de embriagar su mente hasta el olvido. Muchas veces la gente recurre a las drogas. Otros se desesperan tanto que se tiran desde los puentes. Al verse golpeados por las circunstancias de la vida, piensan: “No puedo soportar otro día. Ya no puedo más.”

Oramos por esas personas todas las noches: “Señor, llévalos de alguna forma a donde puedan conocer Tu ayuda y Tu fuerza. Ayúdalos a saber que Tú estás presto a rescatarlos, si tan solo claman a Ti”

Tal vez usted está leyendo este libro en respuesta a esas oraciones. Quizás se sienta agobiado por las circunstancias de la vida. Tal vez no sabe qué dirección tomar; no sabe a dónde ir. Si las circunstancias difíciles son más de lo que usted puede soportar, entonces venga a la Roca que es más alta que usted: Jesucristo lo librará y lo fortalecerá; Él lo llevará a un lugar de fortaleza y victoria. Entonces podrá decir como David:

“Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová.” (Salmo 40:2-3)

Eso es lo que Dios quiere hacer por usted. Él lo sacará de ese lodo cenagoso, y lo levantará de ese hoyo horrible; si tan solamente pone todo en Sus manos y le da la oportunidad de obrar.

No ENCIERRE a Dios

Cuando oramos en el Espíritu, no insistimos en que Dios responda nuestras oraciones de una sola manera. Sólo porque Él alguna vez contestó una oración de cierta manera, no quiere decir que esté atado a seguir ese método siempre. David entendió eso. En respuesta a una oración específica, por una batalla crucial, el Espíritu de Dios le dio la victoria sobre los filisteos. Pero sus enemigos no estuvieron calmados por mucho tiempo:

“Entonces los filisteos volvieron a hacer una incursión en el valle. Por lo tanto, David volvió a consultar a Dios, y Dios le dijo: No subas tras ellos, sino rodéalos, para venir a ellos por delante de las balsameras. Y cuando oigas venir un estruendo por las copas de las balsameras, sal luego a la batalla, porque Dios saldrá delante de ti y herirá el ejército de los filisteos.” (1 Crónicas 14:13-15)

Es aquí donde erramos a menudo. Pensamos que conocemos bien los métodos de Dios, de manera que no nos molestamos en orar pidiendo Su dirección. David era lo suficientemente sabio como para saber que, aunque pronto enfrentaría al mismo enemigo en circunstancias similares a las que él había visto antes, aun así necesitaba consultar al Señor. En lugar de decir: “Adelante muchachos. ¡Vamos!” Él buscó una vez más el consejo del Señor.

¿“Subiremos contra ellos de nuevo?”, preguntó David. “No, esta vez no. Tengo un plan diferente”, le contestó Dios. Y es que, Dios no está confinado a un solo método. Nunca deberíamos seguir ciertos patrones simplemente porque funcionaron en el pasado. Necesitamos continuamente buscar la sabiduría y la dirección de Dios para cada nueva situación. La oración guiada por el Espíritu busca conocer la manera en que Dios quiere hacer Su voluntad.

Mientras la iglesia es culpable a menudo de ritualismo, es también culpable de “rutinismo”, tratamos de hacer las cosas del mismo modo. La rutina es como un canal angosto y largo sin variación. Nos olvidamos que la única diferencia entre un canal y una tumba es su longitud y su profundidad. Usted puede quedar sepultado en la rutina si permanece suficiente tiempo ahí.

Así que, manténgase en oración, abierto a la guía del Espíritu de Dios. Continúe buscando la sabiduría de Dios y Sus caminos, realizando que Dios pudiera querer guiarlo esta vez de una manera completamente nueva.

Yo le he dicho a mi iglesia que si el Señor decide llevarme a casa antes de que venga otra vez por Su iglesia, y nuevo liderazgo se levanta para guiar este rebaño, por favor no digan: “ Pero cuando Chuck estaba aquí, lo hacía de esta manera.” Los tiempos cambian, y es importante que usted no vaya automáticamente a la batalla con los mismos métodos que le dieron la victoria la última vez. Dios puede tener un método nuevo para pelear esta batalla; y la única manera de mantenerse abierto a la nueva dirección de Dios es estando de rodillas en oración.

No Se Apresure

David fue pecador, tal como todos nosotros; por lo que no siempre escuchó el consejo de Dios; algunas veces ni siquiera lo pidió.

Cuando el rey Saúl lo perseguía por Israel, tratando de matarlo, David llegó a tal desesperación que dijo en su corazón: “Nada me será mejor que el que me escape de inmediato a la tierra de los filisteos.” (1 Samuel 27:1) En otras palabras: “No creo que Dios me pueda proteger aquí; así que voy a huir. No hay nada mejor que pueda hacer.”

¡Ah, qué conclusión tan equivocada! No hay nada mejor que el someterse totalmente a la voluntad de Dios en oración. Mas David dejó que su miedo repeliera su fe.

La palabra “inmediato” le da la clave de la manera de pensar de David. Cada vez que Satanás comienza a presionarlo para que usted tome acción, usualmente le sugiere que tome la vía rápida: “Apresúrate. No pienses. No midas las consecuencias. ¡Muévete! ¡Rápido!” ¿Cuántas veces esta táctica lo ha metido en problemas? Actúa antes de tener la oportunidad de orar o pensar detenidamente las cosas, procediendo por su cuenta, sin buscar antes el consejo de Dios.

Ése era el problema de David. Estaba con el sacerdote, quien había traído el efod para consultar a Dios por él. Dios le había advertido que Saúl venía ciertamente en su busca. Mientras David buscó a Dios por medio del sacerdote, Dios lo libró. Pero en esta oportunidad, no leemos nada de que David buscara al Señor, o que inquiriera la voluntad de Dios. En cambio, David procedió a actuar de acuerdo a su propio análisis de la situación; y lo hizo rápidamente: “¡Mejor me voy de inmediato para allá!”

Tenga cuidado cuando Satanás comienza a empujarlo: “No tienes tiempo para orar sobre esto; mejor actúa ya. Si no lo consigues ahora, se te va para siempre. Vas a perder esta oportunidad.” Satanás nos presiona frecuentemente para que hagamos

cosas que terminamos lamentando por años, todo por apresurarnos a una situación sin esperar en Dios. Si Dios quiere eso para usted, ahí estará mañana. Pase una semana en oración; ahí estará todavía la próxima semana si es de Dios.

Hace unos años deseaba tener un lindo Oldsmobile negro, cuyo precio estaba fuera de mi alcance. Un vendedor me permitió dar unas vueltas en él, observando que el auto solo tenía 20,000 Km recorridos. Pero yo simplemente no podía pagarlo.

Un mes más tarde el vendedor me llamó: "Chuck, todavía tenemos el auto, ciertamente es un buen auto."

"¡Cierto!", le dije, "pero está fuera de mi alcance."

Dos meses más tarde el hombre me volvió a llamar: "El jefe me dijo que le digas el precio que quieres pagar. No puede deshacerse de este auto; y es tan buen auto que no puede entender por qué no se vende. Piensa que tú has de estar orando; así que, dinos lo que puedes pagar."

¡Hombre, cómo disfruté ese carro!

Si Dios quiere que usted lo tenga, lo obtendrá. No tiene que firmar el contrato en ese mismo momento. No tiene que ceder ante los viejos argumentos de los vendedores: "Mañana ya no va a estar acá. Tenemos cinco personas en línea esperando comprarlo." Si Dios no quiere que usted lo tenga, entonces deje que ellos se lo lleven. Pero si Él quiere que usted lo tenga, Él se lo dará en Su tiempo, y a Su manera. Encomiende el asunto a Dios, hágalo en oración impregnada por el Espíritu.

Un Descubrimiento Revolucionario

Hanani, un profeta del Antiguo Testamento, mejoró a tal grado mi entendimiento de Dios, que revolucionó mi vida de oración. El profeta le dijo al rey Asa:

"Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él. Locamente has hecho en esto; porque de aquí en adelante habrá más guerra contra ti." (2 Crónicas 16:9)

En cuanto a los hombres, probablemente hay tres tipos básicos de dadores.

El primero es el hombre que da cuando alguien lo convence de una idea. Quizás al principio no esté muy interesado, pero muéstrole un folleto bien llamativo y cuénteles acerca del gran programa que tiene, y déjeles saber que un hombre de negocios en la otra cuadra acaba de dar mil dólares; y muy pronto estará a favor de la idea. "Pues bien, fabuloso", le dice. "Me gustaría participar en eso."

En segundo lugar está el que responde a una necesidad tan pronto alguien le informa de ella. Usted le dice: “Este barrio necesita un gimnasio; los chicos andan descontrolados en las calles y necesitan poder jugar bajo supervisión. Aquí está nuestro plan.” A él le parece una gran idea y le da un cheque. Usted no tiene que convencerlo; simplemente tiene que expresarle la necesidad.

El tercer tipo de dador creció en las calles. Cuando era niño se metió en un montón de problemas. No tuvo acceso a un centro de recreo donde pudiera mantenerse ocupado; así que comenzó a idear sus propios medios de entretenimiento... algunas veces de maneras destructivas. Quizá pasó algunos años en la correccional para jóvenes. Pero ahora ha madurado y ha tenido éxito en los negocios. Él ve a los niños sufriendo los mismos males que lo azotaron a él. Entonces piensa: “Sería maravilloso si tuviésemos alguna clase de programa recreativo planificado para estos jóvenes, algún lugar donde ellos puedan ser supervisados, y así puedan forjar su carácter.”

De manera, pues, que dicha persona se pone a investigar para ver qué se puede hacer. Escucha entonces acerca de sus planes, y se entusiasma. Lo que usted quiere hacer es ¡exactamente lo que él quiere hacer! Pronto usted recibe un cheque grande por correo, sin ni siquiera haberlo solicitado. Él ha estado buscando tal oportunidad para invertir sus fondos. Lo que usted planea reúne las condiciones necesarias.

Al juzgar por nuestras oraciones, pareciera que la mayoría de nosotros piensa que Dios es como el primer tipo de dador. Creemos que la mejor manera de motivar a Dios para que actúe es dándole buenos argumentos como los de un vendedor.

Los primeros años de mi vida de oración eran sólo eso: Argumentos de vendedor. “Ahora Señor, en esta sí que no vas a perder; porque si haces esto por mí, esto es lo que voy a hacer por Ti. Sólo ayúdame a obtener este pequeño Ford cupé negro del 36, de dos asientos, con doble antenas; y Señor, cada domingo voy a recoger a mis amigos para llevarlos a la iglesia. ¿Cómo puedes perder?” Por supuesto que me imaginaba también conduciendo por la escuela Secundaria de Santa Ana, dejando que los tubos de escape se hicieran notar cinco días a la semana. Evidentemente mis argumentos de vendedor no impresionaron a Dios. Nunca logré obtener el auto.

Otros creen que Dios es como el segundo tipo de dador. Para esa persona, el tiempo de oración es un tiempo de información. Dicha persona piensa: “Seguramente que Dios obrará tan pronto conozca todas mis necesidades.” ¿Pero qué dijo Jesús?: “Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.” (Mateo 6:8) Dios no necesita ser informado de nuestras necesidades.

Dios es más como el tercer dador. “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él.” Eso me dice que Dios está buscando un lugar para invertir Sus recursos. Dios quiere

obrar. Él simplemente está buscando personas que estén en armonía con Su voluntad, a fin de poder canalizar Sus recursos a través de ellos.

Frecuentemente cometemos el error de tratar de dirigir el fluir del Espíritu. Construimos los canales y luego decimos: “Bueno Señor, ahora fluye a través de este canal.” Creo que sería una ventaja para nosotros, y mucho más sabio, encontrar dónde está fluyendo el Espíritu e involucrarnos en ese fluir. Dios está buscando personas que hacen lo que Él quiere que se haga; personas en armonía con Sus propósitos y Su voluntad. Cuando Dios los encuentra, canaliza Sus recursos a través de ellos; y sus vidas se vuelven abundantes y bendecidas.

Muy a menudo, durante la oración, el Espíritu de Dios le ministra al corazón de uno; trayéndole certidumbre y consuelo. De eso se trata la oración en realidad; es encontrarse con Dios, hablarle de sus quejas, sus cargas, decirle cómo se siente; y luego dejar que le ministre la fuerza y el consuelo de Su Espíritu. A través de la oración usted recibe la certeza de que Dios se va a encargar de todo. Orar en el fluir del Espíritu termina en confianza y victoria. ¡Es glorioso!

Los creyentes que oran de esa manera no confían en la carne; confían en el Dios eterno; se involucran en el fluir de lo que el Espíritu quiere hacer. La clave está en poner su corazón en armonía con el corazón de Dios. Cuando usted se sintonice con la voluntad de Dios, su vida será bendecida y enriquecida de una manera que nunca experimentó.

Mientras usted trate de resolver las cosas por sí mismo, será como el rey Asa: “De ahora en adelante tendrás problemas.” Mientras usted confíe en la carne, tendrá problemas. Encuentre los canales de Dios y métase en ellos, en lugar de intentar crear el suyo propio. Entrene su corazón para seguir a Dios con una lealtad pura, y luego obsérvele derramar Sus recursos a través de usted.

El Poder y Misterio de la Oración

El camino de la fe es un camino difícil. Nos gustaría mucho más si pudiéramos tener algunas instrucciones específicas en el camino: ¿Sí o no? ¿Por este lado o por aquel?

Andar por fe no es sólo difícil; también puede ser confuso. Si continuamos siendo bloqueados en algo por lo que estamos orando, ¿es Dios quien está diciendo no? ¿o es Satanás quien está tratando de obstaculizar la obra de Dios? Puede ser difícil saber cuándo perseverar en oración; y cuándo percatarnos que me estoy oponiendo a Dios, que el Señor no quiere eso. Me anima tanto saber que Dios no me deja solo en mi oración. De hecho, Su Espíritu ora por mí aun cuando no estoy seguro de cómo orar.

“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.” (Romanos 8:26)

Suponga que usted tiene un amigo que repetidamente se mete en líos con la ley. Como lo han vuelto a arrestar, lo llama para que usted pague la fianza. Usted quiere a su amigo, y quiere ayudarlo; pero se pregunta: “¿Le estoy ayudando realmente al sacarlo bajo fianza tantas veces? ¿O estoy permitiendo que continúe su rebeldía ya que nunca tiene que afrontar todas las consecuencias de su comportamiento?” ¿Cómo ha de orar por un hombre así?

Le sugeriría algo así: “¿Dios, qué hago con este hombre? Lo pongo ante Ti. Señor, él está metido en líos otra vez. Dios, no sé cómo orar por él, pero te pido que interpretes mi oración según Tu voluntad.” Algunas veces esa es la mejor forma, orar en el Espíritu. Usted simplemente le entrega todo a Él.

Ojalá tuviese una manera más definitiva de averiguar cuándo Dios quiere que yo me mueva, y cuándo no. No la tengo. Soy como usted. Oro en fe, confiando en Dios. Y luego actúo, y espero haber hecho lo correcto. Confío en que Dios es tan grande que si me he equivocado, me ayudará a corregirlo.

Hace algunos años, en un congreso de pastores, se pidió oración por la esposa de un pastor que iba a ser operada de cáncer. La nota le llegó al líder del congreso: “Señor”, oró, “cuando la abran, que no le encuentren cáncer.”

Pronto llamaron por teléfono. Los cirujanos, al abrirla, encontraron cáncer en sus ganglios linfáticos. De hecho, se había propagado a todo el cuerpo; así que, simplemente, la volvieron a cerrar.

El pastor que trajo esta petición al congreso me dijo: “Chuck, no lo comprendo; aquí se oró: “Señor, cuando la abran, que no encuentren cáncer”; y cuando la abrieron, encontraron tanto cáncer que ni siquiera la operaron. Sólo la volvieron a cerrar. Estoy deshecho.”

Le pregunté: “¿Cuándo es demasiado tarde? ¿Es muy tarde ahora? ¿Está diciendo que Dios no puede hacer nada ahora mismo? Incluso ahora”, continué diciendo, “el Señor puede tocarla y sanarla. ¿Por qué va a estar limitada nuestra fe por el factor de tiempo? Oremos por ella.” Entonces oramos, y nos pusimos de acuerdo en que Dios tocaría su cuerpo. Luego la dejamos en las manos del Señor para que hiciera la obra.

Poco después este pastor llegó a nuestra iglesia muy sonriente. Después de exámenes adicionales, y estudios de laboratorio, el doctor le informó a la mujer: “Esto nunca había

ocurrido antes; lo sentimos mucho, pero usted no tiene nada malo; no tiene cáncer; no sabemos qué decir... no lo podemos explicar.”

Nosotros, por supuesto que lo podemos explicar. Dios, quien está en el negocio de sanar, y que puede hacer que un cuerpo enfermo goce de perfecta salud cuando así lo desea, sanó a esta mujer en respuesta a la oración guiada por el Espíritu. Eso no quiere decir que Él escoge sanar cada vez que se lo pedimos, pero significa que Él tiene todo el poder para hacerlo.

Nunca nos equivocaremos al poner toda nuestra confianza en el Señor, quien siempre contesta nuestras oraciones de acuerdo a Su naturaleza compasiva y amorosa. “La oración eficaz del justo puede mucho”, nos dice Santiago; pero ni aun esa clase de oración obliga a Dios a cumplir nuestros deseos. Así que, sigamos orando en fe, creyendo de todo corazón en nuestro Dios, quién es digno de toda nuestra confianza; y dejémosle los resultados a Él.

Capítulo 17

¿Cómo Puedo Dar el Paso de Fe?

“Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día; porque tú oíste en aquel día que los anaceos están allí, y que hay ciudades grandes y fortificadas. Quizá Jehová estará conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho.”

Josué 14:12

Hace varios años, después del servicio dominical de la mañana, unos niños trajeron a su abuelo al frente del santuario donde yo estaba. Lo traían en su silla de ruedas.

“Chuck”, dijeron, “¿puede orar por nuestro abuelo?”

“Claro”, respondí; y puse mis manos sobre él. Yo acababa de leer el capítulo tres del libro de Hechos, dónde Pedro había levantado al cojo poniéndolo sobre sus pies; así que mientras oraba por este hombre pensé “Bueno, ¿por qué no lo levanto poniéndolo sobre sus pies? A fin de cuentas, Pedro lo hizo.” Así que levanté al hombre de su silla de ruedas, y lo puse sobre sus pies. “En el nombre de Jesús”, le dije, “camine.” Y el hombre comenzó a caminar.

“¡El abuelo está caminando!” gritaban los niños celebrando, mientras el hombre caminaba por todo el pasillo.

Entonces me dijeron cuál era su verdadera petición: “Él tiene catarro. Queríamos que orara por su catarro.”

¿“Por qué no me lo dijeron?”, les dije asombrado.

Ahora bien, yo no sé de dónde saqué esa fe. No tengo como costumbre levantar a las personas de sus sillas de ruedas; pero en ese instante tuve la fe de que este hombre sería sanado; solamente tuve que dar el paso de fe para ver el milagro.

El siguiente miércoles en la noche prediqué en una iglesia en Tucson, Arizona.

Después del servicio un hombre me trajo a su esposa en su silla de ruedas. “Chuck”, dijo, “mi esposa ha sufrido un derrame cerebral. ¿Puede orar para que Dios la sane?”

Puse, pues, mis manos sobre ella y oré. Luego le di una palmada en el hombro y le dije: “Dios la bendiga hermana. Continuaremos orando por usted.”

Mientras el hombre se iba con ella, mi hijo, Chuck Jr., me dijo: “Papá, ¿por qué no la levantaste como hiciste con aquel hombre el domingo pasado?”

“El Señor no me dio la fe para hacerlo” le dije. “No tuve el sentir de hacerlo. No tuve el impulso de levantarla.” Dar un paso en ese tipo de fe es una de las grandes cosas intangibles; algunas veces se tiene la fe, otras no. Es un regalo, no un reservorio. Se necesita la sabiduría de Dios para saber cuándo es que Él está abriendo la puerta, y le está invitando a dar un gran paso de fe.

Pida Sabiduría

Muchas personas hacen locuras en nombre de la fe, cuando en realidad es pura necedad espiritual. Santiago escribe:

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra.” (Santiago 1:5-6)

Si usted le pide al Señor sabiduría para tomar la decisión correcta en un paso especial de fe que está considerando tomar, crea entonces que le dará esa sabiduría. Pida con fe, confiando en el Señor. La Biblia nos instruye repetidamente a que confiemos en el Señor con todo nuestro corazón; a que creamos Su promesa de que dirigirá nuestras sendas. Una persona indecisa raramente logra algo importante para Dios. Usted probablemente conoce creyentes sin carácter, que fluctúan de aquí para allá: “Me pregunto si debería intentarlo. Tal vez debería olvidarme de eso. Pero si no lo intento, perderé mi oportunidad... tal vez debería tratar. ¿Y si no funciona?”

Si usted tiene un deseo genuino de ser guiado por el Señor, creo entonces que Él pondrá obstáculos a sus planes si estos no son Su voluntad. Eso me ha ocurrido muchas veces. Cuando el Señor bloquea mi camino con un gran obstáculo, yo no trato de quitarlo.

¿Le creemos a Dios cuando dice: “Por Jehová son ordenados los pasos del hombre, y él aprueba su camino”? (Salmo 37:23) Si le creemos, entonces dar un paso de fe se hace más fácil. Y de vez en cuando, el Señor permite que Su pueblo vea cómo Él usa esa fe para lograr Su voluntad.

Hace varios años asistí un sábado a un almuerzo, después de predicar en un retiro de fin de semana. Un pastor amigo mío, Steve, me acompañó. En un momento dado la conversación se trató del ataque terrorista contra el puesto de los marines (grupo élite

militar norteamericano) de los Estados Unidos en Beirut. “Hay una historia interesante de ese ataque”, le dije al grupo.

“Un joven soldado cristiano tenía un tremendo testimonio de Cristo en ese puesto. A menudo procedía, en fe, a hablar de su amor por el Señor. Sin embargo, su sargento odiaba cuando testificaba, por lo que le daba las peores tareas que se le ocurrían. Este joven simplemente sonreía, y hacía su trabajo. Cuando el sargento lo insultaba por su fe, algo que ocurría a menudo, el soldado respondía: “Jefe, el Señor lo ama. Él está tras usted.” La audacia del joven al testificar, simplemente amargaba al sargento.

“Los marines en Beirut tenían una ración de cerveza al día. Un día este sargento decidió que quería emborracharse, así que les dijo a sus hombres: “¡Hoy no hay ración de cerveza para ninguno de ustedes!” Acaparó, pues, la cerveza de todos, para así poderse embriagar del todo; a pesar que ese día le tocaba estar de guardia en la entrada.

“¿Le importaría cubrir mi turno de guardia en la entrada hoy?” le preguntó al joven soldado. “Voy a emborracharme.”

“Por supuesto, jefe, con gusto haría cualquier cosa por usted”, contestó el joven. Ése fue el día que los terroristas vinieron con un coche bomba, y volaron en pedazos el lugar, matando a ese cristiano extraordinario que estaba de guardia. Después de su muerte el gobierno envió la Biblia del joven, y otros efectos personales, a sus padres.

La explosión dejó al sargento incapacitado, con serias heridas críticas. Los marines lo enviaron de regreso a los Estados Unidos para ser hospitalizado. Cuando finalmente salió, fue a visitar a los padres del joven.

“Yo era el sargento de su hijo”, les confesó, “y me siento responsable por su muerte. Yo debí haber estado de guardia aquel día, pero él estaba allí en mi lugar. Lo siento mucho.”

“No”, le contestaron, “usted está equivocado. Usted no debería estar muerto. Estuvo bien que él estuviera allí porque usted no estaba listo para morir, y él sí. Todo es parte del plan de Dios.” Le dieron entonces una Biblia al sargento, diciéndole: “Él nos escribió de usted. Nos gustaría que tenga la Biblia de nuestro hijo.”

El sargento agarró la Biblia por cortesía, pero al llegar a casa simplemente la puso en un estante, decidiendo beber hasta morir. La vida se había vuelto demasiado dolorosa, y realmente no quería seguir viviendo más.

Un día mientras limpiaba su cuarto, accidentalmente hizo caer la Biblia del estante; la cual cayó abierta. De ella salió una carta que este joven había escrito para el sargento.

En la carta el difunto soldado hablaba del amor de Jesucristo por el sargento; así como de su propio amor por él, y su deseo de verlo salvo.

“Jefe”, había escrito, “con gusto daría mi vida si eso pudiera darle salvación.”

Esto era más de lo que el sargento podía aguantar; por lo que terminó aceptando al Señor. Poco tiempo después, comenzó a ministrar en la iglesia Calvary Chapel de Capistrano Beach, haciendo un trabajo fabuloso con niños minusválidos. Dios lo usó de manera poderosa.”

Después de contarle la historia al grupo que estaba en el almuerzo, nos fuimos cada uno por su camino. Al día siguiente, mi amigo pastor, Steve, decidió contar la misma historia en su iglesia. Mientras describía la conversión del sargento, una señora en la congregación comenzó a llorar incontrolablemente. Ella se puso de pie y dijo: “Yo era la esposa de ese sargento. Me divorcié de él hace mucho tiempo porque era una persona muy miserable.” Ella aceptó al Señor esa misma mañana.

¿Cuáles son las probabilidades de que yo contara esa historia, y que Steve la repitiera al día siguiente, y que la ex-esposa del sargento estuviera en ese servicio para escuchar de un hombre que ella no había visto, ni de quien había oído por años? ¡Qué maravilloso son los caminos del Señor! Nunca se sabe cómo Dios va a decidir usar nuestros esfuerzos cuando damos un paso en fe.

Caleb Da el Paso

Cuando Israel llegó por primera vez a los límites de la Tierra Prometida, Moisés envió a doce espías para reconocer el territorio. Les tomó cuarenta días para explorarlo todo.

En el camino de regreso al campamento, Josué y Caleb se detuvieron en el valle de Escol para cortar un enorme racimo de uvas. El racimo era tan grande, que tuvieron que amarrarlo a una enorme vara, y cargarlo sobre sus hombros. Ellos querían mostrarle a la gente la fertilidad asombrosa de la Tierra Prometida.

Tan pronto Josué y Caleb mostraron el increíble fruto, los otros diez espías empezaron a hablar de los obstáculos que el pueblo enfrentaría al intentar tomar la tierra.

Describieron a gigantes, y ciudades amuralladas, y habitantes feroces. El pueblo oyó estas historias aterradoras y comenzó a quejarse. Ahí fue cuando Caleb intervino. Él “hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos.” (Números 13:30) En otras palabras, “¡Vamos pueblo, adelante! Ésta es una tierra grandiosa. ¿Habrán problemas allí? Seguro, pero ¡Dios está con nosotros!”

Los otros diez espías discreparon vehementemente. “Nos comerán vivos”, insistieron. “A la vista de ellos somos como saltamontes; y así nos sentimos también.” En ese momento, la gente cometió un grave error; escucharon a los diez incrédulos en vez de a Josué y Caleb, quienes estaban llenos de fe. Los israelitas lloraron a voz alta durante toda esa noche; hablaron de encontrar un líder que los llevara de regreso a Egipto. Y cuando Josué y Caleb rasgaron sus vestiduras en señal de protesta pública, y le rogaron al pueblo que tuviera fe en Dios y marchara a la Tierra Prometida como se les había ordenado, el pueblo habló de apedrearlos.

Eso fue el colmo para Dios. El Señor irrumpió en la reunión, y decretó que solamente Josué y Caleb entrarían en la Tierra Prometida; el resto de la nación moriría en el desierto, andando errante en círculos por cuarenta largos años.

Cuatro décadas más tarde, después de que el último de los rebeldes había sido enterrado, Dios trajo otra vez a Su pueblo a los límites de la Tierra Prometida. Esta vez, con Josué al mando, la nación entró a la tierra, ganando batalla tras batalla. Al paso del tiempo, Caleb vino a su viejo amigo y le dijo: “Josué, después de que espiamos la tierra, recuerda que Moisés me prometió que podía tener el territorio que explorara. Mira, tengo ochenta y cinco años de edad, pero estoy tan fuerte hoy como cuando espiamos la tierra. Así que quiero tu permiso para ir y tomar la tierra que se me prometió.”

Admiro la tenacidad de este anciano. A los ochenta y cinco años de edad dijo: “Estoy listo para ir a la batalla. Estoy listo para tomar la tierra que Dios me prometió.” Josué gustosamente le dio luz verde a Caleb para invadir el territorio de Hebrón, donde Caleb pronto se apoderaría de toda la tierra que se le había prometido. La Biblia resume sus proezas de la siguiente manera:

“Por tanto, Hebrón vino a ser heredad de Caleb hijo de Jefone cenezeo, hasta hoy, por cuanto había seguido completamente a Jehová Dios de Israel.” (Josué 14:14)

Caleb dio un paso de fe cuando una nación entera votaba en contra de él. Él siguió al Señor cuando todos a su alrededor, menos Josué, decían: “¡No podemos hacerlo!” Dios guardó a Caleb en alma y cuerpo por más de cuatro décadas, a fin de que pudiera dar un paso de fe una vez más, tomando así lo que Dios le había dado. Mientras los cadáveres de sus contemporáneos se podrían en el desierto, Caleb hizo suya la tierra de Hebrón, todo porque dio un paso de fe.

La edad no es de importancia cuando alguien da un paso de fe. Si tiene el respaldo de Dios, entonces Dios lo llevará a cabo.

No Malinterprete a Dios

A algunas personas les aterra grandemente dar un paso de fe y rendirse completamente a la voluntad de Dios. ¿Por qué? Porque han malinterpretado a Dios; y muy mal. No confían en Él. Piensan que si dan un paso de fe y se rinden completamente a la voluntad de Dios, terminarán debajo de un mosquitero en África, con insectos enormes cubriendo el techo, ejércitos de arañas bajando por todos lados, y docenas de serpientes enrolladas en el piso.

Si Dios lo guía y capacita para dar un paso de fe, Él también plantará un deseo divino en la tabla de su corazón para eso.

Si Dios quiere que usted vaya a Nueva Guinea, probablemente le dará primero una fascinación tremenda por la biología. Mi esposa Kay y yo fuimos una vez a Nueva Guinea. Unas misioneras nos invitaron a almorzar; y tan pronto llegamos, comenzaron a mostrarnos orgullosamente su especialmente montada colección de insectos. Ellas vivían en la selva junto a ríos de corrientes rápidas, y tenían un tablero con escarabajos de muchos colores hermosos, mariposas, y polillas gigantes. Estas mujeres daban gritos de alegría, no de miedo, si veían un insecto corriendo por el piso. “¡Todavía no tengo uno de esos!” dirían, poco antes de agarrarlo, ponerlo en cloroformo hasta que muriera, y sujetarlo al con un alfiler tablero.

Hacer la voluntad de Dios es un deleite y un tesoro. Nunca se decepcionará si da un paso de fe para hacer, de todo corazón, Su voluntad.

Adentrándonos doscientos kilómetros en las selvas de Irian Jaya, sin carreteras para llegar al lugar, encontramos en cierta ocasión a un apuesto joven norteamericano con dos niños preciosos. La única forma de llegar a su casa era por avión. Tomaría un mes o más llegar por tierra, lo cual era una manera terriblemente difícil de hacerlo. Esta familia joven vivía entre los nativos para que este padre de familia cristiano pudiera traducir el Nuevo Testamento a la lengua nativa de los aldeanos. Mientras caminábamos juntos alrededor de la villa, me dijo: “¡Vea si no es cierto que, cuando uno sigue la voluntad del Señor, Dios lo lleva a uno al lugar más bello y glorioso del mundo para criar a sus hijos!”

Y el lugar era verdaderamente hermoso. Arroyos corrían a ambos lados de la villa, con agua tan pura que se podía beber directamente. Él estaba tan enamorado del lugar. Ahora bien, yo podría soportar vivir allí por una semana, pero él amaba todo lo que había en ese lugar. ¿Por qué? Porque Dios escribió Su ley en la tabla de su corazón. Cuando damos un paso de fe, Dios no nos condena a vivir una vida de trabajo monótono y pesado, o de miseria. Él nos da lo mejor de Él.

Dios Usa a las Personas Menos Probables

A Dios le encanta usar a las personas que menos se imagina usted para hacer Su obra. Él escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios. (1 Corintios 1:27) ¿Y qué tienen todas estas personas en común? Muestran una disposición para dar un paso de fe.

Algunos ven a los hombres y mujeres que Dios ha usado para hacer grandes cosas, y dicen: “¡Pero ni siquiera tienen un doctorado! ¿Quién les dio autoridad?” No pueden entender cómo Dios pueda usar hombres y mujeres sin un linaje, posición, o influencia social o política. Para ellos es desconcertante que Dios use personas tan improbables para hacer Su obra. La verdad es que Dios puede tomar a la persona que menos nos imaginaríamos en el mundo, al individuo considerado como el más apto para fallar, al de más probabilidades de terminar en la cárcel; y usarlo para tocar miles de vidas para Jesucristo. ¿Sabe lo que significa esto, verdad? Si Dios los puede usar a ellos, entonces también lo puede usar a usted.

Cuando vivíamos en Tucson teníamos una vecina muy sociable y maravillosa llamada Jan; y el Señor nos usó para darle un empujón de arranque a su vida espiritual. En aquel entonces muchas personas que vivían en Tucson tenían problemas del asma. Y continuamente veíamos a Jan dar un paso de fe, testificándoles a sus vecinos asmáticos acerca de Cristo.

Jan hablaba a menudo a través de su cerca con una vecina que tenía. “Mira”, le dijo un día, “usted no tiene que continuar usando ese aerosol. El hombre que vive al lado de mi casa es un predicador; él ora por las personas y se sanan. Venga a mi casa; yo lo voy a llamar para que venga y ore por usted.”

Jan me llamó. Al saber de su conversación pasé por su casa, oré por su vecina, y ¡Dios la sanó! Como resultado, Jan comenzó a traerme a todos sus vecinos asmáticos; y ¡Dios los sanó también! Un día me dijo: “Chuck, acabo de recibir una llamada de mi amiga. Va camino al hospital para ser operada, pero le dije: “No vaya al hospital; venga a mi casa. Deje que mi vecino ore por usted.” ”

Así que la muchacha vino y oramos por ella, y el Señor la sanó también. Los doctores la examinaron y dijeron: “Mire, usted está bien; no necesita la operación.”

Estoy seguro que no fue mi fe; sino la fe de Jan la que Dios usó. Habiendo visto la mano de Dios obrando, ella dio un paso de fe que decía: “Si Chuck ora por usted, entonces usted va a ser sana.” Cuán emocionante es que Dios decidiera honrar la fe de esa mujer común y corriente.

¿Fe o Temor?

Si usted quiere dar un paso de fe, tiene que vencer sus temores. El temor y la fe no pueden coexistir; el temor echa fuera la fe, y la fe echa fuera el temor.

Satanás es un experto en usar la ansiedad y el temor para impedir que las personas hagan la obra de Dios. El temor surge cuando fijamos nuestra mirada en el enemigo y sus amenazas; la fe viene cuando fijamos nuestra mirada en el Señor y Sus promesas.

¡Recuerde al Señor! “porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos.” (2 Reyes 6:16)

¡Recuerde al Señor! “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo.” (Salmo 23:4)

¡Recuerde al Señor! “El temor del hombre pondrá lazo; mas el que confía en Jehová será exaltado.” (Proverbios 29:25)

Cuando usted recuerda que el Señor está con usted, y que está incondicionalmente a su favor, entonces puede decir al igual que David: “Jehová está conmigo; no temeré lo que me pueda hacer el hombre.” (Salmo 118:6)

¿Qué Haría Usted?

En los comienzos de la historia de la humanidad, un hombre común tenía que tomar una decisión crucial. ¿Obedecería la dirección de Dios, o cedería ante la burla de aquellos que estaban alrededor de él?

Me da gusto que Noé dio un paso de fe obedeciendo a Dios, porque de lo contrario, ni usted ni yo estaríamos aquí. Noé vivió en una época malvada, tan corrompida y pecaminosa que el Señor decidió borrar a la humanidad de la faz de la tierra. Pero leemos que “Noé halló gracia ante los ojos de Jehová... Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones. Noé caminó con Dios.” (Génesis 6:8, 9) Qué testimonio y qué ejemplo para nosotros.

Dios le contó a Noé Su plan de erradicar de la tierra a los seres humanos violentos que habían arruinado Su hermosa creación. Dios le dio instrucciones a Noé para que construyera un arca que no solamente lo salvaría a él y a su familia de un diluvio universal, sino que también preservaría representantes de todas las criaturas que Dios había creado.

La Biblia llama a Noé “un predicador de justicia.” (2 Pedro 2:5) Aparentemente él les predicó a sus vecinos durante todo el tiempo que le tomó construir el arca,

advirtiéndoles del juicio inminente de Dios. Sin lugar a duda la gente se rió de las advertencias de Noé, burlándose mientras él pasaba, día tras día, construyendo un arca enorme en un lugar que no tenía cuerpos de agua. Seguramente Noé sabía cuán excéntrico debía parecerle su trabajo a todo el que le visitaba para burlarse. Pero él creyó en Dios, y así dio un paso enorme de fe, cumpliendo con las instrucciones inusuales que Dios le había dado.

Y aquí está lo que hace que su historia sea tan singular: Él construyó el arca durante cien años, sufriendo todo el tiempo del abuso verbal de quienes se burlaban de él y su trabajo. ¿Hubiera seguido usted con una tarea tan peculiar durante todo un siglo?

Noé lo hizo. Por fe construyó un arca que salvó su familia. Ese barco trajo salvación porque obedeció a Dios. Cuando Dios cerró el arca con Noé adentro, lleno de animales, la suerte quedó echada: Noé y su familia estaban a salvo adentro, pero para todos los demás afuera, era demasiado tarde. Vino el diluvio y se los llevó a todos. Como escribió Pedro: “ Porque si Dios ... no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, un predicador de justicia, con otros siete, cuando trajo el diluvio sobre el mundo de los impíos... el Señor, entonces, sabe rescatar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos bajo castigo para el día del juicio.” (2 Pedro 2:4, 5, 9).

Dar un paso de fe puede parecer locura para un montón de observadores escépticos, pero si Dios es quien ha inspirado su paso de fe, y obedeció, usted también encontrará gracia ante los ojos del Señor.

La Paz del Compromiso Total

Hace algún tiempo vino a mí un pastor lleno de pánico. Quería comprar un nuevo edificio para su creciente congregación, pero necesitaba pedir dinero prestado para adquirirlo. Él vino a nuestra iglesia, prácticamente sobre sus manos y sus rodillas, rogándonos que le prestáramos el dinero.

Dijo llorando: “No sé qué voy a hacer si no obtengo los fondos para un edificio nuevo. No sé qué pasará si no lo podemos comprar.” Así que, la junta aprobó darle el préstamo.

Poco tiempo después lo escuché en la radio, hablando del edificio nuevo: “Creímos que Dios compraría esta propiedad para nosotros”, declaró, “y el Señor lo hizo. Sólo confiamos en Dios para la provisión. ¡Alabado sea el Señor!”

Tan pronto como oí sus palabras, me dije: “No, usted estaba aquí lleno de pánico, rogando sobre sus manos y rodillas. Usted no estaba confiando en Dios; usted estaba confiando que Calvary Chapel le prestaría el dinero.”

Dar un paso de fe no es rogarle a alguien que lo saque de un aprieto. Dar un paso de fe significa confiar que Dios honrará Sus promesas respecto algún esfuerzo que Él lo está llevando a emprender. No, no significa tomar el asunto en sus propias manos y luego hablar acerca de cómo Dios honró su fe.

Una de las mejores formas de acercarse a Dios es comprometerse por completo con Su voluntad. Éste es un compromiso que dice: "Señor, si Tú quieres que yo de un paso de fe de esta manera, entonces lo daré. Haré mi pequeña parte, y después Tú te encargas." Cuando Dios toma el control, entonces toda la gloria y alabanza le pertenecen a Él. Usted no puede jactarse porque haya dado un paso de fe, pero usted ciertamente puede disfrutar el fruto de ver lo que Dios puede hacer en respuesta a su fe.

Capítulo 18

¿Cómo Puedo Permanecer Firme en Fe?

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.”

Isaías 55:9

Hace algunos años, un hombre de mi edad muy angustiado, se me acercó en un retiro de hombres.

“Chuck”, dijo, “la estoy pasando muy mal. He amado el servir a Dios por años. He sido un constructor muy exitoso, y hemos donado gran parte de nuestras ganancias a la obra del Señor. Nunca hemos comprado ninguna propiedad, o construido en ella, sin antes buscar la dirección del Señor. Cuando terminamos las casas, les imponemos las manos y le pedimos a Dios que bendiga a los residentes que vivirán en ellas. Realmente hemos tenido a Dios como nuestro socio en este negocio; siempre hemos tratado de hacer la voluntad del Señor.”

Se le hizo un nudo en la garganta antes de continuar. “Fui víctima de una recesión y perdí mi fortuna. Las casas no se vendieron y tuvimos que declararnos en bancarota. Ahora he perdido mi salud, y ya no puedo construir. No puedo entender por qué Dios me quitaría el dinero, que he estado ahorrando para la jubilación, en este momento de la vida en que estoy demasiado viejo, y demasiado enfermo para recuperarme.”

Aquel hombre creía que Dios es bueno y sabio, y que Él bendice a Sus hijos. Él simplemente no podía reconciliar la situación difícil que estaba enfrentando con lo que sabía acerca de Dios.

Muchas personas se encuentran en la misma condición de este hombre, atribuladas en su espíritu porque no pueden entender los caminos de Dios. ¿Cómo podemos permanecer firmes en nuestra fe en Cristo, cuando las circunstancias parecen estar listas para aplastarnos?

Él Hace las Cosas de Manera Diferente

Si yo fuera Dios, y tuviera el poder y la capacidad para controlar los asuntos del mundo, ciertamente cambiaría algunas cosas. En primer lugar, no permitiría que el malvado prospere; los dejaría sin nada; pero haría que el justo prospere; derramando bendiciones del cielo y prosperidad sobre aquellos que me aman.

Pero entonces creo que me enfrentaría con un verdadero dilema, ¿cierto? Porque cuando los hombres dijeran que me aman, ¿cómo sabría yo que me aman de verdad? Tal vez sólo aman los beneficios; tal vez sólo me sirven por las bendiciones que les doy.

Creo que Dios a menudo nos hace una pregunta difícil: “¿Confiarás en Mí cuando no entiendas? ¿Cuándo no sabes por qué enfrentas situaciones tan difíciles, puedes confiar en Mí?”

¿Es verdadera confianza la que ejerzo cuando puedo ver las respuestas, cuando es obvio lo que está haciendo Dios? ¿O es verdadera confianza aquella ejercida cuando no puedo ver y cuando no sé?

Cuántas veces su cónyuge le ha preguntado: “¿Me amas, cariño?” En los primeros años de nuestro matrimonio, mi esposa solía empujarse la nariz hacia arriba, y me preguntaba: “¿Si mi cara fuera así, me amarías? ¿Me amas por mi apariencia física, o por la manera que cocino? ¿Me amas verdaderamente?”

¿Qué tan profundo es su amor por Dios? ¿Qué tan comprometido está usted con Él?

Job se mantuvo comprometido con Dios a pesar de su terrible condición. Satanás le había sugerido a Dios que Job lo amaba sólo por los beneficios que Dios le había dado. Satanás dijo: “Mira, le has dado demasiado a ese hombre. Tiene más de lo que alguien pueda desear; y has puesto un cerco a su alrededor; no me dejas ni acercarme a él. Si me permites quitarle todos esos beneficios, Te dejará de amar; Te maldecirá en Tu misma presencia.”

Dios permitió que Satanás despojara a Job de sus riquezas, su familia, sus amigos, y aun su salud. En medio de su pérdida, Job clamó: “Aunque él me matare, en él esperaré.” (Job 13:15) Uno pensaría que para entonces, inmediatamente la historia tendría un final feliz; que Dios diría triunfalmente: “¿Ves, Satanás? Has despojado de todo a Job, y él todavía me ama.”

Pero no sucedió así. Job hizo esta asombrosa declaración en el capítulo 13, mas el final feliz no llegó sino hasta el capítulo 42. En ese lapso de tiempo, Job continuó agonizando emocionalmente por sus catástrofes personales; y Dios no se le apareció ni en visión, ni en sueño, ni siquiera en una voz apacible y suave para explicarle lo que

sucedía. Job tuvo que sentarse en el polvo, y escuchar a sus amigos acusarlo de pecados que nunca cometió. ¿Cómo explicarse el por qué Dios permitió eso?

Un Dios Infinito

Dios tiene la ventaja del conocimiento previo. Él conoce el futuro, todo el futuro; y las consecuencias de cada acción. Lo que puede parecerme una bendición tremenda, puede ser en realidad una maldición. Y lo que puede parecerme una maldición, puede convertirse, en las manos de Dios, en tremenda bendición.

Hay muchas cosas que han venido a mi vida, que yo pensaba que eran una maldición; por lo que le pedí a Dios que las quitara. Le he rogado a Dios que las remueva. Finalmente, hasta he acusado a Dios de no escucharme, o preocuparse por mí. Sin embargo, la mayoría de las veces he descubierto que aquello que yo quería que fuera removido, ha venido a ser, de hecho, una gran bendición.

La única forma de explicar esto es realizar que Dios sabía el resultado final antes de que apareciera el problema. En Su amor, Él permitió que la dificultad permaneciera, hasta que Él terminara la obra que quería hacer en mí.

No sé cuántas veces he tenido que volver a Dios y decirle: “Señor, lo siento. No entendía. ¡Perdóname por los pensamientos que he tenido acerca de Ti! Si tan solo lo hubiera sabido.” El Señor dijo a través del profeta Isaías:

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.” (Isaías 55:9)

Los caminos de Dios son infinitamente más altos que los nuestros. Medimos la tierra usando una medida lineal; pero los cielos los medimos en años luz. Los pensamientos y los caminos de Dios son miles de millones de años luz más altos que nuestros pensamientos y caminos. No es de extrañar pues, que la mayoría de las veces no podamos entender lo que Él está haciendo. Es como si fuéramos niños tratando de entender las complejidades de la física cuántica.

¿Cree usted que es bueno darles a sus hijos todo lo que quieren? “Papá, quiero un dulce. No, mejor quiero una caja completa de dulces. Quiero estar saboreando un dulce en mi boca todo el día.” ¿Accedería usted a esa petición?

Me asombra el cuán rápido los niños aprenden la manipulación psicológica. “Papá, si realmente me amas, entonces dame una caja de dulces, y déjame saborearlos todo el día. Si no lo haces, entonces sabré que realmente no me amas.”

Mas precisamente, porque usted los ama y no quiere que tengan caries en sus dientecitos, les limita su consumo de dulces. Usted sabe que si consiente sus deseos, podrían destruir su salud; se llenarían de tanta azúcar que no querrán comer comida nutritiva.

Los niños, claro está, no entienden nada de caries y nutrición. Tuve una nieta de dos años que tenía opiniones fuertes acerca de la palabra “no.” Si le decía no, ella le decía que usted era cruel, sin importar el motivo. Cualquier “no” significaba crueldad para ella. Sin embargo, lo que ella deseaba, no siempre era bueno para ella. Ella no podía entender que algunas veces un “no” era debido al amor.

Ahora bien, magnifique esa situación un trillón de veces, y tendrá una leve idea de la situación que existe entre Dios y el hombre. Pensamos que ciertas cosas nos harán muy felices, y que si Dios realmente nos amara, cumpliría nuestros deseos; que Él me daría ese auto deportivo rojo para pasearme en el vecindario. Pero mientras hago tal petición, el Señor puede prever que el vehículo acabaría chocado contra un poste telefónico, con mi persona despedazada adentro. Así que Dios dice “no”. ¿Significa ese “no” una falta de amor de parte de Dios? Claro que no. Porque Él nos ama, no evita algunas veces decepcionarnos en aquellas cosas que creemos vitales. Otras veces, Dios nos quita las cosas de las que dependemos, para enseñarnos a confiar completamente en Él.

Cuando estamos decepcionados por un “no” de Dios, debemos recordar que los caminos de Dios no son nuestros caminos, y que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos. La Palabra nos dice que los caminos de Dios “son inescrutables.” (Romanos 11:33) Puede que no entendamos, y puede que no nos guste la respuesta que hemos recibido, pero podemos siempre confiar en que Dios está obrando Su mejor plan.

La Perspectiva Eterna

Mientras nuestros pensamientos se enfocan usualmente en nuestra comodidad presente, Dios siempre está pensando en nuestro bienestar eterno. Esto nos trae problemas a menudo, porque tenemos una visión muy corta.

Pedro dice que tenemos una dificultad enorme en ver cosas lejanas. (2 Pedro 1:9) Vemos sólo lo que está cerca y ahora, lo temporal; pero Dios ve lo eterno, y entiende el plan eterno que está obrando en nuestras vidas.

Muchos de los santos de antaño, cuyas vidas están plasmadas en la Biblia, tuvieron un viaje difícil; sufrieron grandes adversidades, y Dios probó su fe hasta el límite. Mientras

pasaban por tiempos duros, la Palabra de Dios dice que se sostuvieron como viendo al Invisible. (Hebreos 11:27) Uno lee las cosas que sufrieron y se pregunta: “¿Cómo pudieron soportar eso?” Pudieron porque habían adquirido la perspectiva eterna.

Así, pues, Moisés prefirió sufrir aflicción con el pueblo de Dios, antes que disfrutar por una temporada los placeres del pecado; porque fue lo suficientemente sensato como para considerar las consecuencias eternas. Moisés pudo haber sido conocido como el hijo de la hija del Faraón.

Él pudo haber disfrutado todos los lujos y excesos de la corte real de Egipto. Pero él prefirió mejor identificarse con el pueblo de Dios, porque se dio cuenta que todos los placeres terrenales tenían un fin.

Servir a Dios, en cambio, tiene valor eterno. Moisés sabía que Dios tenía una recompensa preparada para él. (Hebreos 11:25-26) Podía mirar a través del tiempo, y viendo el futuro, ver los beneficios ilimitados de vivir como un miembro del pueblo de Dios.

El apóstol Pablo atravesó tremendas adversidades: Recibió golpizas, fue apedreado, naufragó, fue azotado, sufrió encarcelamientos injustos; y aun así dijo: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria.” (2 corintios 4:17) ¿Ve el contraste? Esta aflicción es leve cuando usted la compara con el peso de gloria. Esta aflicción es sólo por un tiempo, pero trae una recompensa eterna.

Al mantener su mirada en lo eterno, usted encuentra el poder para soportar “como viendo al Invisible.” Pablo escribió: “No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” (2 corintios 4:18) Por eso el apóstol podía decir: “Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” (Romanos 8:18)

Yo no entiendo a menudo los caminos de Dios; pero sé que está obrando Sus propósitos eternos en mi vida a través de estas desilusiones y adversidades. El realizar que Dios me ama, y que trata conmigo desde una perspectiva eterna, me ha ayudado a encomendarle mis caminos a Él. Como nos dice el Salmista:

“Encomienda a Jehová tu camino, y confía en Él; y Él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía.” (Salmo 37:5-6)

Un día usted verá el valor de su situación. Puede que hoy se vea oscuro; tal vez no pueda ver lo que Dios está haciendo. Puede parecer que vivir una vida recta no vale la pena. Mientras usted les dice la verdad a sus clientes, el sujeto de la otra calle les

miente; y lo dejan a usted para comprarle a él. Usted sabe que ellos se van a desilusionar. Usted sabe que él no puede cumplir sus promesas. Pero, mientras tanto, usted sigue siendo honesto... y sigue perdiendo las ventas que él le quita.

Un día, sin embargo, a la luz de la eternidad de Dios, usted verá que la rectitud sí paga. Así que ¿cómo permanecerá firme en su fe mientras tanto? Encomiende a Jehová su camino y Él hará.

No Acuse a Dios

La Biblia nos dice: “De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.” (1 Pedro 4:19) Puede que usted esté sufriendo ahora mismo. Tal vez no puede conciliar su situación difícil con el amor de Dios. Tal vez tenga razones, desde un punto de vista lógico, para desafiar la obra del Señor, porque no le encuentra sentido. He oído a personas decir: “Dios me decepcionó realmente. Desapareció de mi situación. No le ha de importar lo que me pasa.” A veces las personas hacen acusaciones precipitadas contra Dios, simplemente porque no entienden el plan eterno que Dios está obrando.

En lugar de hacer acusaciones precipitadas contra Dios, encomiéndele su camino. Considere la posibilidad de que su sufrimiento es de acuerdo a la voluntad de Dios. Recuerde en medio de su dolor, que Él todavía es su fiel Creador. Los sufrimientos se acabarán un día, pero Él siempre permanecerá fiel. Dios lo ve, cuando a pesar de las adversidades, usted se mantiene firme en la fe. Y un día, pronto, lo recompensará.

Cuando Usted Enfrenta la Muerte

Puede que no entendamos lo que Dios está haciendo en nuestras vidas, pero a medida que la muerte se acerca, podemos tener una paz y seguridad que el mundo no puede entender. David escribió: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo.” (Salmo 23:4)

La presencia del Señor da un gran consuelo y fortaleza a la hora de la muerte. Alguien dijo que si usted quiere ver la prueba real del cristianismo, note el contraste entre cómo muere un cristiano y cómo muere un ateo.

A Voltaire, el ateo francés, le gustaba decir de Cristo: “Aplasta al infeliz.” Pero cuando estaba muriendo, gritó: “¡Más luz! ¡Más luz! ¡Más luz!” Su enfermera salió precipitadamente del cuarto, pálida y temblorosa, y juró que nunca más estaría

presente durante la muerte de un ateo. Ella pensó que Voltaire ya estaba viviendo las miserias del infierno aun antes de perder el conocimiento.

Goethe, el filósofo alemán, dijo: “Estoy a punto de hacer mi último viaje, un gran salto a la oscuridad.” Compare eso con lo que dijo el apóstol Pablo:

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.” (2 Timoteo 4:7-8)

Años antes Pablo escribió: “Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.” (Filipenses 1:21) Muchas personas viven según la filosofía de: “Coma, beba, y alégrese. Enfiéstese.” Ellos quieren vivir según esa filosofía, ¿pero querrán morir bajo esa filosofía? ¿Se ha preguntado alguna vez cómo responderá usted a la hora de enfrentar la muerte?

Un día, cuando vivíamos en Huntington Beach, vino a nuestra casa un veterano de la guerra de Corea que tenía trastornos mentales. Su familia asistía a nuestra iglesia. Y sabíamos de él, y sus problemas mentales. Mientras se acercaba a la puerta, Kay lo vio a través de la ventana y dijo: “Chuck, es él. No abras la puerta.”

“Tenemos que abrir la puerta”, le dije. “Él sabe que estamos aquí.”

“Pues bien, ten cuidado”, me advirtió. “Él está loco. Es capaz de sacar una pistola.”

Cuando abrí la puerta, él me dijo: “Chuck, quiero que venga al auto.”

Kay estaba detrás de la puerta susurrando: “¡No vayas! ¡Él está chiflado! ¡Te va a disparar!”

Mas yo tengo la filosofía de que a los débiles mentales hay que seguirles la corriente. Uno no quiere que ellos se enfurezcan. Si se les complace, muchas veces se mantienen calmados. Por lo general sólo atacan si uno los contradice.

Así que caminamos juntos hacia el carro, y él abrió la puerta del lado del pasajero. “Entre y siéntese”, me dijo. Y así lo hice. El caminó entonces hasta el lado del conductor, entró, se sentó, y sacó una pistola calibre .45. Yo podía ver los cartuchos en el tambor. Entonces, apuntándome al estómago, apretó el gatillo dos veces.

Inmediatamente pensé: “Estoy mirando a las puertas de la eternidad. Y estoy casado con una profetisa.” Pero yo no le tenía miedo a la muerte.

Él comenzó a reírse, y me dijo: “Usted habla mucho acerca de la muerte, y de estar con el Señor. Yo sólo quería ver cómo reaccionaría si estuviese de verdad cara a cara con

la muerte.” Se rió un poco más, y luego me explicó: “Le limé los pines para que no disparara. Usted pasó mi prueba.”

La vida de cada creyente está en las manos de Dios. Es por esa razón que se cita tanto el poema de David en los funerales cristianos: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo.”

Él Termina lo Que Comienza

Puede que usted se preocupe al pensar que alguna realidad desagradable en su vida significa que Dios se ha olvidado de usted. ¡Nada de eso! La Biblia insiste: “Jehová cumplirá su propósito en mí.” (Salmo 138:8) Dios nunca comienza algo que no tenga la intención de terminar. “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.” (Filipenses 1:6)

Si usted tiene fe salvadora en Jesucristo, es porque el Señor ha puesto esa fe en su corazón. Él lo ha llamado. Usted es uno de Sus escogidos. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8) Dios le dio el don de la fe para creer en Jesucristo. Él es Aquel que, por Su Espíritu, lo atrajo a Sí Mismo. ¡La salvación es del Señor! Por eso la Biblia llama a Jesucristo: “El autor y consumidor de la fe.” (Hebreos 12:2)

Algunas personas se confunden en esta área. Dicen: “Ore para que el Señor me ayude a permanecer hasta el fin.” Comparan su vida de fe con el perseverar en una maratón. ¿Ha visto alguna vez la maratón de Boston? Cada año miles de participantes ansiosos comienzan la carrera. Algunos corren dos cuerdas y luego se rinden, pero aun llevan la camiseta que proclama: “Yo corrí en la maratón de Boston.” Miles de personas comienzan esa carrera, pero son muchos menos los que la terminan.

Del mismo modo, muchas personas se lanzan a esta carrera de la vida eterna sin intención de terminarla. Mientras las cosas son emocionantes, ellos continúan. Son como la semilla que cayó en pedregales; puede que brote rápidamente, pero no tiene raíz. (Mateo 13:20-21) Cuando vienen los problemas, ellos se van. Construyen una casa religiosa sobre la arena, y cuando una fuerte tormenta azota, su casa se derrumba.

Mas si usted ha puesto sinceramente su fe en Jesucristo, no tiene que preocuparse por mantenerse firme hasta el final. El Señor lo llevará hasta la línea final. Él terminará lo que Él comenzó.

Manténgase Bajo el Chorro

Hace años, cuando comencé en el ministerio, sabía que no estaba preparado para pastorear una iglesia; por lo que salí como evangelista. Viajé a las montañas Ozark, y conduje algunas campañas en iglesias que todavía usaban el viejo himnario de Stamps-Baxter. A mí me gustaba ojear el himnario y leer los títulos de las canciones.

Todavía recuerdo un par de ellos. Un título era: "Dícelo Ahora; Ella No Podrá Leer Su Lápida Cuando Esté Muerta." Otro decía: "Él No Lo Obligará Ir En Contra De Su Voluntad, Él Solo Hará Que Esté Deseoso De Ir." Había otro título que decía: "Bajo El Chorro Por Donde Sale La Gloria."

Me gusta ese título, porque es esencialmente lo que Judas (el hermano de Jacobo), quiso decir cuando escribió en su epístola: "Conservaos en el amor de Dios." (Judas 1:21)

Debemos conservarnos bajo el chorro por donde sale la gloria. Consérvese en esa clase de relación de amor con Dios, creciente, en la cual Él puede hacer todas las cosas que tanto desea hacer por usted. Dios quiere bendecirlo. Dios quiere derramar Su amor en usted, aun cuando perezca que Él ¡se fue del edificio!

Así que ¿cómo puede permanecer firme en su fe? El viejo himnario todavía tiene la respuesta: Manténgase bajo el grifo por dónde sale la gloria.

Capítulo 19

¿Cómo Puedo Aprobar las Pruebas de Fe?

“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos.”

2 Corintios 13:5

¿Cuál el día menos favorito en la escuela? El viernes, porque generalmente es el día de pruebas. ¡Oh, cómo odiamos las pruebas!

¿Sabía usted que Dios también nos pone a prueba? Y no siempre nos sentimos contentos cuando lo hace.

“Sólo confía en Mí”, dice Dios.

“Bien, Señor, muéstrame lo que estás haciendo. Muéstrame por qué estoy pasando por esto. Permíteme entender, Señor.” No nos agrada el que nuestra fe sea probada, pero es necesario.

Pruebas De LA Realidad De Nuestra Fe

¿Por qué prueba Dios nuestra fe? Es tan fácil para nosotros decir ligeramente: “Le creo a Dios y creo Sus promesas. Confío en Dios.” Pero nuestras palabras no siempre concuerdan con la realidad. Hacemos grandes declaraciones acerca de nuestra fe, pero en realidad nuestra fe es débil, y ni siquiera lo sabemos. Así que Dios nos pone a prueba para revelar lo que hay en nuestros corazones.

Ahora bien, Dios no nos prueba para ver si nuestra fe es genuina. Él conoce la verdad de nuestra fe. Nosotros somos los que no la conocemos; porque nuestros corazones son “engañosos más que todas las cosas y perverso.” Pero Él también dijo: “Yo Jehová, pruebo el corazón.” (Jeremías 17:9-10) Dios me hace pasar por las pruebas para mostrarme la verdad acerca de mí mismo. Es importante que yo la conozca, no sea que me crea más fuerte de lo que realmente soy.

Cuando declaramos nuestra fe en Dios, Él pone a prueba nuestra fe. ¿Confiaría yo en Él si me despojara de mis bienes, o de mi familia? ¿Confío realmente en Dios? Dios permite que nuestra fe sea probada. Si bien estas pruebas vienen en muchas formas, el propósito de la prueba no es destruirlo, sino permitirle conocer la verdad acerca de

usted mismo; y descubrir la fortaleza que puede tener cuando pone su confianza totalmente en el Señor.

Cuando construyeron el trasbordador espacial, sabían que al reentrar en la atmósfera terrestre, la parte delantera del trasbordador estaría expuesta a extremos de calor y presión. Fue por ese motivo que diseñaron losas especiales para el extremo delantero del trasbordador. Estas losas le permitirían resistir el enorme calor y la presión. Al fabricarlas les hicieron toda clase de pruebas. El propósito no era destruirlas; sino probar si podrían resistir el calor y la presión de la reentrada.

Si siente como si estuviera en el fuego, sepa que su fe está siendo probada hasta el límite. Dios va a probarle algunas cosas a usted. Usted va a descubrir cuán grande (o pequeña) es su fe. Pedro dijo: “No os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese.” (1 Pedro 4:12)

Dios permite que pasemos por el fuego, pero Él nos da la promesa:

“Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás.” (Isaías 43:2)

Solíamos cantar: “¡Jesús, Jesús, cuánto confío en Él! ¡Cuánto lo he probado una y otra vez! ¡Jesús, Jesús, precioso Jesús! ¡O por gracia confiar más en Él!” 4 Él le dará esa gracia, pero Él también lo pondrá a prueba para que pueda descubrir qué tan genuina es la fe que usted profesa tener.

Pruebas Para el Crecimiento

Dios permite las pruebas, no solamente para revelarnos nuestros corazones, sino también para hacer crecer nuestra fe. De una prueba pequeña aprendemos cuán fiel es Dios; entonces cuando viene la siguiente prueba, tal vez una prueba mayor, recordamos cuán fielmente respondió por nosotros la última vez. De esta manera, nuestra fe aumenta. Con el tiempo crecemos a tal punto que ni siquiera los grandes problemas nos preocupan. En lugar de eso, decimos: “Dios ha sido fiel todo el tiempo. Él se encargará de esto también.”

En los primeros años de nuestro ministerio, Kay y yo pasamos por varias pruebas. La primera iglesia que pastoreamos nos pagaba un sueldo de quince dólares a la semana, y nosotros teníamos que pagar cuarenta y cinco dólares al mes por nuestro apartamento. Nunca sabíamos de dónde saldría la cena de cada noche. En ocasiones encontrábamos víveres que nos dejaban a la entrada del apartamento. A veces la gente nos llamaba y nos decían: “¿Les gustaría venir a cenar esta noche?”

Usualmente Dios proveía para la cena de la noche con lo que llegaba en el correo de la tarde. Íbamos a nuestra casilla de correos y encontrábamos un billete de cinco dólares o un cheque de diez dólares... lo suficiente como para comprar la comida de la cena. Era algo tan consistente, tan constante, que casi comenzamos a confiar en el correo. Una tarde, fuimos a la casilla de correo a buscar nuestro dinero para la cena; pero para nuestro desmayo, la caja estaba vacía. Regresamos a nuestro pequeño apartamento, vaciamos los bolsos de Kay, revisamos todos los bolsillos de mis pantalones y abrigo, y registramos todas las gavetas del armario: Encontramos treinta y siete centavos. Fuimos al mercado para ver qué tan nutritiva comida podríamos comprar con ese dinero. Nos sentimos realmente orgullosos de nosotros mismos, y asombrados de lo que se podía comprar con treinta y siete centavos cuando se tiene hambre de verdad.

En la caja registradora, el empleado sacó el total y dijo: "treinta y siete centavos." Saqué todos los centavos, y toda moneda que tuviéramos. Mientras nos dirigíamos a la puerta, él nos llamó: "Oigan, muchachos, vengan acá un minuto."

Regresamos, y entonces nos dijo: "Ustedes tienen esa iglesia pequeña en la otra calle. Mis hijos van a su escuela dominical y hace mucho que he querido hacer esto, algo que siempre se me olvida." Entonces metió la mano debajo del mostrador, y nos dio un certificado de comestibles por diez dólares.

"Amorcito" le dije, "ve al área donde venden la carne y escoge un par de bistecs." Era obvio que Dios nos estaba invitando a cenar esa noche, así que ¿por qué no comer bistec? ¡Él puede pagarlo!

Cuando miro mi vida y el desarrollo de mi andar espiritual, creo que esos seis meses que Kay y yo pasamos en Prescott, Arizona, fueron probablemente los seis meses más valiosos de nuestro ministerio. Allí aprendimos lecciones básicas de fe; y descubrimos la fidelidad de Dios; aprendimos a confiar en Dios para nuestro pan diario.

A través de las pruebas en las cosas pequeñas, descubrimos una y otra vez que Dios es fiel. Entonces comenzamos a darnos cuenta que, para Dios le es tan fácil proveer \$100 dólares como proveer \$5. Después nos percatamos que, a Él le resulta igual de fácil proveer \$1,000 como \$100. Las pruebas nos ayudan a descubrir la fidelidad de Dios... y nuestra fe aumenta.

Todos Somos Probados

El Señor prueba la fe de Sus hijos, aun la de los "héroes de la fe." Dios probó la fe de Abraham muchas veces, y de muchas formas; mas Abraham no siempre aprobó la prueba. Cada vez que falló, Dios le requirió que la volviera a tomar.

Abraham no tuvo una fe perfecta; sin embargo, Dios contabilizó su fe como justicia. Después de que Dios le prometiera “Tu descendencia será como las estrellas del cielo”, su esposa le dijo: “Toma a Agar, y levanta descendencia a través de ella.” Abraham siguió su consejo; y el hacerlo fue un lapso de fe.

De cierta manera, ese pensamiento me consuela, ya que mi fe tampoco es perfecta. Hay momentos en que, como Abraham, sé lo que Dios quiere hacer, pero por alguna razón pienso que Él realmente no puede lograrlo sin mi ayuda. Como resultado, me encuentro tratando de hacer, por mi propio ingenio, que se cumpla el deseo y el propósito de Dios; como que si Él no fuera capaz de hacerlo por Sí Mismo.

Al igual que Abraham, algunas veces me impaciento con Dios, y digo: “Él no obró dentro de mi tiempo. Él tenía dos semanas para hacerlo, y como Él no obró, creo, pues, que depende de mí. Ahora yo me encargaré, Dios. Yo completaré el trabajo.”

También tengo lapsos de fe en donde temo. Me da miedo lo que el enemigo pueda hacer; no confío plenamente en el poder preservador de Dios y Su gracia guardadora. Así que me consuela leer que Dios contó la fe de Abraham por justicia; aunque su fe estaba muy lejos de ser perfecta.

La Prueba Suprema

Llegó el tiempo cuando Abraham enfrentó la prueba suprema de fe; ya que cuando su hijo Isaac había crecido, cuando tenía quizás unos treinta años de edad, todavía soltero y sin hijos, Dios le pidió a Abraham que hiciera lo inconcebible:

“Abraham, quiero que tomes a tu hijo, tu único hijo, Isaac, el que tú amas. Quiero que me lo ofrezcas como holocausto en un monte que Yo te mostraré.” (Génesis 22:2)

Recuerde, Dios le había prometido a Abraham: “En Isaac te será llamada descendencia.” (Hebreos 11:18) Pero ahora Dios está diciendo: “Ofréceme a Isaac en holocausto en un monte que Yo te mostraré.” ¡Esa es la prueba suprema de fe!

¿Qué haría usted? ¿Qué pensaría? Abraham piensa: “Dios, Tú me has prometido que en Isaac me será llamada descendencia. Él no se ha casado y no tiene hijos. Yo sé que vas a cumplir Tu promesa. Pero ahora, Señor, me estás pidiendo que lo ofrezca como sacrificio. Aquí tienes un gran problema, Señor.”

No obstante, fiel a la instrucción de Dios, Abraham viajó durante tres días con Isaac y sus sirvientes, desde Hebrón hasta llegar al monte Moriah. Allí Abraham le dijo a sus sirvientes: “Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros.” (Génesis 22:5) Mientras Abraham subía con su

hijo por la ladera de la montaña, Isaac le dijo: “Papá, hemos olvidado el sacrificio.” Abraham contestó: “Hijo, Dios Se proveerá un sacrificio. En el monte de Jehová ha de verse.”

Cuando padre e hijo alcanzaron la cima del monte, Abraham ató a Isaac y lo puso en el altar. El libro de Hebreos nos dice que Abraham creyó que si era necesario, Dios levantaría a Isaac de los muertos para cumplir Su promesa. (Hebreos 11:19)

Dios estaba pintando un hermoso cuadro. Cuando dijo “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, y ofrécelo allí en holocausto en un monte que yo te diré” (Génesis 22:2), Él estaba presagiando lo que Juan escribiría unos siglos más tarde: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16) Dios sacrificó a Jesús, a quien Él amaba, por los pecados del mundo entero, muy cerca del lugar donde Abraham había construido su altar unos 2,000 años antes. Abraham llamó a aquel lugar Jehová Jireh, que quiere decir: “El Señor proveerá para Sí Mismo un sacrificio”; lo cual ciertamente hizo a través de Jesucristo.

¿Se ha dado cuenta que Dios permitió que Su Hijo unigénito, Jesucristo, fuese probado? Leemos que el Espíritu Santo llevó a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo. Jesús aprobó las pruebas, pero no sin antes enfrentar las misma clase de tentaciones que nosotros experimentamos: La tentación de tratar de ganar gloria y fama en el mundo, de atraer la atención hacia nosotros; de usar para nuestros propios fines egoístas los poderes que Dios nos podría dar. Se nos dice que Jesús fue tentado en todas las cosas, tal como nosotros somos tentados, sin embargo, Él no pecó (Hebreos 4:15). Y porque fue tentado, Él puede ayudarnos cuando somos tentados.

La fe de Job fue probada severamente cuando se le permitió a Satanás despojarlo de todo. Habiendo perdido su fortuna, su familia, y sus amigos, Job se postró sobre su rostro y dijo: “Jehová dio, y Jehová quitó. Bendito sea el nombre de Jehová.” (Job 1:21) Job aprobó la prueba.

El compromiso de José con la pureza fue probado cuando estaba sirviendo a Potifar en Egipto. Su esposa se enamoró de José, trató de seducirlo, y diariamente lo puso bajo presión para que entrara en una relación ilícita. Su pureza fue probada severamente, pero José pasó la prueba.

Su fe será probada también. Y por la gracia, al confiar en Dios y Sus promesas, usted también puede pasar exitosamente la prueba.

Gozo En la Prueba

¿Qué clase de actitud deberíamos mostrar en tiempos de prueba? La Escritura nos dice: “Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas.” (Santiago 1:2)

Cuando estoy pasando por una prueba, con frecuencia me termino quejando. Hallo difícil el poder decir: “Oh, alabado sea el Señor por esta prueba difícilísima que estoy pasando. Estoy tan contento de ser probado con tanta severidad.” Decir eso no me resulta nada fácil. Sin embargo, eso es algo que la Biblia me exhorta a hacer.

Si nos regocijamos sólo cuando ganamos la lotería, ¿en qué nos diferenciamos de las demás personas? Observe lo que sucede en la televisión cuando dicen: “¡Ha ganado!” Vemos a las personas gritando, dando alaridos y saltos de alegría. ¿Qué hay de especial en eso? Cualquiera puede regocijarse cuando se es ganador. Tener gozo en tiempos de victoria, de prosperidad, y de bendición, no es ningún testimonio. Jesús dijo que no es nada del otro mundo amar a los que nos aman; los impíos hacen eso. Jesús sugiere que usted debe hacer más, debido a lo que Él ha hecho por usted. De tal manera, pues, Pedro escribió:

“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.” (1 Pedro 4:12-13)

Una vez más, recibimos instrucciones de gozarnos al considerar el efecto de las pruebas de Dios. Pedro no sólo escribió sobre esto, él lo vivió.

Cuando Pedro y algunos de los apóstoles fueron arrestados por predicar a Jesús, los magistrados judíos no sabían qué hacer con ellos. Ya habían amenazado a los apóstoles anteriormente, con graves consecuencias, si no dejaban de predicar a Cristo. Sin embargo, ellos siguieron haciéndolo.

Después, el concilio les ordenó a los apóstoles no hablar más en el nombre de Jesús; y los mandaron a azotar. ¿Cómo respondieron ellos? “Salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre.” (Hechos 5:41) Jesús les dijo a Sus discípulos:

“Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos.” (Lucas 6:22-23)

Jesús nos dice que nos gocemos, y saltemos de alegría, cuando seamos odiados o rechazados por nuestro testimonio de Jesucristo. Gócese, porque tienen una gran

recompensa en los cielos. El gozo viene al mirar más allá de la prueba, hacia el fruto y resultado que viene.

Algunos dicen que debemos gozarnos por todo; pero eso ¡es absurdo! Muchas cosas en este mundo nos quiebran el corazón. No puedo gozarme por toda la corrupción y pecado que hay. Me entristece la calamidad que trae consigo. Cuando Jesús previó el desastre que vendría sobre Jerusalén, Él lloró, sabiendo que los niños serían lanzados y despedazados en las calles. De la misma manera, me causa gran dolor la perversión que vemos en nuestra sociedad torcida, la cual está totalmente fuera del orden de Dios.

Dios no nos reprime nuestras emociones naturales, ni pretende que seamos estoicos y sin sentimientos. La tristeza es natural, y no debemos sentirnos culpables si lloramos por la pérdida de un ser querido, o gemimos en medio de una adversidad. Pero no lloramos como aquellos que no tienen esperanza; y no nos entristecemos indefinidamente. Nos afligimos por un tiempo. Pedro escribió: “Aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, sois afligidos en diversas pruebas.” (1 Pedro 1:6)

Este “poco de tiempo” contrasta con nuestra herencia que es incorruptible, incontaminada, que no se marchita y está reservada en los cielos para nosotros. Ése es el gozo eterno que se nos ha prometido a través de Cristo Jesús. Mientras tanto, como dijo Pablo en el capítulo cinco de la segunda carta a los corintios:

“Nosotros que estamos en estos cuerpos gemimos frecuentemente, deseando grandemente ser liberados de este cuerpo, no para ser un espíritu desnudo, sino para ser vestido con el cuerpo que proviene del cielo.” (2 Corintios 5:1-4)

Debido a la esperanza que tenemos, podemos mirar más allá de la gran pesadumbre que podemos estar sintiendo y decir: “¡Oh, bendito sea Dios! Uno de estos días voy a quedar libre de las limitaciones de este cuerpo viejo y corrupto; y moraré con Dios para siempre.”

El Resultado de la Prueba

Se nos dice que la prueba da como resultado la paciencia: “Sabido que la prueba de vuestra fe produce paciencia.” (Santiago 1:3) Pablo escribió: “Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia.” (Romanos 5:3)

Yo no soy siempre paciente; quiero que las cosas se hagan de inmediato, preferentemente antes del mediodía. Pero la Escritura nos exhorta a esperar pacientemente en el Señor.

Mientras Juan el Bautista estaba en prisión, se impacientó un poco con Jesús; por lo que envió a sus discípulos con una pregunta al Señor: “¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?” (Lucas 7:20) Al igual que Juan, nosotros también podemos impacientarnos cuando parece que Dios no tiene prisa en cumplir Sus propósitos. Santiago dice:

“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca.” (Santiago 5:7-8)

Yo me impaciento esperando la venida del Señor. Miro al mundo y pienso en mis nietos, quienes están creciendo en tal decadencia. Así que digo: “Oh, Jesús, ven pronto.” Pero Santiago dijo: “Tened paciencia, afirmad vuestros corazones.”

En el libro de Apocalipsis, Jesús dijo: “Ciertamente vengo en breve.” Juan respondió: “Amén; sí, ven, Señor Jesús.” (Apocalipsis 22:20) Me uno con Juan: “Ven pronto, Señor Jesús.” David dijo: “Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová.” (Salmo 27:14) Lo hallo difícil, pero necesario; porque cada vez que no espero, cada vez que decido tomar las cosas por mi cuenta, causo siempre un desastre mayor. Es por esa razón que Santiago escribió: “Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.” (Santiago 1:4)

El propósito primordial de Dios en estas pruebas, es llevarlo a la madurez espiritual, y a una relación con Él donde usted descubra Su fidelidad en todas sus circunstancias.

Si usted está pasando por una prueba fuerte, y ha estado llamando a sus amigos para desahogarse en sus aflicciones, el Señor le dice: “Tenedlo por sumo gozo.” Con Su ayuda, usted puede apartar la mirada de la prueba, enfocándose, en cambio, en la madurez que Dios obrará en usted. ¡Regocíjese en la esperanza que tiene en Cristo Jesús!

PRUEBA “Preciosa”

Pedro, el pescador rudo y tosco que estaba listo para pelear al momento, mostró en sus escritos un verdadero afecto por el término “precioso”. Él usa esta palabra en 1 Pedro 1:19 para describir la sangre de Cristo; y en 1 Pedro 2:6 al referirse a la piedra del ángulo, la cuál es Jesús. En 1 Pedro 3:4 nos dice que un espíritu tierno y sereno, es precioso delante de Dios.

“En lo cual os regocijáis grandemente, aunque ahora, por un poco de tiempo si es necesario, seáis afligidos con diversas pruebas, para que la prueba de vuestra fe, más preciosa que el oro que perece, aunque probado por fuego, sea hallada que resulta en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo.” (1 Pedro 1:6-7)

El oro es conocido como un metal precioso por su rareza y su gran valor. Pero la prueba de su fe es “más preciosa que el oro que perece.” El oro perecerá; pero la herencia que usted tiene es incorruptible, incontaminada, y nunca se marchitará. La prueba de su fe, ahora, es importante para su crecimiento y desarrollo.

Un atleta somete su cuerpo a un régimen de tremendo rigor y ejercicio, especialmente si está entrenando para las Olimpiadas. Corre hasta que le duele, y aún después continúa corriendo. Presiona su cuerpo, no para destruirlo, sino para desarrollar músculos y resistencia.

Cuando le vengan pruebas y tribulaciones, entréñese para verlas como herramientas en las manos de Dios para fortalecer su fe, para aumentar su resistencia y llevarlo a la madurez. Aprenda a ver esos tiempos de prueba como los instrumentos preciosos que son.

La Prueba Nos Purifica

El oro debe resistir una prueba de fuego para eliminar la escoria que contiene. A medida que el oro se funde con el calor, el orfebre va retirando la escoria que sube a la superficie líquida. Y no retira el oro del calor hasta que pueda ver su propio reflejo en su superficie. Cuando eso ocurre, él sabe que, en ese momento, el oro ya está puro.

¿Ve el paralelo espiritual? Dios quiere ver Su rostro reflejado en usted. Esto sólo ocurre cuando usted es purificado. Así que Dios pone fuego bajo su fe, para que esa escoria que hay en usted, la basura incrustada en la naturaleza pecaminosa, pueda liberarse y salir a la superficie.

¿Por qué es tan importante que la escoria sea quitada de su vida? Porque Dios lo creó a usted para que resulte en alabanza, gloria y honor a Él (1 Pedro 1:7). Cuando miro a mis hijos y los veo comprometidos con el Señor Jesucristo, amándolo y sirviéndolo, me siento tan bien por adentro; y digo: “¡Qué bien!” Dios quiere poder mirarlo a usted y decir: “¡Qué Bien!”

Cuando el Señor ve su amor, devoción y compromiso hacia Él, Él recibe gloria de su vida y obediencia. Como dijo Pablo, usted se convierte en un trofeo “para la alabanza de la gloria de Su gracia.” (Efesios 1:6) Ése es su propósito principal.

Vivimos en uno de los períodos más emocionantes de la historia del hombre. Pero también es uno de los más difíciles de la historia, difíciles para vivir una vida cristiana verdaderamente dedicada y comprometida. Dudo que las influencias mundanas hayan sido alguna vez tan fuertes. Creo que es más difícil vivir para Jesucristo ahora que en los días en que los cristianos eran usados para alimentar a los leones. Muchos de nosotros tenemos la clase de compromiso y tenacidad que se necesita para morir por Jesucristo, pero, ¿seremos capaces de vivir para Jesús en una era tan degenerada y corrupta?

Jesús lo cuestionó. “¿Cuándo el Hijo del Hombre venga, hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8) Vivir en una era de materialismo y opulencia no le ayuda a nadie a vivir una vida cristiana dedicada y comprometida.

Al hablar de los últimos días, Jesús dijo: “Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará.” (Mateo 24:12) Vemos hombres cayendo cada vez más bajo en la putrefacción moral, hundiéndose más en una depravación inimaginable. En esta era decadente, cuando vienen tantas presiones sobre nosotros para que bajemos nuestro estándar, no es fácil mantener el alto estándar requerido por la Palabra de Dios.

Es por esa razón que Dios prueba su fe. Agradezca, pues, a Dios por las pruebas; no sea que "en su venida nos alejemos de él avergonzados." (1 Juan 2:28) Él viene cuando no pensamos que lo hará. Puede que venga en el instante en que usted finalmente ceda a la debilidad de su carne, y decida hacer aquello que sabe que está mal. Y qué vergüenza pasará cuando Él aparezca. Usted necesita permanecer firme en estos días si quiere ser hallado para “alabanza, gloria y honra cuando Jesucristo sea manifestado.” (1 Pedro 1:7)

4 “Es tan dulce confiar en Jesús” Letra de Louisa M.R. Stead, 1882.

Capítulo 20

¿Cómo Puedo Crecer En Fe?

“Y los apóstoles le dijeron al Señor: “Aumenta nuestra fe.” ”

Lucas 17:5

Pasé dos miserables años de mi vida en Corona, California, tratando de pastorear una iglesia llena de personas malhumoradas y desconfiadas, que estaban convencidas que el Señor nunca podría bendecir esa iglesia. En aquel entonces yo era joven, fuerte, y ambicioso; y tenía el pelo rizado. Pero ellos no estaban impresionados. Le di a esa congregación mis mejores esfuerzos y mis mejores años.

Comenzamos en esa pequeña iglesia con cincuenta y siete personas, y después de dos años de mis mejores esfuerzos, terminamos con veinticinco. Yo la considero como mi experiencia en el desierto, un tiempo en el que comencé a dudar si Dios realmente me había llamado al ministerio.

Mientras estábamos en Corona, conocí a una pareja interesante en el supermercado Alfa Beta, donde yo trabajaba. Cada vez que la esposa llegaba a la caja registradora, se veía siempre agradable y muy feliz. Un día le dije: “Usted debe ser cristiana.”

Se le iluminó el rostro y dijo: “Sí, lo soy. ¿Es usted cristiano?”

“Sí. Pastoreo una iglesia en la otra cuadra.”

“Oh, nosotros vamos a una iglesia en Mira Loma”, me dijo. Con el tiempo conocí también a su marido, cuya madre había empezado a ir a nuestra iglesia. Sin embargo, esta pareja nunca visitó nuestra iglesia porque no querían romper sus lazos con la iglesia de Mira Loma.

Después de dos años, Kay y yo nos desanimamos tanto en esa pequeña iglesia que pastoreábamos, que nos fuimos de la ciudad de Corona. No podíamos soportarlo más. Fue tan desalentador que de hecho dejé el ministerio por un tiempo, antes de pastorear otra iglesia en la ciudad de Huntington Beach.

Serví al Señor durante quince años en una denominación, pero de nuevo, me encontraba en una encrucijada. Estaba cansado de las maniobras políticas, listo para abandonar el ministerio otra vez. Por esos días, la pareja que habíamos conocido en

Corona nos invitó a comenzar un estudio bíblico los martes en la noche en su casa. Dios lo bendijo, y el grupo creció.

El marido dijo entonces: “Mira, estamos siendo bien alimentados con la palabra. Dios nos está bendiciendo tremendamente. Necesitamos alcanzar a otros. Formemos una corporación, y te ponemos en la radio por quince minutos cada mañana en la emisora KREL de Corona.” Fuimos, pues, a la radio, y empezamos a darle publicidad a nuestro estudio bíblico de los martes en la noche; proporcionando la dirección de la reunión.

El martes siguiente, en la noche, no pude encontrar un lugar en todo el vecindario para estacionar mi carro. Me dije a mí mismo: “Espero que la gente no se desanime a venir por tener que estacionar hasta un par de cuadras de aquí.” Cuando me acerqué a la casa, vi personas afuera de pie, tratando de entrar. “¿Qué pasa?”, pregunté, pensando que tal vez había ocurrido un accidente u otra cosa.

“Va a haber un estudio bíblico aquí esta noche”, me contestaron.

Pensé entonces que sería mejor mudarnos al salón de la Legión Americana. Así que, eventualmente nos mudamos. Continuamos creciendo, y pronto tuvimos que mudarnos otra vez. Esta vez al Club de Mujeres. Por fin me encontraba haciendo lo que siempre había querido hacer, pastorear una iglesia independiente. Al reunir Dios un cuerpo de creyentes dedicados y comprometidos, compensó en un año hermoso los dos años malos que habíamos experimentado anteriormente en Corona.

Mientras todo esto ocurría, unas personas que había conocido años atrás, se me acercaron diciendo: “Chuck, necesitamos un pastor en nuestra iglesia, Calvary Chapel en Costa Mesa. ¿Te interesaría?”

“Sí, cómo no”, les contesté.

Cuando fui a casa y se lo dije a mi esposa, ella dijo: “¿Por qué dejarías una iglesia creciente? ¿Por qué dejarías a toda esta gente que te ama? Por primera vez en tu vida Dios está bendiciendo realmente tu ministerio. ¿Por qué dejarías esta gente para ir a Costa Mesa? Aquella es más pequeña, y hay divisiones. ¿Por qué quieres ir allá?”

Kay decidió hablar con un psiquiatra en nuestra iglesia. “Lleve a Chuck a almorzar y averigüe qué le pasa. Él ha estado trabajando demasiado.” Además de pastorear la iglesia, daba clases en una escuela secundaria; y acabábamos de comprar una casa nueva, lo cual trajo muchos proyectos extra consigo.

El psiquiatra me llevó a almorzar y me dijo: “Cuéntame acerca de tu madre. ¿La amabas? ¿Cómo era tu relación con ella?” Luego procedió a hacer un montón de preguntas acerca de mi infancia.

Mi esposa y yo no podíamos discutir el tema. Yo sentía el llamado de Dios de ir a Costa Mesa, y ella de igual modo estaba convencida que Dios no me llamaría a hacer algo así.

Una tarde, después de hablar nuevamente con el amigo que me había contactado para lo de Costa Mesa, comencé a orar mientras manejaba de regreso a casa. “Dios, ayúdame. No sé qué hacer. Siento que debo ir para esta otra iglesia, pero no quiero contrariar a Kay...”

Cuando llegué a casa, Kay me recibió en la puerta; algo que nunca hace. Me pude dar cuenta que había estado llorando. Pensé que algo le había ocurrido a uno de los niños. “¿Cuál fue?”, le pregunté. “¿Qué pasó?” “Los niños están bien”, me respondió. “Todos están dormidos.”

“¿Qué pasa entonces?”

“He estado orando y Dios me ha hablado”, contestó.

“¿Y qué te dijo?”

“Chuck, Dios dijo que tengo que someterme a ti, aun cuando yo crea que tú estás loco. Dios me dijo que tú eres el pastor. Es tu ministerio y yo debo someterme a ti.”

“Ay, Cariño, eso es grandioso, porque esta noche volví a hablar con Floyd y...”

“¡Shhh!”, dijo. “No digas nada. No quiero hablar de eso. No quiero saber nada acerca de eso. En este momento sólo estoy lista para someterme. No estoy lista para mudarme.”

Así fue como terminamos en Calvary Chapel Costa Mesa. Y Dios ha bendecido. Él permitió que yo diera dos de los mejores años de mi vida a una pequeña congregación agonizante que menguó durante mi ministerio, sólo para mostrarme que no tiene nada que ver conmigo. No es mi ingenio, mis capacidades o mi personalidad. No es nada que haya en mí. Es Dios el que hace la obra, cuando Él está listo, y cuando Él quiere.

Cuando veo el crecimiento maravilloso que hemos experimentado en Calvary Chapel, no tengo más que decir que: “Todo esto es la obra de Dios.” No puedo atribuirme el mérito de nada. Descubrí que aun estando al máximo de mis habilidades y mis esfuerzos, lo mejor que podía hacer era reducir una congregación de cincuenta y siete personas a veinticinco. Dios da el crecimiento, ya sea en una iglesia o en la vida de fe de un creyente. Él espera que cooperemos con Él, claro está, pero cualquier crecimiento que ocurre proviene únicamente del Señor.

Las Muchas Caras de una Fe Inadecuada

Dios le da a cada creyente una medida de fe, pero Él quiere ayudarnos a desarrollar una fe firme, que no es tambaleante. Antes de explorar eso, quizás sería de ayuda saber cómo es la fe inmadura.

Si usted observa cómo viven algunos creyentes, podrá darse cuenta que algo les falta a su fe. Si ellos verdaderamente creyeran la Biblia, no llevarían la vida carnal que llevan. Su comportamiento revela su falta de fe en varias formas.

En primer lugar, mientras la Biblia dice que el temor de Jehová es el principio de la sabiduría, también declara que el temor de Jehová es aborrecer el mal. (Proverbios 9:10; 8:13) Algunos hombres y mujeres profesan fe en Cristo pero no aborrecen el mal. Ellos acarician la maldad en sus vidas, y hasta muestran una atracción hacia ella.

En segundo lugar, su falta de fe se manifiesta en su compromiso a medias con las cosas del Señor. Si les conviene, y no interfiere con sus otros planes, entonces sirven a Dios. El Señor no está al tope en su lista de prioridades.

En tercer lugar, si esos creyentes tuvieran una fe total en la Palabra de Dios, testificarían de Jesucristo con más denuedo, pues se darían cuenta que los que no tienen a Cristo van destino a una eternidad sin Dios. Su anhelo por ver a los perdidos venir a Jesucristo superaría su timidez o sentimientos de ineptitud.

En cuarto lugar, su carencia de fe se manifiesta en la forma en que manejan sus problemas. La desesperación que a menudo muestran revela una gran falta de fe. Algunas personas vienen a nosotros casi histéricos. No confían en que Dios está en control. Viven con un miedo y una ansiedad constantes, en lugar de vivir con la confianza plena que viene a través de una fe madura y robusta.

Todos esos creyentes inmaduros necesitan madurar y perfeccionar su fe. ¿Cómo hace Dios, exactamente, para que eso ocurra?

Perfeccionando Su Fe

El apóstol Pablo tenía gran preocupación por la fe de los recién convertidos en Tesalónica. Había predicado que Jesús era el Mesías, y muchos habían creído por su testimonio. Pero al poco tiempo de haber estado en Tesalónica, se desató una feroz e implacable persecución contra la fe cristiana, causando que se largara de inmediato. Sus amigos le ayudaron a salir encubierto del pueblo; aun cuando su trabajo en aquella iglesia estaba lejos de ser completado. Aunque muchos tesalonicenses habían

profesado fe salvadora en Jesús, Pablo tuvo poco tiempo para afirmarlos en su creciente andar con Cristo.

Debido a eso, poco tiempo después de dejar su ciudad, Pablo les escribió a los tesalonicenses diciéndoles que había estado orando fervientemente, noche y día, para poder ver sus rostros, y así también poder “completar” lo que faltara a su fe. (1 Tesalonicenses 3:10) Pablo no podía dejar de pensar en los recién convertidos que había dejado atrás repentinamente. Le preocupaba tan profundamente su bienestar espiritual, que le dio a su protegido, Timoteo, las siguientes instrucciones: “Regresa a Tesalónica y ánimoles. Consuélales y afírmales en la fe. Y luego, por favor, regresa a mí e infórmame lo que has visto.”

Recuerde, esos hombres y mujeres eran a penas bebés en Cristo. Pablo temía que la persecución feroz pudiera desalentarlos y motivarlos a dejar el camino de Jesús. Así que en su carta, el apóstol les recuerda a sus amigos que su vida había sido destinada a tribulación. “Les dije que la persecución parece ser la porción de mi ministerio”, dijo. “A donde quiera que voy y ministro, surgen los problemas.”

Pablo sabía eso de su ministerio desde que comenzó su vida en Jesús. Después de su conversión camino a Damasco, estuvo ciego por varios días. Sus amigos tuvieron que guiarlo a la ciudad, donde permaneció recluso. Finalmente, el Señor le habló a Ananías, un discípulo en Damasco. “Ananías”, le dijo, “ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo. Él está orando.”

Ananías apenas podía creer las instrucciones del Señor. “Señor”, respondió, “¿estás seguro? He oído de este tipo, Saulo; que causa gran caos dentro de la iglesia en Jerusalén; y ahora ha venido a Damasco para arrestar ¡a todos los que invocan tu nombre!”

El Señor contestó: “Instrumento escogido me es éste, y yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.” (Hechos 9:11-16) El Señor no dijo: “Saulo, quiero que me sigas, y todo va a ser color de rosas.” En lugar de eso, dijo: “Quiero que me sigas. Vas a ser golpeado. Vas a ser apedreado. Vas a naufragar. Vas a pasar por toda clase de adversidades. Pero los sufrimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que tendrás cuando estés conmigo.”

De esa manera Pablo les recordó a sus amigos tesalonicenses que Dios lo había llamado a él a pasar por tribulaciones; y ahora esa tribulación prometida había llegado. Ellos mismos la habían experimentado. Pablo sabía cómo lidiar con la persecución, pero no sabía si estos nuevos creyentes la podrían resistir.

Cuando Timoteo regresó adonde Pablo, después de su visita a Tesalónica, reportó que los miembros de la joven iglesia continuaban creciendo en su fe, y en su amor por

Cristo. ¡Qué consuelo sintió Pablo después de escuchar ese reporte positivo! Lo cual confirmó que su trabajo no había sido en vano.

¡Ah, cómo les encanta a los pastores y misioneros oír esos buenos informes! El apóstol Juan escribió en una ocasión: “No tengo mayor gozo que saber que mis hijos andan en la verdad.” (3 Juan 1:4) El mayor gozo de un pastor es saber que aquellos a quienes él ha estado ministrando, aquellos a quienes les ha dado su vida, caminan en la verdad. En contraste, no hay mayor pesar que cuando aquellos a quienes él ha ministrado, con quienes ha orado, por quienes ha llorado y se ha preocupado tanto, se apartan de la verdad yendo tras el error. Sé, por experiencia personal, cuán difícil y agonizante puede ser esa experiencia.

Cuánto ánimo debió sentir Pablo al saber que aquellos a quienes él les había estado ministrando en Tesalónica, estaban avanzando en la fe. Pablo le dio gracias a Dios por eso. Aun así, deseaba ardientemente regresar adonde ellos para “perfeccionarles” su fe.

Orando por Crecimiento

¿Cómo aumenta la fe? Una vía es a través de la oración.

Pablo quería que los tesalonicenses supieran que él estaba orando constantemente por ellos. Primero oró para poder ver sus rostros. “Quiero verles otra vez.” Él les había dejado tan abruptamente que probablemente no tuvo tiempo de decir adiós. A Pablo le preocupaba que se pudieran sentir como niños abandonados, y deseaba verles de nuevo.

Los hombres y mujeres crecen en fe cuando sus vidas interactúan continuamente una con la otra. “Hierro con hierro se afila; y así el hombre aguza el rostro de su amigo.” (Proverbios 27:17) La fe crece mejor en el terreno de amistades afectuosas y fieles. Pablo quería que sus amigos supieran que él no se había olvidado de ellos, que de hecho se preocupaba por ellos profundamente.

En segundo lugar, Pablo les dijo a sus amigos que quería estar con ellos para completar lo que les faltaba en su fe. Lo que les estaba diciendo, básicamente, era: “No estuve allí el tiempo suficiente para cimentarlos bien en la fe, para establecerlos completamente en su andar.” Cuando los tesalonicenses se percataron de cuánto Pablo, su “padre en la fe”, estaba dispuesto a arriesgar, regresando a una ciudad que había sido tan hostil hacia él y hacia su mensaje del evangelio, les animó a tomar su fe en serio.

¿Cómo se Perfecciona la Fe?

Usted tendría dudas de alguien, que a pesar de que nunca lo ha visto antes, le pide prestado \$100, diciéndole: “Sólo confía en mí”. Y con razón tendría dudas de esa persona. Pero si un buen amigo le dijere eso, no lo dudaría. Es fácil confiar en alguien que ha demostrado ser fiel.

Pablo nos dice en Romanos 10:17 que: “La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios.” La Biblia demuestra que la fidelidad de Dios acompaña a aquellos que ponen su confianza totalmente en Él. En el libro de Hebreos leemos acerca de quienes, poniendo su fe en Dios, conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, escaparon del filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Mujeres de fe recibieron sus muertos mediante resurrección. (Hebreos 11:33-35) Muchas historias épicas del Antiguo Testamento declaran la fidelidad de Dios librando a Su pueblo de las circunstancias más adversas, todo porque pusieron su confianza en Dios. Y cuando leemos y meditamos en estos ejemplos, nuestra propia fe aumenta.

En cierta ocasión Jesús dijo la parábola de un sembrador. Él describió las cuatro clases de terreno donde la semilla cayó. Dentro de cada semilla hay un ADN codificado, el diseño por el cual la planta original se puede reproducir. Toda la información necesaria para echar raíces hacia abajo, para que la planta brote, para que desarrolle el tipo de hojas que la nutrirán, si serán caducas o perennes, toda esa información pertinente está codificada en el ADN. ¡Qué increíble que toda esta información esté en un pedacito diminuto de ADN! Así que piense en las implicaciones de cuando Jesús le dijo a Sus discípulos: “La semilla es la Palabra de Dios.” (Lucas 8:11)

Codificado en la Palabra de Dios está todo lo que usted necesita para reproducir a Cristo en usted. Todo está ahí, en la Biblia, cuando usted la lee. Dotada de poder por el Espíritu de Dios, a través de la fe, tiene el poder para transformarlo. Dios dijo: “Mi palabra no volverá a mí vacía, cumplirá los propósitos para los cuales la envié.” (Isaías 55:11) A medida que usted lee la Palabra de Dios en fe, ésta obrará en usted para reproducir a Cristo en usted.

Pedro escribió que hemos “nacido de nuevo, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.” (1 Pedro 1:23). Nacemos de nuevo y recibimos vida nueva cuando la Palabra de Dios es plantada firmemente en nuestros corazones. Nuestra fe aumenta a medida que crecemos en un conocimiento vivo de la Palabra de Dios, y ponemos en práctica diariamente esa Palabra de Dios.

De igual manera, Pablo le dijo a sus amigos en Tesalónica: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes.” (1 Tesalonicenses 2:13)

La Palabra de Dios obrará eficazmente en todo el que cree. Por la Palabra de Dios su fe se perfeccionará, aumentará, y se completará. Por eso me dedico a enseñar la Palabra de Dios, porque sé que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios.

Él Señor le bendice, y aumenta su fe, cuando usted pasa tiempo con Él en Su Palabra. Y cuando su fe crece, usted adquiere una mayor confianza en Él; lo cual le ayuda a disipar sus ansiedades y temores. Si usted quiere que su fe crezca, entonces debe pasar tiempo en la Palabra de Dios, la Biblia. Si bien usted puede hacer muchas otras cosas para que su fe aumente, simplemente no hay nada que sustituya la Palabra de Dios. Recuerde, es siempre Dios el que da el crecimiento espiritual, y Su herramienta principal es Su Palabra.

Pida Ayuda

Un día Jesús les habló a Sus discípulos acerca del perdón. “Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale.” (Lucas 17:3-4)

Los discípulos hallaron muy difícil recibir esa instrucción de Jesús: “¿Quiere decir que siete veces al día debo perdonar a la misma persona por la misma ofensa?” Sacudieron sus cabezas y dijeron: “Señor, auméntanos la fe.” (Lucas 17:5) Se dieron cuenta que: “¡No puedo hacer eso! No tengo la capacidad.”

Yo tampoco la tengo. Cuando alguien me hiere, lo más probable es que le diga: “¡Mira, eso no es correcto!”

Y si la persona me dice: “Lo siento, hermano”, lo perdonaré fácilmente.

Pero si la persona da la vuelta y hace lo mismo otra vez, le digo: “¡Oiga, espere un minuto!” ¿Y qué cuando ocurre la tercera, cuarta o quinta vez? Cuando ha llegado a la séptima ofensa, yo ya estoy listo para golpear a ese tipo. No quiero perdonar.

Los discípulos se dieron cuenta que no tenían la capacidad de perdonar que Jesús requería. Al menos fueron honestos al respecto. “Ayúdanos, Señor”, dijeron. “No

podemos hacer esto solos. Por favor, aumentanos la fe.” Sintiendo que carecían seriamente de fe, tuvieron la sensatez de pedirle más fe a Jesús.

¿Siente usted la necesidad de tener una fe más fuerte? Si es así, siga el ejemplo de los discípulos; pídale a Él que se la aumente. Agradézcale porque Él le ha dado a cada hombre y mujer una medida de fe, y luego pídale que aumente la medida que le da. Pídale que perfeccione lo que pueda estarle faltando a su fe.

Gente Común

Cada vez que leemos acerca de hombres como el profeta Elías, tenemos la tendencia a pensar que eran especiales. Los vemos como personas diferentes a nosotros. Pensamos: “esos eran hombres de una verdadera fe... instrumentos especiales de Dios.” Pero Santiago nos dice que Elías fue un hombre tal como nosotros; un hombre común, ordinario. (Santiago 5:17)

Es cierto que Elías tuvo tremendas victorias, pero también tuvo grandes temores. Él se desanimó, tal como nos ocurre a nosotros. En ocasiones huyó de sus problemas, como cuando huyó de Jezabel porque temió por su vida. Elías no tuvo un historial perfecto. Él fue simplemente un hombre que creyó y confió en Dios; y Dios lo usó. Usted tiene igual potencial que Elías, o que cualquier otro de los grandes de la Biblia. Si usted coopera con Dios para que aumente su fe, se asombrará de lo que hará a través suya.

Hace muchos años en Goroka, Papua Nueva Guinea, conocí a una joven nativa que había fundado una escuela para unos 700 niños. En su manera muy suave y tranquila, me compartió cómo el Señor la había guiado a abrir la escuela. Me contó acerca de la ocasión en que el jefe de la aldea había muerto. Cuando los aldeanos le pidieron que orara por él, Dios lo resucitó. Ella también me dijo que muchos ciegos, por los cuales había orado, habían recobrado su vista por el poder de Dios. Su testimonio me conmovió tanto que quería regresar a casa, agarrar a nuestro camarógrafo, y llevarlo conmigo de vuelta a la aldea para filmar su historia. Pensé: “Esto es de lo más poderoso que haya oído en toda mi vida.” ¡Cómo el poder de Dios ha obrado a través de esta suave y tranquila muchacha!

¿Pero por qué habría de asombrarnos eso? A Dios le gusta usar a personas comunes, y hacerlas personas de fe extraordinaria. Dios escoge personas ordinarias porque tienen poco interés en obtener gloria para sí mismos. Simplemente reconocen que Dios está haciendo la obra, y le dan toda la gloria a Él.

Un Dios Fiel

Cuando ponemos nuestra esperanza y confianza en Dios, y cuando dependemos de las promesas de Su Palabra, podemos enfrentar cualquier adversidad con confianza y valentía. Podemos hacerlo porque hemos aprendido a confiar en el Dios que siempre se presenta cuando lo necesitamos. Sabemos que Él nos sacará adelante.

Dios va a resolver situaciones en su vida para Su gloria. ¡Sus propósitos prevalecerán! Así que, ánimo y fortalézcase en esa convicción, a la vez que su fe en Él continúa madurando y siendo perfeccionada.

Epílogo

Jesús, La Piedra Principal del Ángulo

Una vez oí una interesante historia acerca de la construcción del templo de Salomón. Todas las piedras del templo fueron excavadas fuera del lugar y llevadas al monte del templo; cada piedra marcada para mostrar el lugar adonde iría. Los trabajadores de la cantera las habían tallado de tal manera que los bloques encajaban perfectamente, de manera que los constructores no necesitaban usar mezcla. A medida que se levantaba el templo sobre el monte Moriah, los observadores no oían ningún sonido de martillo o de cuchara de albañil.

La historia cuenta que un día llegó una piedra sin haber sido marca. Los constructores no sabían adónde iba; así que se dijeron: “Se equivocaron en la cantera. Nos han enviado esta piedra que no parece encajar en ningún lugar.” Y así, la dejaron a un lado. Con el paso del tiempo, la hierba creció cubriendo la piedra descartada.

Finalmente, llegó el momento cuando la única pieza que faltaba era la piedra principal del ángulo. Así que los constructores enviaron un mensaje a la cantera: “Oigan muchachos, no nos han enviado la piedra principal del ángulo.”

Los trabajadores de la cantera contestaron: “Sí, ya la enviamos. En nuestros registros aparece que salió de acá hace tiempo.” Se produjo un gran altercado sobre el asunto, hasta que alguien tropezó con una piedra escondida en la maleza. Se dieron cuenta entonces, que la piedra que los constructores habían rechazado, era de hecho la piedra principal del ángulo.

La Biblia habla de Jesucristo como la piedra que los constructores desecharon, no obstante Él es la Piedra Principal del Ángulo, del plan entero de redención de Dios. Sólo en Él podemos encontrar salvación usted y yo. Sólo a través de la fe en Él podemos entrar o ver el reino de Dios.

Una vez que hayamos puesto nuestra fe en Jesús, comienza nuestra aventura de fe. Aprendemos a confiar en Él para que supla nuestras necesidades, para obtener dirección, para todo lo que tiene importancia. Pero siempre tenemos una opción: ¿Creeremos Sus promesas y ejercitaremos nuestra fe? ¿O dudaremos y rechazaremos Su Palabra escogiendo la incredulidad?

Considere los siguientes contrastes entre la fe y la incredulidad. ¿En qué lado encaja usted?

La fe cree en las promesas de Dios. La incredulidad duda de las promesas de Dios.

La fe cree la Palabra de Dios porque es verdadera. La incredulidad duda la verdad de la Palabra.

La fe ve que la ayuda de Dios es mayor que cualquier fuerza que pudiera venir en su contra. La incredulidad ve los problemas y declara que no hay salida.

La fe ve el amor de Cristo cuando lo disciplina. La incredulidad imagina enojo en las palabras amorosas de Cristo.

La fe le ayuda al alma a esperar cuando Dios se demora. La incredulidad se rinde si hay algún tipo de retraso.

La fe le da consuelo en medio del temor. La incredulidad le trae temor en medio del consuelo.

La fe hace que las cargas pesadas sean ligeras. La incredulidad hace que cargas ligeras sean pesadas.

La fe nos ayuda cuando estamos desanimados. La incredulidad nos desanima cuando estamos animados.

La fe nos acerca a Dios cuando estamos lejos de Él. La incredulidad nos aleja de Dios cuando Él está cerca.

La fe libera a los hombres y a las mujeres. La incredulidad los tiene en esclavitud.

La fe purifica nuestros corazones. La incredulidad contamina nuestros corazones.

La fe hace que nuestras obras más insignificantes sean aceptadas por Dios a través de Cristo. La incredulidad hace que aun nuestras mejores obras sean inaceptables, porque lo que no es de fe es pecado, y sin fe es imposible agradar a Dios.

La fe trae paz a nuestra alma. La incredulidad trae conflicto y problemas, como las agitadas olas del mar.

La fe nos hace ver la hermosura de Cristo. La incredulidad no ve atractivo en Él como para que lo deseemos.

La fe nos ayuda a experimentar la plenitud en Cristo. La incredulidad lleva a escasez del alma.

La fe nos da la victoria. La incredulidad conlleva a la derrota.

La fe nos hace ver la gloria en las cosas del mundo invisible. La incredulidad ve sólo la miseria y las cosas del mundo material presente.

Por la fe Abraham recibió la Tierra Prometida. Por la incredulidad Moisés no pudo entrar en la tierra.

Por la fe los hijos de Israel atravesaron el Mar Rojo. Por la incredulidad perecieron en el desierto.

Por la fe Pedro caminó sobre el agua. Por la incredulidad comenzó a hundirse.

A través de la fe nuestra copa reboza. A través de la incredulidad la copa siempre está vacía. 5

Jesucristo, la Piedra Principal del Ángulo, le invita a caminar en fe con Él cada día. Su amor por usted es seguro. Su plan para usted es precioso. Él tiene Sus brazos abiertos y le hace una invitación: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” (Mateo 11:28)

¡No lo descarte! No lo rechace, como los constructores del templo de Salomón descartaron la piedra principal del ángulo hace tantos siglos. Sígalo con gozo, en plena certidumbre de fe, y aprenda la verdad de estas imponentes palabras:

“He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado.” (1 Pedro 2:6)

5 Ven y Bienvenido a Jesucristo por John Bunyan, 1894. (Fragmento parafraseado.)

Para más información:

Recursos del pastor Chuck Smith

Contacte:

The Word for Today

PO Box 8000

Costa Mesa, CA 92628

(800) 272-9673

Sitio Web: www.twft.com

Correo electrónico: Info@twft.com

Cubierta de Atrás del Libro

La Fe Es La Clave

para una vida cristiana exitosa

La fe lo toma de la mano y lo lleva de un nivel de madurez espiritual a otro. Es por eso que la Palabra de Dios dice: "Sin fe es imposible agradar a Dios." (Heb 11:6) ¿Pero qué es fe? ¿De dónde viene y cómo opera? ¿Qué alcanza? ¿Por qué agrada a Dios?

El pastor Chuck Smith explora, en este libro, estas preguntas y muchas otras que tienen que ver con el tema de la fe. Usando ejemplos de la Palabra de Dios, así como ilustraciones cosechadas de más de sesenta años de ministerio, el pastor Chuck presenta un fuerte caso a favor de la fe:

La fe le da la victoria

La fe ayuda al alma a esperar aun cuando Dios se demora

La fe consuela en medio del temor

La fe ve que la ayuda de Dios es mayor que cualquier fuerza que pueda venir contra usted

La fe aligera las cargas pesadas

Fue la fe la que llevó a Abraham a la Tierra Prometida. Fue la fe la que llevó a los hijos de Israel a través del Mar Rojo. Y fue la fe la que hizo posible que Pedro saliera de la barca y caminara sobre el agua.

La pregunta es: ¿Qué podría hacer la fe en usted?

Chuck Smith es el pastor fundador de la iglesia Calvary Chapel of Costa Mesa, California, y ha sido maestro de la Biblia por más de sesenta años. Él y su esposa Kay tienen cuatro hijos adultos, diecinueve nietos y más de veinte bisnietos.

PO Box 8000

Costa Mesa, CA 92628

(800) 272-9673

www.twft.com